



**REYES
CALDERÓN,
CLAVE
MATISSE**

ÍNDICE

—

Sinopsis

Dedicatoria

Citas

Nota

Prólogo

PRIMERA PARTE

LOLA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

JAIME

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

LOLA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

JAIME

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

SEGUNDA PARTE

HENRY LEVY

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

JAIME

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

TERCERA PARTE

LOLA

Capítulo 1
Capítulo 2

EPÍLOGO

Dos meses después
Nota de la autora
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La juez Lola MacHor y su marido Jaime, médico investigador del CSIC, llevan más de treinta años juntos. Una noche, Jaime invita a cenar a dos amigos, JJ, un médico americano, y a Rafael Scott, asesor de un senador de Texas de origen argentino. Ambos han trabajado duro para conseguir que el prestigioso premio Wolf a la investigación médica recaiga este año en Jaime.

Durante la cena, en la que Lola luce una pulsera que había pertenecido a su suegra, JJ muestra vivo interés por la joya y también por un cuadro, regalo de los padres de Jaime y que según ellos es una horrible copia de un Matisse. La pulsera desaparece después de la cena y el cuadro unos días después, cuando se produce un robo en casa de la familia.

A dos voces, desde la perspectiva de Lola y por primera vez, dando voz a Jaime, acompañaremos a la pareja en una investigación que en esta ocasión involucra directamente a la juez y a su familia. *Clave Matisse* es un *thriller* absorbente que ahonda en temas como la confianza, las relaciones de pareja y las difíciles fronteras entre la mentira, la verdad y el dolor.

Reyes Calderón



Clave Matisse

 Planeta

*A Juan, ya sabes por qué.
A la tropa, que aún no lo sabe.*

*Pdta.: ¡Mamá, no te gradúes la vista!
Me encanta que me digas lo joven y guapa que estoy.*

Cuanto más conozco al hombre, más quiero a mi perro.
DIÓGENES DE SINOPE

Mañana muchos maldecirán mi nombre.
ADOLF HITLER

NOTA

Fue una escueta noticia escondida en una página par de un diario de provincias la que barrió de un plumazo mi resistencia a narrar esta historia familiar, mil veces contada y, seguro, otras tantas distorsionada. Rondaba mi cabeza desde que escribí mi primer relato, allá por 1974. Pero mi respuesta era siempre la misma: imposible. Que la víctima fuera alemana y el asesino judío, es decir, lo contrario de lo que cabe esperar en una historia que involucra al Tercer Reich, no me preocupaba tanto como el hecho de que no estamos en el verano del 42. A estas alturas de milenio, los antiguos odios deberían haber caducado. Deberían. Es este un deber difuso, voluntarista y perezoso a la vez. Como esos eternos propósitos de principios de año: dormir más, comer menos, dejar de fumar, viajar en pareja o disfrutar del silencio. Deberíamos. Pero fumamos y odiamos, y nos encerramos en casa: como en el 42.

Aquella noticia abonó la semilla plantada en mi cerebro. Esperaba cosechar pámpanos y, con el tiempo, hortensias de flores rosadas y lustrosas hojas verdes; cobré geranios rojo escarlata y fronda informe. De lejos, parece una pintura impresionista; de cerca, un cuadro hiperrealista. Para mí no es más que otro cuadro robado a precio de sangre. La añada de la sangre poco importa. Es roja como la sangre roja, pero no rojo MacHor: es odio carmesí.

PRÓLOGO

Ocurrió un 10 de diciembre, en medio de una tormenta de nieve y siendo ya noche cerrada. En el exterior, la temperatura rozaba los ocho grados bajo cero, pero el laureado no capituló ante el frío: de hecho, cuando la bala le atravesó el corazón, sudaba levemente.

Durante unos días, el suceso copó las primeras planas de los diarios y los noticieros abrieron con la sombría imagen. Cuando la nieve terminó de derretirse, la noticia se había enterrado en el lodo de los enigmas históricos, junto a otros magnicidios de autor desconocido. No deja de ser una ironía que Internet lo asociara con J. F. Kennedy, un demócrata empedernido; o con la figura de Martin Luther King, un hombre de piel oscura, defensor de los derechos civiles.

La Policía nunca dio con los culpables. Tampoco se logró reconstruir la escena del crimen. Simplemente, fue un año de mal fario; un momento para olvidar, que yo, Jaime Garache, doctor en Medicina y estúpido empedernido, retendré eternamente.

En aquella tarde invernal, apenas unas horas antes de que el suceso (llamémoslo así) enturbiara el ambiente, el mítico Palacio relucía sembrado de flores holandesas, de fracs, tiaras y pajaritas blancas. Yo estaba allí y puedo certificar que sus gruesas paredes rezumaban orgullosa ciencia extrema, a la par que ese sutil esnobismo propio de lo nórdico lo llenaba todo.

Sentado en su silla, tapizada en color guinda, el joven galardonado escuchaba complacido las loas dirigidas a su persona. Si bien yo ocupaba un asiento ciertamente alejado del suyo, su perfil se entrometía en mi campo visual de forma que no le quité la vista de encima mientras duró el discurso. Su padrino disertaba sobre las enfermedades de depósito liposomal y la hexosaminidasa y el tratamiento logrado con la combinación de enzimas, y no escatimaba elogios. Los adjetivos sonaban pujantes, briosos, irresistibles. Lo observé atentamente. No parecía halagado, sino orgulloso, como si juzgara que merecía todo lo que sobre él se estaba diciendo. Al fin y al cabo, su descubrimiento abría de par en par la puerta a la curación de la terrible enfermedad de Tay-Sachs, de la que

muchos se beneficiarían, en especial los judíos, raza en la que es prevalente. Entre el público, había podido distinguir varias kipás y también sillas de ruedas cuyos ocupantes no podían contener las lágrimas.

El padrino concluyó. El galardonado se puso en pie. Recolocó el chaleco blanco de su frac y estiró los puños de su camisa; primero el izquierdo, luego el derecho. Los focos hicieron brillar sus curiosos gemelos de oro, un trazo vertical cruzado por dos trazos transversales en forma de x. Luego, tras escuchar la invitación, avanzó solemne, erguido en cuerpo y alma, por la alfombra azul noche. Apenas debía recorrer unos metros, pero era todo un camino. No se esforzó por parecer natural, como algunos de sus colegas, o humilde, como su predecesor japonés. Sus andares, su barbilla elevada, su propia juventud resultaban desafiantes, como su mirada, como su actitud. Al fin y al cabo, a sus cuarenta y dos años estaba abriendo en canal los entresijos de la historia para colarse dentro. Como un virus. Avanzaba directo a la gloria, la suya propia y la de su verdadera patria, la que compartía con tantos hombres y mujeres discretos; con su padre y su abuelo, quienes, más que él, merecían aquel premio.

Se detuvo al fin en medio del círculo blanco que desplegaba la gran N mayúscula. Mecánicamente, se inclinó ante el rey de rostro amable y recibió de sus manos, blancas, frías, pequeñas en comparación con las suyas, los símbolos de su éxito: recibía el Nobel en la disciplina de Medicina. Con ellos en su poder, se volvió, saludó al público con leves reverencias y guiñó el ojo a su jovencísima esposa, que lo observaba sin perder detalle desde la zona de invitados.

La enérgica ovación le colmó de miel los oídos. Sin duda, sería el galardonado más aplaudido de la noche. Era un hombre atractivo, elegante y, pese a su juventud, no carecía de carisma: los tipos así enamoran a las masas, siempre mentecatas. Saboreó el instante. El rumor debió recordarle el batir del viento ante el lago Nahuel un día de tormenta. Supongo que en aquel momento evocaría a su padre. «¡Premio Nobel, papá!»

Sonrió. Fue lo último que hizo.

Todo ocurrió demasiado deprisa y, sin duda, resultó un contratiempo. Los flases estallaron junto al disparo, acallando en parte su chillido. Y si bien la amplia mayoría de los asistentes lo oyó, no repararon en la detonación de inmediato. No puedo decir que lo esperara. Lo temía, eso sí, pero en el fondo de mi corazón pensé que no se atreverían. ¡Qué estúpido!

Fue al incorporarse tras una de las reverencias, exactamente en el instante en que la vistosa mancha de color rojo oscuro proliferó sobre la impoluta pechera blanca, cuando el mundo comprendió que había otras formas de pasar a la historia.

El cuerpo del joven pero célebre médico se tambaleó para acabar desplomándose en estado de hibernación perpetua. El tirador (ni siquiera sé dónde estaba) no necesitó un segundo disparo: como si fuera un proyectil de plata y el joven médico un vampiro, el primero detuvo su corazón para siempre. Tras el impacto, los ojos del nuevo Nobel de Medicina mudaron. En apenas un instante, su mirada se tornó vidriosa; luego débil, y finalmente, seca.

La sala se llenó de un silencio breve. Enseguida llegaron los gritos de auxilio, llegaron los lamentos y el alboroto de voces de pánico. Llegó la estampida. Llegó el caos. Los cuerpos de seguridad sacaron de inmediato del recinto a la familia real, luego a las autoridades y finalmente a los premiados. Los demás invitados se apañaron como pudieron. El cadáver quedó tendido sobre la alfombra de color azul noche, rodeado por una marea de colores olorosos, como un entierro de primera en Harlem, salvo que nadie tocaba jazz.

Únicamente dos personas acudimos al escenario en ese momento. El primero fue el hombre que había ordenado doblegar aquella infrangible voluntad. Caminaba despacio, tranquilo, impregnado en esa melancólica belleza que proporciona la venganza fría. Permaneció unos instantes en pie, ante el cuerpo rendido, mordiéndose el labio superior. La segunda persona fui yo, que venía de más lejos y alcancé las tablas corriendo. Llegué jadeando, a causa del esfuerzo y la conmoción, y me hincé de rodillas junto al cadáver. Lo rodeaba un denso charco de color castaño. Rebusqué inútilmente el pulso en su garganta. Al no encontrarlo, tomé conciencia de que él estaba muerto y yo vivo. Me entraron unas ganas irrefrenables de llorar. Entre hipos, noté cómo me palmeaban el hombro.

—No te atormentes, Jaime —me susurró la voz—. Tuvo su oportunidad y la despreció. Cometió el error de subestimar la voluntad de un pueblo. —Sujetó uno de los brazos por la manga y lo levantó hasta dejar los gemelos ante mis ojos—. Mira, alfabeto nórdico antiguo. ¿Lo entiendes?

Levanté la cabeza con un gesto de reproche, pero no respondí: no quedaba nada que decir. Dolorido, volví a inclinarme sobre el cadáver, justo a tiempo de ver cómo su pajarita blanca se volvía completamente roja. Quizás algún día olvide todo lo demás, pero, pase lo que pase, recordaré ese detalle, el de la pajarita roja junto a su barbilla pétrea.

Se llamaba Adolfo Cavanni, un genetista americano que dirigía un potente equipo de investigación en medicina, especializado en terapia génica. Si bien no había sabido de su existencia hasta hacía poco, siendo puristas podría decirse que lo conocía. Porque conocer a un hombre es conocer su historia y sus porqués. Y yo, casualmente, estaba al tanto de la suya. Sin saberlo ninguno de

los dos, nos unían dos cuadros inconclusos y una pulsera sembrada de monedas de oro.

La nieve continuó fluyendo, ajena a la tragedia. Sobre las consternadas calles de Estocolmo, el manto blanco llegó a elevarse setenta centímetros. Quizás fue esa la razón por la que la ambulancia tardó tanto en llegar.

Soy médico. Resultaba evidente que no había nada que hacer. Sin embargo, el enfermero, que no hablaba más que sueco, no me entendió. Dejó su maletín a la altura del cadáver y le desabotonó la camisa a toda prisa. Al ver lo que colgaba de su pecho, se detuvo consternado y confuso. Quizás fuera esa la razón por la que la jovencísima señora Cavanni nunca visitó el cadáver de su marido.

No me permitieron regresar a casa hasta dos días después. Mi mujer fue a recogerme al aeropuerto de Barajas. Nos dimos un largo abrazo. Nunca la beso en público; sin embargo, en aquella ocasión me salté la norma e hice una excepción, una larga excepción. Porque, en mi propia historia, ese 10 de diciembre había tenido un lado positivo: Lola por fin había comprendido que, pese a todo, no tenía competencia. Al menos, en mi corazón.

PRIMERA PARTE

LOLA

1

Es curioso. En modo alguno es posible certificar que conoces a alguien. Puedes pasarte años junto a una persona; trabajar diez horas al día, seis días por semana, a su lado; estar al corriente de sus aficiones y manías, intimar, y no conocerla en absoluto. Mi colega XX era un magistrado gris, casado con una mujer gris de pelo cardado, y con un hijo gris claro, abogado del Estado. Era del tipo de personas que, cuando quería soltarse la coleta, se metía en la cama sin lavarse los dientes. El día que cumplió sesenta años lo nombraron presidente de sala, y en vez de celebrar ambas cosas con una buena cena y un *gin-tonic* generosamente cargado, se compró un picardías rojo. Lo estrenó con un gorila de tres por tres, un tipo iletrado de piel aceituna que trabajó en su anterior juzgado, y presentó su renuncia. Ahora, al recordar las sentencias que pusimos juntos, las conversaciones entre juicios, sus miles de cafés (era un consumidor empedernido: solo, sin azúcar ni cuchara), me echo en cara mi falta de perspicacia, yo que siempre he presumido de dotes de observación. Cuando me llamó para despedirse y me puso al día de sus planes, no podía creerlo: hasta su voz, antaño grave y envarada, parecía líquida como el sonido de un pequeño riachuelo de aguas claras. Me aseguró que llevaba años soñando con ello. Y que se estaba haciendo viejo. Eso fue todo.

Sé que resulta injusto confrontar esta situación con la que voy a narrar, y mucho menos medir a Jaime, mi marido, con la regla de XX. No tienen parangón. No obstante, por razones que no alcanzo a entender, en mi cabeza ambos contextos están señalados en el mismo mapa y, cuando lo despliego, sus aromas se entremezclan. No me interpreten mal: no veo a Jaime luciendo un picardías rojo. No le gusta ese color. Además, él es un dandi: camisas a medida, gemelos e iniciales en los puños; trajes impecables y zapatos impolutos; por no hablar de la gomina, de su nada despreciable colección de relojes, de su título nobiliario y de su recia fe de carlista navarro. No, no lo veo de esa guisa. Lo que ocurre es que, como en el caso de XX, tampoco me esperaba lo que aconteció. Y, durante un tiempo, llegué a pensar que el hombre con quien me había casado no

era el que tenía delante. Que poseía un lado sombrío que no había llegado siquiera a otear, pese al tiempo consumido a su lado.

Ando con mi actual marido desde septiembre de 1980 (en realidad, no he tenido más que uno, no sé por qué lo he adjetivado como «actual». Se ve que me he dejado contagiar por los modos de mi secretaria judicial, que lleva tres maridos, como la canción de Massiel, y creo que le está cogiendo el gusto). Jaime y yo somos de régimen de conquistas. Durante más de treinta años, hemos compartido mantel, cuenta corriente, cama y cosas mucho más íntimas. He dado a luz a sus hijos y escuchado sus cuitas. He roncado para él y él se ha..., bueno, dejémoslo ahí. Pese a lo dicho, cuando, de pasada, vi su imagen en la pantalla del televisor con las manos cubiertas de sangre, lo imaginé abrazado a esa tía pechugona (tetas ultrapostizas) que lo ronda y pensé seriamente en imitar a mi secretaria judicial y añadir un ex al parentesco.

La triste historia que voy a exponerles no ha causado desconcierto en una mujer gris y un hijo gris claro, abogado del Estado; no ha vuelto mudos a unos colegas estupefactos. Lo que ha provocado es un roto en mi alma y una desagradable mácula en la moqueta del teatro principal de Estocolmo.

El siete en mi alma es invisible; el daño en la moqueta, no.

Las manchas de sangre no son infrecuentes en el escenario de un teatro. Un pequeño corte cambiando un tablado, una leve hemorragia nasal, un golpe... Los restos son fáciles de limpiar: basta con una simple mezcla de agua fría y amoníaco. Sin embargo, la mancha de la que les hablo ocupaba una superficie considerable (la propia de una hemorragia masiva). Además, al tratarse de la escena de un crimen, la Policía sueca no permitió que los servicios de limpieza del teatro se acercaran hasta que los de la Científica, pertrechados con sus guantes de látex, sus monos y calzas blancas, y sus bolsas de pruebas, hubieron terminado y todo estuvo atado y bien atado. Cuando pudieron ponerse manos a la obra, se encontraron con que la mancha de sangre se había convertido en un desagradable pegote en avanzado estado de coagulación. Lo trataron con amoníaco, con sal y hasta con pasta de dientes. Hicieron un buen trabajo, considerando las circunstancias. Pero el cerco grisáceo de bordes irregulares, engrosado en algunas zonas, es tan visible como imborrable. La alfombra lo sufre. Yo me reprocho, como en el caso de mi colega XX, no haberlo visto venir. Pistas había, sin duda. Tantas que el olfato se lanzó en plancha.

Sé que no respondo al perfil de esposa amantísima, ni siquiera soy una compañera al uso, pero me gustaría que supieran que, de haberme hallado en una situación normal, habría sido capaz de interpretar acertadamente el silencio de mi marido. El problema es que mi vida no es normal. ¿Qué quieren que les diga? Me he pasado media vida esforzándome por ser normal, casi el mismo tiempo

que tratando de ser delgada, y con el mismo nivel de éxito. No es que me meta frecuentemente en líos, es que siempre ando metida en alguno. Quizás por eso, cuando traté de contactar con mi marido y no lo logré, interpreté erróneamente su silencio. Porque las semanas previas a su desaparición, cuando puse mis ojos en los suyos, me esquivó. Buceé en ellos sin hallar pruebas fehacientes, pero estas llegaron de todos modos: es lo que tienen los nuevos medios. Son indiscretos. Te dicen dónde has aparcado el coche y durante cuánto tiempo has permanecido allí. Y esos mensajes que llegaban automáticamente a mi móvil — tengo los pagos domiciliados en mi cuenta corriente y enlazados a mi teléfono— no eran coincidentes con sus discursos nocturnos. Jaime no estaba donde decía estar, ni cuando decía. Mentía.

¿Y por qué habría de mentirme?

«Blanco y migado: sopas de leche», me dije. La nueva investigadora de su departamento, la tía de las tetas postizas, había salido de caza. Había algo en ella que hacía sospechar. Demasiado atenta, pese a su estudiada indiferencia. Cuando Jaime la mencionó en la cena tres días seguidos para alabarla por sus muchas virtudes, sin perder tiempo la invité a tomar un café (conocer al enemigo es siempre una sabia medida). Esperaba toparme con gafas de culo de vaso, quince o veinte kilos de más y un pelo desmarañado: al fin y a la postre, era una científica extranjera y vegetariana que se pasaba el día encerrada entre tubos de ensayo. En vez de eso, me encontré con una chica esbelta, rubia, tan alta como Jaime, vestida con cierto descaro. Contuve la respiración y traté de meter la tripa. Ella no: se mostró displicente, cruda, altiva. Su mano fría, sus gélidos ojos, su sonrisa fingida no me importaron tanto como el canalillo que formaban sus pechos XXL (monos, exuberantes, pero de plástico). Todo daba que pensar. Desconocía su calidad de investigadora, pero como instigadora, desde luego, no tenía precio. Y, para más inri, se hacía llamar Nadia. ¿Se dan cuenta? ¡Nadia! Si algún día pudiera reinventarme, dejar salir a la otra Lola que se esconde dentro de mí, para ir de copas jamás escogería un nombre así. Estoy segura de que me tomarían por una tía fácil...

¿Se están preguntando cómo he averiguado que los pechos de esa mujer son artificiales? Bueno, cuento con información privilegiada. Jaime y yo tenemos un amigo común, cirujano plástico y pescador empedernido. Vive para y por la pesca. Él y su barco, dotado de los últimos avances tecnológicos, viajan por el mundo persiguiendo las especies más variadas. Antaño pescaba treintañeras. Desde que la última, una chica mona, sosilla, que parecía boba y a la que reconstruyó casi íntegramente, le sacó en el divorcio hasta los hígados, tomó conciencia del riesgo. Ahora solo pesca seres con escamas. Cuando está en tierra y no tiene quirófano se deprime y aparece por casa con las excusas más

peregrinas. La última vez vino a enseñarnos su nuevo carrete electrónico. Si me hubiera dicho que era una sonda espacial, me lo hubiera creído. Recuerdo que comenté que parecía exageradamente caro. Y recuerdo mejor aún su respuesta: «¿El carrete? ¡Nada, Lola: teta y media! El Marlyn de Puerto Vallarta, ¡ese sí me va a salir caro!: lo menos tres liposucciones con abdominoplastia». Ahí fue cuando aproveché para que me instruyera sobre cómo detectar la diferencia. Porque ya tenía a la chica fichada, señalada y registrada. Soy de origen irlandés, pero bien podría ser hija de un mafioso italiano. Cuando veo a la tal Nadia, llena de virtudes y canalillos, y detecto en ella las cinco características de la silicona, el afán de venganza corre por mis venas como si hubiera nacido en la misma Sicilia.

En fin, no deseo aburrirles. He prometido relatar los hechos de una forma ordenada y objetiva. Craso error por mi parte: que yo proceda con orden y objetividad es tan improbable como que un empresario salga indemne de una inspección de Hacienda. Lo que sí puedo prometerles es que se lo contaré todo. A mi modo, desde mi punto de vista, pero todo. Tetas postizas (las suyas, se entiende; las mías son mías, completamente naturales) incluidas. Él cree que no lo sé. Lógico: Jaime es hombre y los hombres siempre se sobrestiman. Tan cierto es que lo sé todo como que, sabiéndolo, prefiero pasar por tonta. Es mucho más eficiente. ¿Qué le voy a hacer? Le quiero. Si pregunto, si le obligo a confesar, lo que no sería muy difícil, mi orgullo me exigiría mandarlo a paseo. Y no es eso lo que deseo.

Hablaré de eso y de los pavorosos crímenes, pero antes permítanme decirles algo que va a sorprenderles. Con mis antecedentes será difícil que me crean, pero es la pura verdad: nada tengo que ver con lo que voy a contarles; pese al rojo furibundo de mis cabellos y al no menos colorado tinte de mi carácter, esta vez, y sin que sirva de precedente, soy inocente como un recién nacido. Esa mancha de sangre, ese pecho abierto no son de mi cosecha. No estaba en el escenario del crimen ni me enteré de primera mano. Esta historia es *made in* Jaime. Para ser más precisa, procede de su familia materna: los Aguirregunaga. Todos están bajo tierra, Dios los bendiga y los retenga con una soga de nudo firme, porque parecen haberse puesto de acuerdo para levantarse de la tumba y dar la lata. Como en vida.

Y vale ya de prolegómenos, de picardías rojos y carretes. Voy a ver si soy capaz de empezar por el principio y no desviarme del objetivo.

Cuando esto empezó, nuestra vida pasaba por un momento de paz. Jaime andaba ocupado en la búsqueda de fondos para uno de sus proyectos, lo que le hacía viajar con frecuencia, y yo me pasaba el día en el Tribunal Supremo haciendo lo que hago habitualmente. Me gusta pensar que mi trabajo consiste en hacer justicia a los buenos y retirar de la circulación a los malos; debo confesar que, en realidad, a lo más que alcanzo es a estudiarme los expedientes armada de paciencia. En suma, vivíamos días normales, ordinarios, buenos. Empezaba el otoño. En Madrid, el otoño suele ser una bonita estación. Los días son lo suficientemente largos y la temperatura lo bastante agradable para permitir retener el regusto del verano, algo a lo que ayudan las calles, sembradas de terrazas con setas metálicas, de estudiantes sin prisas y de turistas con dinero.

Pero ya se sabe, la paz es como el chocolate: una delicia que se consume en un suspiro.

A mediados de octubre, inusualmente y sin previo aviso, el termómetro se desplomó. Había en el aire una promesa de nieve temprana que finalmente solo se materializó en la sierra. El amago fue suficiente para que todos sacáramos el abrigo y mirásemos al cielo. Llovió un par de días, el domingo volvió a salir el sol, y finalmente el miércoles amanecemos envueltos en una espesa niebla. Era tan cerrada que, desde la ventana de mi despacho, no alcanzaba a distinguir la calle. No podría decirse lo mismo de mí: se me reconocía a la legua. Igual que, al sonar la duodécima campanada, la carroza se transforma en calabaza, yo, cuando entra la niebla, me convierto en escarola: una escarola colorada. Mi pelo no soporta la humedad. Se me llena de rizos pelirrojos que, unidos a mis mejillas pecosas, me hacen perder definitivamente la seriedad que se espera de una magistrada del Tribunal Supremo. De esa guisa estaba cuando recibí la llamada.

Había planeado irme pronto a casa y seguir trabajando allí. Paso tiempo en casa. De hecho, el mayor tiempo posible, que siempre es poco. Me encanta quitarme el traje de chaqueta y los tacones, ponerme un pijama viejo y unos

calcetines gruesos y sentarme a reflexionar, tapada con una manta amorosa al calor del fuego de leña. En eso no me parezco a mi marido: cuando Jaime regresa temprano, va directo a su habitación, se enfunda su mono negro y sale a correr. Invierno, verano, primavera y otoño. Noches frías, noches oscuras, noches lluviosas, noches de niebla: cualquier escenario resulta hábil para esa manía suya llamada «maratón». Entrena al menos cuatro días por semana. Auriculares, *Parachutes* de Coldplay, y una carrera que él llama tranquila, pero que a mí me haría avanzar con la lengua fuera. En más de una ocasión, ha intentado animarme para que lo acompañe, pero yo evito el deporte casi más que la niebla. De un viaje a Nueva York, vino cargado con un equipo completo compuesto por camiseta térmica y pantalones largos de licra, con la esperanza de que ese afán mío por estrenar me animara a trotar a su lado. Les aseguro que, en la mano, las prendas transmitían la sensación de correr solas. Cierto es que no atinó con la talla. En realidad, sí: me trajo una L, pero, vaya usted a saber por qué, el equipo me quedaba ajustadísimo, tanto que los adornos (unos dibujos psicodélicos que ascendían desde los pies hacia el pecho) más que líneas parecían una plaga. Estoy..., digamos rellenita. Caderas a lo Claudia Cardinale, pero en pobre; pechos a la moda, generosos pero ecológicos, sin ningún tipo de implantes, y trasero de todos los tiempos. Podría repartir a las necesitadas chicas de las pasarelas y aún me sobraría. De ahí la faja. La maldita falda. Y mi amigo permanente, el régimen: verduras a la plancha, pollo a la plancha y... chocolate negro (sin plancha). Déjenme que se lo resuma en pocas palabras: con el equipo de *running made in USA* estaba para prisión preventiva sin fianza. Que yo recuerde, en treinta y tres años, son las únicas prendas que no he estrenado al día siguiente. Por el contrario, cuando Jaime se viste con ese pantalón negro ajustado y la camiseta térmica del mismo color, parece uno de esos pollos pelados que sujetos por las patas se exhiben en algunos mercados asiáticos: me gustaría describirles sus hombros huesudos, sus finas piernas, su estómago firme. Culo, simplemente no tiene. Dice que correr libera su espíritu. Es muy posible. A mí esa ropa lo que se dice liberar no me liberaba lo más mínimo. Y no la estrené.

Me estoy desviando de nuevo. Regreso al relato. Aunque, antes, permítanme que les diga que me he apuntado a un gimnasio. Me han dado una tarjeta de acceso y una taquilla, y me han enseñado dónde almacenan las toallas. Para que me adapte mejor al medio. No me va a quedar más remedio. Porque fingir una lesión con mis tacones es inverosímil.

Estaba ya saboreando a distancia la imagen de la chimenea que aguardaba mi llegada cuando recibí la llamada de Jaime. Habían cerrado el aeropuerto de Barajas, y el avión que había de trasladar a sus invitados de vuelta a Washington

no pudo despegar. Se sentía obligado a agasajarlos en casa, ya que llevaban dos días comiendo y cenando fuera. No es algo nuevo en él. Suele hacerlo. Me refiero a que ser acogedor forma parte de su carácter. Y no discrimina. Se trajo a un gato callejero, una cría marrón de ojos muy verdes: tras cebarla durante unas semanas, cuando me había encariñado y aceptado que sus pelos estuvieran por todo el sofá, se largó y no volvimos a saber de ella. También metió en casa a varias crías de gorrión, caídas de sus nidos tras una tormenta: murieron aquella misma noche. Las enterré en el jardín porque me dio apuro tirarlas a la basura, y el maldito gato las desenterró estropeándome las hortensias. También nos frecuentan los colegas a los que abandonan sus mujeres, los cirujanos plásticos divorciados o los extraños... Yo no lo llevo demasiado bien. En realidad, termino aceptando, pero no antes de protestar un poco. Esa vez no me quejé demasiado: conocía la importancia que para él tenían esas personas. Miré por la ventana. La nada trasparenteaba el frío.

—¿Te dará tiempo, Lolilla? Sé que es una faena, pero de veras es importante. Ya te lo explicaré en persona, pero...

—Tranquilo, no te preocupes, lo comprendo. Me apañaré.

—Yo me ocupo del vino. ¿Por qué no compras algún precocinado?

—Será preferible. Llamaré a una tienda de delicatessen y encargará un pescado y unos ibéricos de aperitivo. Quiero recordar, casi tengo certeza, que hay changurro congelado. Y estoy medianamente convencida de que queda helado de chocolate.

—¿Medianamente convencida? —replicó mi marido con cierta sorna.

Me había pillado catándolo la noche anterior a escondidas. Llevo meses acudiendo a un dietista para perder peso. De hecho, había cenado dos espárragos y una tortilla de un huevo, solo la clara. La visita secreta al frigorífico fue para compensar.

Mal que me pese, debo hacer notar que el día en que Jaime trajo a sus distinguidos amigos, JJ y Rafael Scott, a nuestra casa, aún no me había comprado la faja. Quizás de haberlo hecho antes, hubiéramos evitado ese entuerto.

Cuando llamaron al timbre, ocho y media en punto, yo llevaba en casa apenas una hora. Había dispuesto una bonita mesa, descongelado el changurro, catado el helado (forma parte de mis obligaciones como anfitriona comprobar que no estaba envenenado), abierto los vinos cuya etiqueta Jaime me había enviado por wasap, y me había tuneado planchándome el pelo y arreglándome para la ocasión. Quizás demasiado colorete, pero creo que estaba bastante bien (para mi edad).

—¿Y esa falda? —me susurró Jaime al oído al entrar—. No te la conocía.

—Últimas rebajas de la temporada pasada. Sesenta por ciento de descuento —respondí.

Su gesto fue expresivo. No le culpo. Tengo muchas virtudes, algún defectillo y dos manías desaforadas: la primera, estrenar; la segunda, los carteles que rezan «Rebajas». Si el descuento que los acompaña es notable, la mezcla consigue hacerme enloquecer. Era evidente que con aquella falda me había trastornado. La prenda —una pieza de perfiles Chanel en tonos negro y rosa palo — era preciosa. Nada que objetar hasta que, ya en casa, me puse de perfil y vi el protuberante inconveniente: no era *exactamente* de mi talla. Desde luego, su etiqueta no rezaba XL, ni L ni siquiera M. Me quedaba tan prieta que no sé cómo pude subirme la cremallera y continuar respirando. Pero lo logré. Todo un éxito.

Me dirán que por qué les cuento todo esto. Créanme: es necesario. Cuando menos convenía, la tela se rasgó sin remedio haciendo saltar todo por los aires. No creo que si me hubiera vestido de otro modo, o hubiera adquirido antes la faja, las cosas se hubieran arreglado. Pero en esa extraña madeja de imágenes que me asaltan por la noche, en el duermevela, mi mente mezcla la imagen de las manos de Jaime ensangrentadas con la rasgadura de la falda, y se me antoja la cicatriz en el pecho de un cadáver.

De nuevo me estoy yendo por las ramas. Debería volver a la cena. A la memorable cena.

Como decía, a las ocho y media en punto llamaron a la puerta y salí a su encuentro vistiendo mi falda nueva, la más amplia de las sonrisas y la dichosa pulsera en la muñeca derecha.

Acabo de darme cuenta de que aún no he mencionado la pulsera. O quizás sí. Ya no lo recuerdo. Están siendo momentos difíciles y me cuesta concentrarme. Les he descrito la falda, un dato importante pero meramente circunstancial, y no les he hablado de la pulsera, que tiene asiento de primera fila.

Veamos: yo nunca uso pulseras. Me molestan, me dificultan la escritura. Termino desprendiéndome de ellas y dejándolas olvidadas sobre cualquier mueble cercano o sobre la mesa del despacho, y finalmente acabo perdiéndolas. Pero, ya saben, la vida es como un asesino en serie: nunca tiene suficiente. Busca y rebusca hasta dar con una grieta por la que colarse y ponerte en aprietos. Aquel día la encontró en la maldita pulsera. La mala suerte nos enlazó como mi suegra a su pobre caniche, por el cuello; nos atornilló con acero templado a una historia que no era la nuestra, de la manera más torticera. Porque sin gustarme las joyas ni usando pulseras, me vi enredada precisamente por una de ellas. Sí, aquella noche lucía una pulsera enorme. ¡Maldito día!

Por una joya no. No perdería la cabeza por un anillo, una gargantilla o un collar de perlas. Si se diera la extraña casualidad de que el dinero abundara, optaría por una pintura, un mueble antiguo, un viaje o un traje de chaqueta. Sobre todo, por estrenar un traje de chaqueta de un buen diseñador (preferiblemente de escandalosa rebaja). Y por unos zapatos nuevos de tacón imprudente. Me encanta estrenar zapatos. Bueno, zapatos o lo que sea. Me fascina el olor de lo nuevo, su tacto, la sorpresa. Las joyas, sin embargo, no me atraen.

La mayoría de los amigos de mi marido solo necesitan acercarse a una joyería o una bisutería la víspera del cumpleaños de sus esposas. Saben con certeza que, comprenden lo que comprenden, acertarán. No importa cuán atestados estén los joyeros: siempre hay sitio para una pieza más. Y si no es así, se adquiere un joyero más grande. A Jaime, sin embargo, atinar le lleva mucho más tiempo: en vez de sacar la tarjeta de crédito, tiene que devanarse los sesos.

A pesar de lo dicho, cuento con una pequeña colección de alhajas de buena factura, que guardo en casa, en la caja fuerte de mi despacho, camuflada tras un pequeño cuadro firmado por Joan Miró. A excepción de unos sencillos pendientes que mis hijos me regalaron cuando entré a formar parte de la Audiencia Nacional (¡qué lejanos parecen aquellos tiempos!) y que me gustan una barbaridad, el resto de sus aderezos son herencia de mi familia política.

Si apreciar significa poner precio, debería apreciar la herencia recibida. Su valor económico es elevado; no podría decir lo mismo de su valor artístico. Mi suegra era una mujer ostentosa. Solía llenarse la boca con explicaciones que nunca acababan de justificarla: posición social, categoría económica, el estatus de su marido... En realidad, lo que ocurría es que le gustaba presumir. Ya saben: exhibirse, alardear, competir con otras señoronas pamplonesas tan cardadas como ella. Lucía unos abrigos de piel que, de pesados, le provocaban luxaciones en los hombros; gargantillas de brillantes tan gordos que parecían falsos y sortijas que cargaban como días de ayuno. Pero lo que más le gustaba eran las pulseras. Amaba las pulseras; cualquier pulsera; todas las pulseras, si bien había un tipo especial por el que bebía los vientos: las gruesas cadenas de oro con piezas colgantes. Medallas, monedas, otros artilugios..., todos los colgantes servían si tintineaban al chocar entre sí.

La recuerdo moviendo la muñeca para disfrutar del canto del oro rojo. Algo que yo nunca haría voluntariamente. Sin embargo, aquella noche llevaba una de esas pulseras colgada en la muñeca derecha. Fue un descuido, una de esas pequeñas grietas. Cuando abrí a toda prisa la caja fuerte para sacar los pendientes, regalo de mis hijos, el joyero se me resbaló de las manos y cayó al suelo. Todo su contenido se dispersó por la alfombra. Recogí las piezas, lo

devolví a su sitio y cerré. O eso pensé. Porque cuando había concluido, me fijé en que algo brillaba en el suelo, bajo la mesa. Era una de esas pulseras del gusto de mi suegra: una ancha cadena articulada de eslabones planos pero gruesos, materialmente sembrada de monedas de oro. Sopesaba volver a guardarla cuando llamaron al timbre. De modo que, para no perder el tiempo ni dejarla sobre la mesa, me la coloqué en la muñeca.

No podía imaginar que un detalle tan nimio pudiera hacer estallar un conflicto de tal tamaño. De haberlo sabido, hubiera dedicado cinco minutos a volver a abrir la caja de caudales. De haber tenido conocimiento, hubiera hecho lo que en más de una ocasión se me pasó por la cabeza: vender aquellas piezas barrocas para financiar parte del curso que nuestro hijo pequeño está haciendo en Londres (con perdón de mi suegra, que hubiera resucitado para evitar ese expolio).

El caso es que, ajena a lo que se nos venía encima, con la dichosa pulsera en la muñeca derecha y la falda impidiéndome la respiración, abrí sonriente la puerta.

Jaime realizó las presentaciones, les hice pasar al salón y, ya sentados, serví los aperitivos y me dispuse a disfrutar de una interesante conversación. Con la pierna cruzada y la espalda levemente recostada en el sofá, muy digna, como si nadie fuera a darse cuenta de que mi lista de prohibiciones saltaba por los aires a cada minuto, me serví una copa de manzanilla La Guita. Son nada menos que 90 puntos Parker. De contravenir las prohibiciones del doctor Helvia, que no me deja beber (ni beber, ni comer, ni nada que no sea deporte, verduras y pollo, a la plancha), decidí saltármelas con clase.

Como les he contado, Jaime es demasiado tendente a abrir las puertas de casa a desconocidos. Sin embargo, lo compensa trayendo a gente interesante. Creo que entre las muchas cenas a ciegas a las que me ha sometido, como consorte o como anfitriona, ni en una sola me he aburrido.

Sobre la mesa de cristal descansaba un plato medio vacío de jamón ibérico y otro, más o menos en la misma situación, de aperitivos a cual más succulento que me endosaron en la tienda de delicatessen haciéndome un descuento. Me había colocado lo más lejos posible de ellos: formaban parte de mi lista de alimentos prohibidos, tan larga como el diccionario. El dietista dice que mi índice de grasa corporal escapa *levemente* de los estándares aceptables: supongo que usa esa jerga en sus informes con el fin de que los pacientes continuemos visitándolo y así seguir percibiendo sus emolumentos. No sé cuáles son, ni a cuántos kilos corresponde esa brecha, porque llevo varios meses yendo a su consulta y, no siendo suficiente, he terminado comprándome una faja. Por cierto, que él está, más o menos, como yo. Alguien rellenito debería hacer la vista gorda (nunca mejor dicho), ¿no? Pues no lo hace y yo sigo insistiendo. Cuando Jaime me sugirió que dejara de verlo, me enfadé y ese día me quedé sin cenar y luego hice una visitilla al helado de chocolate negro.

Amén de nosotros, dos hombres se sentaban junto a las bandejas. A la derecha de Jaime, junto al jamón, un ibérico entreverado de un olor seductor (lo correcto sería hablar de «plato de jamón», pero, por el precio de este último, el plato carece de importancia), un americano campechano, grande, rubiales, de abundante pelo rizado y cara colorada, a quien los botones de la camisa blanca a duras penas lograban contener la avalancha de kilos de más. «Si lo pilla mi dietista, le cose la boca, Jaime», le susurré al verlo. Coserle el cerebro hubiera sido mucho más complejo: era tan listo y culto como grueso. JJ, o doctor John Jones, es el director del Tisch Cancer Institute del hospital Mount Sinai y el encargado de los ensayos clínicos. Vive en Nueva York. Jaime y él se conocen

desde hace tiempo porque trabajan en campos similares, eso sí, JJ con muchos más medios.

Concluí que no solo poseía una mente privilegiada para la ciencia; sus habilidades políticas eran excepcionales: por lo que pude percibir, su colección de contactos era tal que podría ser nombrado presidente del país y nadie se extrañaría. De haber tenido una migajilla de humildad, hubiera sido un hombre sabio. Desafortunadamente, se quedaba en listo.

El jamón, desde luego, era de su agrado. Dio cuenta de él como si no hubiera desayunado ni comido, aunque a cargo de Jaime estaba segura de que lo había hecho. A mi izquierda (y del jamón), se hallaba sentado Rafael Scott. A excepción de sus orejas, demasiado grandes, era un hombre bastante guapo: pelo castaño claro, ojos verdes, pómulos marcados y piel muy blanca. Y no necesitaba dietista: poseía un cuerpo perfecto. 90-60-90 pero en hombre (desconozco la correspondencia). También americano, hablaba un fluido español con deje argentino. Cuando Jaime me lo presentó, me explicó que Rafael formaba parte del equipo de campaña del senador por Texas (quizás fuera Indiana, no retengo el dato), candidato a vicepresidente de los Estados Unidos. En ese momento me pregunté qué hacía un político como Scott cenando en nuestra casa. Obviamente, no lo mencioné.

La voz de Rafael era melódica, atractiva; la de JJ, grave y resonante. JJ hablaba mucho, sobre todo de JJ. Rafael era de otro estilo, pero habló lo suficiente para darme cuenta de que era un perfecto espécimen de esa raza formada por los abogados de bufetes con tamaño y solera. Inteligente, sin duda; correcto más que cortés; comunicativo pero interesado; jovial en apariencia pero de sangre fría; ingenioso, un punto mordaz. Ya saben, ese tipo de persona que se muestra encantadora y servil entre gente distinguida y potenciales donantes, que lo postergan por servilismo, y petulante y canalla con sus colaboradores, que lo desprecian con un punto de envidia en el fondo del alma. Tengo que decir que a mí no me miró al pasar (es algo que las mujeres percibimos aun de espaldas) y, con lo que me apretaba la falda, era casi exigido. No dije nada, pero rumié (y lo hice) ponerle poquísimo helado de chocolate junto a la fruta. Ya de paso, hice lo propio con JJ.

En fin, Jaime callaba y sonreía. Y yo, con la copa de La Guita en la mano, disfrutaba de la descripción del fascinante mundo de los interiores del poder de los poderes. Rafael nos contó algunas anécdotas de su trabajo. JJ, empeñado en llevarle la contraria, esgrimía razones y contraargumentos que lanzaba sobre él como si fueran dardos y buscara la diana. Acostumbrada a la arena jurídica, disfruté viendo cómo contorsionaba el cuerpo, pero sin llegar a despeinarse. Sin

duda era un buen abogado. Jaime quiso hacerme un guiño y mencionó mi costumbre de meterme en líos.

—En contiendas jurídicas curiosas, Lola puede contaros mil y una historias. Atrae todos los líos habidos y por haber —comentó—: traficantes de drogas, asesinos, contrabandistas de arte...

—No exageres, Jaime. Además, de historias curiosas, quienes más cosas tienen que contar son los abogados corporativos como Scott. Por cierto...

Dejé la frase inacabada al caer en la cuenta de que el changurro estaba en el horno. Miré el reloj. Me había despistado. No demasiado, apenas un par de minutos. Me puse en pie de un salto. En ese momento, la costura del forro de seda de la falda dio su primer aviso, que desoí.

—Queridos amigos, creo que ha llegado el momento de degustar mi merluza. Coged la copa si queréis seguir con este vino. Si preferís tinto...

Se apresuraron a levantarse.

—Este manzanilla es soberbio, querida Lola. Sin embargo, tu esposo nos ha prometido un Ribera del Duero —informó JJ—. Hay muchas cosas que celebrar...

Jaime se echó a reír.

—¡Cierto! Dos millones de razones, ¿verdad, Scott?

—¡Dos millones una razones, Jaime! Este es el año de tu marido, querida Lola. ¡Y qué año! —añadió JJ.

Los tres hombres intercambiaron una mirada cómplice.

—Voy a ausentarme un instante: debo ir a supervisar la cena. Pero en cuanto vuelva, no vais a poder libraros.

Aproveché para retirar la bandeja de los canapés. Ya en la cocina, me terminé los dos que quedaban, que eran iguales y estaban igual de buenos. Apagué el horno y regresé.

—¿Me lo contáis o jugamos a las adivinanzas?

—¡No te impacientes, te ponemos al día! Tu querido esposo es, desde esta mañana, firme candidato a recibir el Wolf. Jaime no solo está entre los finalistas, sino que encabeza la terna.

No salía de mi asombro. El Wolf es uno de los más prestigiosos premios a la investigación médica del mundo. Yo diría que el tercero, tras el Lasker y el Nobel. Lo otorga anualmente la Fundación del mismo nombre y yo no sospechaba que Jaime pudiera siquiera llegar a ser candidato.

—¡Pero eso es magnífico, Jaime! ¡Extraordinario! Espero de todo corazón que te lo concedan: sería la merecida recompensa a los esfuerzos de tantos años.

—¡Yo también lo espero, Lola, o me jubilaré! —coreó JJ.

Miré a mi marido extrañada.

—JJ es el presidente del jurado —me aclaró.

—Cierto, soy el presidente del jurado, Lola, y eso imprime carácter. Suelo contar con el apoyo de la mayoría de los miembros del comité, a los que, dicho sea de paso, he situado personalmente allí. Siempre pueden sobrevenir imponderables, pero no espero que ocurran, la verdad. De modo que saca ese Ribera y brindemos.

La forma casi servil en la que Jaime se comportó y el orgullo con el que se expresó el americano me disgustaron profundamente: hacían que el premio, más que un reconocimiento, pareciera una dádiva. Quizás porque me ha costado mucho llegar hasta donde estoy, el nepotismo me exaspera. Pero aún odio más a quienes se regodean en ejercerlo. No conocía al resto de los candidatos (¿habría cenado JJ en el domicilio de alguno de ellos?), pero estaba segura de que si Jaime, que cuenta ya con varios premios prestigiosos, se merecía un nuevo galardón era por el resultado de sus trabajos de investigación, no por dorar la píldora a un yanqui, por muy poderoso que fuera.

—¡Habrás que abrir al menos dos botellas, Jaime! Después de tantos miles de horas de trabajo sin un mísero duro de presupuesto, ese reconocimiento sabe a gloria —pinché.

—¿Sin un duro de presupuesto? No conozco el significado de esa expresión en castellano, pero, si quieres decir que trabaja sin medios, debes saber que hoy su cuenta de investigación ha aumentado en dos millones de dólares.

—¿Es la dotación económica del premio?

—No, querida mía. Los ha conseguido él solito de uno de mis donantes, y también donante de Scott.

Me puse en pie muy seria y me encaré con Jaime y sus invitados.

—Prometo solemnemente que no probaréis bocado ni cataréis una gota de caldo hasta que no me expliquéis qué os traéis entre manos.

JJ miró a Jaime, y ambos a Scott.

—De acuerdo, ya lo explico yo. Como eres una mujer muy educada, has omitido preguntar qué hace en tu casa un abogado que trabaja para el partido republicano y no sabe ni un solo término médico. —Ladeé la cabeza. Era cierto—. Pues he venido a traer un cheque de dos millones de dólares para uno de los proyectos de tu marido. Lo envían los señores Mujal, que Dios tenga en su gloria. —Se santiguó antes de añadir—: ¡Es una historia muy tierna, la verdad!

—¡Una historia que causé yo! —lo atajó JJ. El tío empezaba a caerme mal. Si no lograba ser el centro de todas las miradas, no estaba a gusto—. Verás, Lola: había organizado un pequeño simposio en la universidad, pero el ponente principal cogió paperas, así como suena: parotiditis. Mandé un SOS a tu marido, que además de ser un buen orador siempre tiene algo preparado. En veinticuatro

horas estaba en Nueva York disertando sobre mecanismos celulares en los procesos cancerígenos. ¡Un hacha! Iba a llevarlo a cenar a Le Bernardin, un local con un marisco estupendo, pero me tocó acudir a un cóctel para recaudar fondos para un senador republicano por Texas y él me acompañó.

—Mi senador —puntualizó Scott—. Los señores Mujal, un acaudalado matrimonio neoyorquino de ascendencia cubana, de quienes fui abogado, cedieron su casa para la ocasión. Debo decir que su *penthouse* del 785 de la Quinta Avenida, veinte habitaciones con magníficas vistas, es sencillamente maravilloso.

—¿Veinte habitaciones? ¿Llamáis a eso un apartamento?

Scott iba a contestarme, pero JJ de nuevo lo interrumpió:

—Sí en la Quinta Avenida, Lola. En fin, resumiendo, tu marido vio un piano e interpretó una habanera que enamoró a la señora Mujal y le soltó dos millones de dólares para el centro de investigación que dirige. ¿Cómo se llama, Jaime? ¡Nunca me acuerdo!

—CSIC: Centro Superior de Investigaciones Científicas.

—¡Cierto, CSIC! Bueno, a lo que iba: Scott ha venido a traerle la noticia y el cheque.

—¿Es eso cierto? —pregunté.

—En parte, sí. En efecto, paseando por el apartamento vi un piano situado junto a uno de los ventanales que miraban a Central Park, levanté la tapa y me puse a interpretar *Cubana* de Manuel de Falla. Una enérgica mano, huesuda y pecosa, que resultó ser la de la señor Mujal, se posó en mi hombro. Era una anciana adorable. Terminamos en su biblioteca, saboreando una copa de ron, hablando de lo divino y de lo humano. Y naturalmente, de Cuba. Me preguntó por mi familia y mi trabajo. Le hablé de ti y de los chicos, y le conté que dirigía un centro de investigación. No me dejó continuar. «Haré un contundente donativo cuando terminemos de hablar. Parece usted un buen hombre.»

JJ, que debía de tener hambre, porque no hacía más que interrumpir y meter prisa.

—Y ahora viene la anécdota, Lola. La señora Mujal murió aquella noche de un derrame cerebral. Jaime y yo asistimos al funeral que se celebró en la catedral católica de St. Patrick. Yo no hubiera ido, pero Jaime se empeñó. Al concluir la ceremonia, nos acercamos a presentar nuestras condolencias al señor Mujal. Y entonces tu marido se lució.

Esta vez fue Jaime quien lo interrumpió:

—Lo cierto es que me emocionó. Estaba verdaderamente compungido. No me conocía, pero al mencionar que era el doctor Garache, se le iluminó la mirada. Puso una de sus manos en mi hombro; con la otra, me sujetó el brazo y

mirándome fijamente a los ojos me dijo: «Mi esposa me habló ayer de usted. Me dijo que le había hecho recordar sus años de infancia y que le había hecho feliz: se lo agradezco. Yo me perdí su última noche haciendo política. ¡Nunca me lo perdonaré! Cincuenta y cinco años casados y le fallo en el último minuto».

JJ continuó:

—Tres semanas después de enterrar a su esposa, el señor Mujal se dejó morir. Leí en un diario las declaraciones del médico de la familia. Con el mismo tono que habría empleado para referirse a un glaucosarcoma, aseguró que su paciente había muerto de pena. Decía que, aunque la pena no es fisiopatológicamente una enfermedad, pasada una edad, en los matrimonios muy bien avenidos, los maridos no sobreviven a sus esposas aquejados por esa pena; no desean salir adelante y, simplemente, se apagan.

—Como puedes imaginar, Lolilla, tras este segundo fallecimiento, di por perdido el dinero prometido. Sin embargo, sin previo aviso, esta mañana JJ ha aparecido en el congreso acompañado por Rafael Scott con una nota, escrita en español y fechada en Nueva York, que adjuntaba un cheque para el CSIC. Lo había contemplado en su testamento. El importe del cheque es el doble de lo prometido: dos millones.

—¡Vaya historia! Pobre señores Mujal, me hubiera encantado conocerlos. Hay que abrir ese vino en su honor.

—Creo que les haremos justicia con este tinto: es un mágnam Pesquera gran reserva del 86. Lo tenía guardado para una ocasión especial, y esta sin duda lo es.

—Fue mejor cosecha la del 95, pero no está nada mal —opinó JJ.

Jaime disimuló lo mejor que pudo su disgusto y me explicó:

—No te había dicho, Lola, que JJ es un gran conocedor del mundo del vino. Es miembro honorífico de no sé cuántas sociedades de cata y producción.

—De vino, mujeres y arte nunca se sabe bastante —coreó el yanqui con grandes voces.

Yo, que prefiero no mezclar, cogí mi copa y los guie hasta al comedor.

La cena fue todo un éxito. La merluza y el changurro estaban en su punto; las fresas con el (poquito) helado de chocolate, absolutamente pecaminosas (iba a catar el helado, una cucharadita nada más, pero me lo tomé todo). Aunque JJ no perdió la ocasión de ilustrarnos sobre la estupenda cosecha del 95, alabaron el vino varias veces, de modo que, en efecto, debía ser excepcional. De haber sabido que quienes degustaban nuestros caldos se convertirían en una amenaza, lo habría cambiado por un cartoncito de Don Simón (en el supermercado, la segunda unidad estaba a mitad de precio). Pero entonces era materialmente imposible cuantificar la amenaza. Absolutamente imposible.

Para mi disgusto, hablábamos en español: no tengo demasiadas ocasiones de hacerlo en inglés. Sin embargo, nuestros invitados contaban con un aceptable castellano y les encantaba exhibirlo: Rafael por su ascendencia argentina; JJ porque su hospital, al que acuden muchos pacientes ricos latinoamericanos, ofrece servicios en castellano.

Terminada la cena, abandonamos el comedor y volvimos al salón. Jaime sacó un whisky que, según dijo, tenía reservado para ocasiones especiales, y del que yo nunca había oído hablar. Lo terminaron: Rafael con hielo y aguado; JJ y Jaime, seco. Teniendo en cuenta que a mí (y no se lo cuenten a mi dietista) lo que me gusta es el licor café, más dulce, y que eso fue lo que tomé, se pueden hacer una idea de que, cuando llamamos a un taxi, pasadas las tres de la madrugada, los dos americanos iban la mar de contentos.

Tengo alguna laguna entre el momento en que rasgaron el sello del impuesto de la botella de whisky y el instante en que nos despedimos en la puerta de casa. Sin embargo, no tengo mal beber. Quiero decir que mis lagunas no son como las de Ruidera, sino como esas pequeñas balsas que nacen entre las costas rocosas cuando baja la marea. En suma, hay detalles pequeños que he olvidado, pero recuerdo lo fundamental.

Y, por descontado, lo que no se me ha borrado de la mente, ni creo que lo pueda olvidar jamás, es el momento en que se terminó el hielo. En cuanto me percaté de ello, muy servicial, me incliné hacia delante, cogí la cubitera y me levanté para ir a la cocina a buscar más. Y entonces ocurrió. No hubo prolegómenos, exordios o introitos. No hubo un segundo aviso. Simplemente ocurrió. Al ponerme en pie, la falda talla S se partió en dos. No es que la cremallera cediera, que las costuras se estiraran o que el forro de seda no aguantara. No. Escuché el chillido del desgarró y de pronto mi pantorrilla quedó al descubierto. Ella también está a régimen y realmente lo necesita. Los caballeros cesaron su charla, JJ se colocó las gafas en la nariz para observar más de cerca y Jaime se llevó la mano a la boca. Yo, bueno, aquello me descolocó completamente. Al intentar cubrirme, torpemente golpeé la muñeca con el brazo del sofá y el cierre de la pulsera de monedas de oro cedió, cayendo al suelo. Yo no me di cuenta. Me ausenté a toda prisa y, cuando regresé, con un elegante (y soso) vestido negro *evasé* de mi talla y un tono rosado en las mejillas que nada tenía que ver con el colorete, los encontré examinando la pulsera.

JJ se puso en pie, me sonrió y me tendió la joya. Pero, antes de soltarla, me sometió a una nada disimulada inspección. De arriba abajo, de derecha a izquierda, ojos, cabeza, hígado y casi corazón. Tras ella, emanó un gesto minúsculo de desprecio, una nota desafinada, que enseguida nos devolvió al dicharachero americano de abdomen grueso y camisa pequeña.

—Tu pulsera es una verdadera joya, Lola.

—Creo que es la primera vez que me la pongo. Procede de la familia de Jaime.

—Pues proceda de donde proceda, un coleccionista pagaría por ella una pequeña fortuna. A su peso en oro se le suma el valor de las monedas: son de la época del káiser Guillermo y de Otto Bismarck.

Sonreí. Él también. Mi conocimiento acerca de la historia, salvo quizás la de Euskadi, es deficiente. En aquel instante estaba procesando las fechas.

—¿Hablas alemán, Lola? —me interrogó Rafael.

Negué con la cabeza.

—¿Alemán? ¡Dios mío, no! Inglés y castellano. Y me defiendo con el francés. Pero Jaime lo habla perfectamente: es casi nativo.

—¿Tienes ascendencia alemana? —indagó JJ.

—¡No, no! Nada de ascendencia alemana. Mi familia es navarra de pura cepa, casi desde Adán. Lo que ocurre es que procedo de una familia repleta de ingenieros. Para un ingeniero de aquella época, probablemente también de hoy, Alemania era el paraíso. Mi tío abuelo Gustavo llegó a ser responsable de una compañía que fabricaba calentadores de agua de gas que, más tarde, fue

adquirida por Robert Bosch, el fabricante de electrodomésticos. Él se ocupó de que a todos los varones de la familia nos enviaran a Alemania para aprender el idioma y ser educados en sus recios valores. Yo no fui una excepción: con doce añitos, pasé un curso completo en un internado. Toda una experiencia. ¡Aún conservo mi colección de armónicas Hohner! A la Piccolo y a las Chrometta 8 y 12 puedo seguir sacándoles sonos de gloria... ¡O más bien a juventud! Cuando me decanté por la medicina, me enviaron a la Universidad de Lübeck, al norte de Alemania, donde había una escuela muy reconocida. Pero yo quería ir a los Estados Unidos. Tardé en convencerlos, porque mis padres, sobre todo mi madre, eran muy germanófilos, pero lo logré. No es por halagar vuestros oídos, pero, en medicina, los americanos no tenéis parangón.

Scott levantó la copa.

—En eso tienes mucha razón.

JJ parecía ajeno a nuestra conversación. Seguía encelado en la pulsera. Se colocó de nuevo las gafas en el tabique nasal. Las llevaba colgadas en el pecho, sujetas por un cordón marrón chocolate. Y alargó la mano para que le tendiera la pulsera, cosa que hice algo extrañada.

—Tiene una inscripción, Jaime.

Jaime extendió la mano.

—Déjame ver. —Mi marido examinó la pulsera y leyó en voz alta—: Esther Rosenberg. Bamberg. 17-10-1917. Pues tienes razón. Conozco Bamberg, es una preciosa ciudad alemana a orillas del río Regnitz. Asistí allí a la boda de un colega. Una catedral magnífica, entre las mejores de Baviera. Por lo que respecta a la pulsera, no tengo idea de su procedencia. Supongo que mis padres la adquirirían en alguna subasta. Como ambos han fallecido, no pueden sacarnos de dudas.

—¿Tu familia era amante de las antigüedades?

—No especialmente —respondió.

Tercié enseguida:

—Él nunca lo confesará, pero yo sí: mi suegra sentía debilidad por las joyas. Por todas y cada una de las joyas. Hasta se hizo confeccionar una réplica de la tiara que lució la reina Fabiola en su primer viaje a España, tal y como había visto en una revista, aunque nunca tuvo ocasión de lucirla.

—¿Y vosotros? —intervino Rafael.

Jaime volvió la mirada hacia mí y me sonrió. Respondí con sinceridad:

—A mí no me gustan las joyas; si llevo esta hoy es por pura casualidad. O más bien, fatalidad. Lo que a mí me gusta es la pintura y la fotografía. —Omití lo de las rebajas y los estrenos porque no venía a cuento—. No es que tengamos una gran pinacoteca, pero en nuestro último aniversario Jaime y yo adquirimos

un pequeño Miró. No habíamos previsto regalarnos nada. Se trató de una casualidad y de un amor a primera vista. Casi por obligación, acudimos a una exposición organizada por un amigo de un amigo al que no le habían ido demasiado bien las cosas y se había visto forzado a poner en venta su pinacoteca. Nuestra intención era hacer acto de presencia y salir de allí con las manos vacías y una sonrisa compasiva, pero el pequeño Miró y su ajustado precio nos cautivaron de tal modo que nos dejamos llevar por el corazón.

—Miró suele adquirirse así, por un impulso inconcebible. Por un pronto. Pura metáfora —sentenció JJ.

—¿Os gustaría verlo? —sugirió Jaime.

—No hace falta... —rezongué. De hecho, me resistí todo lo que pude. Pero cuando Jaime bebe suele ponerse cabezón, y no me quedó otro remedio.

Tras dejar la pulsera sobre la mesa del salón, y seguidos por nuestros invitados, nos trasladamos a mi estudio, que es donde está colgado el cuadro. Yo no iba nada contenta. Me encanta ese cuadro, y me encanta enseñarlo, pero habiendo escuchado el comentario de que JJ era un enterado en arte, hubiese preferido declinar.

Desde que lo compramos, albergamos dudas. Definitivamente, nos había salido demasiado barato. Cierto es que disponíamos de un certificado de autenticidad, pero ¡son tan fáciles de falsificar! Cuando compras un cuadro porque te gusta no piensas en venderlo. Te desprendes de él cuando tienes una necesidad y eso suele ocurrir pasado el tiempo, que es cuando te enteras de lo que ha pasado. En dos palabras, que cabía la posibilidad de que fuera falso. De ser así, prefería no saberlo. Total, ya lo habíamos pagado y el vendedor, además de conocido, estaba en la ruina. ¿Para qué indagar?

Pero Jaime se empeñó en enseñarlo, y yo no encontré modo de quitarle la idea de la cabeza. De modo que plantados en mitad de mi despacho, con los vasos en la mano, les mostramos nuestra nueva propiedad con un matiz de orgullo en el gesto. JJ elevó el mentón, dedicó unos instantes al cuadro y sonrió. Una sonrisa forzada más que cómplice. Me maldije a mí misma y a la persona que nos había invitado a aquella peculiar subasta: el gesto reavivaba nuestras sospechas. En realidad, aún no lo sabemos y espero no averiguarlo nunca. Prefiero seguir pensando que nuestro Miró es un Miró, y no un «Mira esos pardillos».

Vuelvo al caso, que siempre que el Miró sale a colación me distraigo.

JJ no prestó demasiada atención a nuestro autorregalo de aniversario. Sin embargo, desde que llegamos al estudio, no arrancó la mirada de otro cuadro situado justo enfrente de nuestra *auténtica* joya.

Un foco halógeno baña desde el techo esa pintura con su luz impasible, enfatizando la riqueza cromática de la tabla; su mejor valor, a mi juicio. El resto,

la verdad, nunca me pareció gran cosa, y no porque fuera una mala copia de una de las odaliscas de Matisse, sino por lo que irradiaba la imagen de aquella chica medio desnuda tumbada en el suelo embaldosado de lo que parecía ser una cocina. Se suponía que la pintura debía transmitir un cierto erotismo, pero a mí aquella mujer de pantalón abombado rojo, tirando a gruesa, con una mano bajo la cabeza y otra rozándose el pecho desnudo, más que insinuarse me parecía que se estaba preparando para una mamografía. Aunque no hay que hacerme mucho caso: ni Matisse ni las mamografías son santos de mi devoción.

—¡Por favor!, ¿cómo no me habéis dicho que teníais un Matisse? — exclamó JJ con voz pasmada.

Jaime y yo nos miramos extrañados.

—Copia de un Matisse —aclaró Jaime—. Como la pulsera, procede de la herencia familiar. Ha estado años en el trastero de la casa de mis padres, hasta que un día vinieron a cenar y nos lo regalaron. Lo tenemos colgado en su recuerdo, aunque parece una reproducción bastante burda.

JJ no pareció convencido. Se alejó unos pasos y observó la pintura en perspectiva para, de inmediato, volver a acercarse con las gafas sujetas en la punta de la nariz. Permaneció luego un rato con la mirada fija, inquisitiva, en esa posición. Contemplaba la tabla con el detenimiento de un marchante, con la codicia de un goloso ante el escaparate de una pastelería. Lo hizo durante un rato que se me antojó larguísimo y que, en todo caso, excedió ampliamente a la simple cortesía. Comentó después los rasgos de la cara de la mujer (tres toscas líneas, en realidad); los volúmenes redondeados y escurridizos; la fuerza de los tonos azulados de las losetas del suelo, en vivo contraste con el ocre apagado de la piel de la chica y el color rojo del pantalón. Hasta mencionó la total ausencia de vello en el cuerpo de la mujer.

—¡Mamografías y depilación: lo último en arte! —susurré a Jaime bastante enfadada.

¿Qué quieren que les diga?, creo que el comentario era atinado. La pintura heredada de mi familia política no correspondía a una tabla del siglo XVI ni a una Madonna renacentista. Era un cuadro feo y falto de elegancia, que además transmitía una sensación de soledad que rivalizaba con la intensa frialdad de las losetas del suelo. Por eso estaba en una esquina poco frecuentada. Y de no haber sido por mi suegra, estaría en el trastero.

Me acerqué a Jaime y le di un codazo. No alcanzaba a comprender por qué JJ se ocupaba de aquella birria y despreciaba nuestro precioso Miró. Pero era exactamente lo que ocurría. Ustedes no pueden verlo, porque las letras no transmiten olores ni colores, pero cuando la luz entra en el despacho por las mañanas y se detiene en nuestra pequeña pintura resulta verdaderamente

magnífica. El otro... No digo que sea feo, que lo es. Viejo más que antiguo y rococó como mi suegra. No sé cuál es su valor económico, para mí no tiene ninguno. Sin embargo, el americano estaba fascinado. Tanto que rozaba la mala educación. Le disculpé pensando que estaba ebrio. Por no decir que estaba como una cuba.

Después de un rato, Scott perdió la fascinación inicial. No así JJ. Me fijé en él. Se había llevado la mano a la boca cubriéndola parcialmente.

—¿Qué te interesa tanto de esa pintura? No sé, yo no le veo la gracia —le pregunté.

Pareció no hacerme caso, pero, tras unos instantes, emitió una especie de chasquido con la lengua y sentenció:

—No está firmado, eso es cierto, pero diría que cuenta con la mayor parte de los ingredientes. Es posible, sí, muy posible. Aunque, como decís, bien podría ser una copia. ¿Me permitís que tome unas fotografías? Así podré averiguar dónde está el original y salir de dudas. ¡Imaginad que tenéis una pintura valiosísima y no lo sabéis!

Guardo la imagen de JJ enfocando desde distintos ángulos el cuadro con su teléfono móvil, y Jaime y yo, en medio de la habitación, como convidados de piedra. Él estaba agitado, expectante. Yo intentaba sonreír, lo que lograba a duras penas.

Debo precisar que no hizo ni una mínima instantánea, ni dirigió una sola vez su objetivo hacia el Miró. Su ojo artístico, experto, obvió su existencia. Tras fotografiar el supuesto Matisse, con aire satisfecho recuperó su vaso de whisky y volvimos al salón. Aún se quedaron un rato más.

—Gracias por una cena magnífica, Lola —se despidió Scott.

—¡Hasta el estriptis ha sido gracioso! Original, al menos —bromeó JJ.

Comprendo que andaba muy subido de alcohol, pero me sentó como una patada en el estómago.

—Una gran cena, Lola, gracias por prepararla con tanto mimo.

—De haber tenido más tiempo, hubiera cocinado yo misma. Además, la ocasión lo merecía. ¡Es fantástico! ¡El Premio Wolf! Estoy emocionada y también muy enfadada. ¿Cómo no me habías hablado de nada de esto? ¿A qué esperabas para contármelo?

—No te enfades, Lolilla. Ha sido todo muy repentino.

—¿Repentino?, ¿y lo de la señora Mujal?

Se encogió de hombros.

—No se me ocurrió.

—Voy a apuntarme en la agenda que mañana debo enfadarme contigo. Pero hoy es día de celebración. Me alegro muchísimo. Voy a enviar un wasap a los chicos. ¡Se van a sentir muy orgullosos!

—No les digas nada, Lolilla. JJ tiene razón: está todo hecho, pero casi prefiero esperar a tener la nominación para decírselo a nadie. ¿Te importa? Serán solo unos días.

—Y el dinero, ¿te lo han dado ya?

—Quedan unos trámites. Las transferencias internacionales suelen tardar. ¿Y qué te han parecido los yanquis?

—¿Quieres la verdad o la versión políticamente correcta?

—¡Miedo me das!

—Vale, seré políticamente correcta: lo he pasado bien. Gente interesante. El tal JJ parecía un miradísimo diablo, y Scott..., bueno, me ha extrañado que no me mirara el... Claro que podían haber traído una cajita de bombones o unas florecillas, es lo que suele hacerse, pero...

—¡Han traído un cheque de dos millones de dólares, Lola!

—Te lo han traído a ti. No tiene importancia. Será que en Europa somos muy cumplidos. Por cierto, ¿has visto cómo miraba tu amigo el Miró? ¿Crees que es falso?

Jaime se encogió de hombros.

—¿Y qué nos quita o nos pone que lo sea? Es mejor no pensar en ello.

—Tienes razón. Es tarde. ¿Recogemos mañana?

—De acuerdo.

Me acerqué al salón para recuperar la pulsera. Miré por todas partes, pero no la encontré. Jaime estaba en cuclillas ante la chimenea. Con el atizador quebraba los últimos rescoldos.

—Jaime, iba a guardar la pulsera en la caja fuerte, pero no la encuentro. ¿La tienes tú?

—No, la última vez que la vi estaba sobre la mesa. ¿No te la habrás metido en algún bolsillo?

—No, recuerdo que la dejé allí cuando fuimos a ver el cuadro. Pero ya no está.

—Pues tenemos duendes, o nuestro desorden se incrementa proporcionalmente a la ingesta de alcohol. No se me ocurren más explicaciones.

Levanté los brazos.

—¿No se te ocurren más explicaciones? ¡Ja! Pues a mí sí: tus amigos son unos chorizos. Si te soy sincera, y esta no es la versión políticamente correcta, no me ha gustado mucho ese tío, Jaime.

—¿Cuál de ellos?

Lo pensé unos instantes.

—Ninguno de los dos. El argentino era muy argentino, ya me entiendes: chuleta y vendedor. Pero el yanqui, el pobre, tenía tal complejo de superioridad que supongo que estará divorciado lo menos un par de veces.

—¡Pero qué meiga estás hecha!

—¿Dos veces o tres?

—Dos divorcios. Es judío, no sé cómo ven ellos estas cosas. Y según tu bola de cristal, ¿quién te ha robado la pulsera?

—Apostaría por JJ.

Jaime se puso muy serio. Cuando adopta ese gesto, me recuerda a mi padre. Grave, tieso, hombre: pura autoridad.

—Cuando mañana aparezca en no sé qué bolsillo de no sé qué falda de rebajas, te va a tocar mandarle un *email* disculpándote. No se pueden emitir juicios temerarios tan alegremente, Lola.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo que si estoy seguro? ¡Por supuesto que sí, totalmente!

—¡Vale, lo siento! Tienes razón. No parece muy lógico, aunque he oído que hay muchos ricos cleptómanos... —Me lanzó una mirada asesina—. ¡Lo retiro! Era una broma.

—Mañana aparecerá en el sitio más insospechado.
—Cuando aparezca, voy a llevarla a un anticuario para que nos la tase.
¿Qué opinas?
—Opino que hemos bebido demasiado y que deberíamos irnos a la cama.
—Estaba a mi espalda. Noté de pronto su abrazo de oso—. ¿A la tuya o a la mía?
—Cada uno a la suya y Dios a la de todos, como decía tu querida madre —
respondí mientras trataba sin convicción de desembarazarme de sus musculosos
brazos.
—De acuerdo, mejor en la tuya. —Estiró el brazo.
—¡Eh, sin tocar! Hago estriptis de cuando en cuando, pero no soy una chica
fácil, ¿qué te has creído?
—Yo soy extremadamente fácil, Lola. Toca donde quieras...

El siguiente fue un día gélido, el primero de una larguísima cadena. Sin embargo, la niebla se disipó. El aeropuerto retomó su actividad habitual, los americanos regresaron a su país, yo al Tribunal y Jaime a los dictados de su agenda: un viaje a Barcelona y allí varias reuniones con grupos de investigación.

Tenía ya el maletín en la mano, pero, antes de salir de casa, volví a recordárselo:

—He mirado por todas partes y no la encuentro.
—¿Qué no encuentras?
—La pulsera.
—¡Qué cosa tan rara!
Lo era. Debo decir que, a fecha de hoy, no la hemos recuperado.

Un par de semanas después de aquella cena, me hallaba sentada en el despacho del Tribunal, con la mente y el cuerpo metidos en un expediente complejo (¡cuál no lo es!). Sobre la mesa, al alcance de la mano, tenía el móvil. Había sonado en dos ocasiones: una procedía de la Fiscalía; la segunda, de la tintorería: no lograban quitar la mancha de barra de labios de mi pañuelo de seda y me preguntaban si podían mojarlo. Obviamente, les dije que no. Pocos minutos después de las diez, el estridente sonido del teléfono volvió a sobresaltarme. Me recosté en el sillón giratorio, me deshice de las gafas de lectura y respondí con cierta dejadez.

—¿Es usted la señora Garache?

—En realidad, me llamo Lola MacHor. Garache es el apellido de mi esposo. Él se vale por su cuenta. Y yo también.

—Como quiera, señora Garache —me respondió una voz ronca pintada con un tono de irritación—. Trabajo para la seguridad de la urbanización y...

—¿Seguridad? ¿Le ha ocurrido algo a mi marido?

—¿A su marido? No, que yo sepa. Le llamamos por su casa: siento informarla de que persona o personas desconocidas han entrado en su vivienda. Hemos avisado a la Policía. Están al llegar. Me he permitido el lujo de asomar el hocico y echar un vistazo, y por eso le digo que no parece que hayan sustraído gran cosa. Todo está aparentemente en orden. Pero la puerta está abierta. Aunque no ha sonado la alarma.

—¿Se han llevado el Miró?

—¿Se refiere a un cuadro con manchas negras?

Me quedé pensativa. Yo no lo hubiera descrito así.

—El mismo, sí.

—Pues no. Sigue colgado.

—¿Y los altavoces? —pregunté.

En cuanto escuché la palabra «robo», después de nuestro cuadro, fue la pareja de altavoces lo primero que me vino a la cabeza. Mucho antes que las dichas joyas o la plata. Es una de esas cosas que hubiera sentido perder. A Jaime le encantan. Su forma y su sonido le recuerdan a su infancia. Uno de sus tíos, de nombre Sandalio, ejerció de organista mayor de la catedral de Pamplona durante décadas. Acostumbraba a llevarlo con él cuando ensayaba. Supongo que albergaba la esperanza de que siguiera sus pasos y entrara en el seminario. No lo consiguió, pero lo dejó enganchado al órgano. Cuando vio los altavoces en el escaparate de la tienda de Gran Vía, lo vi como transportado a su infancia. Los fuimos a admirar en innumerables ocasiones y finalmente se los regalé por su cumpleaños, aunque eran completamente prohibitivos.

—¿Unas cosas que parecen palillos gruesos?

—Tubos, parecen tubos de órgano...

—Si usted lo dice... A mí me parecen palillos. Por ellos no se preocupe: siguen en su sitio. ¿Quién querría llevarse una birria como esa?

—¡Qué alivio! —respondí.

Recogí mis cosas y me dirigí a casa, no sin antes avisar a Jaime, que formuló las mismas preguntas que yo acababa de hacer. No había tráfico y llegué enseguida. La Policía ya estaba allí.

No sé cuánto tiempo tardará el trabajo de nuestros equipos forenses en parecerse al que pintan las series de televisión, de las que nos separan si no años luz, al menos sí «semanas luz». Lo que sé, y resulta de justicia reconocerlo, es que en muy poco tiempo, apenas en una década, y a rebufo del avance de la digitalización, han progresado tanto que ni se los reconoce. A veces les lleva tiempo, pero hoy hay pocas probabilidades de que un crimen, un robo o cualquier otro acto delictivo permanezca largo tiempo sin resolver.

Vaya por delante, por tanto, mi respeto. Pero, en lo que se refiere a nuestra casa, no se tomaron la tarea con demasiada pasión. Peinaron la escena siguiendo el protocolo, no lo niego, pero con poco interés. En otras palabras, que echaron el vistazo protocolario y comprobaron que no había restos aparentes: el ladrón no había dejado una colilla junto a la caja fuerte; no se le caía el pelo ni había olvidado la cartera encima de la mesilla. Tomaron huellas en el jardín, en los alrededores y en la casa, comprobaron las cámaras y se marcharon.

No esperaba que los forenses peinaran la escena hasta el punto de buscar restos de ADN, al fin y al cabo, se trataba de un robo pequeño y extraño, pero esperaba algo más.

—Un robo curioso, señora. Me dicen que es usted jueza, ¿tenía algún expediente comprometido en casa?

—No, agente. Obviamente, no guardo expedientes en casa. Todos los expedientes son comprometidos y secretos.

—Quizás no lo supieran...

—¿Y por qué cree que buscaban uno de mis expedientes?

—Es obvio: no ha habido saqueo, expolio, desvalijamiento ni nada parecido. No han sustraído la televisión, un modelo relativamente nuevo; ni los altavoces, que valen dinero; ni los candelabros de plata ni sus joyas. Y dadas las circunstancias...

En eso tenía mucha razón. Heredé los candelabros de mi abuela: son feos pero macizos y fáciles de empeñar. Además, los ladrones, fueran quienes fueran, se habían tomado la molestia de abrir la caja fuerte, pero no habían tocado su contenido. Las joyas, todas ellas, incluidas las pulseras heredadas de mi suegra (a excepción de la perdida), seguían allí.

El policía continuó con su argumentación:

—De haber asaltado yo la casa, hubiera arramplado con el ordenador del despacho. La tecnología me apasiona. Tienen ustedes un buen *bicho*. No llega a ser un Watson, pero dispone de una tarjeta que permite ejecutar juegos en realidad virtual sin necesidad de despeinarse. De ser el ladrón, me lo habría llevado junto a las joyas. Pero este es un ladrón muy especial: desconectó la alarma, cegó las cámaras, entró y no se llevó nada. ¿No le parece raro?

—Pues sí, agente, me parece rarísimo.

Puso los brazos en jarras, me echó un largo vistazo y dijo:

—Señora, con todo respeto, ¿por qué no es usted buena y echa otro vistazo a la caja fuerte del despacho, por favor? Tiene que faltar algo.

Me molestó su retintín, pero no repliqué porque tenía razón. Y acompañada por este agente y su ayudante, un tipo ceñudo que no abrió la boca ni para suspirar, acudimos de nuevo al estudio. Mientras comprobaba por tercera vez el contenido de la caja fuerte, el adusto agente se paseaba por la sala.

Finalmente, nos regaló una frase en una voz aguardentosa:

—Señora, ¿puede decirme si había aquí algo colgado? Lo digo porque queda una marca oscura en la pared.

Me di la vuelta y miré en la dirección que me indicaba: el maldito cuadro de la mamografía había desaparecido.

Como digo, tuvimos suerte: los altavoces seguían en su sitio y el Miró también. Lo único que se llevaron fue el cuadro. ¡Ese cuadro! La pintura llevaba años relegada al olvido en esa pared lateral. De no haber sido por aquella señora que vino a hacernos una limpieza general de las cortinas, ni la hubiéramos recordado. Era una mujer muy religiosa y cubría la pintura con un paño blanco para no ver la descastada figura. De no ser por JJ, no hubiéramos reparado en él.

Cuando por fin llegó Jaime, no daba crédito.

—¿Que solo se han llevado la copia del Matisse? ¿Por qué?

Ni la Policía ni yo supimos responder.

Mientras Jaime localizaba al cerrajero de emergencias que cubría nuestro seguro de hogar, yo me acerqué al puesto de la Guardia Civil de Majadahonda para formular la correspondiente denuncia.

Yendo de visita, sin prisa, con el ánimo de quien se sienta ante la pantalla del televisor y descubre un reportaje curioso en La 2, los puestos de la Guardia Civil pueden resultar sitios divertidos, amén de curiosos. No diré que los tipos humanos que por allí deambulan son tan peculiares como los habitantes de las profundidades marinas, pero desde luego tampoco se asemejan a animales de granja. Al menos, son singulares, curiosos, extravagantes o variopintos. Cuando entré, el ruido era el de una colmena con varias abejas reinas. Había niños corriendo en todas direcciones y mujeres con largas faldas gritando desafortadamente. Se chillaban entre ellas, aunque parecían primas hermanas; los hombres, que cada pocos minutos salían a fumar a la calle para luego entrar de nuevo y reunirse con el resto de sus congéneres, estaban congregados alrededor de dos sillas ocupadas por sendos ancianos. Por lo que pude captar de sus conversaciones, a lo largo de la hora y media que pasé sentada en una silla de plástico, equidistante de las de los dos patriarcas, en el patio de una escuela cercana un niño perteneciente a uno de los clanes había golpeado a otro del rival, saliendo el primero mal parado de la pelea. Una de aquellas mujeres se acercó a la máquina de café y metió una moneda. Regresó con el vaso de cartón en la mano, pero en vez de acercárselo a los labios, lo lanzó a la cara de otra señora de larga cabellera negra que se lamentaba a grandes voces mientras abrazaba a un chavalillo que tenía la cabeza vendada. Entonces llegó el rock duro. Curiosamente, me benefició: con tal de quitarme de en medio, me atendieron de inmediato. Pasé la siguiente media hora facilitando datos de los que, tengo por seguro, ya disponían, a un tipo con úlcera de estómago. Quizás solo le hubiera dejado su mujer o le acabaran de denegar un traslado. Fuera como fuese, tenía las pulgas de un estómago ulceroso y, por lo que parecía, la tenía tomada con las mujeres, ya saben, con nosotras y nuestra ristra de pecados femeninos. El problema fue que yo conocía el protocolo y él pretendió saltárselo. Sentí la tentación de ponerme en jarras y desenfundar mi móvil: un arma letal. Podría haber llamado a su jefe, al jefe de su jefe y hasta al general al mando. Pero no era eso lo que, en el fondo de mi corazón, quería: habría incurrido en un abuso de poder. De libro. Aquel guardia estaba haciendo mal su trabajo, pero yo no iba a hacer mal el mío. De modo que sonreí y me armé de paciencia.

—Hemos empezado mal, teniente. ¿Recapitulamos?

—¿Qué quiere decir con que hemos empezado mal?

—En primer lugar, han contaminado el escenario de mil modos...

—¿Escenario? ¡Por Dios, señora mía, vaya a su casa y mire: estaba todo!

—Todo no, falta un cuadro. Y se trata de un allanamiento. Teniendo en cuenta a lo que me dedico, eso es, en sí mismo, un problema.

—Pues es un problema insoluble: los de la Científica no han hallado absolutamente nada. Nada. Huellas no hay: ni dactilares, ni de neumáticos, ni de calzado. Tampoco hay restos. Los intrusos han limpiado bien antes de irse. Y aunque hay varias cámaras alrededor de su casa que podrían haber capturado la entrada de los ladrones, las grabaciones tampoco han servido de nada: los objetivos habían sido rociados con una solución opaca que ha impedido que captáramos una sola cara. Todo muy profesional..., en apariencia.

Le vi torcer el gesto. Entonces me di cuenta.

—Teniente, no lo he mencionado, pero no teníamos asegurado ese cuadro. Lo que quiero decir es que no ganamos nada con su desaparición.

Se frotó el mentón. Una barba canosa empezaba a colonizarlo.

—¿Carecen de seguro?

—No hemos montado una pantomima para cobrar una indemnización, si es lo que insinúa.

—Pues es curioso, sí. Parece obra de un profesional. En fin, señora, ya ve cómo estamos. Me temo que no podemos hacer nada más. Como usted sabe de estas cosas, no haría falta que le explicara cómo va esto. Pero, según el plan de calidad que nos ha impuesto el nuevo jefe, debo informarla sobre el procedimiento y el *timing*, que es como llaman ahora a los meses o años que usted va a tardar en saber algo del caso. La cosa va mayormente así: mandamos su denuncia al juzgado que corresponde al partido judicial de su domicilio. El juez decano, según el turno de reparto, en cuatro o cinco días se lo asignará a un juez que sumará este expediente a los otros que tenga sobre la mesa. Como seguro tiene la mesa vacía y está completamente desocupado, la llamará enseguida y dedicará todos sus recursos a encontrar su pintura.

—Quiere usted decirme que espere sentada...

—Salvo que tenga hemorroides y no le convenga la posición, es preferible. Están desbordados.

Diez días después de estos hechos, sufrimos un nuevo allanamiento. Y la escena se repitió, esta vez con otro agente más simpático. En esta ocasión, yo estaba en una toma de declaración y fue Jaime el que acudió. Me lo contó aquella misma tarde. Se trataba del mismo *modus operandi*: los ladrones habían desconectado las cámaras, abierto con una ganzúa la cerradura de la puerta de la cocina, la que da al jardín, cerradura que habíamos cambiado quince días antes, y entrado sin ser vistos. No habían tocado los Bang & Olufsen, ni el ordenador de Jaime ni los candelabros de plata. De nuevo, habían asaltado la caja fuerte, aunque todas las joyas seguían intactas en su interior. Se habían limitado a descolgar el Miró y a colocarlo en el suelo, bajo el clavo, huérfano desde el anterior robo.

No habían dejado rastro. Pese a no haber estado presente mientras los miembros de la Policía Científica peinaban mi despacho, doy por hecho que, de haber habido algo, ellos lo habrían detectado.

—Es rarísimo. No lo entiendo. ¿Qué es lo que quieren demostrar, que nuestra seguridad es manifiestamente mejorable? ¿Que debemos cambiar de compañía?

—No estaría de más —respondió Jaime lacónico.

—¿Y por qué razón desplazan el Miró?

—No tengo ni idea, Lola. Ni idea.

—¡Pues tenemos que averiguarlo, porque no hay dos sin tres! Esa gente está buscando algo. Desgraciadamente, mi trabajo me hace codearme con personas, digamos, extrañas. Será mejor que descubramos qué buscan antes de que ocurra algo peor. ¿No crees? —No me contestó—. ¡Jaime, tío, que te estoy hablando!

—Disculpa, tengo la cabeza en otro lado. Mañana salgo de viaje y aún tengo muchas cosas que preparar.

—¿De viaje? No lo sabía, ¿adónde vas?

—A Nueva York. Ir y volver. Dos días, a lo sumo.

—¡Pero si mañana tenemos el concierto benéfico en la embajada de Italia! Habíamos dicho a Antonio que iríamos a escucharlo cantar.

—Lo siento, no me ha quedado más remedio que aceptar...

En ese momento sonó el timbre. Me extrañó, no esperábamos a nadie. Me levanté y pulsé el botón del interfono.

—¿Quién es?

—Señoría, soy el comandante Gonzálvez. Unidad Central Operativa, Guardia Civil. Disculpe que me presente a estas horas de la tarde. Me han pedido que venga a verle sin demora. Creo que han sufrido un nuevo allanamiento...

—¡Naturalmente! Ahora mismo le abro, comandante.

Levanté la voz y, sin ningún tinte de emoción, informé a Jaime de que teníamos visita. Él, con el mismo volumen pero en un tono de voz sin duda crispado, me respondió que dejara el teatro y no se me ocurriera darle más importancia de la que tenía. Su exabrupto llamó mi atención, y no pude menos que replicar:

—¿Pero qué te ocurre?

Y sin más dilación, pulsé la clavija. Escuché el chasquido y luego el chirrido de la puerta, que me recordó que había que engrasarla. El comandante había aparcado su VW Polo de color blanco en la puerta de casa. Lo observé mientras se acercaba.

Gonzalo González es un hombre joven, calculo que treinta y tantos, con la planta de un atleta: delgado, metro ochenta pasados, de cara angulosa y pómulos marcados. Posee unos ojos grandes y una sonrisa franca. Ese día llevaba el cabello, de un castaño claro, bastante corto en la nuca y algo más largo en el resto.

—Un placer, señoría. Disculpe que venga de esta guisa: estoy de vacaciones. En realidad, de baja por paternidad —susurró señalando su vestimenta: jersey de pico y chinos, no recuerdo bien los colores—. ¿Dispone de unos minutos?

—¡Naturalmente, comandante! Pase, por favor. Siento haberle chafado el día. ¿Es su primer hijo?

—Sí, un varón. Nació hace dieciséis días. Mi esposa se portó como una campeona. Le está costando un poco, porque le da por comer cada dos horas, pero lo lograremos. ¿Tiene usted hijos, señoría?

—¡Cinco! ¡Y nietos! Dos y otro en camino. Seguro que serán unos padres estupendos. No es tan difícil: sentido común, huir de la perfección y un poco de suerte. Pero pase, por favor. Espero no entretenerle mucho. En este momento, Jaime... —Me volví para presentárselo, pero ya no estaba allí. Me sobrepuse como pude y añadí—: Mi marido y yo estábamos comentando lo sucedido. ¿Le apetece tomar un café, un refresco?

—No se moleste. Gracias.

Lo acompañé hasta el cuarto de estar y le presenté a Jaime, que se había quedado junto a la chimenea. Se estrecharon las manos y nos sentamos ante el fuego. Naturalmente, yo pasé a segunda fila. Se olieron.

Mi paciencia es escasa; nula, en realidad. Sin embargo, y pese a ser una de las mayores incertidumbres a las que una mujer se enfrenta, nunca había necesitado hacerme un test de gestación. En cada ocasión, supe que estaba embarazada porque, de pronto, se me desarrollaba desafortunadamente el sentido

del olfato. Lo olía todo. Por pequeño que fuera el rastro, lo olía. No soy la única: muchas mujeres, en esos felices meses en que un delicioso y extraño ser te acompañaba a todas partes, se vuelven temporalmente sabuesos.

Quizás no lo sepan, pero, olfateándose, los perros no solo averiguan el género de su semejante, su estado de ánimo o lo último que han comido: se hacen una idea de si pueden o no fiarse de él. A mí nunca, ni siquiera embarazada, se me ha ocurrido olfatear las secreciones del trasero del fiscal o de los corruptos, carteristas o asesinos de turno, aunque estoy segura de que, como los canes, de esa inspección hubiera obtenido sobrada información.

Los humanos, en general, no tenemos la capacidad de dialogar con los humores de nuestros vecinos, lo cual no deja de ser una higiénica pena: sería divertido. Sobre todo en el Congreso de los Diputados. O en los aeropuertos. Sin embargo, estoy convencida de que si soltamos en medio de una plaza repleta de gente a media docena de corredores de maratón, terminarían juntos. No sé cómo lo hacen, pero sospecho que discretamente se olfatean. Se miran, respiran profundamente, captan lo que sea que haya que captar y piensan: este es de los míos. Y aciertan.

Jaime y González, que yo sepa, no disponen de órgano de Jacobson como los perros, pero de inmediato se identificaron.

—¿Maratón?

—Media maratón: acabo de ser padre y no dispongo de tanto tiempo —respondió el comandante—. ¿Y usted?

Mi marido dibujó una amplia sonrisa.

—Confieso que no me pierdo una carrera.

—¿Ha corrido la de Nueva York?

—La he corrido: 3, 59, 12. Quince minutos más que el año pasado. Voy haciéndome viejo.

Tras aquellas confidencias, y un par de asaltos de tanteo, el comandante se aprestó a informarnos:

—Creo que mi colega del puesto de Majadahonda no ha sido demasiado simpático, les pido disculpas por ello. En todo caso, nos informó, como era su obligación, y aquí estoy. Trabajo en la UCO. Desafortunadamente, en los últimos tiempos salimos en muchos telediarios. Nos organizamos en cuatro secciones: drogas, personas, patrimonio y laboratorio. Yo pertenezco al Grupo de Patrimonio Histórico. Lidero un pequeño equipo formado por diez personas, entre guardias civiles y personal de administración, que seguimos las denuncias relativas a este ámbito. Cuando la Comandancia de turno no puede procesar la denuncia por carecer de medios, por tener demasiadas ramificaciones, por ser

muy específica o por cualquier otro motivo, solicita nuestra ayuda, y nosotros le damos apoyo.

Al ver que Jaime, que estaba como ensimismado, no despegaba los labios, seguí el juego a González, aunque conocía de antemano la información.

—¡De modo que ustedes son los que cazan a los ladrones y devuelven las obras de arte en perfecto estado a sus dueños! —exclamé. Instintivamente, intenté domesticar mis rizos colocándome el pelo detrás de las orejas.

González se echó a reír.

—¡Lo intentamos, señorita! Lo intentamos. Me río por lo de devolverlas «en perfecto estado». Verá, hace poco, a nuestra unidad le correspondió trasladar a Portugal cinco bustos recuperados en la zona de Granada que habían sido sustraídos en los alrededores de Oporto. Una operación modélica. Todo había salido a pedir de boca: una recuperación eficiente, rápida y ejemplar. Cuando bajamos del vehículo, nos esperaba una enorme comitiva. ¡Imagínenselo!, había prensa internacional y local, cámaras por todas partes, políticos portugueses y españoles, los dueños... Todo el mundo aplaudía. Sin embargo, cuando estábamos entregando los bustos, una de las cajas se abrió y una de las cabezas salió rodando. Se hizo un silencio sepulcral. ¡Deberían haber visto sus caras y, sobre todo, las nuestras! Fue terrible. Salimos en todos los periódicos.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Pues que la restauración era bastante deficiente, y, con los baches del camino, el pegamento se deshizo. Se encoló con las debidas condiciones y no fue a mayores. En todo caso, pueden estar tranquilos: les aseguro que no es habitual. Normalmente, trabajamos bien, concienzuda y profesionalmente. Haremos lo mismo con el cuadro que les ha sido sustraído.

—Pues se lo agradecemos mucho, pero...

No me permitió continuar.

—Nada que agradecer, es nuestro trabajo. De todos modos, me gustaría contrastar mis notas con ustedes. Quizás puedan solucionarme algunas dudas: es un caso que posee tintes curiosos. Según tengo entendido, se han producido dos allanamientos concatenados en un periodo muy corto de tiempo, siguiendo ambos un patrón similar. Sin embargo, según reza el informe, en esta segunda ocasión no se han llevado nada, ¿estoy en lo cierto?

Jaime seguía en Babia y me vi obligada a responder:

—Así es, comandante. No se han llevado nada. Yo tenía una vista y acabo de llegar, pero mi marido ha estado revisando todo con la Policía.

González giró la cabeza y se dirigió a Jaime:

—Señor Garache, ¿notó algo raro, desacostumbrado, cuando entró en casa, o después, cuando inspeccionó el espacio para asegurarse de que no faltaba

nada?

Jaime carraspeó.

—Nada raro, comandante. Todo estaba como siempre, salvo que la puerta de la cocina y la de la caja fuerte estaban abiertas de par en par.

—Sí, eso es lo que me habían dicho. ¿Y la documentación?

—¿Documentación? Si se refiere a papeles del juzgado, nunca los traigo a casa, precisamente para evitar que alguien pudiera sustraérmelos o acceder a información de algún caso.

—¡No, no, señoría! Me refería a la documentación del cuadro.

Miré a Jaime con cara de sorpresa. Él me devolvió un gesto idéntico. Cuando copias la obra de otro, por muy bueno que sea un artista o por muy bueno que lo seas tú, no evacúas ningún tipo de documentación. Gonzálvez pareció no percibir nuestro gesto porque siguió con su *speech*:

—Cuando una pintura entra en el mercado secundario adjunta siempre un historial de propietarios. La *provenance*, que decimos en francés. Ustedes deberían tener un fajo de papeles amarillentos, descoloridos, procedentes de abogados franceses o suizos, por hablar de los más comunes, que atestiguan que el cuadro en cuestión es de su propiedad, o un documento que certifica su autenticidad.

—Perdone, comandante, creo que se ha producido un malentendido. El cuadro que nos sustrajeron no es, en modo alguno, original. Se trata de una copia. Más bien, una obra casera. Vamos, que no era muy buena... —le explicó Jaime.

Gonzálvez arqueó las cejas y se frotó las manos.

—¿Una copia?

—Eso es, una simple copia. Hemos puesto la denuncia porque es lo que corresponde, no por el valor de esa pintura.

—¿Y saben quién es el autor de la copia? Porque, en algunos casos, dependiendo de quién empuñara los pinceles, esa copia puede tener gran valor económico; incluso, un valor superior...

Mi marido se encogió de hombros.

—¡No tengo ni idea, la verdad! En mi familia nunca ha habido grandes artistas. Mi madre solía entretenerse haciendo punto de cruz, y yo toco un poco el piano y rasgueo la guitarra. No llegamos a más.

—¿Vive su madre?

—No, desafortunadamente, falleció hace unos meses.

—Vaya, mi más sentido pésame. De modo que les han robado un cuadro de autor desconocido. Dígame, doctor Garache, ¿conserva algún cuadro del mismo autor? No importa que sea original o una copia.

Me miró. Como él, yo estaba haciendo memoria.

—¿No nos regalaron mis padres dos cuadros, Lola? Creo recordar que el segundo era de un payaso...

—No era un payaso, sino un arlequín con vestido de estampado romboidal y el típico sombrero —enmendé—. Estoy casi segura de que no llevaba máscara ni tampoco la nariz respingona. Estaba sentado. Apoyado, más bien, sobre una mesa...

Gonzálvez me interrumpió con cierto nerviosismo:

—¿Se refiere a un arlequín picassiano?

Afirmé con la cabeza y, sin poder evitarlo, adopté una sonrisa un punto cínica.

—No puedo negar que se le parecía. Mis conocimientos sobre historia del arte son más bien cortos, pero creo que se habían basado en ese pintor, aunque no les había salido demasiado bien. Como le digo, este arlequín se hallaba apoyado en una mesa. No era muy afortunado, parecía cabalgar sobre ella.

—En todo caso, si el comandante quiere verlo, podemos bajarlo —ofreció Jaime.

Suspiré.

—Lo siento, pero no va a ser posible. Lo doné para una rifa.

—¡Lola, por Dios! Podías habérmelo consultado.

—Tienes razón, pero como siempre decías que era espantoso... Y era una rifa benéfica.

Jaime se cruzó de brazos, pero le venció la curiosidad:

—¿Lograsteis colocárselo a alguien?

—Doscientos euros —asentí satisfecha—. Sabía que iría una persona que siente debilidad por los arlequines y que no lo dejaría pasar.

—¿Y no tienen ningún otro dibujo o pintura que su madre les regalara?

—Creo que no, comandante, pero le puedo dar la dirección de quien se quedó con el cuadro del arlequín. Si usted le dice que es un experto en arte y está interesado en verlo, le hará seguro muy feliz.

Jaime se inclinó hacia delante y alimentó la chimenea. En realidad, el fuego era bastante fuerte. Creo que se trató, simplemente, de un movimiento reflejo, de la necesidad de dar por zanjada aquella conversación. Sin embargo, yo continué con mi particular interrogatorio:

—Comandante, no quiero parecer descortés, ni mucho menos desagradecida, pero conozco el nivel de exigencia del Cuerpo en el que trabaja; sé que tienen muchos casos y pocos medios. Dígame, ¿por qué se toman tantas molestias?, ¿es por mi condición de juez o quizás porque han entrado dos

veces?, ¿o es que sospechan algo que no ha compartido con nosotros? Lo digo porque, si lo hace por ese cuadro, le aseguro que no lo merece.

Gonzálvez se puso en pie y se desprendió del jersey. Fuera helaba, pero en nuestro cuarto de estar empezaba a hacer calor.

—Los ladrones de arte son tan antiguos como el arte, señoría. Y aunque el arte es anterior al dinero, a los que roban no los suele mover un amable y considerado apetito por la belleza en manos ajenas, como se ve en algunas películas. A la mayoría de los ladrones los mueve el vil metal, lo cual, dicho sea de paso, no deja de ser lógico: asumen bastante riesgo. En su domicilio había varios elementos de fácil salida en el mercado negro: joyas, ordenadores, un par de televisiones, piezas de plata. Sin embargo, no tocaron nada. Si solo hubieran entrado una vez, podríamos formular la hipótesis de que algo salió mal: que se asustaron, o que alguien los vio y no les dio tiempo a más. Pero tenemos que desecharla, ya que entraron una segunda vez e hicieron lo mismo. ¿Más opciones? Que entraran a por el cuadro, y que fuera eso lo que se llevaran.

—Supongamos que usted tenga razón, comandante, ¿por qué volvieron si ya tenían lo que buscaban?

—Quizás olvidaron algo...

—En ese caso, deberíamos haberlo encontrado, y no ha sido así. ¿No será una chiquillada? El hijo de algún vecino gracioso que quisiera hacerse el machote...

—Creo que podemos descartar eso. En las dos inspecciones llevadas a cabo por la Policía, tanto ocular como de cerraduras, huellas, cámaras, etcétera, no han encontrado el más mínimo indicio. Tenemos que pensar que quienes han entrado en su vivienda sabían bien lo que estaban haciendo, eran unos profesionales. Por otro lado, los ladrones profesionales suelen tener cierto conocimiento de la materia; en muchos casos es superficial, pero he visto otros que eran verdaderos expertos. Lo que quiero decir es que no creo que el ladrón que asume el riesgo de entrar en el domicilio de una jueza dos veces seguidas no haya comprobado previamente que el valor comercial de lo que se lleva compensa el riesgo que está asumiendo.

—Quizás no conocieran que Lola es magistrada...

—Es posible, pero es muy poco probable.

En ese instante se me encendió una luz.

—¡Ya lo tengo! ¡Claro, va a ser eso! Verá, tenemos unos vecinos..., los del 36, Jaime. Son encantadores. Él preside una empresa del Ibex. Tienen una casa preciosa y una pinacoteca estupenda. Hace unos meses, compraron un Rothko y nos invitaron a cenar para celebrarlo. ¿No es posible que los ladrones se confundieran de casa y se llevaran nuestro cuadro por equivocación? Luego, al

constatar el error, regresaron, pero no encontraron lo que buscaban por la sencilla razón de que no era donde estaba.

—Señoría, no lo creo. En la vida real pasan cosas curiosas, pero insisto: han trabajado con mucha profesionalidad. Su estrategia ha sido casi perfecta, eso significa que han estudiado tanto las medidas de seguridad de su casa como a ustedes, sus vecinos, los perros...

—¿Por qué dice que su estrategia ha sido *casi* perfecta?

Una leve nota de sarcasmo adornó su rostro anguloso. Se le marcaron los hoyuelos. Me pareció un niño travieso a punto de meter el dedo en el tarro de Nocilla.

—Porque me propongo cogerlos, y suelo conseguir casi siempre lo que me propongo. En fin, no quiero aburrirlos, pero me gustaría que lo entendieran: en este mundo del arte, se juega al todo o nada. Los cuadros son auténticos o falsos, no hay intermedios, es imposible. Cuando uno roba una pintura lo hace porque cree que es auténtica, o de la escuela de la auténtica, o porque cree poder colocarla como auténtica. Un ladrón listo y preparado, que ha invertido en la preparación de un robo como el que tenemos entre manos, no se hace con un cuadro copiado o atribuido a Matisse, roba un Matisse. Una pintura firmada y certificada, o una pintura cuyo relato conduce en alta probabilidad a esa autenticidad. ¿Entienden mi perplejidad?

—¡No sabe cuánto, comandante! —me apresuré a decir—. ¡Tampoco nosotros salimos del asombro! Dejando al margen la sensación de inseguridad que todo esto nos está produciendo, si ese cuadro estaba colgado en la pared de mi estudio es porque mi suegra nos lo regaló y, cuando murió, nos entró cargo de conciencia y lo sacamos del trastero. Pero no es más que una copia. Como bien dice, si no se puede demostrar que es auténtico, es que es falso. Y esta es la situación: ¡carecemos de título de propiedad, papeles amarillentos o *provenance*!

—Pero no es la única posibilidad: en ocasiones, alguien que carece de la *provenance* de una pintura, escultura o cualquier otro objeto artístico te cuenta una historia creíble sobre la obra. Por ejemplo, que su abuelo, de ideología republicana, huyó a Francia durante la Guerra Civil y se instaló en París, donde entró en contacto con Picasso, quien un día, en su estudio, le regaló un cuadro. El mismo cuadro que cuelga de su salón. No tiene papeles, no puede certificar nada, pero hay una historia que puede rastrearse a través de fotografías y cartas, de la solidez histórica y financiera del propietario o de otros indicios. Si un especialista certifica que la pintura tiene todas las características técnicas de Picasso en aquella época, puede acreditarse parcialmente su autenticidad. ¿Podría ser este el caso? ¿Cuentan ustedes con un relato?

—Pues no. De ese cuadro no sabemos otra cosa que lo que le hemos contado —aseveré muy convencida.

—Pues definitivamente tenemos que pensar que se trata de una obra dudosa, y lo dudoso hoy no vale nada. —Se puso en pie y volvió a ponerse el jersey, atusándose el cabello con ambas manos después—. Bueno, creo que ya hemos dejado claro el enigma al que nos enfrentamos. Quería decirles que si recuerdan cualquier cosa, si encuentran cualquier documento de la época que pueda servirnos de utilidad, no duden en llamarme. Y, por no dejar ningún cabo suelto, si hacen el favor de preguntar al comprador del cuadro del arlequín si tendría a bien dejarme ver su cuadro, se lo agradecería.

—Le acompaño hasta la puerta, comandante —me ofrecí.

—Gracias. ¿Recordarán pasarme los datos de quien adquirió el cuadro del arlequín? —pidió mientras estrechaba la mano a Jaime, que se quedó junto al fuego.

—Por supuesto.

—Estamos en contacto, señoría. Daré una vuelta por ahí. Los ladrones, como los artistas, tienden a la reincidencia; repiten lo que creen que les ha salido bien. Una de las misiones de nuestro grupo de la UCO es recapitular todas las denuncias formuladas en el territorio nacional, de modo que podemos conectar *modus operandi* y correlacionar sucesos, y contrastarlas con lo ocurrido en otros países. Por cierto, nos ayudaría mucho disponer de alguna fotografía más de ese cuadro. La que nos facilitaron no era demasiado buena. ¿Tienen alguna otra?

—Creo que nunca tomamos fotografías de esa pintura. Pero puedo repasar viejas instantáneas, a ver si aparece como telón de fondo.

—Eso estaría bien. Les mantendré informados.

—Gracias por venir, comandante. Y dele la enhorabuena a su esposa de nuestra parte.

Apreté el botón automático de la cancela exterior y, por cortesía, mientras lo veía alejarse, mantuve abierta la puerta unos instantes. Contaba los segundos para volver junto a la chimenea. Y no solo por el frío que hacía. Estaba deseando comentar con Jaime lo ocurrido. Pero resulta complicado, por no decir imposible, despistar a un guardia civil: suelen estar acostumbrados a la vigilancia. Gonzálvez, desde luego, lo estaba. Lo leí en sus ojos: decían sin palabras que volvería. De pronto, se giró.

—Señoría, ¿le parece bien que la llame mañana? Para terminar el papeleo, ya sabe.

Naturalmente no era cierto. No había papeleo que hacer. Él lo sabía. Y debía saber que yo estaba al tanto, pero le seguí la corriente.

Volví a colocar el candado y entré a toda prisa. Jaime estaba al teléfono. Hablaba en inglés, con una persona desconocida, sobre cuestiones médicas. Se levantó y se fue al comedor. Regresó al cabo de unos minutos.

—Lo que está ocurriendo me parece rarísimo, Jaime. Decimos al guardia que el cuadro no es original, que lo que nos preocupa es que allanen nuestra vivienda con tanta facilidad y, en vez de pasarle el caso a quien sea que le corresponda, se empecina en la *provenance*, el relato y los papeles amarillos. Comprendo que trabaja en temas de patrimonio, pero no es lógico. ¿Tú qué opinas?

—Lo mismo que tú —dijo con desgana—. Lolilla, me voy a subir. Debo preparar el equipaje

—Nueva York, claro, pero antes cuéntame qué te pasa —dije en un tono que sonó más cortante de lo que pretendía.

Mi marido puso cara de póker y se encogió de hombros.

—A mí no me ocurre nada, estoy cansado y tengo que preparar la maleta, eso es todo. Quiero acostarme pronto porque mañana tomo muy temprano el avión.

Decidí dejarlo de momento. No iba a sacarle nada.

—Por cierto, Jaime, ¿cuándo se publicita el Premio Wolf? Entendí que era algo inminente, y ya han pasado tres semanas. —Percibí con toda nitidez cómo se le demudaba la cara. Es más, me pareció ver asomarse una lágrima a sus ojos—. Jaime, ¿qué ocurre? ¡Me estás asustando!

Fue entonces cuando me explicó con voz entrecortada que habían excluido su candidatura del Premio. Me quedé atónita. Yo misma había escuchado de labios de JJ que estaba hecho. Hubiera seguido preguntando durante horas, porque era inaudito, pero quise ahorrarle el esfuerzo de referir lo que, a la vista estaba, tanto le dolía, y me limité a quedarme a su lado en silencio. Por dentro, eso sí, no hacía más que dar vueltas al asunto. Debía haber ocurrido algo muy gordo para que lo ya acordado saltara por los aires. ¿Qué podía ser? Enseguida, la tía de las tetas postizas me vino a la cabeza. Era una estupidez: son hombres, entre ellos no se retiran premios por una infidelidad. Además, recordé que JJ se había divorciado varias veces. Noté que Jaime introducía la mano en el bolsillo de la camisa y hacía ademán de sacar algo. Luego lo pensó mejor y desistió. No quise meter más el dedo en la herida. Pero no pude olvidarlo.

Me metí en la cama, pero no pude dormir. Daba vueltas y más vueltas al asunto, sin llegar a ninguna conclusión. ¿Qué ocurría?, ¿qué callaba Jaime?, ¿qué relación tenía con la pérdida del premio prometido? Y sobre todo, ¿por qué no lo compartía conmigo?, ¿qué trataba de ocultarme? La causa debía de ser muy seria. Por lo que pude percibir, Jaime tampoco dormía. Se levantó en un par de ocasiones. En una de ellas, escuché la cadena; en otra, el crujido de las tablas de la escalera. En ambas, se acercó sigilosamente hasta mi habitación para comprobar si dormía. Hice lo que pude, pero no creo que fuera suficientemente convincente, porque Jaime volvió a la cama.

Entonces se me ocurrió.

Cuando Jaime está preocupado, sale a correr. Estaba convencida de que, en ese momento, estaba preocupado. Debía hacerle creer que estaba dormida. Así, él se enfundaría su maya negra y yo podría aprovechar para echar un vistazo a sus pertenencias y localizar lo que fuera que le quemaba en el bolsillo de la camisa.

Dicho y hecho: saqué la grabadora, busqué el minuto treinta y seis, uno de los «mejores», y me limité a esperar. Al poco rato, Jaime estaba fuera de casa. Al menos, tardaría hora y media. Tenía toda la casa para mí.

Ronco: es una evidencia. Lo es porque todos roncamos. Con mayor o menor intensidad, en una u otra longitud de onda, las evidencias señalan que nadie duerme en completo silencio. Los niños y los mayores, los hombres y las mujeres, los blancos y los negros, los ricos y los pobres: todos roncamos. Comparativamente, sin embargo, hay gente que ronca más que otra gente. Por ejemplo, yo. Si me buscan en esa famosa curva de Gauss de la que siempre hablan los de Ciencias, me encontrarán en el ángulo más esquinado de la cola de la derecha (o quizás sea la de la izquierda, yo soy de Letras), es decir, en el grupo que se sale del mapa por la exuberancia de sus resuellos.

Lo sé porque lo he podido constatar por mí misma. Sí, como suena: compré una grabadora, la coloqué en la mesilla y me grabé. Lo hice después de que Jaime encargara en una tienda especializada unos tapones a medida. Por aquellas dos piezas anatómicas de distinto color y con cables colgando le cobraron medio sueldo. El remedio duró apenas dos meses. Enseguida las piezas se ablandaron, se deformaron, o lo que fuera que ocurra en estos casos, y dejaron de funcionar. Regresaron los meneos a media noche, los empujones para que cambiara de lado, los bruscos tirones de almohada y mis supinos enfados cuando los zarandeos me despertaban. Mi marido propuso entonces que acudiera a ver a un otorrino amigo suyo: «El mejor de Madrid», me aseguró. Accedí, casi sin refunfuñar.

El médico resultó ser un hombre mayor, muy amable y muy delgado: otro corredor. Habló lo menos una hora, tiempo que empleó para ilustrarme sobre la fisiología del ronquido y su prevalencia. «Mucho más frecuente en los hombres, Lola», dijo con cierta sorna. Le sonreí aunque maldecía por dentro: yo no soy hombre y salir de allí instruida en lo que a fisiopatología del ronquido se refiere no iba a solucionar mi problema. Fue entonces cuando, mirando de reojo a Jaime, me apuntilló. Sí, como si fuera un toro buscando la tabla donde morir, dijo: «Mi querida Lola, debes saber que el problema de los ronquidos es más frecuente en personas con sobrepeso. En personas obesas, el ronquido, además, se agrava con la edad».

Yo no dije nada. Agarré mi enorme bolso por las asas y a punto estuve de darle un bolsazo en la zona de la lengua, el paladar y la campanilla, a ver si le estropeaba la fisiología de su maldito ronquido. En vez de eso, le estreché la mano y le agradecí sus atenciones.

Bajamos en aquel ascensor antediluviano sin mediar palabra; yo muy tiesa; Jaime mirando al suelo. Recogimos el coche del aparcamiento donde lo habíamos dejado y regresamos a casa.

«Lola, lo siento», se excusó Jaime ya al volante.

«¿Puedes parar aquí un segundo? Mira, ahí hay un sitio.»

Detuvo el coche justo delante de la pastelería. Bajé, compré un donuts de chocolate («No hace falta que lo envuelva, gracias, es para tomar») y me lo comí de camino delante de sus narices. Mi mensaje fue tan transparente como el agua mineral. Lo más irónico es que los donuts de chocolate me desagradan y no porque no me gusten los donuts, que me gustan, es porque el chocolate suele ser muy malo. Lo cierto es que dudé si coger el tradicional, pero pensé que hubiera parecido que cedía en parte, y no estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer. Jaime no comentó el episodio, pero durante la cena sugirió que hiciéramos una pequeña obra en casa, ya que se han ido yendo los chicos: comunicar dos

dormitorios pequeños dejando una pared en medio que permitiera distanciar suficientemente las camas. Le dije que tenía que pensarlo. A la mañana siguiente compré la grabadora, una con filtro de voz y ocho horas de autonomía, la coloqué en la mesilla y la enchufé al apagar la luz. Cuando, a solas, escuché la cinta no podía creerlo. Era imposible que aquel ruido procediera de mi garganta: ¡por todos los santos, soy una señora, toda una jueza togada y encima de Bilbao! Aquella noche Jaime trató de dulcificar su sugerencia asegurándome que, aun queriéndome muchísimo, la falta de sueño ya le afectaba a su trabajo. Le dejé sufrir un ratito y accedí. Ahora dormimos juntos pero separados.

Aquella noche saqué partido a esa cinta.

Las moscas no necesitan esquila. Se enteran de los fallecimientos antes que los familiares distantes, mucho antes que los vecinos. No han transcurrido dos minutos desde el deceso y ya están zumbando por los alrededores. Media hora después, están contoneándose sobre el occiso, buscando compartir sudario. Nadie las llama, no se les da entrada ni permiso para instalarse, pero, envalentonadas como okupas empoderados por dueños débiles, atraviesan las estancias recalentadas, entran y salen por las ventanas abiertas para que el aire limpio quite el olor a muerto.

Mal que me pese, mi dotación genética tiene algo en común con las moscas. En mi caso, no son los miasmas de los cuerpos que se descomponen los que me reclaman. Son las mentiras, los engaños, los dolos; todos esos efluvios del alma. Cuando algo no encaja, en mi interior se activa una suerte de piloto automático, un extraño malestar, una neurona neurótica que me avisa de que ya ha empezado, de que huele a sudario y a mentiras. Los que me rodean siguen con sus vidas y con sus rutinas. Yo lo intento: fijo los ojos en las paredes blancas y en los cuadros de colores y en los muebles, en el sol y en los niños que juegan al escondite, pero nada logra distraerme y, como las moscas, termino irremisiblemente buscando el foco. El cadáver; siempre el cadáver. Un cadáver capaz de ocultarse en el bolsillo de una camisa.

En pijama, provista de mis calcetines gruesos y de una chaqueta vieja, me arrastré hasta la habitación de Jaime dispuesta a encontrarlo. Con sigilo, aunque sabía que estaba sola, revisé su traje, impecablemente colgado en el galán de noche, y su camisa, que localicé en la cesta de ropa sucia del cuarto de baño. Nada. Sobre la bandeja de plata que tiene sobre la cómoda, vi su Montblanc, algunas monedas, las llaves del coche y un par de papeles. Me lancé sobre ellos como si fuera a encontrar una dieta mágica a base de helado de chocolate con trocitos de chocolate. Mi gozo en un pozo: eran anotaciones médicas.

—Como quieras: jugaremos al ratón y al gato. Veamos si te conozco. ¿Dónde guardarías las pruebas de un delito?

Sonreí: tenía todas la de ganar. Mi marido es, digamos, predecible.

No puedo reprochar a Jaime ser ordenado. Dicen que es una virtud. Además no es de los que lleva la manía al extremo. Yo, que me muevo en el caos como pez en el agua, he llegado a ver este rasgo de su carácter como algo inevitable, como si padeciese un síndrome raro o fuera vegetariano. Cuando abro su armario y observo meticulosamente doblados los calzoncillos y la docena de pañuelos idénticos; los calcetines, archivados por colores y grosor, o las corbatas dispuestas siguiendo una especie de arcoíris, siento una punzada en el estómago, y no precisamente de envidia. Reconozco que su sistema es mucho más práctico que el mío, que me pongo la ropa interior que encuentro, no necesariamente la que quiero, pero ese orden tan pulcro me pone nerviosa.

De todos modos, aquella noche agradecí estar casada con un hombre así. Me dio una dosis de esperanza porque un tipo ordenado lo es hasta para guardar las pruebas de un delito, ¿no?

Me puse de inmediato manos a la obra. Naturalmente, comencé por el emplazamiento más probable (el segundo cajón de su mesilla, lugar de paso provisional para lo que aún carece de sitio) y continué por la segunda opción: cajón central de su escritorio. No encontré la nota. Media hora después, peinada la casa de arriba abajo, palmo a palmo, siguiendo primero el orden mental de Jaime y luego el mío, continuaba con las manos vacías.

Fui a la cocina, el mejor lugar para la reflexión. Por la hora, no tocaba comer nada. Como lo iba a hacer de todos modos, me dije que era mejor ceñirse a lo conocido. La comida reglada más próxima era el desayuno. De modo que, ateniéndome a las *flexibles* y altamente *comprensivas* normas del doctor Helvia, me preparé un *desgraciado* (Nescafé, leche desnatada y sacarina) bien caliente al que añadí una tostada con aceite de oliva para calmar la ansiedad. No lo logré. Las preguntas brotaban sin necesidad de riego. ¿Qué ocurría? Porque ocurría algo. ¿Por qué no me lo había contado? Soy su mujer. Fuera de la naturaleza o de la gravedad que fuera, nadie mejor que yo para ayudarlo. Salvo, claro está, que la tía de las tetas postizas anduviera metida por en medio. En ese caso, mejor que no me lo contara. Segundo *desgraciado*. Media tostada. Más cargo de conciencia (tendría que mentir al médico una vez más) y una idea fija: cómo podía aquella extraña aparecer de la nada y arremeter con lo que habíamos construido con tanto esmero.

—¡Ladrona, no tienes ni idea! ¡No lo conoces de nada! ¿Acaso sabes que el tomate le da acidez, que el ron le hace llorar, que le espanta el color morado o

que habla en sueños? ¡No, querida mía, no sabes nada! A lo sumo te has acostado con él, mientras yo lo conozco como si lo hubiera parido...

Hablaba en voz alta, casi gritando. Me cubrí el rostro con las manos y rumié unos instantes mi tristeza y perplejidad, y luego la media tostada que había dejado para mejor ocasión. Era como si mi instinto quisiera poner a prueba mi paciencia. Consciente de que había registrado cada cajón, cada rincón, debiera haber cejado. Pero soy de Bilbao. Y volví a empezar. Sin éxito.

—Y bien, Jaime, ¿dónde lo has escondido? ¿Es posible que hayas adivinado que voy a encontrarlo y hayas cambiado tu rutina? Porque es evidente que, lo que fuera que ocultas, es importante para ti, al menos valioso...

¡Valioso!

Ese adjetivo me provocó una viva lucidez.

Hace algunos años, guardamos en la caja de seguridad una diadema de princesa de cuento que los Reyes Magos habían regalado a una de mis hijas. Ella temía que algún ladrón nocturno se la arrebatará mientras dormía. Y decidió no dormir. A las tres de la madrugada del 7 de enero, con unas ojeras como platos, optamos por abrir la caja y ponerla a buen recaudo. Macarena es hoy ingeniero aeronáutico y no creo que se acuerde de aquella corona, pero a mí me ayudó el recuerdo. Tanto que corrí hasta el despacho y abrí a toda prisa la caja fuerte, el lugar de las cosas valiosas. Tampoco allí encontré nada.

En ese momento escuché el sonido de las piedrecillas del suelo de la entrada de la casa. Cerré lo más rápido que pude la caja fuerte, apagué la luz, volé escaleras arriba y me metí en la cama no sin antes encender nuevamente la grabadora.

No me pilló de milagro.

JAIME

1

Escuché el mensaje de Lola en el que me informaba que de nuevo habían entrado en casa, con más rabia que prevención. Rabia porque deduje que dos allanamientos en tan corto periodo de tiempo respondían a que los ladrones se habían percatado del valor de los altavoces y de mi ordenador, y habían regresado a buscarlos, y ambos objetos, cada cual por un motivo, me encantan. Esa irritación provocó que apenas me demorara unos minutos en acudir a mi domicilio, los necesarios para ajustar, con la ayuda de Corine, mi secretaria, la agenda de la mañana.

En los edificios de oficinas no existe clima; no hay verano, invierno, primavera ni otoño. En muchos ni siquiera hay día y noche: solo luz eléctrica, una bomba de calor y aire acondicionado. Mi lugar de trabajo pertenece a esa serie. De hecho, hasta que no recogí el coche, aparcado en el garaje, no me di cuenta de cómo había bajado la temperatura. El día era tan desapacible que llegué a casa con el escalofrío puesto. Saliendo de Madrid por la M-30, me sorprendieron los primeros copos de nieve. Engordaron con la velocidad de los niños golosos.

Conduje deprisa (de hecho, ya ha llegado la multa por exceso de velocidad), iba pensando en el ordenador y en el extraño escrito que habíamos recibido aquella mañana del Ministerio informándonos de una auditoría. Las auditorías son un procedimiento habitual en organismos públicos. No fue eso lo que me extrañó, sino que veníamos de pasar otra. En un plazo de cuatro meses no se hacen dos auditorías salvo por un motivo grave.

El empleado de la compañía de seguridad de la urbanización donde vivimos bajó de su pequeño coche blanco en cuanto vio que me acercaba. Hablaba con un acento nasal muy pronunciado. Desde luego, no era español, probablemente procedía de Oriente Próximo. Tenía piel aceituna, cabello oscuro y rizado, y unos ojos tan negros que parecían agujeros de vacío. Su comportamiento, lejos de ser ceremonioso, rayaba la mala educación. Quiero pensar que el mal gesto pudiera achacarse a la dificultad con el idioma, pero debo reconocer que me

alegró ver la llegada de los agentes del puesto de la Guardia Civil de Majadahonda.

Yo no los conocía, pero ellos recordaban que habían acudido al mismo punto apenas dos semanas antes por un allanamiento similar.

—Apostaría a que han regresado para llevarse lo que dejaron atrás —mascullé.

Pese a que se trató de un susurro entre dientes, el agente Tardío (mediana edad; un poco de barriga, pero sin exageración; pelusa más que pelo en la cabeza, y sin ningún rasgo destacable, salvo la viveza de su mirada) me oyó.

—Estoy de acuerdo con usted. Han debido de consultar los precios o buscar comprador. Ahora mismo saldremos de dudas.

Entramos juntos en la vivienda para constatar que ambos nos equivocábamos. Mi ordenador, los altavoces, los candelabros y la televisión seguían en su sitio.

—¿La caja fuerte? —sugirió Tardío.

Asentí y de nuevo juntos nos dirigimos al despacho. Nos encontramos la puerta de la caja de caudales abierta de par en par. Desde fuera, se podían observar los joyeros de Lola en perfecto orden. Obviamente, los había ordenado yo. En cuestión de orden, es un desastre.

—Voy a buscar a los de la Científica, que venían detrás de mí. Mientras, usted quieto, doctor. No toque nada —me advirtió el agente.

Era una cautela innecesaria. Lola me tiene bien educado: ante el escenario de un delito, las manos deben permanecer en los bolsillos y no deben salir de allí ni para frotarse la nariz.

—Conozco el protocolo, no se inquiete —respondí.

Y eso fue exactamente lo que hice: pasearme por el despacho de mi esposa, tan... caótico como ella, con las manos metidas en los bolsillos. Estaba en esto cuando me percaté de que una fotografía antigua colgaba de una chincheta justo en el lugar donde, un par de semanas antes, descansaba la maldita copia del Matisse. No le di demasiada importancia. Pensé que se trataría de una anotación forense, pero, con cierta curiosidad, me acerqué para comprobar de qué se trataba. Pese a los consejos de Lola, retiré la chincheta, cogí la fotografía y la coloqué bajo el haz de luz de la lámpara de sobremesa para poder observarla con mayor detenimiento. Tardé unos instantes, no muchos, en caer en la cuenta de lo que veía. Entonces se me demudó la cara. Fue una suerte que Lola estuviera ocupada y no pudiera abandonar la sala del Tribunal. Lo fue porque me permitió llegar primero. Y fue una suerte que el inspector Tardío hiciera honor a su apellido: cuando entró con los agentes de la Policía Judicial, yo ya había retirado esa prueba de la circulación.

—Esto es bastante inusual, doctor. Salvo que la razón del nuevo allanamiento se halle en esa caja de seguridad, no tiene sentido. Cuando mis colegas concluyan su inspección ocular y de huellas, ¿será tan amable de comprobar si echa algo de menos?

—Desde luego, agente. ¿Quiere acompañarme a registrar el resto? Y así nos cercioramos de que no se han llevado nada.

Peinamos juntos la casa: todo seguía en su sitio.

—Esto es muy curioso, mucho.

—Tiene razón, agente. Y ahora, si me disculpa un momento, empiezo a acusar mis problemas prostáticos.

—Está usted en su casa..., nunca mejor dicho —me respondió.

Mientras los forenses seguían con sus pesquisas y el agente Tardío con sus interrogatorios, yo me encerré en el cuarto de baño de mi dormitorio y exploré más detenidamente el hallazgo. Era una fotografía antigua. El papel, ya ocre, de esquinas cuarteadas, no tenía pérdida; aun así, me puse las gafas. Con ellas apoyadas en la nariz, pude distinguir la imagen con nitidez: tres personas, dos hombres y una mujer, aparecían en primer plano. El de la izquierda, apoyado lateralmente en una mesa inglesa de despacho, era un hombre de mediana edad, alto y delgado, de ojos negros y pelo rizado, escaso en las sienes, pegado con fijador. Tenía un gesto serio, casi forzado. Su traje, chaleco y americana negros con pantalón de rayas grises, y el cuello blanco duro de su camisa contrastaban con la indumentaria del segundo hombre, de pie a su lado. Vestía una camisa blanca suelta, con manchas que parecían de pintura, y unos pantalones holgados. Se conservaba bien, pero estaba perdiendo el pelo. Miraba fijamente a la cámara mientras esbozaba una sonrisa cómplice. Sostenía un cigarrillo casi consumido entre los dedos. A su lado, posaba una mujer morena, de nariz respingona, hermosa a su manera, mucho más joven que él. Ella fumaba empleando una larga boquilla negra, que sostenía en alto con un ademán estudiado. La habitación tenía una altura inusual de techo, adornado por una ancha y cargada moldura. Las paredes que los rodeaban estaban atestadas de cuadros. Incluso había algunos apilados en el suelo. La parte derecha de la fotografía estaba desenfocada. El lado izquierdo se veía bien.

—¡El de la camisa blanca parece Picasso! —susurré al vacío.

Se trataba más de una afirmación que de una suposición. Sin duda, era Picasso. Había titubeado un instante por su pelo: familiarizado con su calvicie, el mechón que le caía sobre los ojos me había despistado. Pero no era eso lo más significativo de la fotografía. Lo que me puso los pelos de punta, lo que me llenó de nerviosismo fue que, entre los cuadros que podían identificarse en segundo

plano, a la espalda de Picasso, colgaba una pintura exactamente igual a la que nos habían robado.

No era consciente de haber cometido ninguna falta imperdonable, ni siquiera una perdonable, pero me sentí completamente consternado, como un convicto fugado, oculto bajo un puente a punto de ser descubierto. Como si los perros olfatearan mi rastro tras la puerta de madera lacada en blanco (esa es una de las manías de Lola: lo laca todo, aunque a mí me gusta mucho la madera oscura).

Con la memoria devolviéndome la voz de mi madre cuando me hablaba del cuadro, me guardé la fotografía en el bolsillo de la camisa y salí. No quería que, por entretenerme, sospecharan de mí. No había pasado un minuto y ya tenía a Tardío encima. Cuando habló conmigo esta segunda vez, sus ojos brillaban de un modo extraño. Pensé que quizás me había entretenido demasiado. O que quizás no fuera eso, sino mi propio desasosiego, lo que me hacía ver cosas que no existían.

—Estaba telefoneando a mi esposa —justifiqué. Me di cuenta enseguida de mi error: lo último que debe hacerse ante un miembro de la Policía, mucho menos de la Benemérita, es excusarse. Pero ya no había remedio.

—¿Y qué le ha dicho?

—Nada. Sigue en la vista. No le han podido dar mi recado, y no he querido alarmarla.

Tardío se frotó el mentón. Luego la nariz. Lo hizo dos veces. Algún tic, a lo Nadal. Aquel hombre parecía tonto; lo suficiente para ser muy listo.

—No sé bien qué pensar, doctor. Creo que debemos unir esta entrada a la anterior. ¿Usted qué opina? ¿Se le ocurre alguna otra explicación? Porque los colegas de la Científica acaban de confirmarme que no hay una sola huella. Parece una broma. Pero no debe serlo, ¿no cree?

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Nadie entra dos veces en un domicilio sin un motivo. Pero ¿cuál? Lo más probable, lo más simple, aunque ella no quiera aceptarlo, es que estos incidentes tengan algo que ver con que mi esposa sea magistrada en la sala penal del Tribunal Supremo. En su trabajo se topa con gente peligrosa y, en muchos casos, muy poderosa.

Por la manera en que Tardío me miró, directamente a los ojos, y con una sonrisa postiza en los labios, presentí que no me creía. Aun así, afirmé:

—No deja de tener usted razón. Las cosas más simples suelen ser las más probables. Todos tenemos en la cabeza la profesión de su mujer y, sin embargo, el cuadro que robaron no está relacionado con ninguno de sus casos. Incluso he leído en el primer expediente que procede de una herencia de su familia, doctor. ¿Estoy en lo cierto?

Hice de tripas corazón y le mantuve la mirada mientras añadía:

—Ha leído usted bien, inspector: la pintura estaba en casa de mi madre; almacenada, casi olvidada, en un trastero. Un día que mis padres vinieron a cenar a casa lo trajeron a modo de presente, como una tarta o una botella de vino. Era bastante feo, no creo que lo echemos de menos.

Tardío sonrió.

—Mi esposa tiene un gusto pésimo también. Pero es mi esposa, ¿qué se le va a hacer?

En ese momento se nos acercó el oficial de la Policía Científica que lideraba el equipo.

—Buenos días, señor Garache. Le informo de que estamos como estábamos hace un par de semanas. Los autores son tan profesionales como aquellos: no hemos sacado nada en claro, ni huellas ni ningún otro dato. No me toca a mí juzgar si son los mismos, pero desde luego su *modus operandi* lo es. Me temo que, por nuestra parte, no podremos sacar ninguna conclusión.

—Y de las cámaras, ¿se ha obtenido alguna información? —pregunté—. Me refiero a las cámaras de los alrededores, a las del complejo o las de los vecinos.

—Estamos comprobando las cercanas, pero de momento no hay nada. No entraron por la puerta, como si vinieran de visita. Creemos que lo hicieron por el lado este saltando la empalizada. Y la suya es la primera vivienda de esa zona.

En eso tenía razón. Nuestra casa está situada en lo más profundo de la urbanización. Es una casa bonita, bastante antigua, de cuando la zona albergaba casas de veraneo de la gente de Madrid. Nada que ver con esas viviendas de cristal y hormigón que tanto gustan hoy a la gente. La compramos medio en ruinas y la remodelamos casi por entero y a nuestro gusto. Creo que lo único que no tocamos fue el jardín. La zona es tranquila; una buena zona. Cuando la acondicionamos, instalamos equipos de seguridad, mucho más por el trabajo de Lola y por los riesgos que entraña que por mí. Pero los habían inutilizado.

—Bueno, creo que por hoy no podemos hacer mucho más. Tendrán que personarse en el puesto para firmar la correspondiente denuncia. Mi gente se pasará por aquí de cuando en cuando. Le recomendaría que metieran prisa a la agencia de seguridad para que cambien las cámaras.

Levanté las manos en señal de desesperación.

—Rellenamos el formulario con la petición, y ¿sabe qué nos contestaron? ¡Que tenían que pedir una lente a Alemania! ¿Usted lo cree? Tres largas semanas de espera. Mi esposa y yo hemos hablado de cambiar de compañía de seguridad.

—Y harán muy bien. En fin, adiós, doctor. Llámeme si necesitan algo más... —Se detuvo, se dio la vuelta y regresó al comienzo—: Perdone que sea

tan insistente, pero ¿no le parece raro todo esto?

—Rarísimo.

Tardaron cerca de dos horas en los últimos detalles. Finalmente, a eso de las cinco, los agentes subieron a sus coches y se marcharon. Me quedé solo con la duda metida en las entrañas. Mientras recorría la casa recogiendo los restos de la inspección (guantes de látex, papeles de huellas...), me invadió la sensación de que, cuando aquellos policías me miraban, estaban pensando: «Sabemos que nos está engañando, doctor, y vamos a averiguar el porqué. Nadie nos ha engañado nunca hasta ahora y usted no va a ser el primero».

Por fin, volvió el silencio. De vez en cuando, oía cómo se aproximaba el coche de seguridad de la urbanización patrullando por las calles vacías. El resto del tiempo, nada.

Miré por la ventana. La nieve no había llegado a dominar el paisaje, pero una pequeña capa blanca campaba a sus anchas en el césped del jardín. Puse otro tronco en la chimenea y telefoneé a Corine para pedirle que anulara las reuniones posteriores, ya que me quedaría en casa.

—Ningún problema, don Jaime. Reubico las citas. El almuerzo de hoy lo he pasado al jueves próximo, tiene el resto de los días comprometidos. Esta semana y las siguientes.

—Gracias, Corine. ¿Algo más?

—Algo hay.

—La maldita auditoría, supongo.

Percibí su respiración a través de la línea. Corine es una secretaria fantástica. Divorciada, con tres hijos ya emancipados (su marido desapareció del mapa, sin aviso ni explicaciones), con pelos de león y poco gusto en el vestir, y con caderas XXL que oscilan al andar, posee todos los ingredientes necesarios para ser una buena *assistant*: discreción, prudencia, iniciativa, cabeza y corazón. Yo la aprecio mucho, y creo que el afecto es mutuo. Llevamos tanto tiempo juntos que leo en sus gestos como en un libro abierto.

—De eso no hay nada nuevo. Se trata del Wolf...

Corine se refería al Premio Wolf en Medicina. El año pasado lo ganaron Kahn y Cantley por sus estudios sobre los receptores de insulina. Asistí a la entrega. Estar a su altura es un inmenso honor después de tantísimos esfuerzos con tan escasos medios. Aquel día debía hacerse pública la lista de seleccionados, entre los que, como me había adelantado JJ, figuraba mi nombre en lugar preferente.

—¿Ya ha llegado la notificación?

Otro silencio que no supe interpretar.

—Le mando ahora mismo el *email* que hemos recibido...

—Gracias, Corine. Si hay algo, no dudes en llamarme.

No miré de inmediato el correo. Quería disfrutar del momento como la ocasión se merecía. Cierto que la fotografía me ardía en el bolsillo de la camisa, pero ya me preocuparía de eso más tarde. Me aflojé el nudo de la corbata, me preparé un café bien cargado y allí mismo, sentado en la cocina, leí el mensaje que mi dulce secretaria me enviaba. La taza se me resbaló de las manos y se hizo añicos en el suelo.

El mensaje remitido por la Fundación Wolf daba a conocer públicamente la terna de candidatos finalistas entre los veinticuatro seleccionados con anterioridad. El documento era el que esperaba, pero su redacción final no: en lugar de confirmar mi inclusión en la terna, con mi nominación en primera posición, no quedaba rastro de mi candidatura. Hasta habían hecho desaparecer mi nombre del anexo de los veinticuatro preseleccionados. En ese momento pensé que el suelo se abriría bajo mis pies y me tragaría.

En dos días, un retraso tan inesperado como absurdo en nuestro ensayo clínico; la segunda auditoría en dos meses en las áreas bajo mi responsabilidad; la desaparición de mi nombre de la lista de candidatos al Premio Wolf y un nuevo allanamiento en casa. ¿Qué estaba pasando?

Por separado, cada uno de esos acontecimientos podía tener una explicación razonable; en conjunto, apuntaban en la misma dirección. Pero no podía creerlo. La mía es una de las carreras más brillantes del CSIC. Tengo un deslumbrante currículum, idiomas, contactos, maneras, fama, recibo invitaciones de todo el mundo, adoro la ciencia y ella me adora a mí. Excluyendo el episodio de Nadia, en mi currículum no se me había colado ni una sola falta de ortografía. Y, sin embargo, como a un árbol podrido, me arrancaban de cuajo y, aún con las raíces pulsando, me arrojaban fuera.

Saqué la fotografía de Picasso del bolsillo y la contemplé de nuevo, mientras, como en un flash, recordaba la cara de JJ, presidente del jurado del Premio Wolf, encelado con la copia de nuestro Matisse. Respiré varias veces y traté de mantener la calma y la mente lúcida, pero no pude obviar la evidencia: aquellos hechos *podían* estar conectados. *Debían* estarlo. Los sucesivos allanamientos nada tenían que ver con Lola o con su trabajo, sino con el maldito cuadro. Quienes estuvieran detrás de ello habían dejado esa fotografía para darme un recado. Pero ¿cuál?

Cierto que JJ era judío y trabajaba en un hospital de capital judío, pero era del todo imposible que hubiera tenido noticia del origen de ese cuadro. No era

más que una historia familiar, muy lejana en el tiempo, que yo mismo conocía de refilón. Pero, si no tenía relación con ella, ¿con qué?

Me puse otro jersey de lana gruesa y eché más leña al fuego, pero no logré zafarme del frío. Era como si la humedad del exterior se filtrara por las paredes y penetrara en mis poros. ¿Todo eso por un cuadro? No tenía sentido. Decidí telefonar al ministro: él debía saber qué ocurría. Marqué su móvil particular. Sorprendentemente, no me respondió. Le dejé un mensaje pidiéndole que me devolviera la llamada. Como no lo hizo, telefoneé a su secretaria, que, con tono profesional, dijo tomar nota y prometió pasárselo con la primera ocasión. Era consciente de que no lo haría y de lo que eso significaba: había caído en desgracia.

Perdería mi espacioso despacho; a Corine, mi secretaria bilingüe, con la que ni siquiera necesito hablar, y a mi equipo. El calendario, siempre repleto de eventos y viajes, se vaciaría por completo. El móvil enmudecería, lo mismo que el correo electrónico. Nadie me invitaría a dar conferencias, de modo que no necesitaría gomina, traje, o camisa a medida, con gemelos e iniciales. En mi muñeca no luciría uno de mis famosos relojes (uno de mis vicios) y solo me quedaría salir a correr.

A los cincuenta y siete años, estaría muerto. Me exigirían la renuncia y me mandarían a la mierda.

No puedo decir cuántas cosas pasaron por mi mente. Fueron miles o cientos, o quizás solo una, fija, tozuda, incontestable: la imagen de mi madre narrándome la historia de aquel maldito cuadro. Siempre había pensado que era otro de sus desvaríos, pero cuando vi esa fotografía colgada en la pared y recibí la noticia del Wolf supe que había algo de cierto en todo aquello. El cuadro tenía una historia que transformaba un incidente estúpido en un robo meticulosamente calculado.

Mi madre fue para mí un alma incomprensible. A lo largo de los años, le mostré de mil modos mi agradecimiento por haberme traído al mundo, pero nunca la entendí. Éramos como el agua y el aceite. Si en algún momento me hubiera informado de que era adoptado, me lo habría creído. A mi padre le ocurría algo similar, lo cual no dejaba de ser mucho más grave. Nunca fue un hombre especialmente feliz. Creo que por eso allanó el camino para que pudiera casarme con Lola, enlace al que mi madre se oponía frontalmente.

Enriqueta Leandra Marta Cristina Aguirregunaga, es decir, mi madre, fue una mujer acomplejada que se alimentaba de los cumplidos de los demás. Nunca fue ella misma. Creo que ni siquiera sabía quién era. Que su familia gozara de un título nobiliario era tan cierto como que era de tercera o cuarta categoría. Pero para ella era casi tan importante como sus hijos o sus propiedades, y por supuesto, mucho más que su marido. Recuerdo una inmensa discusión en una calurosa tarde de verano, encerrados en casa con los ventiladores encendidos a plena potencia para evitar el intenso calor, en la que mi padre trató de convencerla de que pusiéramos a la venta el dichoso título, que no nos producía más que complicaciones. Montó en cólera, se pasó dos días encerrada en su habitación y no salió hasta que mi padre prometió no volver a sacar el tema a colación. Y, sin embargo, ni mi padre ni yo creímos nunca las historias que contaba. Historias fantásticas, de hadas madrinas y fieles caballeros, donde la familia Aguirregunaga montaba caballos blancos y protegía España de sus más temibles enemigos. Uno de aquellos relatos versaba sobre el Matisse.

¿Qué había de verdad en la historia de ese cuadro? ¿A qué me enfrentaba? Dejé el café y comencé con el whisky. Empezaba a relajarme cuando Lola entró por la puerta. Como siempre, pareció que llegaba un ciclón. Empezó con las preguntas y las autorrespuestas, con las dudas en voz alta, con las suposiciones... y con su maldito olfato:

—Jaime, no creo en casualidades. No lo puedo remediar. Cuando sé que ocurre algo, lo sé. Pese a que los datos aún no lo desvelen, ahora pasa algo serio.

—Tú no crees en casualidades, ni en el orden establecido ni en nada sensato. Pero te quiero.

—Hablo en serio, Jaime, lo que ocurre no huele bien. Tiene que haber una intención oculta en todo esto, ¿no crees?

—La Policía Científica no ha encontrado nada. Aun cuando tuvieras razón, Lola, no hay pistas que seguir —respondí. Mi tono estaba teñido de una crispación contenida.

—Lo sé. Eso es lo que más me llama la atención: unos chorizos habrían dejado huellas de dedos, de pies o de neumáticos, y habrían arramplado con tu ordenador y los altavoces, por no hablar de las joyas. Son profesionales. ¿Y por qué un profesional iba a tomarse la molestia de planificar un robo en la casa de una jueza para llevarse una copia de un cuadro como el nuestro y, encima, reincidir?

—No tengo respuestas, Lola. Lo siento. Es muy posible que, como comentabas, se hayan confundido de casa...

—Jaime, llevamos demasiados años casados para no haber aprendido a leer en tus silencios.

Salí de esa trampa como pude.

—Va haciendo frío. Tendré que modificar el termostato...

—Jaime...

—Tengo hambre, Lola, ¿preparamos algo para cenar?

—Si estás intentando librarte de mí, vas por mal camino. Parece mentira que, tras tantos años juntos, aún no me conozcas.

—¿Es que no tienes hambre?

—Yo siempre tengo hambre, ese es uno de mis problemas. Pero sabes bien que mi curiosidad es aún más insaciable que mi estómago.

—Si de mí dependiera, satisfaría esa curiosidad que te tortura, pero no está en mi mano. Nos han robado un cuadro sin valor que no nos gustaba: dejémoslo así. Además, tengo otras cosas en la cabeza. Mañana viajo a Nueva York y quiero acostarme pronto.

—Dejar cabos sueltos no es mi estilo. Me impide dormir.

—Lo sé, Lolilla. Pero esta vez te rogaría que te quedaras un poco quietecita, ¿vale? Te lo agradecería mucho —dije, y me puse de pie.

Mi miró fijamente a los ojos. Expulsó el aire que había retenido en los pulmones y replicó:

—¿Me lo vas a contar?

—¿Qué?

—Lo que sea que ocurra.

—No es importante. Solo estoy cansado...

Estaba a punto de explicarle la llamada de mi secretaria cuando sonó el timbre. Lola salió a abrir y regresó acompañada de un comandante de la UCO. A la legua se veía que era corredor. No estuvo mucho tiempo. Resistí lo mejor que pude sus indagaciones y me despedí de él con una amplia sonrisa en los labios. De mi esposa no pude deshacerme tan fácilmente.

—Desembucha, Jaime. Ya.

—No hay nada que desembuchar. Líos de trabajo...

—Tu mirada no dice lo mismo. Además, ¿desde cuándo el trabajo te ha quitado la alegría? Con la donación de esos dos millones, se te han debido de abrir muchas puertas. Podrás acelerar el ensayo clínico.

No respondí, pero dejé escapar un hondo suspiro, un suspiro que sonó a desolación. Y finalmente, decidí contar a mi esposa esa parte de la historia.

—¿Recuerdas el Premio Wolf, Lola?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Te lo van a dar a ti. ¡Y bien sabe Dios que te lo mereces! Estoy muy orgullosa.

—Pues no deberías estarlo. Mi nombre ha desaparecido de la terna de candidatos. Bueno, de la terna y de la lista completa.

—¿Desaparecido? ¡Pero si la encabezabas! ¿Cuántas felicitaciones has recibido? ¡Si hasta me he comprado un traje nuevo para ir a la ceremonia! Estaba de rebajas —aclaró.

—Me temo que tendrás que estrenarlo otro día.

Se acercó y me abrazó.

—¡No sabes cuánto lo siento! ¿Qué ha ocurrido?, ¿qué explicación te han dado?

—Ninguna.

Lo inesperado de la revelación, la manera de expresarlo, el gesto descompuesto con que involuntariamente la acompañé hicieron que Lola se estremeciera. Hice de tripas corazón y añadí:

—Objetivamente hablando, es un golpe, pero nada definitivo. Me lo concederán en otra ocasión.

Ella sabía, porque nos conocemos muy bien, que ni sus palabras de aliento ni sus apelaciones a la injusticia de la vida iban a surtir efecto, de modo que respetó mi dolor en silencio y se esforzó por no perder la calma.

—Eso es cierto. Supongo que se trata de un candidato de última hora. ¿A quién han propuesto?, ¿lo conozco?

—No han propuesto a nadie. Simplemente me han eliminado. Tremurelle encabeza la terna.

—¡Pero eso no tiene sentido! ¡Eres manifiestamente superior!

—Al parecer, ellos opinan de otro modo.

—Lo siento, pero no lo entiendo. Tiene que haber otra razón y deberías conocerla, enterarte de qué ha ocurrido. ¿No estaba tu amigo JJ en el jurado?

—Lo preside, sí.

—¿Y no sería bueno que lo llamaras y lo aclararas? —En ese instante se detuvo, frunció el entrecejo y dijo muy seria—: De no saber lo absurdo que suena, citaría a Shakespeare: *Something is rotten in the state of Denmark*. Si lo piensas bien, la conclusión es irrefutable: JJ y su amigo vienen a cenar a casa, observan mi pulsera y se interesan por nuestro cuadro. Desde que ponen las manos en esa joya, no he vuelto a saber de ella. Respecto al cuadro, unas semanas más tarde nos lo roban. Y ahora te remueven de esa nominación... Son demasiadas coincidencias, demasiadas... Aunque, claro, es absurdo.

—Ciertamente, Lola, absurdo. Responde a tu costumbre de buscar conspiraciones debajo de las piedras. Simplemente se lo han pensado dos veces y han considerado que Tremurelle es mejor. Eso es todo. Olvídalo.

Lola se puso en pie, colocó los brazos en jarras y negó vivamente con la cabeza.

—El verdadero inconveniente del matrimonio es que mata las sorpresas, Jaime, será difícil que me engañes a estas alturas. Al menos, en este tipo de asuntos...

—Tiendo a olvidar lo perspicaz que eres, Lolilla.

Ella se hinchó como un pavo, algo que apenas duró unos instantes. En ese momento, estuve a punto de mostrarle la fotografía. Incluso eché mano al bolsillo y la tuve entre los dedos, pero finalmente no la saqué. Necesitaba un poco de tiempo.

—Cariño, discúlpame. Tengo que preparar el equipaje y levantarme temprano.

¿Por qué no se lo conté a Lola? Es una pregunta difícil de responder. No quiero que me interpreten mal: sé que mi esposa me quiere. Sé que, al menos inconscientemente, su corazón busca ponerse en mi posición, comprenderme, ayudarme. Pero, en momentos como este, solo logra exasperarme. Es incapaz de escuchar y estarse quietecita, de dejar las cosas en mis manos. No lo hace por mala fe; simplemente, no puede evitarlo. Pedirle que desista es como rogar a un drogadicto que deje pasar un buen chute gratis. Lola es una drogadicta. Los misterios son su droga, una sustancia irrefutablemente dura, para la que no se

conoce metadona alguna. Sé que intenta pensar como mi esposa, sé que lo pretende, que incluso lo ansía, pero no puede resistirse. ¿Un cuadro robado en circunstancias extrañas, dos allanamientos sin motivo, una pulsera de monedas de oro desaparecida? Un buen pico.

Lo que me ocurre, para Lola no es más que otro de esos episodios emocionantes que sumar a sus memorias; otra de esas peripecias que emergen de tanto en tanto por su estresante vida. En sus crónicas aparecerán asesinatos en serie, redes de corrupción, conspiraciones, venganzas... Lo que tengo entre manos, no sé bien cómo calificarlo, será para ella otro capítulo. Para mí, es el libro entero.

Me quedé definitivamente solo. También lo estaba con ella. Cuando estoy en casa, me siento como un ermitaño aislado en una cumbre perdida. Como un cenobita haciendo penitencia. En ocasiones, Lola es mi tabla de náufrago; la mayoría de las veces, mi dolor de cabeza. Lola, que, siendo menos inteligente, estando menos preparada y padeciendo mil y un defectos, logró hacer de mí un segundón. Un consorte. Soy (ahora más que nunca) el esposo de la jueza MacHor, la pelirroja de tacones de vértigo, la de la faja, la guindilla metomentodo. Ante ella deslucen mis éxitos internacionales, mis conquistas, mis doctorados. Hubo un tiempo en que llegué a odiarla por eso. Ahora seré un segundón de por vida. No quiero contarle mis problemas porque me compadecería, y eso no podría aguantarlo. Y, segundo, porque la comprometería. ¿Se imaginan la portada del periódico? «Juez del Tribunal supremo envuelta en tráfico de arte robado.»

Definitivamente, estaba mejor al margen.

No me levanté temprano; simplemente, no me acosté. Me puse el pijama, eso fue todo. Lola, sí. Roncaba como solo ella sabe hacer. Cuando le oigo decir que duerme mal, siento ganas de comprar una grabadora. Me he hecho fabricar unos tapones a medida y hemos organizado un sistema de habitaciones comunicadas pero separadas. Aun así, a veces, siento deseos de ahogarla. Estuve un rato tumbado en la cama recapitulando, con la vista fija en la línea de luz que la persiana estropeada dibuja en el techo. El contraste hacía la oscuridad más densa, tanto que empecé a sentir una desagradable opresión. Me asfixiaba. Tenía la garganta seca. La saliva me raspaba como si tragara paja. Decidí levantarme. Lo hice sin meter ruido: pese a roncar como ronca, Lola se despierta con facilidad. No quería que me obligara a entablar una conversación. A veces, necesito silencio. Es esencial para mí. Ella no siempre lo entiende.

Me acerqué al cuarto de estar, encendí la chimenea, preparé una generosa dosis de Chivas y me acomodé en mi sillón favorito. No podía dejar de pensar en ello. Miré el reloj: las once y media. En Washington, empezaba la tarde. Buena hora. Telefoneé a la secretaria de JJ y le pedí una cita. Me conoce desde hace años. Mi colega tiene habitualmente una agenda complicada, pero buscó un hueco para que pudiera verlo a la tarde siguiente. Tenía que desterrar la duda cuanto antes, o me volvería loco. Abrí el ordenador y busqué un vuelo que saliera a mediodía. Por la mañana quería hacer otra visita.

Satisfecho, me preparé otro whisky. Últimamente bebo demasiado. No soy un gran bebedor, no me malinterpreten, pero en circunstancias especiales el alcohol ayuda. Y el silencio. Aun así, me costaba dormir. Tenía la sensación de que la catástrofe estaba a la vuelta de la esquina, que me perseguía. Lo pensé mejor, subí con sigilo a la habitación, me enfundé ropa de deporte y salí a correr.

Suelo salir a correr antes de cenar. No me importa si llueve o hace sol. Tampoco si hace fresco; no hay nada comparado con la sensación de frío sobre la cara mientras mantienes los músculos calientes. Sin embargo, cuando la

temperatura es baja, el ejercicio requiere de calentamiento exhaustivo y prolongado, ropa adecuada y paciencia porque el aire gélido, al pasar a tus pulmones, parece quemarlos. Además, con el suelo helado es más fácil torcerse el tobillo y las rodillas, que tardan en coger temple, son vulnerables.

Esa noche se daban todas las circunstancias para evitar un entrenamiento. Sin embargo, me pudo la necesidad. Me vestí. Me puse una gota de vaselina en los pómulos y las orejas; cogí gorro, guantes de lana y mi iPod, y salí. Las calles de la urbanización estaban desiertas y oscuras. No había luna, el suelo estaba revestido de una fina capa de hielo y hacía un frío sobrecogedor. Con dolor, inspiraba por la nariz y echaba el aire por la boca; aun así, vencí la resistencia y me enfrenté, en el estado que más me gusta, es decir, corriendo, a mi primer y principal dilema: recordar. Lola, con sus resuellos, su pijama de lunares y sus calcetines gruesos ignoraba por completo la guerra que estaba sosteniendo conmigo mismo. Ella no estaba allí. Debería haber recabado su apoyo, pero Lola y mi madre no se tragaban. Y no me gusta hablar mal de mi madre.

Lola es pasional, impulsiva, como el champán, y mi madre parece ser para ella una espoleta. Yo prefiero el whisky y, en lo relativo a mi madre, no quiero ser objetivo. Soy persona de notable, pero selectiva, memoria. Lo recuerdo casi todo cuando quiero; pero a veces no quiero. En lo que se refiere a mi madre, soy voluntariamente un completo desmemoriado. Lola no alcanza a comprenderlo, pero en ese punto no puedo negociar: una madre es una madre. Cierto que, sobre todo desde que me casé con Lola, una brecha profunda se abrió entre nosotros, pero siempre fui consciente de que, sin mi madre, yo no existiría. Sin ella, no estaría escribiendo esto ni sería médico, ni Lola y los chicos me acompañarían. Eso no me impide reconocer lo evidente: mi madre no era perfecta. Como todos, tenía más de un defecto. Siempre he querido pensar, y creo juzgar con objetividad, que casi todo lo que pueda afeársele deriva de que era una mujer de cortas luces.

En fin, dejémoslo ahí y vayamos al grano.

Decidimos que mi madre muriera en casa. Su cáncer, avanzado y extendido, no iba a dar tregua. No había nada que hacer, salvo ofrecer el más cómodo y cariñoso de los tránsitos. Por eso no la llevamos al hospital. Me trasladé a su domicilio de Pamplona y, junto a una enfermera contratada al efecto, nos turnamos para controlar los distintos goteros. Lola, que no podía abandonar el Tribunal, se quedó en Madrid. Aunque verla en ese estado me producía una enorme consternación, en su última semana de vida pasé bastante tiempo a su lado. Estaba ya consumida, tan delgada que parecía perderse en su camisón de lencería fina. Todos menos ella éramos conscientes de que la cosecha estaba vendida y que inexorable había empezado la cuenta atrás. Ella, fiel a sí misma, seguía insistiendo en que le encañonaran las puntillas de las sábanas y le ondularan el cabello. Como tenía ya metástasis cerebrales y dolores intensos, le administrábamos una creciente dosis de morfina. Había empezado a desvariar.

Durante horas se aislaba de la realidad para pasar a habitar muy lejos de las paredes color ocre de su cuarto, sembradas de reliquias y cuadros de santos. En otros periodos, cortos, la nube oscura que la oprimía se levantaba momentáneamente y sus ojos glaciales amanecían de nuevo. Entonces comenzaba a hablar sobre sí misma: me susurraba secretos del pasado, historias de aquellos años en que España olía a cartilla de racionamiento y a estraperlo, a brasero y a sabañones, a jabón Lagarto y a aceite de hígado de bacalao. Contaba detalles de cuando su familia aún no era lo suficientemente rica para los ricos y tenían que gastarlo todo en aparentar, mientras pasaban hambre; de su primer cigarrillo, o de cómo logró que mi padre olvidara que era coja y poco agraciada y se casara con ella. De pronto, esbozaba una tímida sonrisa, cerraba los ojos y volvía a perderse en la nada. Lamentablemente, los momentos de lucidez eran cada vez menos frecuentes. Hasta que desaparecieron por completo. Murió sedada y a su gusto: envuelta en sábanas de hilo y en su camisón de seda, con su enorme solitario en el dedo y sus pendientes de diamantes.

En uno de esos primeros periodos de inestable claridad, hizo salir a la enfermera de la habitación y me contó algo propio de una telenovela. Yo nunca sabía si lo que decía era producto de la morfina o de su imaginación, porque cuando una persona interpreta un papel durante mucho tiempo termina creyéndose sus propias mentiras. Fue en uno de esos momentos cuando me habló de los cuadros. Y de Paulina. Y de mi abuela Gracia. Volvería a ellas en varias ocasiones. A ellas y a su trágica historia, tan desagradable y dolorosa que interpreté como uno de sus desvaríos y procedí a olvidar de inmediato. Hasta el robo. Entonces me reproché no haber prestado la debida atención, pero ya no había remedio.

Subí el volumen de la música en mis auriculares y reduje el ritmo. Hacía mucho frío y el suelo resbalaba: no quería lesionarme. Una lesión a mi edad es irrecuperable. Respiré hondo mientras los recuerdos volvían.

«Tu abuela, o sea mi madre, fue una mujer muy bella, Jaime. Incluso muerta, embutida en ese ataúd tan tétrico, rodeada por cuatro enormes velones, lograba mantener ese no sé qué que la caracterizaba. Pero fue una mala madre, pésima. Tenía nueve años cuando me atropelló aquella maldita motocicleta en el paso de cebra, un hombre que escapaba de la Policía tras robar en una tienda. Me partió ambas piernas y la cadera derecha. Pero lo peor fue la rodilla. Los médicos no pudieron reconstruir todos los fragmentos. Eso me ha impedido caminar con normalidad. Mejoré, pero nunca me recuperé del todo...

—Tienes unos andares propios, únicos. Ser único siempre es bueno.

Suspiró.

—En tu abuela lo era. Tenía un algo atípico, con la nariz muy recta, unos ojos rasgados muy negros y un precioso cabello rubio, casi blanco. Yo solía esconderme en su cuarto para contemplar cómo se arreglaba sentada ante el espejo. Era extremadamente vanidosa, siempre se hacía coser vestidos que dejaran ver su cuello largo y sus hombros. —Su sonrisa adquirió un tinte irónico—. Tras los últimos retoques de maquillaje, introducía sus largos dedos por el escote para recolocarse el pecho y dejar entrever solo las curvas. Pero cuando me veía a mí, torcía el gesto. Fui su única hija; según ella, conmigo empezó la decadencia de la raza.

—¡No digas tonterías, mamá!

—No son tonterías, es la pura verdad. En aquellos tiempos, la cojera era sinónimo de polio, y la enfermedad, de pobreza, dos cosas que tu abuela Gracia nunca suportó. —Sujeté su mano con cariño. No dije nada. Conozco el cuerpo de mi madre, las largas cicatrices de sus piernas—. Cuando regresé a casa tras la operación, ella me quitó de en medio, como solía hacer. Dijo que era para facilitar mi recuperación, pero lo que no quería era ocuparse de mí

personalmente. Fue una mala madre. Pésima. Un rostro angelical con alma de demonio. Yo la odiaba y, al mismo tiempo, la admiraba; quería ser como ella.

—No puedes hablar así de tu madre, mamá. No es justo. ¿Qué te parecería que yo hablara mal de ti?

—Nunca te he dado motivo, he sido una madre modelo —me respondió. Cerré los ojos para que no leyera en ellos mi desacuerdo.

—Mi madre no lo fue. No tenía corazón. Con la pierna llena de clavos, me envió a la finca. Debe saber, joven, que mi familia posee un extraordinario predio de caza en Torrico, una localidad a pocos kilómetros de Toledo. Unas mil hectáreas...

La interrumpí:

—Mamá, soy yo, tu hijo Jaime. ¿No me reconoces?

—¡Por supuesto, Jaime! ¿Cómo no te voy a reconocer?

—Pues entonces deberías recordar que conozco al dedillo la casa de Torrico. He pasado allí infinidad de veranos —respondí. Cuando mi madre murió, mi hermana y yo nos deshicimos de la propiedad.

—Cierto. Te he llevado allí a visitarla. Por aquel entonces ya había corzos, jabalíes, gamos, monte bajo y poco que hacer. No me gustaba ir allí, no había nadie de mi edad ni nada que hacer. Me quedaba con los guardeses, nunca he visto caras más arrugadas que las suyas. Eran muy amables conmigo. Me querían. Aquella primavera Viviana, que se encargaba de la limpieza y la cocina, empezó a perder la cabeza. Salaba dos veces los platos; no encontraba las sartenes, aunque estaban en el sitio de siempre; se perdía en la finca cuando iba al gallinero a buscar huevos...

»Por eso mi madre contrató a Paulina. Eran épocas de hambre en España, y no le fue difícil dar con una joven en los alrededores capaz de trabajar como criada. Paulina era algo mayor que yo. Por aquel entonces tendría dieciséis o diecisiete. Su padre y su hermano habían muerto en la guerra, en la nuestra, ya sabes, y su madre y ella pasaban bastantes apuros. De hecho, cuando llegó estaba extremadamente delgada. A las pocas semanas, sin embargo, recuperó el color y sus curvas se afianzaron. Hasta sus ojos color oliva parecieron aclararse. Era una muchacha muy guapa, tímida, tierna. Su melena, negrísima y ondulada, me daba una envidia terrible porque yo tenía un pelo fino y pajizo que no me gustaba nada. En cuanto Paulina terminaba sus tareas, venía a mi cuarto para hacerme compañía. Cuando pude abandonar la cama, apoyada en unas muletas, yo la ayudaba en su trabajo para que acabara antes y poder ir a jugar juntas. Me contaba cuentos de su pueblo y de su familia, de la guerra, de los chicos...

»Un día, mientras jugábamos con las muñecas en el patio de la fuente, oímos que llegaba un automóvil. Era mi padre. Solía ser muy cariñoso conmigo,

siempre me traía algún regalo y avisaba de sus visitas con mucha antelación para que todo estuviera dispuesto, ya que era muy meticuloso con la comida. En aquella ocasión ni avisó ni me trajo un presente porque no venía solo. En el asiento trasero de su automóvil, tumbado, yacía un hombre malherido, delirante. Al principio me dio miedo, me escondí en el interior de la casa y seguí la escena oculta tras las cortinas de una de las ventanas del salón. Luego me envalentoné y me colé en la habitación donde lo tumbaron. Pese a estar moribundo, Guido Gottemberg era un hombre muy guapo. Creo que fue al primer hombre al que vi desnudo. Tenía un pelo rubio muy liso, una nariz ganchuda que le otorgaba un toque exótico y un cuerpo musculoso, con varias cicatrices antiguas y una herida reciente en el costado izquierdo cubierta con vendas. Mi padre estuvo con él toda la noche. Nos contó que era un colega suyo, médico como él, que venía de Alemania, del frente. Lo habían operado allí, pero había contraído una infección grave y había decidido traerlo a la finca para ayudar a su recuperación.

»Guido estuvo varias semanas delirando; no recuerdo cuántas, pero desde luego fue un largo periodo. Todos, mi padre incluido, pensábamos que moriría, pero finalmente un día de septiembre de 1940 comenzó a mejorar y despertó. Luego todo fue muy rápido. Se reveló como un hombre encantador. Hubiera ganado cualquier concurso de belleza o simpatía. A Paulina y a mí nos enseñó a jugar al ajedrez, y nos dejó ganar mil veces. Me enamoré perdidamente de él. Aunque Guido jamás me vio más que como a una niña coja. No pude, sin embargo, dejar de percibir cómo miraba a Paulina, aunque oímos decir que estaba casado.

»Cuando mi madre se enteró de la feliz noticia de su recuperación, vino a Torrico. Y aprovechó para organizar una cacería en su honor, a la que convidó a nuestros vecinos, un matrimonio extranjero, Manfred y..., ¿los recuerdas?, que había adquirido una propiedad contigua a la nuestra. Y a unos cuantos amigos de estos.

»Nunca supe con exactitud la procedencia de nuestros vecinos. Los que yo he conocido me parecieron cultos y encantadores ancianos, cuya casa, que siempre olía raro, parecía un museo por la cantidad de obras de arte que poseían: Durero, Utrillo, Nolde, Petropoulos. Recuerdo perfectamente su colección de automóviles, en especial el Mercedes rojo *coupé* y el Rolls-Royce. Este último, blindado, pesaba una tonelada, pero alcanzaba los ciento noventa kilómetros por hora. ¿Los recuerdas, Jaime? Manfred y Helena von Trotha.

—¿Manfred? No me suena ningún Manfred.

—Posiblemente no lo conociste con ese nombre. Tras concluir la guerra, cambiaron su nombre y se hacían llamar Paco y Helena Trota.

—¡Ah, los Trota, claro! Era muy pequeño, pero me acuerdo, el marido sabía mucho de coches. Abría el capó y me enseñaba las piezas.

—Así es, presidía una fábrica de motores con sede en Múnich. Su esposa Helena, una dama morena y gordita, siempre envuelta en humo de cigarrillos, era de Baviera. Pasaban en Torrico parte del estío y también algunas semanas del invierno, que aprovechaban para ofrecer espléndidas fiestas a las que acudía la alta alcurnia alemana y también políticos y empresarios españoles. Mi familia correspondía a esas invitaciones organizando partidas de caza. Visitaban nuestra hacienda con asiduidad. Manfred era pareja de tenis de mi abuelo, y cazaban juntos. Y las mujeres aprovechaban para comentar la nueva moda o los chismes de la capital.

»En aquella celebración, a nuestros vecinos los acompañaron media docena de altos cargos del Gobierno alemán: militares, políticos, un par de diplomáticos... y Guido. Tu abuela, que padecía una suerte de fascinación por todo lo alemán, se apresuró a preparar una fiesta para recordar. Conocía su ideología solo superficialmente, pero su estética le resultaba irresistible: los uniformes negros, marrones o azules, con bocamangas, galones, hombreras, pasamanos y ribetes; los pantalones de montar con botas lustradas hasta parecer espejos hacían sus delicias, y en general, las de las mujeres y las de muchos hombres envidiosos de su virilidad, su discurso y su orgullo.

»Se cazaron corzos, jabalíes y ciervos. Pese a las penurias de la época, se comieron exquisitas viandas y se degustaron carísimos caldos. Tras la cena, se sacaron las bebidas fuertes, se enchufó el magnetófono y comenzaron a bailar. Paulina servía. Aquella noche estaba muy guapa: no sé por qué el uniforme de gala, negro con delantal, puños y cuello blancos, resaltaba sus enormes ojos de gata, su larga melena negra y la delicadez de sus formas. Yo me hallaba oculta tras el seto, fascinada.

»Guido estaba sentado en una de las sillas de tiras de cuero con los ojos cerrados. Daba pequeños sorbos al whisky con una inconfundible cadencia. Cuando lo vaciaba, levantaba la copa y pedía otra ronda. Mi madre hacía un gesto a Paulina, que acudía a toda prisa a llenar el vaso vacío. En la cuarta o quinta ronda, el alemán abrió los ojos, sonrió e hizo una furtiva incursión en la pierna de Paulina, por debajo del uniforme. La joven se separó del alemán con la rapidez de un rayo y un gesto de extrañeza supino; no era propio de él. Mi padre lo vio, se colocó a su vera y susurró a Guido algo al oído. No sé qué le dijo, pero intuyo que le advertiría sobre su juventud, y, probablemente, le diría que era su protegida. Mi padre era así.

»Obviamente, mi madre se llevó aparte a mi padre y le recriminó: eran sus invitados, y no había sido más que una tontería. ¿Cómo podía hacer ese feo a un

médico amigo personal del Führer? Por otro lado, Paulina no era más que una criada. Debía saber que en ocasiones hay que aguantar que tus señores sean un poco impertinentes. Mi padre montó en cólera, gritó algo que no entendí en alemán y se retiró. Los demás siguieron bebiendo y bailando, Paulina sirviendo y yo observando.

»Un rato después, Guido bajó las piernas del taburete donde las había colocado, dejó en él la copa e hizo un gesto a Paulina para que le sirviera más whisky. Me fijé en su cara. Pese a que había muy poca luz, vi la expresión de su rostro y me asusté. Estaba borracho y seguro que tendría muchos dolores, pero su gesto reflejaba sobre todo una profunda frustración. Había en sus ojos un negro presagio. Paulina se inclinó para servirle más whisky y él la besó en la mejilla y volvió a acariciarle la pierna subiendo por debajo de la falda hasta la ingle. Paulina dejó la botella sobre la mesa, salió corriendo y se encerró en su habitación. Mi madre no dijo nada y siguió bailando con uno de los generales alemanes, un tipo atractivo, pero no como Guido: la cicatriz de la mejilla izquierda le daba un aspecto grotesco. Era evidente que se estaba propasando, pero a mi madre no parecía importarle.

»Guido se levantó y entró en la casa. Yo permanecí en el seto observando a mi madre. Pero al darme cuenta de que el alemán no regresaba, decidí entrar y ver qué ocurría. Entonces oí las súplicas de Paulina. Me acerqué por detrás, miré por la ventana de su habitación y los vi. Paulina no era una corista, ni una frívola ni una descarriada. Era virgen en todos los sentidos. Estoy segura de que estaba tan enamorada de Guido como yo, pero aquello era otra cosa. Paulina se resistía, pero él era mucho más fuerte. No sabiendo qué hacer, fui en busca de mi madre, pero no la encontré. Me acerqué a la habitación de mi padre, lo saqué de la cama y lo arrastré hasta la habitación de Paulina. El puñetazo resonó en toda la casa, pero era demasiado tarde.

»Mi padre fue en busca de mi madre, a la que encontró bailando con el general de la cicatriz. Se subió al coche y se marchó. No volví a verlo hasta pasados unos meses. Pasé la noche consolando a Paulina, que no paraba de llorar. Yo también lloraba. Por ella y por mi padre. Y por mí misma, una niña fea y coja.

»A la mañana siguiente, mi madre ordenó a Paulina acudir a la biblioteca, donde estaba su agresor, que había recogido ya sus cosas. Por un momento, la vergüenza mantuvo en silencio al médico alemán. Luego lo hizo el sentido común; tenía poco que decir, pero lo que debía decir lo dijo: explicó que un bombardeo británico había destruido el edificio donde se encontraban su esposa y sus dos hijas, y murieron las tres. Había recibido la noticia antes de la cena, había perdido la cabeza y bebido demasiado. Pidió disculpas y prometió

abandonar la casa de inmediato. Pero antes sacó un gran fajo de billetes alemanes y los dejó sobre la mesa, delante de ella. Paulina, que no había levantado la vista un segundo, se dio la vuelta. El dinero se quedó allí. Yo ya no estaba en la finca, pero sé que nueve meses más tarde Paulina tuvo un niño. Un varón.

—¡Caray, qué historia, mamá! ¿Cómo es posible que nunca me la contaras?

Se mantuvo unos minutos en silencio, con los ojos cerrados. De hecho, pensé que se había dormido, pero de pronto los abrió y añadió:

—Por si volviera..., no creo que lo haga, pero, por si un día regresara, te doy autorización para que le prestes mi peluca, la negra y lisa. Está en el último armario de la derecha. Pobrecilla. A los pobres, ya se sabe, todo les son pobreza. Incluso si tienen un poco de suerte, terminan volviendo a sus orígenes, reincidiendo. ¡Qué se le va a hacer! Préstale la peluca, espero que disimule el estropicio.

—Me he perdido, mamá. ¿De quién me hablas?, ¿de qué estropicio?

Mi madre no contestó de inmediato. Se me quedó mirando fijamente y luego me recriminó:

—Pero ¿cómo has podido olvidarlo? Le raparon el pelo, pobrecilla. Tenía una melena preciosa, larga, ondulada. Una buena mata, no como la mía — susurró con una mezcla de tristeza y compasión a la vez. Una pequeña lágrima comenzó a rodar por su mejilla.

—¿A quién, mamá?

—¿A quién qué?

—A quién raparon la melena...

—¡A Paulina!, ¿a quién iba a ser?

—No lo entiendo. ¿La afeitaron por quedarse embarazada?

—Jaime, por Dios, ¿en qué mundo vives? ¡Hasta tu prima ha tenido un hijo sin padre!

—Eso fue una inseminación artificial, algo distinto, mamá.

—Como quieras. Pero no fue porque se quedase embarazada. En aquel tiempo, las cosas no eran como ahora, que se admite todo. Contábamos con reglas morales y civiles mucho más estrechas, pero no éramos unos monstruos. No se rapaba a una chica por quedarse encinta.

—Entonces, ¿quién le rapó la cabeza?

—Ese judío. ¡Qué ser tan despreciable! Tú préstale la peluca y que descansa un poco, lo suficiente, y luego que vuelva al trabajo para que nadie diga que es una aprovechada.

Pensé que sus desvaríos retornaban, que de nuevo se cerraban las fronteras de su mente. Me acerqué a la mesita auxiliar donde habíamos situado los

medicamentos, las gasas y apósitos, las jeringuillas y los demás instrumentos que necesitábamos, y cogí el vaso de agua. Le acerqué la pajita a la boca.

—Bebe un poco, te refrescará.

Aspiró levemente.

—Venga, un poquito más, hoy hace calor.

Apuró el resto y, como si el líquido le hubiera dado fuerzas, continuó hablando por espacio de diez o quince minutos:

—Si volviera, Jaime, dile que lo siento. Debí hacer algo. Algo más que avisar a mi madre. Ella aseguró que no era cosa nuestra, pero lo era. Debí ser imprudente. Pero era tan guapo y ella tan bonita. Hubiera querido que él... —Se detuvo para toser. Me asusté, pero solo fue un instante—. No olvides la peluca. Y que se lleve los cuadros. Si vuelve, que se los lleve. Y que lllore. Paulina nunca lloraba. Ni siquiera gritó cuando el pequeño bastardo asomó la cabeza tras dos días de parto. Y vigila que nadie emponzoñe al niño. Se va haciendo mayor. Ya no es tan pequeño. Ya no se aferra a su tristeza como antaño. Sacó los ojos de su padre, y de Paulina, la belleza. Era muy guapa, demasiado. Bella y pobre: una combinación terrible, una pátina insufrible.

—¿De qué cuadros me hablas?

—¡Hijo, hoy estás despistadísimo! Hablo del Matisse y del Picasso. Tienes que acordarte de ellos, papá y yo os los regalamos. Tu padre insistió. Yo sabía que a esa esposa tuya pelirroja no le gustarían, pero un Picasso es un Picasso, y un Matisse, un Matisse. Los colgasteis en el salón como quedamos, ¿no?

—Claro..., en el salón —mentí.

Y, arrepentido, me dije a mí mismo que al regresar a casa cumpliría mi palabra. Mi deseo quedó a medias, ya que Lola se negó rotundamente. Tras el rifirrafe, logré que colocara el supuesto Matisse en su despacho, en una pared lateral. El lugar donde estaba colgado cuando nos fue sustraído.

—¿Puedes guardar un secreto, hijo?

—Puedo. Pero no sé si me gustan tus secretos, mamá. Aviso a un cura, a uno simpático. Sí, eso haremos, será preferible.

—¡No entiendes nada, hijo! No hablo de mis secretos, esos nunca te los contaría a ti. Y mucho menos a un cura desconocido.

Le solté la mano y comencé a recorrer de un lado a otro la habitación. Aquellas historias clandestinas, no sé por qué, no me gustaban demasiado, pero no tuve ocasión de rebatir.

—Yo estuve en aquella casa, ¿sabes? Yo misma descubrí a ese desalmado. Se llamaba Joaquim.

—No sé de qué casa hablas, me temo.

—Claro. Tú no conoces París.

—¿Qué pinta ahora París?

—Allí fue donde enviaron a Paulina en cuanto se recuperó del parto. Mi padre lo organizó muy bien. Era buena cocinera, después de todo. Y los alemanes siempre han tenido predilección por la buena cocina. Mi padre, tu abuelo, era así. En cuanto se enteró de que Paulina había dado a luz, se fue a hablar con nuestro vecino Manfred y, tras un leve forcejeo, le exigió que se lo notificaran al padre y que lo ayudaran a darle una salida a la chica. Los amenazó, así como suena. Les dijo que, si no hacían lo que les pedía, iría a ver al general Franco y le contaría cómo se comportaban los alemanes con las mujeres españolas. Seis meses después, Paulina atendía la cocina de la embajada de Alemania en París. En cuanto al niño, se quedó en el pueblo de Paulina, con su abuela y una renta vitalicia que pagó mi padre hasta que murió.

—¡Bien por mi abuelo! —declaré.

Mi madre sonrió con una boca amplia y satisfecha.

—Mi padre tuvo que viajar a París un año más tarde, tenía negocios allí. Mi madre se empeñó en ir con él; yo, en acompañarlos. Ellos tenían una cena de gala en la embajada de España, una de esas bonitas veladas a las que tanto me hubiera gustado asistir. Mi madre llevaba un vestido azul cielo con un amplio escote, un abrigo de piel y sus mejores joyas. Nos hospedábamos en un hotel, no sé en cuál, solo que la secretaria de mi padre lo había gestionado con el Rotary Club. Iban a dejarme en la habitación durante la cena, pero mi padre no quería que me quedara sola y se le ocurrió que podría pasar un rato con Paulina. Empecé a dar saltos y aplaudir: la idea de volver a ver a Paulina me llenaba de alegría. Como ella tenía que supervisar los últimos detalles de la cena, me acompañó a su apartamento y me dijo que la esperara allí.

»Tardó bastante, y yo, aburrída, recorrí el piso curioseándolo todo. No era un palacio, pero, dadas las circunstancias del país y teniendo en cuenta que era una mujer sin ninguna clase, estaba bastante bien: saloncito, dormitorio, cocina y baño. Todo immaculado, como era ella. Y bien arreglado para como estaban las cosas; muebles de calidad: cuadros con gruesos marcos, una cómoda Luis XVI, dos sillas de comedor de respaldo alto, un sofá tapizado en adamascados y un enorme armario de roble macizo muy profundo que ocupaba la mitad de la habitación. Sentí curiosidad por el tipo de ropa que guardaba.

»Abrí el armario y mi sorpresa fue mayúscula. Dentro había algún vestido ordinario, pero también había un hombre de gafitas redondas vestido con un traje de alpaca azul con camisa y corbata. Era viejo. Por lo menos, eso me pareció entonces. No puedo decir qué edad tendría, quizá solo cuarenta o cincuenta. A su lado había una niña pequeña, más pequeña que yo. Sus enormes mofletes

estaban tremendamente colorados. Llevaba un uniforme azul marino parecido al que tuve luego en el internado de Suiza...

—No entiendo nada, mamá. ¿Quién era esa gente?

—¡Pareces tonto, Jaime! Eran judíos, ¡judíos! Entonces en París los cazaban a lazo y los llevaban a unos campos. Paulina, jugándose el tipo, los ocultó durante toda la ocupación. Tenía comida a su alcance y cierta seguridad. Ella era una muchacha muy compasiva, siempre lo fue.

—¿Ese judío es el Joaquim del que me hablabas?

—¡El mismo! El muy desagradecido el mismo día que terminó la guerra salió del armario y denunció a Paulina por colaboracionista. Y de paso, se quedó con todo lo que ella tenía en el piso. Y era mucho, porque su jefe, que era un alto cargo alemán que entendía mucho de arte, le regalaba muchas cosas: joyas, muebles, pintura. La pobre solo pudo rescatar el Matisse, el Picasso y la pulsera. El perro judío se quedó todo lo demás, incluyendo su melena: ¡vendió su pelo! Ya lo ves, hizo lo que luego ellos achacaron a los alemanes. ¡Vendió su pelo!

—¡Caray, mamá! ¿Todo eso es cierto?

—Como lo oyes. —Cerró un instante los ojos.

—¿Y qué le pasó a Paulina?

No me respondió. Se había quedado dormida. No volvió a despertar. Dos días después, la enterramos con el collar de su madre. Una estupidez, lo reconozco.

Regresé a casa y me di una ducha caliente. Aún eran las cinco. Me preparé el desayuno y subí al altillo. Si mi madre había dicho la verdad, el robo tenía un claro sentido.

Lo llamamos «altillo». En realidad, es una zona bajo cubierta que empleamos como trastero. Y no es precisamente pequeña. Almacenamos allí cuadros, algún mueble, un par de alfombras, vajilla desparejada; objetos para los que, después de varios traslados, no hemos hallado una ubicación adecuada. Allí dormitan esquís de los chicos, patines y patinetes de todos los tamaños, una enorme casa de muñecas, una portería de fútbol sala, una antigua máquina de escribir, palos de golf y un largo etcétera que incluye también una colección de flautas (nunca he entendido la manía de las escuelas de enseñar flauta) y dos violines de cuando a Martita le dio por ser artista. Y libros, muchos libros, toneladas de libros, libros de todos los tiempos, libros de todas las materias. Por si esto fuera poco, Lola lo guarda todo. Para que se hagan una idea, se negó a desprenderse de las antiguas cacerolas, inútiles para las nuevas placas de inducción. Conserva hasta los apuntes de la carrera. De nada me ha servido recordarle que aquellas leyes han cambiado o han sido derogadas. Ella sigue insistiendo en que, en alguna ocasión, en esta vida o en otra, pueden serle de utilidad.

Cuando falleció mi madre, mi hermana y yo heredamos la finca de Torrico. Nuestra primera intención fue conservarla. Era incómoda, estaba anticuada (sobre todo los baños, antediluvianos) y requería muchos arreglos, pero poseía un emplazamiento magnífico, muy próximo a la capital, contaba con una belleza pintoresca y, lo más importante, le teníamos cariño. Como resultaba bastante gravosa, decidimos intentar su explotación cinegética: suelta de perdices; caza mayor, un par de veces al año; un pequeño hotel de lujo para cazadores... Algo menos de dos años duró el ensueño: enseguida llegamos a la conclusión de que, por mucho que lo intentáramos, no conseguiríamos cubrir los costes, y la pusimos a la venta. Un matrimonio francés de cierta edad nos ofreció un precio que nuestro asesor consideró adecuado y la vendimos. Amén de la finca y los animales, se quedaron con muchos de los enseres, sobre todo de labranza, y con algunos muebles. Los objetos personales y los recuerdos familiares los

almacenamos en cajas de cartón que terminaron en nuestro altillo, ya que mi hermana vive en San Francisco en un apartamento pequeño. Desde entonces, buscar cosas en el trastero resulta una tarea un poco más complicada.

Decidí subir y comprobar si en alguna de las cajas procedentes de Torrico había algo que permitiera discernir si las afirmaciones de mi madre se atenían a la verdad o procedían de los vapores de la morfina. En suma, si quien hubiera robado el Matisse tenía alguna información que nosotros desconocíamos.

Dos bombillas desnudas me abrieron los ojos. Para las pocas veces que lo visitamos, me pareció que la capa de polvo era sorprendentemente fina, casi insignificante. Enseguida localicé lo que buscaba. En realidad, las pertenencias de mi madre no eran tan abultadas como recordaba: solo seis cajas en las que mi hermana había escrito con rotulador negro: «Cosas de mamá».

La primera contenía diarios de mi madre fechados en los últimos veinte años. No los abrí: la historia que buscaba, *a priori*, era muy anterior. La segunda caja estaba llena de esas cosas inútiles que guardan las mujeres: espejitos, rulos, bisutería, un par de rosarios, dos o tres carteras gastadas, todas ellas de marca... La tercera guardaba sus recuerdos de juventud. Fue la que abrí. El contenido estaba clasificado en montoncitos atados por gomas. Incluía cosas muy variadas: estampas de santos, felicitaciones navideñas en distintos idiomas, fotografías, cartas... En uno de ellos pude ver el nombre de Paulina. Solté la goma y leí algunas de aquellas cartas escritas desde París y desde Torrico. No permitían certificar todos los detalles (para empezar, no hablaban de los cuadros), pero sí la historia que latía en su base. Mi madre no mentía.

Estuve leyendo hasta casi las siete. Tendría que dejarlo para mi vuelta. Se me había hecho tarde. Empecé a recoger, pero finalmente decidí no hacerlo. En otro caso, al regresar, me hubiera visto obligado a empezar de nuevo. Además, nadie sube nunca al altillo. Me llevé algunas cartas, invitaciones y fotografías de la caja, y bajé.

Me vestí a toda prisa y abandoné la casa dejando a Lola roncando. Me subí al coche y conduje hasta Segovia, un cómodo trayecto de hora y media. ¿Por qué Segovia? Bueno, yo no tengo conocimientos de arte, y antes de entrevistarme con JJ, que sí los tiene, quería recabar la opinión de un experto. Fui en busca de Salvat. Sabía que desde las ocho en punto de la mañana estaría en su puesto.

Salvat es uno de esos gitanos que hoy llamaríamos fino. Lo conozco desde hace poco más o menos diez años, y, a estas alturas, aún no he conseguido averiguar cuál es su verdadero nombre. Algunos dicen que lo bautizaron Moisés; otros, Eliseo. También he oído que lo llamaban Jeremías; en cualquier caso, un nombre bíblico ya que, al parecer, su madre era fiel seguidora de la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días y leía las Escrituras con asiduidad. De su apellido tengo aún menos pistas. He visto las fichas de dos de sus ingresos hospitalarios: en una figuraba como Rodríguez; en la otra, como González.

Lo de Salvat procede, según he oído decir, de la editorial. Al parecer, la Enciclopedia ilustrada en dieciséis volúmenes fue su primera adquisición. Naturalmente, la consiguió a precio de derribo en una casa en ruinas. Teniendo en cuenta que, por aquel entonces, Salvat leía con dificultad, es fácil hacerse a la idea de su habilidad para captar el valor de las cosas. Colocó los dieciséis tomos a una anciana cuyo gato había convertido en añicos una figura de Lladró y necesitaba tapar el hueco de la estantería. Salvat le cambió la enciclopedia por dos tazas de té de porcelana china, desparejadas y sin plato, y un «cuadro viejo», un bodegón que resultó estar firmado por Francisco Lacoma. Con la venta de este último obtuvo lo suficiente para alquilar un pequeño local en una zona poco transitada del casco antiguo de Segovia, un espacio informe, de entrada estrecha y paredes rezumando humedad. Eso sí, el lugar poseía fantásticos recovecos donde se podían encontrar las cosas más peregrinas.

Hoy por hoy, Salvat conserva ese garito casi en el mismo estado que cuando yo lo conocí, pero ha adquirido la totalidad de los negocios adyacentes hasta cubrir toda la manzana. No los ha unido. Parecen establecimientos medio abandonados, a punto de la quiebra. A él se le encuentra siempre en el almacén original, que sigue manteniendo la apariencia de un caótico popurrí de muebles, ropa vieja, cajas llenas de chismes y trastos. Si lo sabes degustar, tiene su encanto. Algunos no familiarizados con el meticulosamente medido desorden de

Salvat ni con la comparsa de las mujeres que lo acompañan (su esposa, dos de sus hijas, una nuera y dos primas, aunque vete a saber, que casan perfectamente con el ambiente) sienten cierto reparo al pasearse entre tanto trasto, como si alguna manada de chinches pudieran atacarlos. Pero son los menos. El negocio suele estar lleno de turistas fundamentalmente asiáticos que pagan pequeñas fortunas por «auténticas» antigüedades, algunas de ellas de Ikea.

Lo más destacable de Salvat es su personalidad. No es hombre de broncas o líos, mucho menos de navajas. Es el patriarca de un clan que ha logrado resistir los embates de la historia. Simpático, casi bondadoso, con mucho esfuerzo ha logrado convertirse en un referente en pintura moderna. No es un hombre mezquino, pero lleva el negocio en la sangre y tiene una cintura bastante ancha. Como él, las mujeres que lo acompañan son tan gitanas como educadas y corteses: nada de desvergüenza, *vociferio* o chulería; nada de mal genio. Incluso una de las chicas más jóvenes es bastante guapa: simplemente, como el local, descienden por línea directa del clan Salvat.

Conduje hasta Segovia, aparqué en la plaza más cercana, en zona azul, desayuné un café con leche y un cruasán en el bar de la esquina (dirigido por un sobrino de Salvat) y fui directo al local. Al abrir la puerta, oí el sonido de una campanilla fina. Miré a la izquierda y encontré al patriarca donde siempre: sentado en su mesa camilla con falda de terciopelo color guinda cubierta por un tapete de ganchillo. Un brasero eléctrico le calentaba los pies. Sus manos se apoyaban en un bastón de empuñadura de plata. El volteo de la campanilla hizo que también él girara la cabeza hacia la puerta. Al verme, se le iluminó la mirada y se puso en pie. Sacó el pañuelo blanco planchado con tres picos que asomaba por el bolsillo de la americana y se secó las manos antes de estrechar las mías.

Salvat olía a colonia fresca. Vestía un traje mil rayas de color azul marino, corbata negra y un chaleco de lana gris perla que intentaba ceñir las grandes proporciones de su barriga. Hacía tiempo que no lo veía. Lo noté desmejorado. Su pelo, bien peinado hacia atrás, teñido de negro azabache y apelmazado por algún tipo de potingue, y sus inmensas patillas mantenían el lustre de siempre, lo mismo que sus juicios y sus vivísimos ojos oscuros. Pero su rostro, plagado de profundas arrugas, y sus ojeras negras y densas mostraban la evidencia: se estaba haciendo tan viejo como sus muebles.

—¡Doctor, qué alegría más grande! ¡Cuánto tiempo sin verle! Demasiado. Tiene que prometerme que la próxima vez no dejará pasar tanto. ¡Nena, avisa a tu madre, tenemos aquí al doctor Garache! —chilló, y de inmediato añadió—: Y llégate al bar y trae café y churros. Dile a tu primo que son para mí, que sean recién hechos.

—Le veo muy bien, Salvat.

Se llevó la mano al pecho y suspiró.

—Gracias a usted, doctor. Sabe que le debo la vida. Y que tengo con usted una deuda de honor.

—No exagere, Salvat. No exagere.

Se refería a un episodio acaecido poco después de que Lola y yo nos instaláramos en Madrid. Conocimos el local del patriarca cuando una tarde de primavera decidimos coger el coche e irnos a comer a Segovia. Paseando tras la sobremesa, nos topamos con aquel pintoresco sitio y decidimos entrar. Yo soy más de anticuario tradicional: limpieza, espacio y carteles de «No tocar». A Lola, por el contrario, le fascinan este tipo de establecimientos: le gusta trastear, indagar y encontrar lo que ella cree que es una joya. Debo dejar constancia de que siempre (digamos casi siempre, para concederle el beneficio de la duda) la engañan. En cuanto vio el revoltijo, recordó que llevaba meses buscando una mesita auxiliar y que seguro allí encontrábamos una a buen precio.

Un señor de edad indefinida, de piel aceituna y enormes patillas de torero acudió enseguida a saludarnos. Se presentó como señor Salvat mientras nos estrechaba la mano. Estoy convencido de que, en cuanto vio la cara de mi mujer, supo que era una pieza fácil. Lo que yo observé (soy médico, ese es mi sesgo) fue que padecía fatiga de pequeños esfuerzos. Caminar apenas unos pasos lo agotaba. Tenía mala cara, con una piel pálida y sudorosa. En un momento que mi mujer se distrajo, fascinada por una bandeja antigua lacada en negro, me acerqué a él y le pregunté discretamente si se encontraba bien. En cuanto mencioné que era médico, bajó las manos hasta las rodillas, se levantó los pantalones y me enseñó los pies: los tenía tremendamente inflamados, tanto que calzaba unas zapatillas de paño.

—Debería verle un médico, señor Salvat —le comenté.

—Eso mismo dice mi esposa. Le he prometido que lo haré. He pedido cita: iremos la semana próxima.

—¿Me permite? —le dije mientras le tomaba el pulso. La arritmia era evidente. No quise asustarle, pero tampoco dejar las cosas como estaban.

—Yo que usted no esperaría a la semana próxima. Es más, creo que debería acercarse a urgencias ahora mismo. ¿Le duele el brazo o el hombro?

—¿El brazo? No, no, mi brazo está bien.

—Debe ir de inmediato a un hospital y que le hagan un electro.

—En este momento no puedo. No está mi esposa, y a mí esos sitios me ponen muy nervioso. Será mejor que espere.

Terminamos llevándolo Lola y yo, porque no localizamos a su esposa, que a su vez estaba atendiendo a su madre anciana. Y gracias a Dios, porque le estaba dando un infarto. Le colocaron un par de *stents* y regresó a una vida casi normal.

Desde entonces, me telefona cuando tiene algún mueble o pintura interesante; envía pequeños obsequios a Lola por Navidad y me agasaja cuando voy a verlo.

—¡Querido doctor, qué alegría! ¡Qué alegría tan grande! ¿Cómo va su señoría?

—¡Sigue siendo pelirroja! —aseveré, a lo que él respondió con una sonora carcajada.

—Muy cierto, doctor, muy cierto. Y dígame, ¿qué le trae por aquí? ¿Busca algo para Lola, con qué quiere sorprenderla? Tengo un reloj precioso. Aunque creo recordar que a su esposa de usted no le gustaban mucho las joyas.

—Buena memoria, querido amigo, buena memoria. Lo cierto es que esta vez vengo a hacerle una consulta profesional.

—¿Una consulta? —susurró extrañado.

Casi pude ver cómo la maquinaria de su cerebro se ponía en marcha. En instantes, lo vi rejuvenecer.

—Sí, una inconfesable. Un cuadro... desaparecido.

Se inclinó un poco hacia delante y descargó todo su peso en el bastón, sujeto con ambas manos.

—Si es así, pasaremos a mi despacho.

La campanilla de la puerta sonó de nuevo y entró una corriente de olor a fritanga.

—Aquí traigo los churros, padre.

—Pues cómetelos tú, niña. Que el doctor y yo tenemos que trabajar. Que no nos moleste nadie.

La joven no rechistó. Yo tampoco. Me limité a seguirlo hasta el fondo del local. En la pared de la derecha descansaba algo inclinado y en posición vertical, un somier de lamas en buen estado de conservación. Tapaba parcialmente una puerta pequeña de madera, un modelo simple, sin moldura de ningún tipo. Estaba cerrada con llave. No una llave de seguridad, porque era una cerradura corriente. Desde el exterior, la sensación que producía era que íbamos a entrar en un mísero cuartucho. Pero las apariencias engañan. Fue como pasar de un suburbio de la India a un despacho de Wall Street.

La habitación tendría unos cuarenta metros cuadrados. En el centro, un inmenso escritorio Luis XV en pan de oro y mármol verde, tallado hasta la saciedad, con una butaca giratoria a conjunto y dos sillas con capitoné enfrente. Observé dos cajas de seguridad empotradas en la pared, de suelo a techo, y no precisamente antiguas. Varias pinturas colgadas y un precioso *cabinet* holandés, al que me acerqué.

—Este fascinaría a Lola —dije en voz alta.

—Siglo XIX, ébano y hueso, con «sala de los mil espejos». La mesa también es original. ¿Quiere que lo hablemos? Tengo a una persona esperando, pero lo puedo arreglar. Ya sabe que, con usted, el precio no será un problema.

—Quizás en otro momento, querido Salvat.

—De acuerdo, doctor. Tome asiento, por favor. Y cuénteme qué le trae por aquí.

—Han entrado en casa y nos han robado un cuadro. Bueno, un cuadro y una pulsera. Los ladrones no han dejado pistas, pero intuimos, por detalles que no vienen al caso, que se trata de algo más que una sustracción económica. Había objetos mucho más valiosos que no se llevaron: joyas de mi esposa, plata antigua, ordenadores, unos altavoces de diseño carísimos... Abrieron la caja fuerte, pero no tocaron su contenido.

—Entiendo. Hábleme de ese cuadro y de esa pulsera.

Suspiré hondo.

—No dispongo de muchos datos, querido amigo. Sé que forman parte de mi herencia familiar, pero no de dónde proceden. Respecto a la pintura, una odalisca, siempre habíamos pensado que era una copia de poca calidad de un Matisse. Pero ya no estoy tan seguro —añadí en susurros—. La pulsera es antigua, un brazalete de oro con marcos de oro del káiser Guillermo.

—¿Disponían de documentación? Me refiero a papeles que autentiquen la autoría, procedencia y propiedad de los bienes.

La imagen de González se me vino de inmediato a la cabeza: «El arte es anterior al dinero, pero los ladrones no lo saben».

—No, que sepamos. Aunque debo confesarle que no nos hemos detenido demasiado a buscarlos, creemos que no hay certificados. Al menos, yo no los he visto nunca.

—Pues es curioso. Lo digo por el *modus operandi*. ¡La apertura de la caja fuerte sin sustraer nada! Normalmente, los papeles valiosos se guardan bajo llave. Es de suponer que quienes entraran en su casa fueran allí a buscar los certificados de propiedad.

—¡Pues tiene usted razón, Salvat! Toda la razón. No lo había visto de esa manera. Sea como sea, el caso es que no tenemos ningún tipo de documento. Lo único que puedo es mostrarle una fotografía antigua donde aparece un cuadro similar, o al menos muy parecido, al nuestro.

La saqué del bolsillo de la americana y se la enseñé. Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una lupa. Me hizo indicarle a qué pintura me refería y luego la contempló durante al menos un par de minutos. A continuación, abrió otro cajón, sacó un cenicero y un paquete de cigarrillos y se colocó uno entre los dientes.

—¿Pero no había dejado de fumar?

—Sigo sin fumar. Pero tener un pitillo entre las manos me relaja. Dígame, doctor, ¿su esposa sabe que está aquí?

Soy buen jugador de ajedrez. Mi expresión no se modificó un ápice.

—No, no se lo he dicho.

—¿Me puede explicar por qué?

—Como le he dicho, ambos objetos proceden de mi familia y prefiero averiguar los detalles antes de explicárselos. Además, ya conoce a mi esposa. No tengo el convencimiento de poder localizarlos por la vía tradicional, ya me entiende...

—Le entiendo muy bien, doctor. ¿Sabe qué?

—¿Qué? —Me incliné hacia delante, esperando una confidencia y, sin duda, de eso se trató, pero en un sentido muy diferente al que yo esperaba.

—Que sigo con las mismas ganas de fumar que el primer día. No sé qué añadirán esas fábricas de tabaco a sus cigarrillos para engancharme de esta manera, pero es casi de por vida.

—Pues si ese es su estado de ánimo, no parece muy prudente que viva tan cerca de la tentación. ¿No cree?

—Es cierto, pero cada día que la venzo me siento más contento conmigo mismo. Mayormente, es autoestima.

—Mayormente, parece masoquismo, Salvat —objeté.

—Bueno, no tanto: aquí no hay mecheros... Y volviendo a su esposa, supongo que será usted consciente de que todos esos pomposos anticuarios madrileños que aseguran garantizar la autenticidad y calidad de todos los objetos que exhiben en su catálogo cuentan con trastienda. Una similar a esta. Cuando yo empecé en esto, decían que era un tendero con pretensiones. Hoy aseguran que soy un empresario exitoso. Antes se equivocaban y hoy también: yo soy un enamorado del arte, y como he tenido suerte, mi amado me mantiene. Sí, así podríamos decirlo. Soy un mantenido.

De nuevo, la conversación que Lola y yo habíamos mantenido con González se me hizo presente. Salvat había ido ganando en conocimientos y experiencia, pero vendería a su santa esposa si le dieran un diez por ciento por encima del justiprecio.

—Cuando un heredero de una de esas familias aristocráticas de tanto renombre, con blasones hasta en el trasero (si me permite la ordinareiz, doctor), visita mi casa al caer el sol o me telefonea desesperado porque necesita vender algo urgentemente para pagar las deudas contraídas por las apuestas de caballos, los coches de lujo o el juego, suele optar por la adulación. Ya sabe, intentan halagarme los oídos, como si esas tonterías pudieran hacer mella en mí. Y yo suelo decirles: «Señor marqués, en el espinoso entramado del comercio de obras de arte, puede encontrarse usted con tres tipos de gente. Primero están los anticuarios: son unos señores muy serios, muy respetables, que se dicen expertos y que aseguran poder certificar la autenticidad de las obras que venden. Luego están los almonedistas, los *brocateurs*: estos tienen obras valiosas mezcladas con chatarra, pero no autentifican ninguna de las dos. Se hacen los tontos, como si no supieran el valor de lo que tienen, aunque no se chupan el dedo. Y luego están los chamarileros, que más que antigüedades venden trastos viejos. ¿En cuál de los tres me sitúa usted?». Naturalmente, todos responden que soy un anticuario, uno muy serio y muy respetable. Y entonces yo les digo: «Se equivoca, señor marqués, yo no soy un anticuario, ni un almonedista ni un chamarilero: yo soy un gitano fino, a quien usted acude porque sabe que jamás mencionará su nombre, mientras que el anticuario de la calle Serrano se lo contará a toda España».

—Lo comprendo, señor Salvat, pero yo no soy un marqués. Pensándolo bien, sí tenemos un título, pero es uno chiquitito: soy barón.

Se echó las manos a la cabeza.

—Entonces, ¿su señoría es baronesa?

Asentí.

—Pues, si usted me perdona, y ya que ella no puede mayormente oírnos, su esposa de usted tiene de baronesa lo que yo de payo.

Me eché a reír.

—¡Tiene mucha razón! Lo que quería decir es que de los anticuarios madrileños no me fío; solo me fío de usted. ¿Puedo pedirle que averigüe si ese cuadro que nos han robado anda por ahí? Estaría interesado en recuperarlo, pero me conformaría con saber por qué nos lo han robado: estoy convencido de que su valor no merece el esfuerzo que se han tomado.

El gitano aplastó el cigarrillo en el cenicero, lo guardó en el cajón y se puso en pie. Yo lo imité.

—Lo intentaré, doctor. Pero debe prometerme que mantendrá a su esposa al margen, al menos de momento. ¿Puedo quedarme con la fotografía?

—Preferiría llevármela. No tengo otra.

—De acuerdo, haremos una copia. ¿Algún detalle de la pulsera que pueda serme útil?

—Pues sí. Tenía una inscripción con un apellido y un lugar: Esther Rosenberg. Bamberg. Datada en 1917.

Unos golpes en la puerta zanjaron nuestra conversación. Una de las mujeres de Salvat.

—Doctor, ¿tiene usted un Range Rover de color verde oscuro? Es un bonito coche, si me permite decirlo.

—Gracias. En efecto, tengo un coche así. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque acaban de ponerle una multa.

—¡Mierda! La zona azul —dije mientras me ponía en pie de un salto.

—¡Vaya, vaya con mi hija, doctor! Yo me quedo aquí y voy haciendo unas llamadas.

Anduve un par de minutos detrás de las enormes posaderas de la hija menor del anticuario, un calco de su madre, hasta avistar a una controladora del SER que montaba guardia ante mi coche junto a otra de las hijas de Salvat, con idénticos genes maternos. La mujer que había osado multar a un cliente del señor Salvat era una chica bastante mona, pequeña y flaquita, lo que agrandaba el contraste. Con una paciencia bien trabajada, me explicó que la infracción cometida podía anularse electrónicamente y que, en caso de hacerlo antes de transcurridas dos horas, me hacían un cincuenta por ciento de descuento en el importe de la multa. Pagué sin rechistar y volví al establecimiento del anticuario, donde Salvat estaba dando cuenta de unos churros con buena pinta y de un café negro de puchero de una densidad pasmosa. Por lo que pude oír, no había perdido el tiempo.

—He estado pensando un poco, doctor. Lo digo porque este mercado nuestro está cambiando rápidamente.

—Le escucho —dije como dándole pábulo, aunque tuve por seguro que Salvat no lo necesitaba.

—Verá, doctor. Hace veinte años todos nos conocíamos. Sabíamos quién había comprado... o distraído qué y, naturalmente, cuál era su procedencia. Por decirlo así, todos nos teníamos catados. Teníamos bien fichados también a los yanquis y a las casas de subastas. Pero hoy todo ha saltado por los aires.

—Internet, supongo —comenté.

No tenía intención de interrumpirlo, pero el churro, flácido tras meterlo en el café, estaba goteando y quise darle tiempo para que se lo terminara.

—Ahora los datos están por todas partes, aunque la información, la buena, ya sabe, la que sirve para hacer negocios, sigue en las mismas manos. Pero han entrado nuevos compradores con los bolsillos forrados. Se repite lo ocurrido en el 2000, cuando a las empresas, sobre todo a los bancos, les dio por invertir en arte. Contrataban expertos de carné, más bisoños que mis nietos, para reunir colecciones y descubrir nuevos talentos. En arte contemporáneo lo compraban

todo, y no solo a los consagrados. Nosotros no dábamos abasto buscando quién nos pintara... —Me debió de ver la cara de perplejidad, porque añadió—: Si va a un banco, el banquero le endosa lo que quiere, y usted a pagar y a callar, ¿no es así? Pues si esta gente quería pagar dinerales por lo que no lo valía, nosotros a lo nuestro. En fin, que aquello terminó con el mercado tan recalentado como un pueblo del sur en pleno agosto. Y por el 2008 o 2009, con la crisis, se dejó de comprar lo nuevo y empezó a subir la cotización de lo conocido: Matisse, Picasso, Braque, Polke, Warhol...

—Pero en el 2008 nadie tenía dinero...

—Negativo, doctor. Había dinero, el mismo de siempre, pero estaba escaldado y nervioso, y buscaban depósitos de valor fiables: el oro, un Velázquez...

—¿Depósitos de valor? ¡Caray, Salvat, parece usted un economista!

Se sonrió con agrado.

—Además, y a eso era a lo que iba, aparecieron los rusos y los chinos, a los que la crisis inmobiliaria no había afectado de la misma manera. Estos dos países tienen una larga tradición artística que fue capada por el comunismo. Pero hoy en día sus gobiernos no solo compran para ellos mismos, también permiten que sus protegidos posean privadamente colecciones de arte. Le aseguro que los magnates y oligarcas de ambos países se están haciendo notar. Tal es así que las principales galerías europeas han abierto sucursales en ciudades como Pekín o Shanghái, Catar o Abu Dabi. Gentes varias, desconocidas hasta por nosotros, empiezan a pujar fuerte en las subastas, casi siempre telefónicamente, y hasta intentan montar museos en los desiertos.

—Le creo, Salvat, pero no le sigo —dije. Empezaba a impacientarme.

—Ya voy, doctor, tenga correa con este viejo. Lo que quería explicarle es que antaño esa gente hubiera ido a una casa de subastas a buscar lo que quería. Porque las casas de subastas eran primas hermanas de los anticuarios madrileños que visita su esposa. Pero hoy Christie's o Sotheby's, después de haber sido acusados de vender arte expoliado, se han vuelto mucho más cuidadosas. Y los rusos y los chinos, que creen que el dinero abre todas las puertas, han empezado a tantear otras vías, incluyendo, fíjese cómo son las cosas, la casa de un gitano de provincias.

—¡No me sea usted modesto, señor Salvat, que nos conocemos!

El gitano se estiró el chaleco de lana y se colocó la corbata.

—Hay un hombre, un ruso. Se hace llamar Chukin, como el antiguo coleccionista. ¿Le suena?

—Me temo que no, lo que, por otro lado, no resulta sorprendente; no soy ningún iniciado. ¿Cómo dice que se llama?

—Chukin, en honor a su compatriota Serguéi Shchukin, que falleció allá por el año 36. En cierto modo, los dos tienen mucho en común: ambos empresarios moscovitas, ambos muy ricos y ambos coleccionistas de arte moderno. Serguéi empezó a hacerlo cuando los grandes museos rechazaban ese tipo de arte. Mientras el Louvre se negaba a admitirlos, Serguéi lo compraba en París al por mayor, a Kahnweiler y otros galeristas. Cuando alguien lograba reunir varios Picasso, Cézanne o Gauguin, le avisaban por telegrama y él se desplazaba para verlos. Compraba las obras de cuatro en cuatro, o de seis en seis. No era zafio, quiero decir que no aguardaba a que los artistas desfallecieran de hambre y deudas. Les encargaba obras y pagaba bien. Pero la revolución rusa lo pilló por sorpresa. Se vio obligado a huir a Francia casi con lo puesto. Los comunistas le incautaron sus palacios, propiedades y toda su colección pictórica, decenas de obras. Hoy puede verlas en el Hermitage y en el Pushkin.

—Y el nuevo Chukin, ¿es pariente del anterior, quizás nieto?

—No se sabe. Yo no lo creo. Todo lo que lo rodea es opaco. No hay fotografías, ni referencias ni domicilio, solo un nombre y, en mi caso, un rostro.

—¿Lo conoce?

—Visitó mi casa en una ocasión. Tiene un extraño rostro: ojos achinados, rasgos mongoles, bigotes tiesos, una perilla larga y escasa, y una mirada siniestra. Pero no hicimos negocios. A mi esposa no le gustó y yo nunca desoigo sus advertencias.

Le interrumpí.

—Salvat, ¿por qué cree que ese hombre puede estar de algún modo relacionado con lo que me está ocurriendo?

—Verá, doctor, Serguéi Shchukin coleccionó obras de muchos pintores, pero tuvo sus preferidos. Uno fue Picasso. Pero, por encima de todos los demás, Serguéi admiró a Matisse: el Hermitage exhibe nada menos que veintisiete cuadros de este autor confiscados a Shchukin. El nuevo Chukin recibe ese sobrenombre precisamente por su insistencia en Matisse. Compra todo lo de ese pintor. No pregunta precios ni pide certificados. Todos sabemos que es capaz de calibrar si está ante un original. Se cuenta que en una ocasión alguien trató de colarle una copia. El vendedor apareció muerto en su cama de una sobredosis de heroína. Se daba la circunstancia de que ni siquiera fumaba.

—¿Está usted insinuando que el de mi casa pudo ser un robo por encargo?

—Si el suyo era un Matisse original, no lo dude. Pero me ha dicho que no tenía papeles, ¿verdad?

—No, no tenemos nada. Ni siquiera está firmado...

Salvat volvió a mirar la fotografía que había dejado sobre la mesa.

—Bueno, este sin duda es Picasso, quizás... Dígame, doctor, ¿recientemente ha recibido alguna visita en su domicilio que se haya interesado por ese cuadro? Alguien entendido...

Me parecía ver a JJ delante del cuadro: «¡Por favor, ¿cómo no me habéis dicho que teníais un Matisse?».

—Hemos tenido una visita de esas características, un colega estadounidense.

Salvat bajó la mirada y se contempló los zapatos. Los llevaba impolutos, lustrosísimos, aunque no eran nuevos ni bonitos. Estiró la mano y quitó una mota imaginaria del derecho.

—Déjeme unas horas, un día a lo sumo, y averiguaré si el ruso Chukin o alguno de su calaña ha salido de compras y se ha colado en su casa. ¿Le parece bien?

—Me parece muy bien, querido amigo. Gracias, tan eficiente como siempre.

—¿Quiere quedarse a almorzar? Puedo pedir que nos preparen algo succulento. Y de paso podemos negociar un precio para ese *cabinet* holandés que le ha gustado. Seguro que si se lo lleva a su esposa, se pone contentísima.

—Se lo agradezco mucho, Salvat. Lo del *cabinet* prometo pensarlo; usted, mientras, piense en un precio de amigo. Lo del almuerzo no le digo que no me tiente, pero no puedo quedarme, tengo que subirme a un avión.

—Le enviaré un *email*, doctor.

—¿Un *email*? ¡Qué moderno se ha vuelto usted, Salvat!

—En absoluto. Yo no he cambiado un ápice. Ordeno a una de mis hijas que lo haga, como antaño. La diferencia es que ahora ella prefiere usar el ordenador.

Al salir de casa del anticuario, me recibieron las caricias del viento: cortaban como la cuchilla de un mal barbero. La mañana, cada vez más fría, gestaba nieve. Si dijera que abandoné Segovia tranquilo, mentiría. Estaba seguro de que, si había algo que averiguar, Salvat daría con ello, pero eso no me consolaba. Me sentía profundamente desazonado, una congoja muy densa, casi corpórea, como una sombra envolvente. Con ella en la garganta, más el cargo de conciencia por haber mentido a Lola, emprendí el regreso a Madrid. Tenía el tiempo justo para llegar a la T4.

Pero no tomé el vuelo de las 12:50 ni tampoco el siguiente. No llegué a pisar el aeropuerto. Mientras iba de camino, recibí un *email* de una de las secretarias de JJ: a su jefe le había surgido un viaje imprevisto y no podría recibirme. Teniendo en cuenta la diferencia horaria (me escribió de madrugada, hora de Nueva York), resultaba sorprendente. Y el nerviosismo que vivía ya en mí se agudizó hasta obligarme a detenerme. Lo hice en la primera área de descanso con la que me topé. Pese al frío, bajé del coche. No sabía qué hacer.

Estuve dando vueltas entre los camiones aparcados y las papeleras, llenas hasta el desbordamiento. Finalmente, muerto de frío, de hastío y de cansancio, regresé al coche y puse al máximo la calefacción. Cuando por fin logré entrar en calor, abrí la guantera para buscar un CD de Cold Play y la colección de documentos sobre Paulina que había tomado del altillo se me vino encima. Mientras los depositaba en el asiento del copiloto, me llamó la atención la letra de mi madre en una invitación de boda. La releí. El enlace unía a Anton Berner Richter con María de los Desamparados Fabrat Batalla. No conocía a ninguno de los dos, pero mi madre había añadido de puño y letra lo siguiente: «Regalo para los Berner: vajilla completa de Limoges con greca oro y azul, a medias con los von Trotha».

La boda se había celebrado en 1999, una fecha aún reciente, y la dirección era de una casa en Jávea. Si esas personas seguían viviendo en ese domicilio,

conocían a mi familia y a los von Trotha, podría hablar con ellas y calibrar la veracidad de la historia de Paulina e, indirectamente, de los cuadros.

No era una gran pista, pero era la única que tenía, de modo que suministré la dirección al navegador y me puse en marcha de inmediato. La insulsa voz femenina me informó de que me separaban seiscientos kilómetros de Jávea.

Las autopistas son un gran invento, pero, con sueño atrasado, pueden resultar mortales. Me entraba el sueño, me adormecía al volante, creo que llegué a dormirme; a Dios gracias, la bocina de un camión me sacó del letargo. Decidí detenerme en un área de servicio y dormir un rato. Llegaría tarde, pero era preferible. Programé la alarma del móvil para que sonara treinta minutos después. En cuanto recliné el asiento y cerré los ojos, me abandoné por completo al influjo del sueño, un duermevela lleno de imágenes sueltas en las que aparecían JJ, el Matisse perdido y mi madre del brazo de un tipo vestido de ruso. Cuando la alarma sonó, bajé, comprobé el móvil (una llamada perdida de Lola y un mensaje de Salvat), me tomé un café y un bocadillo y seguí ruta.

La pausa me vino bien, pero no me quitó la angustia. Salvat me había confirmado que había un rumor en el mercado sobre un posible Matisse sin firmar. Pero no procedía de Rusia, sino de los Estados Unidos. Todo me llevaba a JJ y a Scott.

Conduje las cuatro horas restantes y empleé otra media hora larga en localizar la propiedad. Las indicaciones de la invitación de boda no eran demasiado precisas y la ciudad había cambiado mucho desde 1999. Tuve que preguntar a varias personas hasta dar con una casa amplia, algo apartada, localizada en una zona forestal, a unos cinco kilómetros de la playa y cerca de un campo de golf de nueve hoyos. La pista me la proporcionó el dueño de un estanco. Al parecer, el señor Berner, dueño de la propiedad y feliz novio de aquella boda, fumaba puros habanos que encargaba en ese establecimiento.

—Es un buen tipo, muy amable, de origen alemán. Sus padres también vivieron aquí. Él se casó con una chica valenciana que desgraciadamente murió de cáncer hace cosa de cuatro o cinco años —me informó el estanquero.

Únicamente le había solicitado pistas para llegar a la casa. De haberle pedido datos de la familia, me habría chivado su talla de calzoncillos. Sea como fuere, no me resultó difícil seguir sus indicaciones.

Abandoné la carretera asfaltada y me adentré por un camino de tierra bastante bien cuidado. A unos cien metros, el camino giraba a la derecha y daba paso a otro en cuyo principio habían colgado un letrero que rezaba: «Propiedad privada. Prohibido el acceso». Orillé el coche y paré el motor. Me quedé sentado pensando en la estupidez que iba a hacer: presentarme en casa de unos señores a los que no conocía, sin más argumento que una invitación de boda de hace veinte años y unas tarjetas navideñas de hace cuarenta. Traté de barrer mis reticencias de la cabeza. Bajé del coche y continué el trayecto andando. El sonido de mis zapatos sobre las hojas resultaba imposible de disimular. Alcancé a ver una zona de gravilla muy amplia en la parte delantera de la casa, donde habían aparcado un Audi A4 negro, una motocicleta y un impresionante BMW 501 V8 azul marino. Era de los años cincuenta, pero estaba impecable. Antes de hacer sonar el timbre, le eché un vistazo. Adoro los coches antiguos. Puede que estuviera más tiempo del debido porque, mientras estaba inclinado, con la cabeza prácticamente pegada a la ventanilla trasera, admirando el interior color guinda, se abrió la puerta de la casa y apareció una señora muy seria, vestida de negro, peinada con raya al medio y el cabello canoso tirante recogido en un moño. Tuve que hacer esfuerzos para no cuadrarme. Me recordó enteramente a la severísima Fräulein que educó mi niñez y cuyo acento aún conservo.

—¿Se le ofrece algo, caballero?

—¡Ah, sí, perdón! Mi nombre es Jaime Garache, doctor Jaime Garache, y me gustaría hablar con el señor Berner. Dígale que soy nieto del señor Aguirregunaga. —Saqué una tarjeta de visita del bolsillo de la camisa y se la tendí—. Transmita, por favor, mis disculpas al señor Berner por presentarme en su casa sin previo aviso, pero dígale que me resulta vital hablar con él.

—Vital, ¿para usted o para el señor Berner?

Sonreí. Muy aguda.

—Vital para ambos, creo.

La mujer giró sobre sus talones en un estilo casi militar, entró y cerró la puerta dejándome fuera. Antes de que se evaporara, me fijé en sus zapatos, tan ortopédicos, tan negros y tan brillantes como los de nuestra Fräulein. «Hay cosas que no cambian», pensé.

Regresó unos minutos después acompañada por un caballero de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, alto, de complexión media, tirando a fuerte, pelo negro ligeramente canoso alrededor de las orejas y ojos azules. Llevaba mi tarjeta en la mano y un pastor alemán a su vera. El perro era precioso.

—¿Le gustan los coches, señor? —preguntó al verme junto al BMW.

—Me gustan, pero permítame decirle que este no es un coche, es una joya.

Asintió varias veces mientras se frotaba las manos. Hacía frío.

—Tiene razón, es un joya. Se trata de un BMW 501. Se mostró por primera vez al público en el Salón del Automóvil de Frankfurt en 1951. La prensa lo denominó «El ángel barroco», porque lo consideraban extravagante. Yo lo veo magnífico.

—¿Seis cilindros?

—¡Ah, grata sorpresa, entiende de coches antiguos! —dijo sonriendo—. Tiene razón, inicialmente lo dotaron de seis cilindros, pero este modelo es de 1956 y ya tiene ocho. Conserva el motor original, que alcanza una velocidad máxima de 160 km.

—Es una belleza, y lo conserva impecable. Enhorabuena. Me da usted mucha envidia, sana envidia.

—Soy ingeniero mecánico. Durante tres años he seguido personalmente su restauración. Lo adquirí a un tipo en Bangkok y, para mi desgracia, debo decir que el chino era mejor negociante que yo. No salió precisamente barato... Pero disculpe mi falta de hospitalidad. ¿Es usted el doctor Garache? —preguntó tras releer mi tarjeta y pasando al alemán—. ¿Su familia tiene una propiedad en un pueblo de Toledo, doctor?

Le respondí en el mismo idioma.

—Ya no, me temo. Vendimos la finca de Torrico cuando falleció mi madre, hace un par de años. Demasiados gastos para utilizarla tan poco. Ya no se caza como antes.

—¡Cierto, estamos perdiendo las buenas costumbres! ¿Me equivoco o se rompió usted el tobillo allí tirándose de la tirolina...?

—No fue el tobillo, sino la muñeca. Torrico tenía un encanto especial para un chaval, pero esa tirolina era peligrosa. La hice retirar cuando nacieron mis hijos. Y dígame, ¿cómo sabe usted tanto sobre mí?

Soltó una risotada.

—¡No se inquiete, no pertenezco a la CIA! Sé de usted y de esa finca porque pasé varios veranos en casa de sus vecinos, Manfred y Helena von Trotha. Yo era, soy, amigo de su hijo. Muy amigo. Coincidimos allí. Usted era mayor que nosotros, pero le recuerdo perfectamente.

Lo observé mejor. Su cara no me decía nada.

—Discúlpeme, soy bastante despistado.

—¡No importa! —Me palmeó el hombro—. Los mayores no suelen fijarse en los pequeños, pero sí al revés. Por favor, pase. Hoy el tiempo no acompaña y aquí fuera hace un frío feroz. Además, es un honor tener a un Aguirregunaga en esta casa. Gertrude, prepárenos una cerveza.

Había comenzado a llover. Frau Gertrude, que permanecía como una columna jónica en la puerta, desapareció al instante. A través de un bonito patio, con una fuente de piedra en el centro, en aquel momento sin agua, accedimos a un salón de planta rectangular, bastante más largo que ancho, cuyas cristaleras se abrían a un extenso jardín. Admiré unos preciosos olivos centenarios, una piscina desbordante y las magníficas vistas del macizo del Montgó. El techo, a dos aguas, estaba decorado con vigas de madera. En la pared derecha, en la que colgaban diversos trofeos de caza mayor, destacaba una chimenea rústica donde ardía un fuego de leña al que acudió el perro en cuanto entramos. En el otro lateral se podía ver una surtida armería.

—Una casa preciosa, señor Berner...

—Anton, por favor. Tú eres Jaime, ¿verdad?

—En efecto.

Gertrude apareció con dos enormes jarras de cerveza y unos cacahuetes tostados.

Había tomado un bocadillo de jamón bastante salado en el área de servicio donde había parado y estaba sediento. Dimos cuenta de esa jarra y de otra más.

—¿Y qué te trae por aquí, Jaime? Frau Gertrude me ha comentado que tenías cierta urgencia en hablar conmigo.

Suspiré para ordenar mis ideas. De no haber bebido tan deprisa o con el estómago lleno, es posible que hubiera actuado de otra manera. Hablé de más.

—Mi esposa y yo no tenemos la suerte de vivir en un sitio de ensueño como este. Vivimos y trabajamos en Madrid. Desafortunadamente, hace un par de semanas, entraron en nuestro domicilio. Vivimos en una zona tranquila, una urbanización pequeña, con seguridad privada, pero sea como sea, entraron y nos robaron. Se llevaron una pulsera antigua, un brazalete con monedas de oro del káiser Guillermo. La Policía no ha encontrado ninguna pista, ni la más mínima. Mi esposa pertenece al mundo judicial y tiene buenos amigos en la Policía que le

aseguran que el robo fue perpetrado por profesionales. Todo bastante extraño, había cosas más caras en la casa que no tocaron.

—¿Y esa pulsera? ¿Es tan valiosa?

No respondí directamente. Por descontado, decidí omitir las copias de Matisse y Picasso.

—La pulsera entró en el patrimonio familiar allá por los años 43 o 45, cuando una joven de nombre Paulina, una persona que estuvo al servicio de mi familia, se la regaló a mi abuela como agradecimiento por los muchos favores que esta le había prestado. En fin, queríamos recuperar la pulsera, pero no tenemos certificado y lo único que se nos ocurre es que el robo proceda de alguien que buscaba esa joya en concreto.

—Comprendo, y por eso estás indagando sobre su origen. ¿Y por qué piensas que puedo saber algo sobre ella?

—Mi madre dejó una colección de papeles en un paquete con el nombre de Paulina, en el que figuraba esta dirección.

—La cocinera que regaló la pulsera a tu abuela —aclaró.

—La misma —dije tratando de aparentar que no me había dado cuenta de su error: yo no había mencionado que Paulina fuera nuestra cocinera—. Entre ellos, mi madre conservó una invitación de boda, que, precisamente, debía de ser la tuya. ¿Te casaste en el año 1999?

Levantó la mano y me enseñó el anillo.

—Así es. Ahora soy viudo: mi esposa falleció hace dos años. Un cáncer. Una pena, era una mujer estupenda. Una joya.

—Lo siento mucho.

—La echo de menos, pero no puedo hacer nada para recuperarla. ¿Qué me estabas diciendo?

—Que mi madre escribió en tu invitación de boda el apellido von Trotha. Y resulta que Paulina, que como decía sirvió en casa de mis abuelos como cocinera cuando era muy joven, por mediación de von Trotha, terminó trabajando en la embajada alemana en París durante la guerra.

—¡Ah, la guerra! ¿Eres fumador, Jaime?

Negué con la cabeza. Se levantó, se dirigió a un mueble y volvió con un Cohiba pequeño. No me extrañó: el estanquero me había dado puntual cuenta de su costumbre. Utilizó un cortapuros metálico para guillotinar la parte trasera del cigarro. Un corte preciso, limpio, que me produjo un escalofrío. Luego lo encendió con un mechero de soplete.

—Sobre el Tercer Reich la gente habla mucho pero sabe muy poco. Se quedan en la superficie, en los errores, que sin duda los hubo, sobre todo

estratégicos, pero olvidan los aciertos. En tu campo, por ejemplo, hubo muchos avances. La medicina le debe mucho.

—Veo que conoces bien la época.

Berner se puso en pie y me pidió que esperara, algo que hice entre incómodo e intrigado. Regresó con una caja de madera oscura con cerradura. La sujetaba como si contuviera las cenizas de su madre muerta. La bisagra permitía una apertura de ciento ochenta grados, de modo que sin esfuerzo pude atisbar su contenido: cartas y fotografías. Rebuscó en ella con una delicadeza extrema, como si pudiera mancillar objetos de gran valor. Finalmente, su gesto demostró que había dado con lo que buscaba. Sacó tres fotografías. Y me mostró la primera.

—Esta fue tomada en el año 1933, en la entrada del restaurante del zoo de Berlín, una noche de enero. Habitualmente, enero es frío allí, pero aquel fue gélido. Sin embargo, como ves, la élite de la sociedad alemana hacía cola para entrar.

En efecto, se veían muchas pieles y joyas llamativas. Y muchos uniformes nazis entre los fracs.

—Se celebraba el esperado Baile de la prensa, que ponía fin a la temporada de invierno. Todo el que era alguien en las artes, la prensa, la diplomacia o la economía berlinesa se hallaba allí.

—Bonita imagen. ¿Quiénes son tus abuelos?

—¡Ah! Ellos no necesitaban hacer cola. Tenían acceso directo. En la planta baja del restaurante sonaba música y las parejas bailaban. Primero valeses; luego la orquesta interpretaba música más ligera. En el primer piso se hablaba de política. No todo el mundo podía subir aquellas escaleras. Accedían los invitados más distinguidos; mi bisabuelo entre ellos.

Me tendió la segunda fotografía. Mostraba una biblioteca o sala de fumar, con las paredes revestidas de madera oscura y una luz tenue procedente de lámparas situadas en mesitas auxiliares. Algunos caballeros, de aspecto pesaroso, permanecían sentados en los, en apariencia, cómodos sillones con brazos, mientras la mayoría estaba en pie y secundaba el gesto de un hombre, impecablemente vestido con frac, que alzaba una copa con aire satisfecho.

—Mi abuelo —comentó mientras lo señalaba—. Estos dos caballeros que no comparten la alegría del resto eran ministros del Gabinete. Su actitud denota frustración. Frustración por su patria. Alemania se hallaba convulsa, como un barco sin timón ni quilla. Mi abuelo, en cambio, levantaba su copa de champán y se dirigía alegre al resto de los presentes porque había motivos para la esperanza. ¿Sabes cuáles fueron sus palabras?

Negué con la cabeza.

—«Me gustaría brindar por el nuevo líder de Alemania», eso fue lo que dijo. Evidentemente, se refería a Adolf Hitler. ¡Si cierro los ojos creo oír el tintineo de las copas de champán! Los hombres grises no lo hicieron. Algunos eran de raza judía. Unos años antes se hubieran reído de él, pero esa noche ya no lo hicieron. Tuvieron un acertado presentimiento. Lo mismo que muchas de aquellas celebridades que bailaban en la planta baja.

Me mostró una tercera fotografía.

—Fíjate bien, será de las pocas veces, si no la única, que veas al Führer vestido con frac y sombrero de copa. Esta instantánea fue tomada horas después de su nombramiento formal. La velada de celebración se desarrolló en el hotel Kaiserhof. De nuevo, el caballero de frac situado a la derecha del Führer es mi abuelo; el que le sujeta del brazo, von Trotha.

—Por lo que cuentas, tu familia y la de von Trotha pertenecieron al círculo próximo de Adolf Hitler —dije. Lo que hubiera querido preguntar era si mi familia había tenido alguna relación con ese régimen, pero me abstuve de mencionarlo.

—Tendríamos que definir «círculo próximo». Verás, Jaime, en su época de esplendor, a Adolf Hitler lo siguieron tres tipos de personas: los oportunistas, que se arrimaron al Führer esperando invitaciones, privilegios, ventajas fiscales o trato de favor; el rebaño; y un tercer grupo, quizás la mayoría, que estuvo a su lado por convicción. Hitler supo despertar el lado dormido del alemán patriota, del bávaro de pura raíz. La mayor parte era gente corriente: trabajadores cualificados, clase media. Tan solo un pequeñísimo porcentaje de ellos pertenecía a la *hohe gesellschaft*, la alta sociedad. Hitler cosechó pocos adeptos entre ellos. —Se frotó el mentón, dio un largo trago a su cerveza y añadió—: Inicialmente, la mayor parte de los nobles alemanes lo despreciaron. Mi familia, noble y acaudalada, sin embargo, siempre le fue fiel. En el convoy que acompañaba al Führer en sus vacaciones, mi abuelo viajaba en el cuarto vehículo. Estaba acostumbrado a ser siempre el primero, pero lo habría acompañado andando si hubiera sido necesario. Porque el caso de mi abuelo es especial. Él y el Führer poseían un enemigo común...

Clavó su mirada en mí como si esperara que llegara la ansiada pregunta. Pero nadie formula preguntas cuando sabe la respuesta. Con un ligerísimo gesto de disgusto entre los labios, continuó:

—En los años 20, mi familia era muy rica. Acciones, bonos y sobre todo industria. La mitad de su fortuna se evaporó como consecuencia de la crisis de 1929. Sus dos prestamistas americanos, ambos judíos, cerraron el grifo del crédito sin previo aviso, y mi bisabuelo fue incapaz de mantener su habitual ritmo de pagos. Sin otro remedio, se vio obligado a acudir a los usureros

alemanes, también judíos, que le arrebataron casi todo lo que quedaba. No digo que el sentimiento antisemita no tuviera importancia, porque mentiría, pero hubo muchos más elementos: el discurso de Hitler los cautivó. Hitler mismo los cautivó: poseía un carisma, un atractivo, una cercanía..., tenía algo que lograba despertar auténticos afectos, sentimientos de gratitud, de orgullo de ser alemán y de deseo de servir a la patria.

»Cuando posteriormente el Führer, ya en el poder, empezó a construir un estilo ario de riqueza, muchos imitaron sus fiestas, sus automóviles o la decoración de sus viviendas. Mi familia, no. Se mantuvo en un segundo plano. Lo mismo que los von Trotha. Sin embargo, cuando Hitler necesitaba consejos en temas económicos, llamaba a mi padre. Y si necesitaba hablar con alguien sobre aspectos médicos o sobre su salud, acudía al hijo de su leal amigo von Trotha, recién llegado de los Estados Unidos con un flamante título de Cirujía. En fin, Hitler devolvió a nuestras familias su antiguo esplendor. Y siempre le estuvieron agradecidos. Le estamos agradecidos...

—Hablas con nostalgia.

—No viví esa época, pero me hubiera gustado.

El humo del puro flotaba sobre el de la chimenea.

—Anton, ¿habías oído hablar de esa mujer, de Paulina?

—¿La joven que se quedó embarazada? ¿La de la embajada de París?

Era evidente que tenía muchos más datos de los que yo le había facilitado. No creía haber mencionado el embarazo.

—Algo oí en casa de los von Trotha. Nada más que chascarrillos. Me dijeron que era muy guapa.

—¿Sabes dónde podría dar con sus familiares?

—Lo siento. En eso no puedo ayudarte.

En ese momento sonó mi móvil. Comprobé la pantalla: era Salvat.

—¿Me disculpas un momento? Debo contestar.

—Naturalmente.

Salí al jardín. El frío mordía. Con las últimas luces, la lluvia y el horizonte teñido de rojo, las sombras de los árboles parecían amenazantes.

—Sí, Salvat, dígame.

—Doctor, aún no puedo ser categórico, pero todos me dicen que nuestro amigo ruso no está jugando esa partida. Es más, creo que estará fuera de juego una temporada: le han detectado un tumor en el hígado y se ha ido a América a tratárselo. Creo que esta es una vía muerta, pero seguiré con los oídos atentos.

—Muy agradecido, como siempre.

—A su disposición. Y permítame un consejo: ande con cuidado. Algunos rumores apuntan hacia gente peligrosa. Judíos.

—¿Judíos?

—Sí. Estaré atento, le volveré a llamar.

Entré deprisa para huir de la congelación. Debía de tener el corazón en el rostro porque de inmediato Berner me espetó:

—¿Malas noticias?

—Otra pista fallida. En fin, seguiré buscando.

Berner volvió a acercar el mechero al puro, que se había apagado.

—Disculpa, Jaime, si me meto en tu vida más de lo que debo. Pero no logro entender el sentido: tantos esfuerzos por una pulsera, por muy valiosa que sea y por mucha carga histórica que encierre, es extraño. Salvo que...

—¿Salvo qué?

—Que exista otra motivación que no sea tan... monetaria. La hay, ¿verdad? 1943 o 1945 fueron años complejos, sobre todo en París.

Me mantuve en silencio.

—Puedes hablar con total libertad. Soy consciente de la inestimable ayuda que tu familia proporcionó a algunos de nuestros amigos cuando las cosas se pusieron difíciles tras la guerra. Conoces nuestro carácter lo suficiente para saber que un alemán no olvida nunca un favor. Somos gente agradecida, gente de honor y de bien.

Empecé a marearme.

—Lo siento, Anton. No me encuentro bien. Demasiada cerveza con el estómago vacío. Quizás sea mejor que vuelva mañana.

—Ni hablar. ¡Gertrude! Prepare la habitación de invitados al señor Garache. Descansa un poco, aséate. Invitaré a algunas personas a cenar. Entre todos buscaremos la forma de ayudarte.

Acepté aunque no quería hacerlo. Tenía el ánimo por los pies. «¡Por Dios, mamá, ¿qué es todo esto?»

Ni siquiera recuerdo la habitación. Sé que la cama era grande y cómoda, y que tenía una magnífica ducha, poco más. Me quedé dormido de inmediato. La bandera con la cruz gamada me estuvo chinchando todo el sueño, lo mismo que los uniformes de color negro, bruscos, secos, radicales, no hábiles para débiles, hasta que la pesadilla me sacudió. Fue tan intensa que chillé. El grito me despertó.

Enseguida llamaron a la puerta. La voz de frau Gertrude me informó de que en diez minutos se me requería en el comedor y de que tenía una camisa limpia esperándome en la puerta. Le di tiempo para que se alejara, y abrí. Vestida con uniforme de terciopelo negro, cuello y puños blancos, el ama de llaves me dio un susto de muerte: seguía allí, con una camisa de color pardo, impecablemente planchada, en la mano. Me tendió la percha y, esta vez sí, se marchó.

Mi intención original fue quedarme con mi camisa, aunque, al ver lo arrugada que estaba y notar el olor, decidí cambiarme. Bajé por la escalera sujetándome en el pasamanos de madera. Seguía mareado. Antes de poner el pie en el último escalón, ya tenía al ama de llaves dispuesta a acompañarme (escoltarme, más bien) al comedor.

Sin mediar palabra la seguí por un largo pasillo hasta llegar a una puerta corredera de doble hoja de grandes dimensiones. Se puso delante, empuñó las manillas y abrió. Las hojas se desplazaron sin emitir sonido alguno. Me encontré ante un comedor muy grande, ricamente adornado.

—*Doktor Garache Aguirregunaga* —anunció frau Gertrude.

Las personas que estaban dentro se dieron la vuelta para contemplarme. Era un grupo reducido. Anton, otros dos hombres y una mujer. Todos estaban de pie, sostenían copas de champán en la mano y conversaban alegremente. Ellos vestían una camisa de color pardo, corbata azabache, pantalones de montar negros y botas del mismo color. La camisa era similar a la mía, salvo que en la bocamanga izquierda de las suyas lucía una cinta negra con ribetes blancos. La

mujer vestía un sencillo y elegante traje de cóctel negro. A excepción de Anton, todos eran rubios.

—*Unser gast!* Queridos amigos, os presento al doctor Garache.

Todos levantaron el brazo derecho, pero de sus bocas no salió la expresión que esperaba y temía. No sabiendo qué hacer, los imité. Si ese día no me dio un infarto, creo que estoy inmunizado contra cualquier accidente cardiovascular.

Otra señorita, también cuidadosamente uniformada, tan rubia como el resto, me sirvió una copa de champán rosado. Los muebles, la porcelana, la espléndida alfombra persa, la exquisita disposición de la mesa, la cubertería de plata, el refinamiento del servicio, el diseño de la chimenea, todo hacía evocar las fotografías que nuestro anfitrión me había mostrado aquella mañana y que no representaban otra cosa que los días dorados de las familias de la alta sociedad bávara. Empezó a costarme respirar. No sabiendo qué decir, fijé la mirada en uno de los cuadros que colgaba en la pared derecha. Anton Berner se dio cuenta enseguida y se me acercó.

—¡Magistral pintura! —exclamé—. ¿Es...?

Me refería a una tabla magnífica que mostraba a un hombre de tosco vestido, sentado con las piernas desnudas cruzadas y el cuerpo volcado sobre un libro. Un ángel, en pie a su lado, parecía dictarle lo que escribía. El ángel era joven, su discípulo no tanto: exhibía una amplia calvicie y un aseo deficiente, por el modo de sujetar la pluma parecía analfabeto.

—Ojo certero, Jaime. Es un Caravaggio de 1602. Aunque no lo parezca, representa a san Mateo. ¿Te gusta el arte moderno?

Asentí.

—Sígueme, este te gustará.

Me condujo hasta el otro extremo del comedor y me colocó ante un óleo cuadrado, de cincuenta por cincuenta más o menos, que representaba a un viajero atravesando un camino junto a un campo de cereal, ya crecido, en un día soleado. La sombra del caminante me pareció extraordinariamente negra, y los dos árboles que se veían en primer plano, rígidos pilares donde sustentar el cielo.

—Van Gogh: es el propio pintor en el camino a Tarascon.

Seguro que era valiosísimo, pero no le presté demasiada atención porque, junto a él, habían colgado un Matisse, una odalisca, una pintura extraordinariamente parecida a la que nos habían robado. Las principales pero no esenciales diferencias entre aquel y el de mi casa eran el color del pantalón de la dama (en este caso, verde esmeralda) y el del suelo, liso.

—Son...

—¿Auténticos? ¡Por supuesto, como los buenos alemanes! Aquel es un Vermeer; el del fondo, un Goya.

Yo mantenía la mirada clavada en el Matisse. Estaba anonadado y mi corazón latía a un ritmo que empezaba a parecerme incompatible con la vida.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Berner y, empleando un tono a caballo entre la conciliación y la displicencia, añadió—: Comprendo. Te preguntas de dónde han salido. Déjame que te haga una pregunta: ¿debería ser desmantelado el obelisco de la plaza de la Concordia de París (curioso el nombre para contener lo que contiene) o el de San Juan de Letrán en Roma para ser devueltos a Egipto? Sabemos que proceden del templo de Luxor y de Amón, sabemos quiénes fueron sus primitivos dueños. ¿Por qué no devolvérselos? Y los cuatro caballos de bronce de la catedral de San Marcos en Venecia, ¿deberían regresar a Constantinopla? Y los españoles, ¿deberíamos reintegrar a Perú el oro y la plata que embarcamos rumbo a España? ¿Y qué decir del British Museum? ¡Por favor, no hay nada británico allí! Mi respuesta a las preguntas formuladas es muy sencilla: no deben devolverse los obeliscos, ni la plata o el oro aztecas, ni los caballos de bronce. Todas esas piezas deben considerarse botín de guerra, botín que es parte integral de un conflicto y de la expansión de poder del vencedor. «Luego que Jehová tu Dios la entregue en tu mano, herirás a todo varón suyo a filo de espada. Solamente las mujeres y los niños y los animales, y todo lo que haya en la ciudad, todo su botín tomarás para ti, y comerás del botín de tus enemigos, los cuales Jehová tu Dios te entregó»: las frases, evidentemente, no son mías, sino del Deuteronomio. Durante la guerra contra el Tercer Reich, los tesoros de Troya descubiertos por nuestro admirado arqueólogo Heinrich Schliemann se escondieron en un búnker construido bajo el zoo de Berlín, pero cuando acabó la guerra y fueron a buscarlos, el refugio estaba vacío. En 1993 esos tesoros aparecieron en los sótanos del Pushkin y ese mismo museo los expuso en Moscú en 1996, con gran enfado del Gobierno alemán. El embajador Von Studnitz se mostró descontento porque los rusos no habían contado con las autoridades alemanas y habló de resolver el conflicto con espíritu de comprensión mutua y otras estupideces similares. Los rusos fueron contundentes: se trataba de un trofeo de guerra, una compensación parcial por los daños sufridos en su patrimonio cultural durante la guerra. Entiendo que, en ese caso, los rusos tenían razón: no supimos esconderlo bien. Y si crees que solo fue obra de los comunistas, te doy un ejemplo americano: los curas de la preciosa ciudad alemana de Quedlinburg guardaron los tesoros medievales de su iglesia (relicarios de oro y piedras preciosas, cofres de plata adornados con marfiles y gemas, libros escritos en tinta de oro y encuadernación con piedras, y hasta un *Shamuel Evangelia* del siglo XVI) en un escondite que fue descubierto por un soldado de la 87 Artillería de Campo estadounidense. Apostaron una guardia para alejar de allí a los alemanes y refugiados, pero los soldados dejaron

entrar a sus amigos. Uno de ellos, el teniente Meador, un texano con tres estrellas de bronce y un gran amante del arte, al ver aquellos tesoros tan a su alcance, envolvió varias piezas en su abrigo y se las llevó. Las embolsó en cajas pequeñas y las hizo llegar a casa por correo. Todos sus compañeros fueron conscientes de lo que hacía, pero llevaba cerca de año y medio combatiendo y entendieron que aquello era un botín de guerra. Botín de guerra, ¿lo comprendes? Este que tienes delante es el de mi familia.

Se volvió hacia sus invitados y, con la mirada encendida, levantó la copa y la voz:

—Quiero decirles que la vajilla que hemos empleado en la cena fue un regalo de boda de los padres de Jaime y de Rudolf. ¡Brindemos por Baviera, por Alemania y por la amistad!

—*Prost!* —gritaron los demás, a los que, pese a mi incomodidad, me uní.

¿Qué puedo contar acerca de aquella elegante cena, aquellas magníficas viandas y mejor vino? Bueno, quizás la palabra más acertada sea «ambivalencia» porque en mi corazón luchaban dos sentimientos contrapuestos. Creo que, en aquellas dos o tres horas, reviví de un plumazo todas las pasiones y emociones de mi infancia en el internado alemán, en los campamentos de verano, incluso en la universidad. Puede que, a quien no haya vivido ese ambiente, le resulte difícil de entender y juzgue torticeramente lo que voy a contar. Pero ¿qué importa ya? En los últimos meses me han vilipendiado de tantos modos que uno más no importa.

En aquella cena había dos escenarios superpuestos, diferentes pero difíciles de separar. El primero era neto, visible, palpable: los velones encendidos y la luz tenue, la música de Wagner llenando la estancia, el finísimo cristal de Bohemia, el chisporroteo de los troncos en la chimenea, el fascinante sonido de la cubertería de plata sobre la vajilla de Limoges, la bellísima mujer rubia de cuerpo perfecto, los hombres inteligentes, el uniforme que yo mismo vestía... ¿Quién podría resistirse a aquella estética? ¿A quién no le apetecería ser invitado a ese selecto, o más bien exclusivo, club? Aquellas personas eran abiertamente partidarias de los valores que el Tercer Reich dijo defender. Pero, cuidado: cuando hablaban con nostalgia de los tiempos del Führer, por su mente no pasaban los horrores de la guerra, las inhumanidades llevadas a cabo en los campos de concentración, los millones de muertos inocentes o la violencia ejercida contra pueblos enteros, tratados poco menos que como animales. Ellos no pensaban en Auschwitz, sino en los juegos olímpicos de Berlín del año 36. Recordaban los conjuntos perfectamente ordenados de jóvenes de gran belleza física, sanos, fuertes, inteligentes: una raza especial. Lo que les venía a la mente no era la imagen de un carnicero obsesivo, sino del hombre que, pese a su fracaso, intentó resucitar Alemania y devolverle los galones que le habían sido arrebatados por países gobernados por razas inferiores.

Degustando en silencio su vino, palpé, olí, saboreé su estética y sus deliciosos rituales. Nuestra camisa parda no lucía insignias ni cruces gamadas, no estaba destinada a hacernos sentir soldados, sino miembros de algo mayor que nosotros. Era pura apariencia, pero idealizaba bien esa vida construida al margen de la realidad; la imagen del mundo perfecto del perfecto alemán. La imagen que yo había mamado en el internado: siempre mejores, nunca débiles.

Lo recuerdo bien porque lo vi en el colegio: el alumno que no alcanzaba los estándares, que no correspondía al ideal previamente descrito, se esforzara lo que se esforzara, era considerado indigno y por tanto era expulsado. Todo en beneficio de la escuela, del objetivo común. Eso fue lo que ocurrió: que la imagen ideal se impuso a la realidad. El Holocausto fue así una suerte de ejercicio artístico, una estética, una bendición para los elegidos.

En aquella cena todos eran privilegiados y, al mismo tiempo, todos degenerados: porque, tarde o temprano, acabarían muertos, bajo el peso de la condición humana. No necesitarían asesinatos en masa. Morirían de todas maneras. «Cada día te mata y el último te remata», que diría el escritor.

Sí, aquella noche vi la orgullosa Alemania del 39, y me pregunté qué hacía yo en aquella casa, y por qué el apellido de mi familia era tenido en tanta consideración entre aquellas paredes. Cené con nietos de alemanes que seguían sintiendo nostalgia de un hombre con el que, pese a todo, compartían tradición y autoridad. Sus nobles y burgueses abuelos probablemente no vieron lo que no quisieron ver e hicieron la vista gorda ante los expolios de sus vecinos judíos. Es probable que antes de que Hitler tomara las riendas ya despreciaran a los gitanos, a los checos o a los homosexuales, porque no compartían sus valores. Nunca se hubieran atrevido a matarlos, pero sí probaron a cerrar los ojos.

Aquella noche vi a orgullosos ciudadanos que pensaban que aquellos valores originarios seguían siendo válidos y que, con ellos, se podía dominar esta Europa desnortada, por su propio bien. Hitler no tuvo Estado: él mismo era el Estado, el motor de la historia, el creador de leyes que sustentaban el honor y la fidelidad a la patria. Ahora Alemania tenía un Estado que estaba dentro de una superestructura. Pero seguía manteniendo aquellos valores que la harían grande. Porque la capacidad de servir daba una medida de la valía de un alemán.

Confieso que, durante la cena, hube de repetirme a mí mismo que no era más que palabrería, estética, mentira: todo ser humano es imperfecto y en eso reside la gracia de la humanidad.

Por fin, abandonamos la mesa y nos sirvieron el café. Fue entonces cuando Rudolf von Trotha, con el que había compartido mantel, se me acercó. ¿Conseguiría, por fin, las respuestas que había ido a buscar?

—Me ha comentado Anton que has tenido algún problema con la seguridad de tu vivienda.

—Te ha informado bien, un robo. Hemos cambiado de compañía de seguridad.

—Entiendo. Si algún día necesitas algo en esa materia, me refiero a materia de seguridad, házmelo saber.

—¿Diriges una compañía de seguridad?

Se echó a reír con una risa taimada, ladina, mientras encendía un cigarrillo.

—¡No, no ese tipo de seguridad! También me ha comentado que buscas encontrar a alguien. En eso quizás pueda ayudarte también.

Se me animó la cara.

—¡Pues no sabes cómo te lo agradecería! Es difícil, porque no se trata de un personaje principal. Era una persona que servía en casa de mis abuelos, una cocinera...

—Supongo que te referirás a Paulina. Conozco bien su historia.

Clavó en mí sus ojos de una forma extraña, intensa, que me produjo un temor infundado, el mismo que solía embargarme en el colegio cuando el profesor me miraba. Había hecho todo lo que se me pedía, pero ni mi entusiasmo ni mi cariño estaban con su causa. No obstante, se trataba de una ocasión que no podía dejar escapar, de modo que me sobrepuse:

—¡Pues te agradecería mucho que la compartieras conmigo! Mi madre me habló de su embarazo, de su traslado a Francia y de su vuelta a España tras la denuncia, pero después de ese punto he perdido su pista.

Rudolf pidió otro café y encendió otro cigarrillo.

—No me lo agradezcas, no tiene importancia. Debes saber que Paulina murió en Pamplona, al poco de regresar de París, el mismo año que acabó la contienda. No sé de qué enfermedad, pero sí que tuvo algo que ver con los pulmones.

—¡Vaya, cuánto siento oír eso! ¿Sabes algo acerca del paradero de su hijo? Supongo que, siendo tan pequeño, se quedaría con su abuela.

Dejó vagar unos segundos sus ojos por mi cara y luego, verdaderamente extrañado, añadió:

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Cómo dices? No te entiendo.

—¿De veras no sabes nada de él?

—¿Del hijo de Paulina? No, nada. ¿Por qué? ¿Debería saberlo?

—Deberías. Vamos a tomar asiento. Esta lesión de la rodilla me está matando. Un accidente de caza. Un elefante...

Nos acercamos a una zona de sofás. Yo iba detrás de Rudolf y pude observarlo con mayor detenimiento. Su porte, pese a que andaría por los cincuenta, conservaba buena parte del ideal de un alemán de raza aria: rubio, ojos claros, proporciones armónicas, grandes manos de granjero, ánimo fuerte. Pensé que Hitler se hubiera sentido satisfecho con los comensales de aquella velada, salvo conmigo. Yo no le hubiera gustado demasiado. Nos sentamos en dos sofás enfrentados. Rudolf fumaba extraordinariamente calmado; yo estaba nervioso y, al mismo tiempo, intrigado.

—Me consta, Jaime, que tu familia nunca fue soberbia o altiva, pero nunca pensé que su humildad llegara hasta el punto de silenciar su valentía, incluso a sus hijos. Verás, España siempre fue un país acogedor con los alemanes. Sin embargo, al compás de la derrota y ante la posibilidad de que los aliados os invadieran, algunos perdieron su amabilidad. Muchos de los que habían sacado tajada del régimen de Hitler dejaron de ser de fiar. Pecaban de habladores, compraban y vendían información y favores, y ponían en peligro los viajes. — Levantó la mano y pidió un coñac.

Si bien Rudolf evitaba mencionar palabras dolorosas, estaba hablando de la derrota, la oleada de terror, la huida y el miedo a caer en manos de los aliados o, peor, de los comunistas franceses.

—Después del 45, muchos compatriotas pasaron por España. Mi familia o la de los Berner, que tenían intereses económicos aquí desde mucho antes de la guerra, permanecieron en estas tierras sin ser molestados. Otros, con un pasado más comprometido, tuvieron que atravesar el país con discreción. Tu familia fue un gran apoyo para algunos. Vuestra finca de Torrico siempre tuvo las puertas abiertas. Unos caballeros, tus abuelos. Nunca se involucraron en nada, nunca exigieron nada ni hicieron pregunta alguna, solo ayudaban a las personas que necesitaban un pasaje de salida.

—Pero Paulina había...

Me miró con desagrado, pero yo quería que me hablara de lo que yo necesitaba saber, no de cosas que hubiera deseado no haber escuchado nunca.

—De acuerdo, voy a lo que te interesa. El hijo de Paulina lo era también de un médico alemán, cuya familia murió en uno de los terribles bombardeos a los que las fuerzas aliadas sometieron a Berlín. Ese niño era la única familia que le quedaba y, antes de abandonar Europa, quiso venir a recogerlo. Tu familia le organizó el viaje. No dispongo de los datos. Solo sé que le consiguieron documentación procedente de un soldado natural de Sarria que había fallecido en Ferrol, y que tenía apellidos corrientes, creo que Díaz Rodríguez o algo parecido; que le abrieron una cuenta corriente a su nombre en el Banco Herrero; que lo fueron a buscar y realizaron el trayecto Ferrol-Pamplona en automóvil,

donde cogieron al niño, y que luego, desde Bilbao, tomaron un barco para Argentina, tengo entendido. La Cruz Roja Internacional ayudó con el pasaporte y el visado. Desde entonces, poco he sabido de ellos.

En ese momento supe que mentía, pero no lo evidenció.

—De modo que mi familia organizó el viaje del padre no declarado del hijo de Paulina y su fuga.

—Así es.

—¿Y por qué conoces tú esa historia?

—Soy un von Trotha y aquel médico era amigo de mi familia, y de Hitler. Ahora que ya sabes lo que querías, me vas a permitir que pregunte yo: ¿por qué en 2017 alguien como tú anda buscando estos datos?, ¿en qué líos estás metido? Dices que te han robado, ¿acaso tenías obras de arte parisinas?

—No lo sé, Rudolf, te lo aseguro. Lo único que puedo decirte en este momento es que, de pronto, sin saber cómo, mi vida está sufriendo una debacle. Y que tengo la sensación de que lo que me está ocurriendo tiene que ver con la historia que acabas de contarme, historia que, puedo asegurarte, desconocía por completo.

Dio una palmada y yo un bote.

—¡Vigila, ya sabes de dónde proceden esos bastardos! Los judíos son peligrosos. Lo eran y lo siguen siendo; cuídate de ellos. Y recuerda que no estás solo; puedes contar conmigo, con nosotros, para lo que necesites.

Me tendió una tarjeta que solo incluía un teléfono móvil. Y luego una segunda, en la que se presentaba como CEO de una reputada compañía de ingeniería.

Me puse en pie.

—Te lo agradezco mucho, Rudolf. Te llamaré si necesito tu ayuda. Y ahora, si me disculpas, voy a decir adiós a nuestro anfitrión y a retirarme. Estoy agotado y mañana debo viajar.

Nos estrechamos la mano, y me acerqué a despedirme de la dama y del otro caballero. Cuando llegué hasta Anton, lo tomé en un aparte.

—Ha sido una cena estupenda, y tú, un anfitrión inmejorable. Creo que tengo lo que buscaba, al menos en parte. Voy a retirarme, pero antes ¿puedo pedirte un último favor?

Asintió muy efusivo. Por la dilatación de sus pupilas, había bebido mucho.

—¿Tienes confianza suficiente con Rudolf von Trotha?

—¡Por supuesto! Es como un hermano para mí.

—Pues entonces consigue que lo visite un neumólogo. Que, al menos, se haga una placa de tórax. Mejor un estudio completo...

Levantó las palmas mostrándome su extrañeza.

—Pero ¿lo has mirado bien? ¡Es como un roble! Un deportista nato. Está sanísimo. Salvo la rodilla, claro.

—Hazme caso, Anton, soy muy bueno en lo mío. Cuando vuelvas a su lado, fíjate en sus dedos. Padece un ensanchamiento de las puntas, con variación del ángulo de salida de la uña. Lo llamamos «dedos en palillo de tambor» y suelen presentarse en algunas enfermedades pulmonares serias, como el cáncer de pulmón o la fibrosis pulmonar. Aunque no siempre, la afección puede ser hereditaria, corresponder a trastornos hepáticos o tener otras causas. En cualquier caso, un buen amigo le haría visitar al médico. Incluso los hombres como él padecen enfermedades. De nuevo, reitero mi agradecimiento.

—Lo haré, doctor, lo haré. Espero que en la gran Argentina encuentres lo que buscas. No dejes de ir al lago Nahuel Huapi; para pesca con mosca, es excepcional.

—Lo haré, muchas gracias.

Me retiré. Si a nuestro anfitrión se le había subido el alcohol, mi borrachera se disolvió como un azucarillo en leche caliente. Nada más llegar a la habitación, apunté el nombre del lago en el móvil, no quería olvidarlo. Era evidente que se trataba de un *regalo* por parte de Berner, que pagaba mi preocupación por la salud de su amigo. Fue en ese momento cuando vi las tres llamadas perdidas de Lola y se me saltaron las lágrimas. Ella no iba a entenderlo. Esperé a que Berner y sus amigos se hubieran acostado y luego, sigilosamente, me esfumé, dejando una nota de agradecimiento en la bandeja de la entrada.

Conduje de un tirón hasta Madrid.

LOLA

1

Debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que recuerdo es el sonido del despertador mezclado con un profundo y desagradable estruendo que, tras unos segundos de turbación, identifiqué con el retumbo de mis propios ronquidos. Apagué el reloj y la grabadora y me levanté de un salto. Me dirigí de inmediato a la habitación de Jaime. Su ropa de deporte estaba en el cesto, y las zapatillas bajo el radiador. Bajé las escaleras. En la cocina, de mi marido solo quedaba un rastro de su colonia.

—¡Mierda, maldito sueño! ¿Cómo he podido dormirme así?

Desayuné (otra vez) siguiendo obedientemente las normas prescritas por mi sabio doctor Helvia y reemprendí la búsqueda comenzada la noche anterior. Abrí y vacié completamente la caja fuerte, que, por las prisas, no había podido inspeccionar a fondo. Diez minutos después, volví a ponerlo todo en su sitio sin obtener respuesta alguna.

—¡Mierda, Jaime! ¿Dónde lo has puesto? Si es valioso para ti, debería estar aquí, junto a las *valiosas y espantosas* joyas de tu madre...

Cuando estaba poniendo a mi suegra a caldo, caí en la cuenta de algo, por otro lado, evidente.

—¡Claro, eso es! Para Jaime lo valioso no está aquí, ¡está en su ordenador!

Corrí hasta su escritorio, tecléé su contraseña (no lo sabe, pero la conozco tan bien como a él) y, con la precisa atención de un cirujano y el nerviosismo de un niño ante un regalo, me dispuse a examinar la pantalla llena de carpetas meticulosamente colocadas y enriquecidas con nombres estrambóticos.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Era tal su volumen que solo de pensar que tenía que abrirlas una a una me desalentaba. Por no decir que mi conductor estaba ya en la puerta y la comisión del Tribunal era inaplazable.

—¡Mierda! —repetí—. No dispongo de tanto tiempo. Tiene que haber una solución más fácil... ¡Tiempo! Naturalmente, esa es la respuesta.

Busqué cronológicamente las últimas entradas y enseguida obtuve el premio: una imagen. Jaime había escaneado un documento a las cinco y veintinueve minutos de la madrugada.

—Pero ¿qué es esto?

Encendí la impresora mientras me hacía con unas gafas. Tengo varias desperdigadas por la casa. Localicé el par que descansaba en la repisa de la chimenea. Con ellas apoyadas en la nariz, pude distinguir la imagen con claridad.

—¡Por Dios, Jaime! ¿Por qué me ocultas estas cosas?

Cogí el móvil y lo llamé. No me contestó. Cierto, estaba de viaje.

—Bueno, al parecer estoy sola en esto.

Regresé a la cocina. Segundo *desgraciado* del día, esta vez sin tostada. De pronto, el móvil pitó. El sonido correspondía a e-park, la aplicación informática que permite gestionar el pago del estacionamiento desde el móvil, sin necesidad de buscar monedas por los bolsos ni localizar los parquímetros. Tengo puesto un soniquete específico, porque me avisa con antelación de que el tiempo en la zona azul ha concluido y tengo que poner más dinero si no quiero que me multen. Cuando me enteré de su existencia, el invento me pareció tan útil que lo gestioné desde mi cuenta bancaria tanto para mí como para Jaime. Lo malo es que, como lo he asociado a mi cuenta, me llegan las alertas de los dos coches.

Me quedé pensativa. El wasap correspondía a la matrícula del coche de mi marido, pero, que yo supiera, Jaime estaba viajando hacia Washington o Nueva York (en aquel momento no lo recordaba), por lo que su coche debería estar en el parking de la T4. No sabía qué podía estar ocurriendo. Revisé despacio el mensaje.

—¿Segovia? Pero ¿cómo va a estar en Segovia? ¡Esto está mal!, a ver si me acuerdo de llamar para que me lo arreglen —me dije, y volví a mi preocupación: la imagen localizada en el ordenador.

¿Por qué Jaime me había ocultado a mí, y también a Gonzálvez, la existencia de esa imagen? No tenía sentido. ¿Y de dónde había salido? ¿De dónde la había sacado?, ¿o es que Jaime la tenía de antes? «¡Dios, vaya lío! Debo pensar racionalmente, con calma. —Respiré profundamente—. Bien, ¿qué es lo que sé? Lo más importante es que Jaime ha encubierto esta prueba. Desconozco el motivo, pero, desde luego, la fotografía tiene que decirme algo. Pero ¿qué? Amén de que el tipo que aparece en primer plano es Picasso y que en la pared de la casa está colgado el original de nuestro cuadro, no sé qué más buscar. Debería hablar con alguien que sepa de estas cosas.»

No se me ocurrió nada, a excepción de llamar al tipo que nos vendió el Miró. Pero eso me ponía algo nerviosa: era acercarse a la posibilidad de que

fuera falso. El conductor se estaba impacientando. Me vestí y tuneé a toda prisa. Cuando terminaba con el rímel, llegó un nuevo mensaje de e-park: se había pagado una multa de cinco euros y pico. Dejé de pensar en un fallo informático. El pelo me brillaba de rojo rabia.

Ese segundo aviso provocó una brecha en el espacio-tiempo. Sí, hubo un antes y un después de aquel pitido estridente. Sé que suena exagerado, solo les ruego que antes de juzgarme intenten ponerse en mi lugar. Por razones que por aquel entonces aún desconocía, mi marido me estaba engañando. No solo ocultaba pruebas que convertían un robo en una conspiración, sino que decía estar en un sitio y estaba en otro. Por no hablar de la becaria de las tetas postizas. ¿Estaría con ella en un hotel de lujo en Segovia? Uno con spa. No sé por qué le da a la gente ahora por los malditos spa. A mí esas aguas templadas compartidas con gente desconocida me espantan. Me da la impresión de que todos los caballeros, en cuanto notan el calorcillo, se alivian. (De acuerdo, sé que es una tontería, otra; pero qué le voy a hacer, es una de mis manías).

¿Por qué había salido tan repentinamente?, ¿Segovia tenía algo que ver con esa fotografía? Sin pensarlo dos veces, llamé a Corine. Con ese nombre a uno le viene instintivamente a la cabeza una despampanante rubia, joven, alta y delgada. Pero si al nombre le suman el pequeño detalle de que fui yo quien la busqué, la cosa cambia. Corine es una dama rubia, con el pelo rizado a lo afro, bastante corpulenta, que ha dejado atrás los sesenta y tan fea como eficiente; es decir, un guardia de corps pero en mujer. Rectifico: Corine no es tan fea. Para su edad y descuido, no está nada mal. Sus ojos negros, muy vivos, amables, acogedores, son bonitos, lo mismo que su nariz afilada. Pero lo más impactante es su boca: enormemente larga, enmarca una sonrisa amplia y un tanto burlona. Cuando le hablé de ella a Jaime, le dije que había encontrado a una Julia Roberts en secretaria. Se puso muy contento porque le encanta esa actriz. Olvidé decirle que el único punto de unión era la boca.

Corine me cogió el teléfono a la primera. Y, con su fría amabilidad profesional, me informó de que no tenía más noticia de mi marido que un *email* donde el doctor le pedía que anulase todas las citas del día, ya que le había surgido un viaje inesperado. Él mismo había sacado los billetes.

—Anular las citas del día —repetí en voz alta. Es una paliza, pero hoy en día se puede realizar el trayecto Madrid-Nueva York-Madrid sin hacer noche. Aunque aterrizas a media mañana—. ¿Y las del día siguiente, Corine, también las ha anulado? Tenemos un concierto benéfico confirmado, del que se ha debido de olvidar.

—No tengo anotado ese concierto, doña Lola. Pero las citas siguen en pie. Al menos, no me ha dicho que las cancele aún. Si llama, le diré que se ponga en

contacto con usted.

Tras darle las gracias, se me cayó una lágrima. Pero enseguida mi mente dejó atrás los sentimientos y se concentró en el cálculo: sí, se acabaron los remilgos. Había que actuar sin demora. Estábamos en guerra. Hacía tiempo que no participaba en una, pero estaba dispuesta a ganarla.

En cierta ocasión, pregunté a un patólogo forense, viejo amigo con el que he trabajado en muchas ocasiones, si la maldad dejaba huellas en el cerebro. Suponía que podría existir algún vestigio que él pudiera descubrir durante la autopsia. Estábamos en una sala del Anatómico Forense y sobre su mesa metálica, ligeramente inclinada, descansaba el cuerpo desnudo de un varón blanco, joven, de estatura y complexión normales, un sintecho a quien habían machacado la cabeza a golpes. La Policía lo había identificado como la víctima número tres de un asesino múltiple que tenía en vilo a los cuerpos de seguridad desde hacía semanas. Llevaba cerca de doce horas muerto. El *rigor mortis* había avanzado por la cara, la mandíbula y los músculos del cuello hasta alcanzar el tórax y las piernas. El cuerpo parecía encogerse poco a poco.

Acicalado para la ocasión (pijama verde hospital y móvil vomitando música clásica), el forense se disponía a abrirlo en canal. La grabadora, que colgaba de un cable metálico suspendido del techo y se balanceaba sobre el vacío, había registrado ya el número de la necropsia, el nombre completo del fallecido, la fecha y hora de recepción del cadáver, el juzgado y el nombre del funcionario que autorizaba la autopsia. El forense acababa de apagarla para despedirme. Después de asistir al registro de los datos de identificación, la ropa y las lesiones externas, tengo por costumbre abandonar la sala. Soy un poco floja. No soporto la vista ni el olor. A lo sumo, aguanto la toma de temperatura, siempre que la mida en el recto, porque cuando opta por el hígado debe practicar una incisión, y eso ya me pone nerviosa. Además, siento como si estuviera violando la intimidad del sujeto. Y no estoy segura de poder soportarlo sin montar un numerito.

«¿Seguro que no te quieres quedar, Lola? Siempre hay una primera vez, y ya sabes que no me importa que vomites. Con permiso de tu marido, podríamos hacer un buen tándem: te puedo enseñar mil y un detalles sobre mi trabajo que excitarían hasta el éxtasis tu mente criminalística. Fíjate en las livideces

violáceas cárdenas de la región glútea. A este tipo lo movieron después de matarlo... ¿A que te tienta?»

«Me tientas, bien lo sabes, pero ya conoces la respuesta: no puedo y no quiero. Mi mundo es el de los vivos, no el de los muertos. Además, tus informes son tan precisos que no me hace falta ser testigo. Pero responde a mi pregunta: cuando vuelvas a encender la grabadora y te pongas a trastear por entre las tripas de este pobre hombre, ¿podrás encontrar rastros de la maldad?»

«¿La maldad de este pánfilo o la de quien le aplastó el cráneo?»

«No estaba pensando en este pobre diablo, la verdad.»

Se acercó a la mesa auxiliar, donde descansaba el instrumental, limpio como una patena, y recolocó una de las pinzas, torcida ligeramente a la derecha. Las potentes lámparas inundaban la sala con una frialdad extrema. Ambos observamos el cadáver: su barba lampiña, la cuenca reventada del ojo y el pelo ensortijado, impregnado de sangre coagulada. Luego el forense se volvió hacia mí. Su mirada había perdido la frescura y se había vuelto dura, profesional, lo mismo que su voz.

«No hay vestigio que me permita inferir si estoy ante un criminal o ante un santo, si es eso lo que quieres preguntarme. A veces, pero no siempre, una mala vida mantenida deja vestigios físicos: una cirrosis hepática en un alcohólico; un enfisema en un fumador o las secuelas de una enfermedad de transmisión sexual en una prostituta. En ocasiones, también la locura estampa su sello, pero la maldad, la envidia, el ansia de poder o la curiosidad patológica no lo hacen. Son hábitos intelectuales, intangibles. No puedo identificarlos. Ni yo ni ninguno de mis colegas. Ni tú tampoco. El comportamiento puede camuflarse con facilidad.»

«El comportamiento puede camuflarse con facilidad», repetí.

«En efecto, Lola. ¿Te acuerdas de aquel tipo de Zamora? Tú y yo fuimos testigos de cómo mentía: te daban ganas de pegar a sus víctimas por denunciar a un hombre tan íntegro. De modo que así lo creo: los comportamientos intelectuales no dejan huellas.»

Su respuesta fue categórica, lo suficiente como para que evitara llevarle la contraria. Ya había tocado la pantalla del móvil y subido el volumen de la música, que había comenzado a atronar. Era señal de que estorbaba. Debía irme, ya no me escucharía.

Salí como siempre, mirando atrás, como si el espíritu de aquel hombre muerto a punto de perder sus tripas viniera tras de mí. Y seguí en mis trece, porque lo que decía mi amigo forense no me convenció. La razón es muy simple: lo intangible no tiene entidad propia. Es como una sombra, que no puede moverse libremente; no existe sola, vive *en* y *con* lo tangible. Es muy posible

que la ciencia no sea capaz todavía de distinguir entre las áreas prefrontales del cerebro de un mentiroso o de un maltratador y las de quienes no lo son. Es posible que en los tejidos de autopsia de la mala gente no se hallen células mutadas, ni residuos de sub-placas neurales ni diferentes estructuras de no sé qué cosas importantes. Es posible, pero estoy segura de que existen.

¿Lo dudan? Jaime también. Él siempre me echa en cara mi heurística. Acepto que tiendo a simplificar las cosas complejas, aunque para ello tenga que emplear métodos poco rigurosos. Lo acepto porque lo hago. Y lo hago porque simplificar me permite manejar los hechos y desenvolverme en los escenarios sin volverme loca, aun a costa de perder algo de información. La heurística me permite juzgar a la gente a primera vista, aunque luego, con más datos, tenga que rectificar y cambiarlas de cajón. La heurística me permite escoger un camino cuando tengo que tomar una decisión inmediata. El éxito o el fracaso son posteriores.

No es que un extraño vahído me haya hecho perder la razón. Es que iba a hacer un juicio sobre JJ y Scott y antes me veo obligada a advertirlos de que solo es una forma, *mi forma*, de verlos.

Mi forma se basa en el convencimiento de que «Dios los cría y ellos se juntan». Los corredores de maratón se huelen; los estafadores se alían; los cabrones van en comandita, y las pánfilas que usan su buen cuerpo como valor cotizabile calzan tacones con plataforma y mascan chicles. Lo sé, la relación tontaina-plataformas-chicle no es en absoluto evidente. Ningún psicólogo lo aceptaría como tipo de personalidad, pero les aseguro que el *subconjunto* está repleto. Y resulta bastante lógico: las plataformas te hacen esbelta, sexi, pero resultan mucho más cómodas que unos tacones tradicionales sobre todo si tienes que estar mucho tiempo de pie, algo que les ocurre a esas mujeres; el chicle es otra forma de engaño: te hace sentir la boca limpia cuando no tienes cerca la posibilidad de lavarte los dientes. Imagino que esa es una necesidad que, a menudo, sienten estas chicas.

He elaborado muchos otros conjuntos: como el de los gilipollas-acomplejados-maltratadores, el de los violadores-miedosos-introvertidos o el de los maquiavelos-narcisistas-retorcidos, por no mencionar al de los extremadamente peligrosos PACOs: perfectos-atentos-chovinistas y completamente o-pacos. De esos huyo como de un nublado.

Me dirán que se me ha ido la pinza. La verdad es que se me fue hace tiempo, al menos desde que pertenezco al subconjunto MEC (menopáusicas, extrovertidas y curiosas), aunque lo más probable es que por nacimiento sea PPT (puñetera y pelirroja tocapelotas).

En fin, que en cuanto salí de casa esa mañana, con el segundo aviso de e-park martilleándome el cerebro, me fui en busca de las pistas intangibles de una conexión nada evidente. Tenía muchas dudas, pero también veía claro el hilo del que debía tirar. Y por Dios que iba a tirar de él. Cerré de un portazo y atravesé el jardín con la decisión de una jueza en ejercicio.

Solté una bocanada de aire, dibujé una sonrisa y me subí al coche.

—Buenos días, señorita. ¿Al Tribunal?

—Buenos días, José. Por favor. Hoy estoy poco habladora.

—¿Ha dormido mal?

—Algo así. Demasiadas cosas en la cabeza.

José, muy discreto, se mantuvo en silencio. Un par de minutos después sugirió poner algo de música.

—¿Clásica, doña Lola?

Pensé en la situación, en la guerra, y respondí convencida:

—Creo que mejor el disco de tangos. A ver si así me animo.

Durante el trayecto, contemplé los paraguas y las calles mojadas. La lluvia no hacía más que trasladarme al dichoso spa de Segovia (llegada a ese punto, había dado por hecho que había spa, albornoz amoroso, zapatillas de paño y una tía con lencería tan minúscula como cara haciéndome la competencia). Aparté la vista de la calle para concentrarme. Desafortunadamente, no lo logré.

Tras el asedio al que me habían sometido los expedientes urgentes y el soporífero fiscal Prego, llegué a casa extenuada. Solo la expectativa de una buena ducha y de una flagrante traición al doctor Helvia (tan incuestionable y lujuriosa que debía incluir helado de chocolate en plato: nada de una cucharadita a escondidas) lograba sostener levantados mis párpados. La copia impresa de la fotografía de Picasso seguía en mi bolso. El plan que había concebido por la mañana era bueno, pero no había podido ejecutarlo. Consistía en recabar datos de un guardia civil infiltrado que me había asistido hacía unos cinco años en un caso de tráfico de fotografías pedófilas antiguas. Llamé a su unidad, donde me informaron de que mi contacto había muerto ocho meses antes de una CBP. No sabía qué es una CBP y me pareció incorrecto preguntarlo; intuí, no hace falta ser muy lista, que esas siglas enmascaraban el nombre de una enfermedad mortal, al menos en algunos casos. Hubiera podido seguir tirando de ese hilo de haber contado con una persona conocida allí y de disponer de tiempo, pero ni siquiera había parado para almorzar. Eso sí, había consumido cuatro Coca-Colas Zero, cosecha del 86, que fue un estupendo año, y tenía el estómago a punto de reventar.

José me dejó a las ocho y media en el caminito de piedras que conduce a nuestra casa. Antes, seguimos el ritual: como siempre, él hizo ademán de bajar del coche para abrirme la puerta; como siempre, lo detuve. Sé que es su obligación y lo respeto; él sabe que a mí no me gusta, y respeta que se lo impida.

Arrastrando los pies y mi abultada cartera, repleta de jurisprudencia, llegué hasta la puerta, introduje la llave en la cerradura y entré a toda prisa para desconectar la alarma. Sé que hay tiempo de sobra, pero me pone nerviosa que se dispare y me toque dar explicaciones a esa voz metálica, de suegra quisquillosa, que suele llamar. Cuando entramos juntos, Jaime cuenta en voz alta y actúa perezosamente, casi a cámara lenta, para ponerme nerviosa. Yo, como

soy de letras, no consigo medir bien el tiempo. Y oír recitar números me saca de mis casillas.

Como digo, abrí la puerta, solté el maletín en la entrada y me acerqué al cajetín de la alarma. Cuando estaba a punto de introducir el código, un cuerpo jadeante y peludo se lanzó sobre mí. Asustada, sin tiempo para reaccionar, no pude evitar el grito. Eso sí, mientras chillaba acabé de teclear el código: verdaderamente, soy idiota. Tenía el corazón en un puño, hasta que identifiqué a Hermes. Tras mancharme el abrigo con las patas y lamerme dos veces el poco colorete que quedaba en mi cara, el perro perdió interés por mi persona y, olisqueando, con la nariz pegada al suelo, se marchó siguiendo algún rastro. Debió de encontrarlo porque, de pronto, se puso a ladrar y salió escaleras arriba. Quizás solo trataba de huir del estruendo que se oía: Mozart había empezado a cubrir la casa como la niebla la calle, los expedientes el juzgado o la silicona las tetas de la tal Nadia. Sonaba tan alto que el mismo Beethoven habría necesitado tapones.

Aún estaba recuperando el ritmo del corazón cuando mi hija Marieta salió de la cocina. Llevaba el largo y abundante cabello rubio recogido en una trenza y el cuerpo enfundado en un mono negro de motorista. Sujetaba una taza entre las manos. Sonreía. Pude darme cuenta, solo por el brillo de sus ojos, que mi hija venía con ganas de hablar.

—¡Qué susto me ha dado tu perro, Marieta! Si quieres heredar pronto, tráelo a menudo.

Ella me besó en la mejilla.

—¡Pobrecito! Hermes es viejecito pero adorable, ¿no lo crees?

—Lo creo, sí. Es adorable. Como tú.

Volvió a besarme. Entre Hermes y mi hija, ya no me quedaba ni crema hidratante en las mejillas.

—Estaba por la zona, mamá, y he decidido parar un momento para verte. ¿No te alegras?

«Por la zona» puede ser una excusa aceptable de visita para determinados lugares, pero no para el sitio donde vivimos. Para venir a nuestra casa hay que ir a ninguna parte. De hecho, ese fue uno de los principales motivos para comprar este terreno. Pero el precepto de aceptar «pulpo» como animal de compañía forma parte del viejo código de la maternidad. Un código misterioso e irracional, custodiado por la hermandad de la sangre. Tan cierto como que una madre no deja nunca de ser madre es que ser madre te convierte en alguien diferente. Cuando cuentas que eres esto o aquello, no puedes obviar que eres madre. No digo que seas más o menos, mejor o peor. Digo que, siendo madre, por ser madre, ya no eres la misma. Es como cambiar de legislación. Como cambiar de

piel. Por eso, aunque la visita de mi hija me partió por la mitad y sentí que me acababan de expropiar algo pequeño pero valioso sin siquiera advertirme, sonreí contenta.

Marieta dejó la taza de té sobre la encimera y colocó los codos en el reborde.

—¿Cómo estás, mamá? Tienes cara de cansada. Pero ese vestido te sienta fenomenal. Has adelgazado un poco, ¿verdad?

—Recuérdame que, antes de irte, te dé una propina...

A esas alturas, había asumido la expropiación. Si Marieta me hubiera pedido que adoptara a Hermes, lo habría hecho. Gracias a Dios, no se le ocurrió. No me gustan los perros. Aunque Hermes me cae bien. Tiene cara de bueno. Se está haciendo viejo. *Es* viejo. Está bastante ciego y un poco sordo. Olisquea sin control y se queda dormido en todas partes. Lleva mal la edad, como yo. A mí cada vez el suelo me parece más lejano.

—¿Está papá en Madrid? —gritó. Marcaba el compás con la mano mientras bajaba el volumen.

—No. Está de viaje. En Nueva York o en Washington, no lo recuerdo bien. Un viaje corto, creo que llegará mañana por la noche. ¿Te quedas a cenar?

—Iba a proponerte que cenáramos fuera, en un sitio nuevo. Uno de nuestros amigos acaba de inaugurar un restaurante chulísimo. ¿Te acuerdas de Estefan, el novio de Ana? Tienes que recordarlo, creo que te lo presentamos en Navidad.

—Es posible, pero ya conoces mi despiste, por no hablar de que tienes más amigos que estrellas hay en el cielo. ¿Qué tipo de restauración hacen?

—¡Ah, muy original, te va a encantar! Cocina nepalí con toques peruanos.

Me recordé que era su madre y me mantuve en silencio. Tras nuestra última cena, me pasé la noche vomitando y tres días con diarrea. Perdí dos kilos. Ese recuerdo me iluminó la noche: de hecho, si existiera tráfico clandestino de salmonela, compraría un poco.

—Nepal, ¡qué divertido! ¿Tú sabes qué comen en Nepal, Marieta?

—Lo sé porque me han enseñado la carta. El plato base es arroz con lentejas; pero sirven cordero, cabra y pollo con todo tipo de curris. Y sobre todo, momos.

—¿Ese es el postre?

—No, son una especie de raviolis hechos con harina de cebada y rellenos con verduras o con búfalo.

—Tomaré eso, suena bien. ¿Está muy lejos?

—En Martínez Campos, un paseo.

—Pues nada, estupendo. Deja que me arregle. Por cierto, veo que has venido en moto. Una locura con el tiempo que hace.

—¡Bah!, esta ropa es impermeable. Además, he traído dos cascos.

—¡Ni hablar, hija! Yo en moto no voy. La dejamos aquí y nos vamos en coche.

—¡Mamá, no seas carca!

—Mira, lleguemos a un acuerdo: yo pago la cena y pongo el coche, y tú la dirección, ¿te parece?

Se echó a reír.

—¡Cuánto te echo de menos, mamá!

Sonreí. Hay momentos en que la vida te muestra la mejor cara.

—¿Y qué hacemos con Hermes, lo dejamos aquí? —preguntó mientras se escudriñaba las botas.

—¿Cómo lo has traído?

—En la cesta de la moto.

—Eso tiene que ser, por lo menos, ilegal. ¡Pobre animal! No me lo cuentes, que no quiero meterte en la cárcel. ¿Llevas ropa decente debajo de ese mono?

—¡Naturalmente!

Se llevó con coquetería la mano a la cremallera y comenzó a bajarla mientras se contoneaba. Poco a poco emergió un vestido verde aguamarina, tan corto que parecía una camisa.

—¡Mírate! ¿Dónde están tus pantalones?

—No empecemos, mamá. Tengo veinticinco años. Además, lo que tienes que escudriñar es mi interior.

—Sí, hijilla, eso es lo que me preocupa: te escudriño casi todo tu interior. Por cierto, tienes unas piernas preciosas, Marieta. ¡Cómo me alegra que hayas salido a tu padre y no heredaras mis caderas! Aun así, ese vestido es demasiado corto. Y te vas a quedar helada.

—Tú no tienes caderas, mamá, lo que tienes son curvas. Y ahora se llevan mucho las curvas. Yo que tú empezaba a comprarme dos tallas menos. Si vas así a las vistas, dentro de poco te nombrarán ministra de Justicia.

—¡Ya! Y de Igualdad. Anda, da de comer a Hermes mientras me arreglo. La última vez se comió el volante del cojín azul, el que más le gustaba a tu padre.

El restaurante nepalí era una completa tomadura de pelo: el arroz con lentejas me recordó extrañamente al que nos servían lunes, miércoles y viernes, sin excepción, en el colegio donde estuve interna; no hace falta decir que lo odiaba; los momos se parecían como dos gotas de agua a los raviolis de Carrefour. Pero el café era bueno y mi hija es deliciosa.

—Cuéntame cómo va todo. ¿Qué tal tu trabajo? —Marieta trabaja en la asesoría jurídica de una empresa cotizada, un trabajo que le consume más o menos diez o doce horas al día. Es la ayudante del ayudante del subsecretario, aprende una barbaridad, cobra moderadamente y madura a buen ritmo. Me encanta escucharla: porque se me cae la baba y porque veo el otro lado de la película—. ¿Y qué tal está Pedro?, hace tiempo que no me hablas de él.

Cambió de inmediato el gesto y se echó hacia atrás la trenza que le caía por el hombro derecho antes de decir con teatralidad:

—¿Pedro?, ¿quién es Pedro?

En ese momento supe el motivo que nos había conducido hasta el Nepal de Martínez Campos. El tal Pedro es un chico encantador, que adora a nuestra hija hasta el punto de tolerarle todas las oscilaciones propias de su carácter creativo e inconformista. Abogado como mi hija, ocupa un puesto similar al de ella, pero en la competencia; tienen horarios similares y agobios parecidos, pero él está bastante mejor pagado (es hombre).

—De acuerdo, cuéntame.

—No hay nada que contar: Pedro ha sido un paréntesis en mi vida. Nada más que eso, un paréntesis.

—Entiendo, y ¿qué ha hecho ese paréntesis para que no estemos hablando de él?

Mi hija no llora, inunda. Lo hace desde pequeña: emana tantas lágrimas que cruzan de un lado a otro del tabique nasal. Tuve que decirle al camarero que no se preocupara, que se había quedado sin trabajo, algo que entendió

perfectamente. Nos dijo en un español de infinitivos que llevaba tres años en el país y que, como no tenía papeles, lo contrataban por horas. Empecé a ponerme nerviosa.

—Un té verde para ella y para mí cualquier cosa con chocolate. Venga, Marieta. Tranquilízate y cuéntamelo.

—Habíamos quedado para comer. Me dijo que tenía una sorpresa para mí, una muy grande. ¡Enorme! Y que no podía esperar para dármela, que necesitaba verme. ¿Qué piensas cuando un chico con el que sales desde hace tres años te dice algo así? Se lo conté a Emily y ella a Roberto y él... En fin, que en la oficina todos estaban al tanto de que venía a proponerme matrimonio. —Nuevo tsunami—. ¿Y sabes a qué venía?

—¿A qué?

Metió la mano en el bolsillo, sacó un sobre tamaño cuartilla y me lo tendió con retintín.

—Esto era lo que quería darme, ¡esa era la *cosa* extraordinaria!

Lo cogí con curiosidad mientras intentaba mantener sujeta la sonrisa: si mi hija pensaba que no la tomaba en serio, volverían los lloros.

Sin dejar de mirarla, lo abrí: contenía una fotografía antigua, en blanco y negro, con un fondo de nubes artificiales. Mostraba a un bebé de corta edad, gordito, con pequeños rizos en la nuca. Estaba vestido con un faldón corto y polainas con lacitos, y se mantenía torpemente erguido sobre una manta de color claro. En fin, era una de esas típicas imágenes encargadas a un fotógrafo profesional por una madre primeriza y orgullosa. Como no se me ocurrió comentario constructivo alguno, me puse las gafas y observé la imagen más de cerca.

—Desde luego, no es Pedro. Por la época en que se tomó esta fotografía, tendría al menos cien años. ¿Es su abuela?

—¡Su abuela! Eso mismo le dije yo, que si era su abuela. Pensé que se trataba de una extraña forma de decirme que quería que entrase en su familia. Ya te he dicho que su familia tiene antecedentes polacos, supuse sería una costumbre de aquellas tierras.

—¿Y lo es?

—¡No! ¿Sabes qué me respondió? Que no era su abuela, que el de la foto era un varón. ¡Se sorprendió de que no lo reconociera! Pero ¿cómo voy a reconocer a un bebé que hoy estará bajo tierra?

Volví a observar la fotografía. En esa pose, no me hubiera reconocido ni a mí misma.

—Tienes mucha razón. Quizás sea algún abogado a quien admire...

Se echó a reír.

—¡Pero qué humor más extraño tienes, mamá! Pedro no me regalaría nunca la fotografía de un abogado, ni siquiera de uno buenísimo.

—Entonces, ¿quién es?

Levantó los brazos y miró al techo.

—Es Elvis, mamá. Elvis Presley. ¿Tú lo entiendes? —preguntó alargando mucho las sílabas del nombre.

Sonreí perpleja. Del tal Pedrito no me esperaba semejante cosa.

—¿Y de dónde la ha sacado? ¿Son parientes?

—¡No, no! Nada de familia. La ha comprado en una subasta. Fotografía certificada y con todos los parabienes. Se ha gastado un dineral, ¡en esto!

—¿Y tú qué le has dicho?

—No lo puedo repetir, me reñirías. He sido grosera y cruel... Y me ha mandado a paseo. Pero en otra expresión.

—Que te...

—En efecto, ¡que te jodan!

Nueva tormenta. Pedimos otro té verde y, para mí, otro café; al parecer, en Nepal no comen chocolate. Mientras aguardaba a que llegara la deshidratación, di la vuelta a la fotografía. Había algo escrito en el dorso. Me puse las gafas. La letra parecía la de un niño, me recordó a la de Marieta. Con tanta tecnología, los jóvenes no tienen necesidad de escribir a mano y no cambian de letra. El mensaje rezaba: «No hay nada en el mundo que me guste más que la música de Elvis, el rey. Pero preferiría que él no hubiera nacido antes que tú desaparecieras. ¿Quieres casarte conmigo?».

El tal Pedro no había sido para mí más que el amigo de una de mis hijas, uno al que, de momento y sin más pretensiones, parecía no dársele mal hacerla feliz. Como eso es lo único que me importa, que mis hijos sean felices y que ese sentimiento dure, el chico me parecía bien. Pero no me había hecho un juicio más profundo. Y debía hacerlo a toda prisa, porque casarse es algo muy serio. Consiste en ser feliz con la misma persona una media de cuarenta, cincuenta o sesenta años, tiempo en el que puede pasar de todo, un todo que incluye sol y tormentas, errores, horrores, roces y pasiones. Un *mix* complicado y maravilloso que requiere de un cuajo y una paciencia especiales. Y cuando ya estás dominándolo, aparece la de las tetas postizas, o el cáncer de colon o el mal genio. En fin, que al leer lo que había escrito, Pedro me gustó. Guapo, lo que se dice guapo, no era. Le sobraba nariz y le faltaba altura, en centímetros y quizás en miras. Pero parecía saber algo acerca de la felicidad.

—Marieta, guapa, ¿has leído la dedicatoria de Pedro?

—¿Qué dedicatoria?

Le señalé el dorso de la fotografía. Me la arrebató como si fuera un billete de lotería premiado, la leyó y cogió el móvil a toda prisa. Nunca he escuchado una conversación tan tierna, me habría quedado hasta el final de no tener la certeza de estar de sobra. Me excusé, me fui al lavabo, donde me pinté tres veces los labios y me entretuve lo que me pareció prudente. Cuando regresé, mi hija lloraba de otra manera. Unos veinte minutos después, un orondo Pedro apareció en el restaurante, se puso de rodillas ante mi hija y le pidió matrimonio. Curiosamente, no hubo anillo. «¡Demasiado materialista!», me explicaron. Lo que ocurrió a continuación no necesita explicación: mi hija lanzó a Elvis por el aire y se abrazó a Pedro hasta casi no dejarle respirar. Ciertamente, se le «escudriñaba» todo el interior: gracias a Dios no había mucha gente. Pagué un bebedizo para celebrarlo, les dije que estaba muy cansada y que me marchaba a casa.

Antes de despedirme, comenté a mi hija que llamaría a su padre para contárselo.

—¿Te parece bien, o prefieres hacerlo tú?

—¿Y por qué no lo llamamos ahora, mamá? Con la diferencia horaria con Estados Unidos, es un buen momento.

Lo intentamos, pero seguía saliendo el mensaje de estar apagado o fuera de cobertura. De nuevo, la duda se me anudó en la garganta.

—No te preocupes, mamá, lo llamaré mañana.

—Perfecto. Os dejo solos... Por cierto, Pedro, ¿puedo preguntarte de dónde has sacado esa fotografía? El niño que muestra, ¿es de veras Elvis Presley?

—¡Naturalmente! Tengo todos los certificados.

—¿La has comprado en España?

—Me la ha conseguido Heraclio, el dueño de una tienda en la calle Marqués de Valdeiglesias, esquina con Gran Vía, pegada a la iglesia de San José.

—¿Es un fotógrafo?

—Bueno, en realidad, Heraclio tiene un chiringuito donde vende cosas viejas a turistas, pero en la trastienda guarda una de las mayores colecciones de fotografía humilde de Europa, quizás del mundo. Valdrá millones. Al menos, con lo que le he pagado por Elvis, el tío debe ser asquerosamente rico.

—«Fotografía humilde», bonita expresión. ¿Y dices que te ha costado muy cara? —pregunté con cierta curiosidad.

—Mucho más de lo que mi sueldo permite. Pero por Marieta haría cualquier cosa.

Le sonreí.

—¿Y crees que si le llevo una fotografía antigua que he encontrado me podría dar pistas sobre su procedencia?

—¡Seguro que sí! ¿Quiere que lo llame y le avise de que irá usted a visitarlo?

—Hazlo, por favor, y tutéame. Creo que nos vamos a ver a menudo. ¿Me permites que te diga una cosa? —El pobre chico me miró con cierta prevención—. Es una especie de advertencia. Tranquilo, solo lo haré una vez. Debes saber que lo he hecho con los que te han precedido, no es por ti.

—Adelante.

—Mientras trates de hacer feliz a mi hija, tendrás mi apoyo en todos los sentidos. Eso quiere decir que seguiré al pie de la letra el mandamiento de la buena suegra. Como alguna vez le hagas daño, te las verás con nosotros. Créeme, mejor amigos que enemigos.

Sonrió con ironía.

—Me recuerda a mi madre, Lola. Creo que se van a llevar bien.

—¿Tu madre es bilbaína?

—No, gallega. Coruñesa, para ser preciso. Y también es pelirroja. Ustedes dos juntas pueden ser peor que una bomba de hidrógeno... —Se detuvo al darse cuenta de cómo había sonado—. Quiero decir que...

Se lo puse fácil.

—Me encantará conocerla. ¿Llamarás a Heraclio para avisarle de mi visita? Si me resulta posible, iré mañana mismo.

—¡Por supuesto! ¿Puedo preguntar algo?

—Lo que quieras.

—¿Cuál es el mandamiento de la buena suegra?

Me eché a reír.

—Es muy sencillo: «Si quieres ser buena suegra y por tu nuera alabada, ten la cartera abierta y la boca bien cerrada».

Por la cara que puso, creo que no lo entendió; claro, aún no se ha casado. Me despedí. Con la pista de Heraclio en la cabeza, regresé a casa. Desde el coche volví a telefonar a Jaime. Le dejé un recado en el buzón.

Aquella noche otoñal pero gélida, de una negrura infinita, entré por segunda vez en casa arrastrando los pies. Regresaba cansada y en un estado anímico difícil de definir. Podría decir que equidistante entre la emoción de ver a Marieta feliz y la tristeza de dejar que un advenedizo (pese a todo, lo era) me arrancara otra parte de mí. Un duelo entre el cariño que siento por mi hija y el dolor de pensar en la ausencia de Jaime. «¿Dónde estás? ¡Te lo estás perdiendo! Has sido un modelo de prudencia y discreción toda tu vida, tanto que te he reprochado mil veces tu cuadrícula moral. ¿Y ahora te vas al otro extremo? ¡Del agua bendita a las tetas prestadas! ¿Sabes qué?, que voy a emplear las mismas palabras que Marieta: ¡que te jodan!»

Rabiosa, introduje el código de la alarma y cerré de un portazo. El golpe fue tan fuerte que varios de los marcos de fotos que dormitan en el velador de la entrada se cayeron. Dejé el bolso en el suelo y, tras comprobar que no se había roto ninguno, me apresuré a colocarlos de nuevo en su sitio.

En dos de aquellos marcos, Marieta era protagonista. En el primero, de mayor tamaño, aparecía con las manos juntas delante del pecho sujetando una cruz de palo. Exhibía una sonrisa tímida y algo apurada. Llevaba el vestido que su hermana había usado el día de su primera comunión; el mismo con el que yo misma había comulgado. Uno de esos modelos atemporales que nunca pasa de moda. Espero vérselo a mis nietas. Clavé los ojos en la imagen. Con el tiempo, los colores han ido perdiendo fuerza (el pelo de la niña no parece tan pajizo ni sus dientes tan blancos), pero los aromas perviven. Olía a agua de lavanda y a naftalina. Sonaban risas infantiles, y la voz de mi suegra en *off* advirtiéndole a Marieta que no se manchara. Siempre guardé la impresión de que ese día no fue demasiado feliz para ella. Cuando mi suegra andaba por medio, todo debía ser perfecto y, por tanto, todo estaba reglado, medido, tasado; quizás por ello la pobre niña casi no pudo moverse, «No te vayas a manchar ese vestidito tan antiguo que te ha puesto tu mamá».

En la segunda de las fotografías vestía un pantaloncillo vaquero muy corto (ya apuntaba maneras), una camiseta blanca medio sucia y una sonrisa de oreja a oreja, casi la misma que vi en su cara cuando Pedro se arrodilló a sus pies y sacó el anillo. Tendría seis o siete años. En aquella ocasión, el motivo de su alegría se hallaba prendido en un anzuelo que sujetaba en alto por el sedal. La carpa era tan minúscula como ella, pero a sus ojos era la mayor de las capturas. A sus pies, sentados, los dos mastines de la finca de Torrico. A su derecha, mi omnipresente suegra; yo, a su izquierda. Por aquel entonces, yo estaba algo más delgada y mucho más joven.

Suspiré. Un montón de detalles se apelotonaron ante mí. Llegaron en bandadas, como por hordas. Y mi mente tomó de inmediato esos derroteros sentimentales tan menopáusicos. Con las lágrimas a punto de eclosionar, me fui a mi habitación, me deshice del traje y los zapatos, y con el pijama de lunares y los calcetines gruesos de lana me fui al altillo a recuperar la caja de fotografías de cuando los niños eran pequeños.

No me gusta el soporte digital. Revelamos la mayor parte de las fotografías. Jaime se encarga, es uno de sus *hobbies* y lo hace muy bien. Siempre que puede (y se lo permito) lo hace en blanco y negro. Tiene un pequeño cuarto oscuro donde ha dispuesto las cubetas y la ampliadora, un pequeño estante para botellas de líquidos, un termostato para mantener la temperatura en los 20 °C, el tanque de revelado e hilos que cruzan la habitación de parte a parte. Tenemos marcos por toda la casa. Aun así, como seguimos revelando, he tenido que comprar cajas para almacenar las docenas de fotografías. Las archivo por años y las guardo en el altillo, un trastero de grandes dimensiones que tenemos en una zona bajo el tejado.

Es un gran espacio, con un problema: lo repescamos tras llevar varios años viviendo en la casa y no disponíamos de acceso. Un amigo de Jaime, uno de esos arquitectos renombrados que desconocen el concepto de «practicidad», se ofreció a diseñarnos una escalera. Y cumplió con las expectativas. Nos construyó una escalinata abierta de peldaños suspendidos y sin una puñetera barandilla que te obliga a poner todos los sentidos so pena de desnucarte. Cuando me dijo que estaba terminada le pregunté si era una broma: parecía una maqueta de algo. Se ofendió como solo los artistas saben hacer, nos pasó una factura desmesurada y no volvió a hablarme. Sea como sea, si Allianz ve que subes o bajas por ella con las manos ocupadas, que es lo normal (se supone que los trasteros están para guardar cosas, por tanto hay que subirlas, o rescatarlas, y por tanto hay que bajarlas), te multiplica por dos la póliza del seguro de vida.

Cuando, con todas las precauciones, sorteé la escalera y me planté en el altillo, me sorprendió ver que alguien se me había adelantado recientemente:

sobre el polvo acumulado en las tablas del suelo, se percibían unas huellas que, por el tamaño, se me antojaron compatibles con los pies de Jaime. En el centro había varias cajas de cartón abiertas, algo muy extraño para un hombre tan ordenado como mi marido. Miré lo escrito en el lateral: «Cosas de mi madre». La idea de buscar fotografías de Marieta pasó de inmediato a segundo plano. Me abalancé sobre las cajas abiertas.

Estuve un buen rato leyendo, y otro, no puedo precisar la duración, durmiendo. Una luz débil, otoñal, entraba por el tragaluz. Ella y un intenso dolor de cuello me dieron los buenos días. En realidad, no me parecieron tan buenos. El gozo inicial con el que había subido al altillo se había convertido en desasosiego. Miraba aquella caja de recuerdos con absoluta perplejidad. ¿Cómo era posible que nunca hubiera oído hablar de Paulina, los von Trotha o Guido, de esos hechos o esos lugares? Me surgieron mil y una preguntas, y no encontré respuesta para casi ninguna. Lo cierto es que mi suegra y su mundo nunca habían desempeñado un papel importante en mi vida. Mi familia política era como uno de esos libros aburridos que te alegras de perder en el metro; como una de esas primorosas esculturas de porcelana, regalo de boda, que rezas para que tenga un accidente mortal.

Tuve la impresión de que la vida que allí se describía era como un espejismo, una novela procedente de una mente calenturienta. Sumida en una extraña fatalidad, cogí varios papeles, bajé la escalera y me senté en la cocina con mi *desgraciado*, mi tostada y un paracetamol. Eran las siete de la mañana de un día sin color ni fuerza, frío, feo, abatido de coleccionar tantas horas de lluvia. Una jornada que preveía larguísima y a la que debía arañar al menos un rato para visitar al tal Heraclio. La fotografía y aquellos nombres eran mis únicas pistas. Y estaba dispuesta a seguirlas hasta el mismísimo infierno.

Cogí el móvil y marqué el número de mi hijo mayor. Lleva el nombre de su padre, Jaime Jr., pero creo que en esta ocasión todos los genes los puse yo. James, así es como lo llamamos, es arquitecto y trabaja en Estocolmo. Se casó con una francesa a la que conoció en Tokio (una niña monísima, delgadísima, educadísima y discretísima con la que me entiendo muy bien) y tienen gemelos de cinco años, dos pelirrojos que parecen sacados del mismísimo corazón de Escocia. Hablan sueco, francés, español e inglés, pero sobre todo te hablan con los ojos. Yo los malcrío sin contemplaciones cuando sus padres no me ven. Cuando están delante, me comporto como una jueza en ejercicio.

—Mamá, ¿te ocurre algo? ¿Estáis todos bien?

—Sí, todos bien. ¿Puedes dedicarme unos minutos?

—¡Claro! Un segundo.

Le oí hablar en francés con Annette. Le pedía que terminara de preparar los bocadillos de los niños. Sentí una oleada de simpatía. He educado a mis hijos, chicos y chicas, para que compartieran con sus mujeres o maridos por igual los pequeños costes que rodean lo que significa vivir en familia. James siempre fue un buen alumno.

—Ya estoy, mamá. ¡Qué alegría oírte! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Marieta se nos casa...

Se echó a reír.

—Lo sé, nos llamó ayer a las cuatro de la mañana para contármelo. ¡Pobre Pedro, le espera buena!

Yo también me eché a reír. Marieta es la pequeña, nos tiene en el bote a todos.

—James, no quiero entretenerme, estaréis desayunando. Verás, te va a parecer rocambolesco a estas horas, pero necesito preguntarte algo. Tú, que te llevabas bien con tu abuela, ¿recuerdas que en alguna ocasión te hablara de una tal Paulina, que vivía en París?

—¿Paulina, la cocinera, la que trabajó para los nazis?

Miles de pájaros negros empezaron a revolotear por mi cabeza.

—¿Para quién?

—Para los nazis. ¿No conoces esa historia? La abuela nos la contó muchas veces.

—Pues yo no la recuerdo. ¿Te importa refrescarme la memoria?

En tres trazos, James me puso al día. Me habló del embarazo, del oprobio, de la huida a París, de su entrada en la embajada y de la denuncia del judío. Con cada palabra, la angustia me atrapaba más y más.

—James, ¿alguna vez te habló de una pulsera y dos cuadros?

—Si te refieres a la pulsera de monedas de oro, sí. No sé nada de unos cuadros. Oye, mamá, ¿por qué te preocupa eso ahora?

Estuve a punto de contárselo, pero no quise preocuparle.

—Es largo de explicar. Cuando vengáis, lo hablamos. Te dejo, se os hace tarde. Un beso de parte de papá también.

Me subí al coche y me dirigí al Tribunal, donde me encerré en mi otra vida.

Si hubiera de alimentarme de mi memoria, no necesitaría faja: estaría en los huesos. En cuanto me adentro en las profundidades de un expediente, me olvido de todo lo que me rodea. Por eso programé la alarma del móvil. Es un aviso reciclado, que sintonizó uno de mis hijos para algo que no recuerdo. Suena cada hora. Que sea un sonido de campanas no atenúa la reiteración: es un auténtico tostón que cumple con gran eficiencia su función. Tras seis horas de murga, me dispuse a apagarlo. Pero no supe cómo, es lo que tiene combinar hijos y

tecnología. No te aprendes los pasos que dar y cuando estás sola te conviertes en una inútil. No es broma, Marieta me ha dejado un pósito en la nevera con las instrucciones para sintonizar las series que me gustan, que están en dos plataformas distintas, y el Telediario de La 1. Me llevo fatal con el mando.

A las cuatro pedí a un compañero, más joven y soltero (esos no pueden delegar en nadie y aprenden a valerse por sí solos), que detuviera ese tormento. Me pidió que pusiera mi huella en el botón del móvil, hizo ademán de remangarse y empezó a pasar pantallas con cara de enteradillo.

«Ya lo tienes, Lola. ¿Quieres que te enseñe cómo se hace?» «Si me haces el favor...» Lo hizo; a los diez minutos, había olvidado las instrucciones. A las cinco, las campanas volvieron a sonar. Maldije a mi hijos, a Steve Jobs (que en paz descansa) y a mí misma, cogí el bolso y me fui a ver al tal Heraclio.

—¿Vas a volver, Lola?

—Es probable, sí, pero no estoy segura del todo.

—¿Eso es un sí o un no?

—Más bien un depende.

—Te vas pareciendo cada vez más a los políticos que juzgas, ten cuidado —
me espetó la secretaria judicial.

No llevo una vida clandestina. La vida de una jueza es más bien rutinaria, casi aburrida. Ciertamente es que instruimos casos interesantes, difíciles y hasta morbosos, pero lo hacemos desde un despacho, con pruebas por escrito y abogados pesados que a la mínima tratan de engañarte. Sin embargo, siempre tengo la sensación de que alguien me sigue. Que por alguna extraña disposición de mis células, algún indeseable puede colarse en mi mente, en mi móvil con alarma imperturbable o en mis conversaciones con el ánimo de arrancarme información confidencial. Sé que debo hacérmelo mirar, que un día de estos tendré que buscar un buen psiquiatra que no me ponga a régimen, pero mientras me decido he desarrollado mis propias maniobras evasivas. Sé que la Guardia Civil se mondará si lee lo que escribo desde las cámaras ocultas que seguro tengo en mi casa, pero me consuelo con la ilusión de que, al menos, soy diligente.

Salí por la puerta principal, recorrí un par de calles, entré en una tienda en la que permanecí apenas dos minutos y cogí un taxi a la carrera. El conductor era un hombre muy educado pero con pocas ganas de hablar. Se lo agradecí. En poco más de dieciséis euros, estaba en la iglesia de San José, en la Gran Vía, con la fotocopia en el bolsillo, dispuesta a localizar el establecimiento del que me había hablado Pedro. Supuse que me llevaría un rato, pero estaba exactamente donde mi futuro yerno había dicho. ¡«Yerno»! Qué terrible palabra, le tengo manía. Demasiado parecida a «yermo». En realidad, las palabras que empiezan por «y» son antipáticas. Fíjense en «yantar»: parece engordar mucho más que «comer». Aunque, claro, hay otras como «yate» que no están mal... En fin, prometo pensar lo del psiquiatra.

Como Pedro me había contado, los escaparates de aquel local exhibían objetos de recuerdo del gusto de los turistas de la zona —figuras de toros, castañuelas, camisetas—, a los que habían añadido trastos viejos; alguna plancha antigua no estaba mal, lo demás era morralla. Abrí la puerta y me recibieron los sonidos finos de unas campanillas. No había nadie a la vista, de modo que me

paseé por el cubículo, un lugar húmedo y no muy limpio que no pasaría de los treinta o treinta y cinco metros.

Como no apareció nadie, avancé por la tienda. Estaba llena de cajas de cartón. Había algunas que contenían discos de vinilo, clasificados por tipos de música. En tres de ellas leí «Jazz»; en otras dos, «Folclore latino». Había también libros usados apilados en el suelo, juguetes viejos, radios destartadas y una estantería con libros antiguos y medallas de santos. Me acerqué a esta. Estaba echando un vistazo a los títulos (si encuentro libros antiguos de cocina los compro) cuando noté una presencia a la espalda. No había hecho ningún ruido, pero su olor a sudor muchas horas macerado lo delataba.

Me di la vuelta y me topé con una mirada tétrica, oculta bajo unas lentes redondas de montura negra y gruesa. Era un joven de aspecto andrógino, cabello largo, teñido de negro azabache, y una piel lampiña muy fina, blanquísima. En personajes de este tipo es difícil calcular la edad, pero desde luego parecía joven. Estaba enormemente grueso.

—¿Busca algo concreto o quiere echar un vistazo? —me preguntó en un inglés bastante correcto.

Con mi aspecto irlandés, es habitual que me confundan con una turista.

—Busco información sobre una fotografía. Aconsejaste muy bien a un amigo mío, y ahora está feliz con su foto de Elvis de bebé —respondí en castellano.

Su aire tétrico y su expresión de eterno cansancio, más bien de eterna decepción, cambiaron por completo.

—¡Ah, Pedrito, qué gran chico! Fue al colegio con mi hermano pequeño. ¿Por qué no ha empezado por ahí? Me anunció su visita —respondió mientras me palmeaba la espalda sin contemplaciones—. ¡Venga, sígame! Espere que cierre.

Su obesidad, casi mórbida, no le impidió apresurarse hasta la puerta y echar la llave. Su enorme estómago subía y bajaba con el movimiento de una forma tal que me recordó a Jaba, el personaje de *Star Wars*. Al regresar, me sujetó del brazo y me arrastró al fondo de la tienda, abrió una puerta y me hizo pasar a otra estancia, esta vez pulcrísima y perfectamente ordenada, compuesta por estanterías llenas de archivadores y una mesa central con un ordenador portátil sobre ella, rodeada de tres sillas.

Cerró la puerta y me invitó a sentarme.

—Le advierto que Elvis es complicado. —Al verme el gesto, sonrió—: ¡Ya veo que usted no busca a Elvis! ¿Quién entonces: Marilyn, alguno de sus desnudos?

Negué con la cabeza algo escandalizada. ¿Acaso tendré pinta de perversa?

—Ya tengo una fotografía. Me la han regalado —maticé. No era exactamente una mentira—. Me gustaría saber qué puedes decirme de ella, de qué época es y si reconoces a alguna de las personas que aparecen retratadas.

—Entiendo, ¿puedo verla?

Mientras abría el bolso y localizaba la fotocopia, él se cubrió las manos con unos guantes blancos, pero al darse cuenta de que no era un original, se los quitó. Pese a todo, sujetó el folio con la delicadeza de quien coge porcelana fina y permaneció unos instantes, que se me hicieron eternos, mirando la imagen.

Abrió uno de los cajones, sacó una bandeja forrada en terciopelo negro y depositó en ella la fotocopia. Buscó una lente de aumento parecida a la empleada por los joyeros y siguió con su inspección.

—¡Ajá! —exclamó.

—¿Es auténtica?

—Ajá. Y no ha sido muy bien tratada: fíjese en las manchas y en la pérdida casi completa de brillo...

—¿Y qué puedes contarme sobre ella?

—Sin duda, el hombre que aparece en primer plano es Pablo Picasso.

—Eso mismo pienso yo —lo interrumpí—. ¿Puede decirme algo más?

—Bien, apostarí a que la mujer que está a su derecha, con un cigarrillo entre los dedos, es Dora Maar, una de sus amantes. Lo sé porque tengo dos de sus desnudos en mi caja fuerte. Desnudos integrales, y no muy artísticos, la verdad. Aunque hay que reconocer que la tía tenía buen cuerpo. Las tetas mejor que...

Lo interrumpí de nuevo. Tenía suficiente con las tetas postizas de la nueva becaria.

—Su amante.

—Sí, pero Picasso tuvo muchas amantes. Muchas. Tengo que asegurarme de que esta es Dora. Simple precaución, porque estoy completamente seguro.

Encendió el ordenador y anduvo trasegando en él. Me fijé que sus ojos estaban cercados de arrugas. Aún eran finas y poco profundas, pero el número era suficiente para hacerme recalibrar su edad. Era joven, pero no *tan* joven. ¿Cómo era posible que su hermano hubiera ido al colegio con Pedro? Anoté mentalmente que debía investigar más a fondo a mi nuevo yerno. Tras varios «ajás», regresó a la lente de aumento y a la fotocopia.

De repente, se echó a reír. Tanto que terminó llorando.

—¿Qué sucede? No veo la gracia.

Se secó los ojos con el dobladillo de la camiseta.

—Me río porque, mientras Picasso andaba con la fotógrafa (no sé si lo he dicho, Dora era fotógrafa), seguía casado con Olga Khokhlova, la madre de su

hijo Paulo. Y, a su vez, vivía con la sueca Marie-Thérèse Walter, madre de su hija Maya. El tío sin duda se lo sabía montar. Y no necesitaba Viagra, no señor. Dicen que se encaprichó de Dora nada más verla. Y no me extraña: tan bella como fascinante.

—Desde luego, tenía mucha paciencia... —comenté. Estoy segura de que no me escuchó. Había vuelto a su lente y a su ordenador.

—En efecto, es Dora Maar. Eso nos permite afinar las fechas.

—La verdad es que la fecha no me importa tanto...

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué?

—Lo que me interesa son las pinturas que se ven a su espalda, una en concreto.

—Pues en eso no puedo ayudarla, pero puedo indicarle quién es capaz de hacerlo. ¿Le interesa vender la fotografía? Podría localizar a un comprador. No sacaremos mucho, pero intentaré que sea lo máximo. Quizás un ricachón con casa en Málaga...

—No estaba pensando en venderla, pero, si me decido a hacerlo, prometo que te llamaré.

Me acompañó a la salida. Antes de girar la llave, me indicó:

—¿Conoce una galería de arte que está en la plaza de la Independencia?

—Pues no, la verdad.

—No tiene pérdida, solo hay una. Vaya y pregunte por Niní, dígame que va de parte de Heraclio. Enséñele esa imagen y ella le dirá quién pintó esos cuadros, dónde y cuándo. Y, de paso, pregúntele qué habían comido ese día. Lo sabe todo.

Miré el reloj: más de las siete. Las galerías no suelen cerrar antes de las ocho. *Grosso modo*, calculé que entre la tienda de Heraclio y la plaza de la Independencia apenas habría un kilómetro: disponía de tiempo suficiente. Creo que no hubiera pegado ojo de haberlo dejado para el día siguiente. Lo que había olvidado era que estábamos en otoño. Mientras hablaba con Heraclio se había desatado un aguacero formidable. Lo acompañaba un viento gélido que te calaba hasta los huesos. Mi paraguas, enorme y con forma de seta, me facilitaba una cobertura casi completa. Casi: volví al modo escarola nada más salir. Y tardé un poco más de la cuenta, porque llevaba mi calzado habitual: tacones de aguja, que, por cierto, me estaban machacando el juanete.

Atajaba por una bocacalle, algo que siempre me ha divertido hacer para burlar al tiempo, pese a que suele ser a la inversa (me pierdo y él es el que se ríe de mí), cuando mi instinto de espía aficionada me lo hizo notar. Allí estaba, mezclado con otros paraguas. Iba concentrado leyendo algo en el móvil. Tan abrigado (un tres cuartos azul ajustado al cuerpo, con capucha, bufanda y gorro de lana) que me costó enlazar esa imagen y mi memoria. Pero sin duda era Gonzálvez, un encuentro tan inoportuno como repentino. Para evitar que el comandante me viera, me detuve un instante ante un escaparate y me acerqué el paraguas a la cabeza. Después de ese pequeño contratiempo, avancé por la bocacalle. Encontré la galería a la primera. Cerré el paraguas, lo escurrí con unos bruscos zarandeos y entré.

La galería de arte era mucho mayor de lo que había imaginado. En lo único en lo que acertó mi imaginación fue en el ambiente. Los deseos que un artista moderno busca transmitir a su público, las herramientas que emplea para contagiarlo, para fascinarle con los productos de su inspiración son muy diferentes de las usadas por los anticuarios. El discurso de estos últimos resulta más evidente, más comprensible para los que, como yo, no entendemos demasiado de arte. Por suerte, no estaba allí para opinar. Mostraría a aquella

mujer la fotografía y trataría de obtener alguna información sobre el cuadro robado.

Miré a mi alrededor y localicé un recipiente donde dejar el paraguas. Pero cuando iba a meterlo allí, me entraron las dudas de si se trataba de un paragüero y no de la esencia de la obra de alguna nueva promesa del arte contemporáneo. Como aquel cilindro tenía cierto olor a arte pasado de cocción, decidí quedarme con el paraguas en la mano, aunque fuera dejando un reguero de gotas.

Alrededor de las obras se paseaba una música suave pero un punto estridente y un perfume exótico. Avancé hasta lo que me pareció el final de la sala. Resultó no ser el final, sino el principio de un ala que se abría hacia la derecha. Allí se elevaba, a modo de pilar extemporáneo, una columna que sostenía una pequeña obra: un cuadro íntegramente rojo.

—¿Le gusta? Es puro arte, ¿no cree?

Me di la vuelta y me topé con una mujer alta y no muy delgada, quizás sesenta y cinco, quizás más, con el pelo corto completamente blanco, vestida con una túnica dorada que le llegaba hasta los pies. Andaba sobre una especie de zancos imposibles, valoración muy significativa en boca de una mujer que calza tacones de diez centímetros.

—Niní, ¿verdad?

—En efecto, ¿nos conocemos?

—No, pero me envía un amigo común. Me gustaría mostrarle una imagen. Echó la cabeza hacia atrás con gesto teatral.

—Heraclio, supongo.

Asentí.

—Un amor, desde luego. Vayamos a mi despacho. ¿Quiere dejar el paraguas fuera o le tiene un cariño especial?

Me eché a reír.

—¡Claro! Es que no estaba muy segura de dónde ponerlo...

Me acompañó a la entrada y me señaló el cilindro que, visto con ojos de paisano, era evidentemente un paragüero.

Ya liberada, seguí a mi anfitriona. Atravesamos dos amplias salas hasta llegar a un pasillo estrecho que nos condujo hasta la puerta de una habitación cerrada con llave. Niní introdujo la mano en su escote y rebuscó una larga cadena de la que colgaban dos llaves. Eligió una. Abrió, me hizo pasar y cerró de nuevo. «¡Tengo que hacerme con un cuarto como este. Con llave. Con una de esas llaves en lugar estratégico, me sentiré como una verdadera espía!», me dije.

—Tome asiento, por favor. Y déjeme ver su fotografía.

—Es una fotocopia, me temo.

—¡Qué se le va a hacer!

Abrí el bolso, saqué el folio y se lo tendí. Niní cogió una lupa y la contempló durante un rato larguísimo.

—Es auténtica, sin duda. Desde luego, se trata de Picasso. Y la mujer es Dora Maar.

—¿Conoce usted a este personaje? Me refiero al tercero en discordia, el de la izquierda, vestido con traje oscuro y apoyado en la mesa.

—Naturalmente que lo reconozco: es Paul Rosenberg, el marchante, uno de los más influyentes del siglo xx, junto a Cassirer, Castelli o Kahnweiler. Su imagen es inconfundible. Hubo una temporada en que llevaba bigote, ¿sabe? Luego se afeitó. Esta foto debió de tomarse en 1940. Como muy pronto, a finales de 1939.

La manera de expresarse, tan contundente, me hizo dudar.

—Disculpe que se lo pregunte, pero ¿cómo está usted tan segura de las fechas? ¿Es por el asunto del bigote?

—Nada que disculpar ni que ver con el bigote. Se lo explico de inmediato. Casi todo en este mundo tiene una explicación aunque a veces no la encontremos. Verá, la casa donde posan es sin duda la galería de Rosenberg, que estaba en el 21 de la Rue La Boétie: esas molduras son inconfundibles, lo mismo que su buró. El galerista era francés, parisino de origen eslovaco, creo, pero era judío. Con la ocupación nazi, tuvo que salir por piernas de la zona. Huyó a los Estados Unidos en el año 1940. No sin haberse llevado algún que otro susto. De hecho, su casa fue convertida en el Instituto de Estudio de las Cuestiones Judías, local de la política pronazi francesa. Por tanto, esta fotografía no pudo tomarse después de 1940.

»Por otro lado, la mujer que está junto a Picasso es su amante Dora Maar, que lo fue desde 1936. Sin embargo, ¿ve esta pintura colgada en la derecha? — Era el retrato de una mujer y sin duda había salido de los pinceles del malagueño —. Pues es uno de los *portraits* que hizo de Dora. Este, concretamente, está fechado en marzo de 1939. Lo puede ver en el museo Reina Sofía. En fin, ahí lo tiene: esta fotografía tuvo que ser tomada después de marzo de 1939 y antes de octubre de 1940. Fuera de ese periodo es difícil, por no decir imposible, que los tres coincidieran en ese local.

Sin lugar a dudas, Heraclio había dado en el clavo. Niní era un pozo de sabiduría. Pero yo, en cuanto me enfrento a dos números seguidos, me cierro en banda.

—¿Y qué me puede decir de los cuadros que los rodean?

—Obviamente, que son magníficos.

—¿Conoce su paradero actual?

Se levantó empujando la silla hacia atrás. Puso los brazos en jarras y espetó muy enfadada:

—¿Qué es esto, una encerrona? ¡Naturalmente, una encerrona burda y estúpida! Podían al menos haber enviado a alguien medianamente ilustrado. ¡Largo, a la calle!

La contemplé perpleja.

—Disculpe, pero no la comprendo.

—¡Ya! ¿A qué cuerpo pertenece: Guardia Civil, Policía?

—¡No, no, se equivoca! Yo soy jueza...

Perdió el color.

—¿Jueza? ¿Por qué?, ¿qué he hecho?, ¿de qué se me acusa?

—No me he explicado bien, no estoy aquí en calidad de jueza...

—Entonces, ¿se trata de una pregunta trampa? Lo digo porque, si intenta enredarme, sepa que no soy de esas...

—¿De esas? Disculpe, pero no sé a qué se refiere.

—¡No se haga la mosquita muerta conmigo! Es obvio.

—No para mí. Se lo aseguro.

Estiró teatralmente el brazo, mientras la túnica dorada caía ceremoniosamente hacia atrás, y me indicó la salida.

—Debemos poner fin a esta conversación. Usted será jueza, pero yo no soy tonta: tengo mis derechos. Me están esperando. Buenos días.

—¡Por favor! Necesito su ayuda...

—No puedo ayudarle, lo siento. Buenos días. Y no vuelva por aquí.

Recuperé el folio que descansaba sobre la mesa y señalé el Matisse con el dedo.

—¿Ve este cuadro? —Niní no pudo resistirse y miró de reojo—. Una copia de él colgaba de una de las paredes de mi casa hace unas semanas. Nos lo robaron y, desde entonces, todo va de cabeza. Un desastre. La identidad de los ladrones es una incógnita, pero no solo nos han robado ese cuadro, nos están amargando la vida. ¡Necesito saber por qué! Mire, yo no entiendo nada de arte. De hecho, ese cuadro me parece feísimo. Que se lo queden y me dejen en paz, pero necesito recuperar mi vida anterior.

Pareció pensárselo, pero finalmente concluyó:

—Me está usted engañando. Intenta engatusarme. Es mejor que se marche.

—No intento engañarla en absoluto. Yo miento mal, usted me lo notaría. Mis hijos siempre me lo dicen. ¿Tiene usted hijos?

—Una hija. Vive en Australia.

«Ya estoy en mi terreno», pensé.

—Niní, si es usted madre como yo, entenderá que no puedo mentir si le prometo algo poniendo a mis hijos como testigos. Pues bien, por mis hijos le prometo que digo la verdad.

Tardó en responderme, pero la espera mereció la pena.

—Póngase, por un momento, en el pellejo de un judío acomodado como Rosenberg. Se levanta por la mañana y se mira al espejo. Aparentemente, es el mismo: vive en la misma calle de la misma ciudad, su galería sigue exhibiendo artistas modernos, y cuenta con los mismos vecinos, pero el mundo le resulta irreconocible. Porque el aire arrastra un olor extraño, sórdido, y el terror se palpa en cada esquina. Ya no puede fiarse de nadie: está rodeado de vampiros que quieren chuparle la sangre. Nada los detiene: ni fortuna ni condición social. La semana anterior han entrado en el piso de tu vecino de la derecha, lo han registrado, se han llevado sus objetos de valor y a ellos los han subido a un camión con otros muchos, hombres, mujeres, familias enteras. No vuelven a verlos. Llegan más y más noticias de visitas nocturnas y domicilios saqueados. Se calcula que entre 1940 y 1944, solo en Francia, se robaron cerca de 25.000 objetos de arte. La gente le mira de otra manera. Resulta difícil encontrar comida. Las camisas negras empiezan a llenar las calles. Y finalmente decide huir antes de que sea tarde. Pero no es fácil poner distancia con los alemanes. Rosenberg sabe que las obras de arte, las joyas, los libros raros y las pinturas, antiguas y modernas, pueden transformarse en dólares. Y los dólares dan acceso a un pasaporte de un país neutral. Poseía una buena galería y una buena posición, es de suponer que utilizara alguno de sus cuadros para salir de Francia.

—¿Quiere decir que los vendió para huir?

—Se piensa que malvendió alguno mientras ponía el grueso de su colección a buen recaudo en un banco de Libourne, cerca de Burdeos, y en España, en el domicilio de un espía doble que vivía en el barrio de Salamanca, en la calle Jorge Juan si no me equivoco. Sin embargo, nada de eso funcionó. Los nazis se enteraron y expoliaron el banco, convirtieron su galería en un centro pronazi y pasaron a Serrano Suñer datos sobre el espía. Supongo que ese cuadro del que me habla tuvo ese fin. Dónde esté ahora, ¡vaya usted a saber! Uno de los hijos de Rosenberg, Alexander, intentó durante décadas demostrar el saqueo nazi, pero no tuvo demasiado éxito.

Volvió a tomar la lupa durante unos segundos. Para mí pasaron tan lentos como los días de ayuno.

—Puedo identificar con claridad cuatro obras: dos Renoir, un Cézanne y un Matisse. En la esquina hay otra pintura, pero Dora la cubre casi por completo. No podría aseverar su autoría, pero apostaría por un Braque. El marchante era su representante, como también lo era de Picasso y de Henri Matisse. Quizás pueda

averiguar dónde se encuentran hoy... —Clavó en mí la mirada. Suspiró—. ¿Han hablado con la Policía?

—Lo hemos hecho, sí. De momento, no hay noticias. Desconectaron las cámaras y no dejaron ninguna huella: fue obra de profesionales. Y eso es lo extraño, ¿por qué tomarse tantas molestias para robar una copia?

—¿Están seguros de que es una copia?

—¿Qué otra cosa podría ser? En mi familia política no eran demasiado aficionados a la pintura, amén de que solo se compraba arte navarro: Ciga y Basiano, fundamentalmente. Mi marido siempre pensó que su abuelo o alguien de su entorno copió ese Matisse y lo colgó en casa.

—Podría ser, pero en ese caso deberían haber estado en contacto con la obra. ¿Ese abuelo o alguien cercano vivía en París?

—No —sostuve. Un escalofrío me recorrió la espalda desde la nuca. La historia que James me había contado casaba a la perfección.

—Bueno, es posible que se hallaran en otra parte. Picasso poseía una gran pinacoteca, muchas obras habían salido de sus pinceles; otras procedían de regalos de pintores amigos, contemporáneos, entre ellos Matisse. Eran tantas que ni las recordaba. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, regresó a París y guardó sus pinturas en sitios más seguros. Las dispersó. Pero eran demasiadas, y muchas simplemente desaparecieron. Para que se haga usted una idea, hace unos meses concluyó en París el juicio interpuesto por los herederos de Picasso contra Pierre Le Guennec y su esposa. Este, que durante años fue el electricista de Picasso, guardaba metidas en una caja de cartón en el sótano de su casa más de doscientas cincuenta obras que, según sostuvo en el juicio, le habían sido regaladas por Jacqueline Roque, la última esposa del pintor. Eran obras de principios de siglo, fechadas entre 1900 y 1930: dibujos, bocetos, litografías...

»Cuando Le Guennec y su esposa decidieron hacer testamento, pidieron autentificarlas. El matrimonio pensaba que tenían escaso valor, pero que algo sacarían por ellas. Se equivocaban: estaban valoradas por encima de los sesenta millones de euros. Cuando intentaron venderlas, la familia de Picasso se enteró. Eso pasa mucho. Las obras pasan de mano en mano, de padres a hijos, de tíos a sobrinos..., o al electricista. Cuando aparecen en una galería o en cualquier transacción, resulta difícil trazar su historia. A veces es posible; pero puede estar vendiéndose el producto de un robo y no saberlo. Porque robos hubo a docenas, actuales y pasados, sobre todo durante la guerra.

Se quedó callada, como ensimismada. La interpelé:

—¿Ocurre algo?

—No es nada, solo una intuición.

—Pues le agradecería mucho que la compartiera conmigo.

—Debo revisar a fondo catálogos y notas, pero no creo haber visto antes ese cuadro en ninguna parte. De hecho, no he visto nunca ninguno de los cuadros que lucen a la espalda de Picasso. Y lo cierto es que me extraña. Sobre todo el Cézanne. Cézanne es mi especialidad.

—No sé adónde quiere ir a parar.

—Prefiero hacer alguna averiguación antes de decirle nada. ¿Puedo quedarme con esa fotocopia?

—¿Por qué no saca una copia?

Así lo hizo. Quedamos emplazadas para el día siguiente, y me fui.

Al abandonar la galería, la tarde exhibía un color tristón y la calle comenzaba a plagarse de sombras. Miré al cielo: los nubarrones mantenían la capa negro miura, pero habían dejado momentáneamente de descargar. Miré el reloj y sopesé mis opciones. Decidí acercarme hasta el Tribunal, recoger algo de trabajo e irme a casa. Acababa de emprender la marcha en busca de un taxi libre cuando oí mencionar mi cargo.

—¡Señoría!

Me di la vuelta. Con tanta rapidez que casi me di de bruces con Gonzálvez.

—¡Qué alegría encontrarla de nuevo, jueza MacHor! ¡Bonita sorpresa!

Su rostro enjuto se expandió en una sonrisa socarrona. Me limité a sonreír en silencio y a esforzarme para mostrarme tranquila.

Porque no había ninguna sorpresa, ni por su parte ni por la mía, en ese encontronazo. Una no coincide dos veces en una tarde con el mismo guardia civil por el centro de Madrid porque sí. Y menos, con todo un comandante de la Benemérita que, además, miente. Eso significa que te están marcando, que vigilan tus días y tus noches, tus idas y venidas, tu respiración. Si estuvieras con las muñecas unidas, fijas por unas esposas, no estarías mejor custodiado. El comandante sabía que su fingida mansedumbre o su sonrisa aniñada no iban a engatusarme. Y yo sabía que él lo sabía. Pero ambos éramos conscientes de que teníamos que jugar a ese juego; que debíamos concertar las primeras escaramuzas, el baile de tanteo. *A priori*, podría ser un planteamiento divertido pero no en ese momento: estaba cansada, hambrienta y preocupada.

Me hubiera gustado responderle sin jugar al póker. Decirle que imaginaba que el hombre que vendía cosas viejas a los turistas en la Gran Vía era su primo o su cuñado, o quizás un confidente de la UCO en materia de arte. Porque a aquellas alturas estaba segura de que Gonzálvez ya había visto la fotografía de Picasso. Me hubiera gustado preguntarle cuándo había dado orden de que me siguieran. Pero no tocaba. Por eso rumié el modo de interpretar con entusiasmo

mi papel, porque lo de poner cara de tonta y tragarme las trolas no me sale del todo bien. Al menos, eso es lo que dicen mis colegas del Tribunal que me lanzan miradas furtivas cuando me pongo seria con los abogados defensores, aunque todos somos conscientes de que los abogados mienten mucho y bien, por muy sedosa que sea la corbata que rodee sus finos cuellos.

—Para mí sí es una sorpresa, comandante; aunque no una casualidad, me temo —dije tendiéndole la mano.

Me la estrechó con fuerza. La suya estaba mojada. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo del pantalón para secarse y aproveché para observarlo.

Tengo que decirles que el joven, educado y encantador Gonzálvez no tiene pinta de guardia civil. Sus manos dotadas de dedos estrechos y largos, de pianista fino, parecen incapaces de empuñar una pistola. Su rostro, aniñado y anguloso, como de chaval empollón, alimentado con bocata de chorizo Pamplonica, parece incapaz de una jugarreta que reseñar, más allá de tocar los timbres de las casas o cambiar el azúcar por sal. Todo eso hacía más fácil mi papel. Todo menos sus ojos.

Me fijé en su color avellana y en la espesura de sus pestañas, detalles en los que no había caído en nuestro primer encuentro. Pero sobre todo me detuve en su presteza, en su soltura, y en la frialdad. No estaba ante la mirada de un cabrón asesino cuando se quita la máscara y confiesa orgulloso sus crímenes; esas miradas, lo sé bien, son del todo peculiares, inconfundibles. Estaba ante quien conoce de primera mano la condición humana, las puñaladas traperas, el educado y hondísimo pozo del dinero y del poder. Gonzálvez tenía aquel día esa mirada, un tanto lastimera, de quien mira el destino cruel con cierto cariño. Porque en sus ojos había una tiniebla, una habitación oscura apenas entreabierta.

—Para ser sincero, señorita, nuestro encuentro no podría calificarse de casual. Debo confesar que la vi hace una media hora en las proximidades de la galería de arte.

Me puse colorada. ¿Cómo era posible? ¡Iba concentrado en la pantalla del móvil! Ni siquiera había levantado la cabeza y había un montón de gente a su alrededor. Definitivamente, el comandante era mucho más listo de lo que pensaba, amén de que debía de tener un retrovisor en el cogote. Volví a sonreír. «Sería usted un buen sabueso de ser perro», iba a responder. En lugar de eso, repliqué:

—Si seguimos dándonos explicaciones en medio de la calle con esta tarde es probable que lo que nos sorprenda sea una neumonía, comandante.

Gonzálvez metió la directa:

—¿Le apetece un café, jueza?

Un par de gotas mojaron mi mejilla. ¡De perdidos, al río!

—Encantada, comandante.

—Prefiero Gonzalo.

Se colocó a mi derecha. Caminamos en silencio hasta dar con una cafetería. Solo había una mesa vacía. Dentro hacía calor y había bastante ruido. Casi de inmediato, se acercó un camarero amanerado. Compartimos una botella de agua sin gas.

—¿Le gusta el arte moderno? —soltó Gonzalo González.

—¿Perdón?

—El arte moderno. Acaba de salir de una galería especializada en él —me indicó.

—Es interesante —respondí distraída.

Estaba pensando en Heraclio, que sospechaba lo había conducido hasta mí. Tenía pinta de antimilitarista; esos son los peores, trabajan todos de confidentes. Aunque no descartaba que me hubiera pinchado el teléfono. «Tengo que quitar la geolocalización», pensé. Y de inmediato me dije que era mucho más que probable que no supiera hacerlo. Llegados a ese punto, me había terminado el agua. Pero al comandante le quedaba un reproche que hacerme. Lo planteó con fingida delicadeza.

—No volvió a llamarme para darme el contacto con el comprador del arlequín en su rifa benéfica.

—¡Ay, qué cabeza la mía! Prometo ponerme a ello.

—¿Quiere tomar algo más, un café?

—Se lo agradezco, Gonzalo, pero se me ha hecho tarde. Tengo que marcharme.

—Comprendo su actitud, Lola. No me conoce. Y no obstante, sabe que soy guardia civil. Eso debería ser suficiente para disipar sus dudas, si no de un plumazo, sí parcialmente. ¿O no?

Sus palabras se fundían con las frases entrecortadas de las conversaciones próximas. Dos mujeres estaban crucificando a una tercera que había pretendido salirse del tiesto. No llegué a enterarme por qué. Me limité a sonreír, era lo que llevaba haciendo la última media hora.

—Aprecio mucho al Cuerpo, ya lo sabe. Si alguien es de fiar, ese es un guardia civil.

Los ojos avellana de González me decían que debía contárselo todo: por qué estaba allí, para qué, por qué le había mentado (por qué le habíamos mentado). Había muchas cosas que me hubiera gustado compartir con él, muchas en las que su ayuda me hubiera ido de perlas. Sin embargo, mi deseo se veía mitigado por el hecho de que Jaime es mi marido. Desconocía por qué Jaime me había ocultado la existencia de la fotografía y había omitido hablarme de

Paulina, de modo que abrirle mi alma a aquel comandante de la UCO sin saber qué cariz podían tomar los acontecimientos podía resultar dañino.

—Deje que decida su corazón, Lola. Solo trato de ayudarle.

Me di cuenta de que aferrarme al silencio no iba a resultar útil y opté por ser un poco imprudente:

—Durante más de treinta años, mi marido y yo hemos compartido vida. Ha habido épocas mejores y épocas peores; momentos extraordinarios y momentos trágicos. Pero creo que en todo ese tiempo, más cuanto más avanzaba nuestra relación, he confiado en él. Por mi profesión, ha terminado interesándome en particular la psicología de los delincuentes. En nada me ayuda para aplicar la ley, pero me permite captar mejor las mentiras de los acusados. También por esa experiencia sé que Jaime es un hombre de conciencia. No es un embustero ni un falsificador: es un tipo de moral anticuada que se lo piensa dos veces antes de engañarte. De lo más auténtico que conozco.

Gonzálvez se mantuvo impertérrito. No dijo nada, pero lo dejó todo claro. En su mirada pude leer la pregunta: «¿Por qué me cuenta usted todo esto, Lola, si sabe que no va a afectar a mis decisiones?». Yo también le respondí sin palabras: «Se lo cuento porque debe saberlo. Jaime no nos ocultaría esto de no ser por un motivo importante. Él nunca nos engañaría». En realidad, fui más benigna de lo necesario, es decir, omití hablar de las tetas postizas. Aun sabiendo que, siendo Gonzálvez hombre, sería mucho más propenso a comprenderlo.

—De acuerdo, Gonzalo. Veamos, ¿recuerda cuando entraron en nuestra casa por segunda vez?

—Según figura en el expediente, no se llevaron nada. Al menos, eso dijo su marido.

—Y dijo la verdad: no se llevaron nada. Sin embargo, omitió un pequeño detalle: no sé cómo ni dónde, pero dejaron algo.

—¡Tiene que ser una broma! ¡Entraron para dejar algo en vez de para llevarse algo!

—Después de pensarlo mucho, esa ha sido mi conclusión.

—¿Y puedo saber qué dejaron?

—Una fotografía.

Se mordió el labio, supongo que para no mostrar su impaciencia. Respiró hondo y preguntó:

—¿Podría verla?

—Solo tengo una fotocopia.

Abrí el bolso y se la enseñé. Mientras él la contemplaba con todos los sentidos alerta, yo pensaba en la conveniencia de contarle lo que había encontrado en el altillo.

—¿Me puedo quedar con ella?

Le respondí lo mismo que a Niní. Sacó su móvil y la fotografió.

—Déjeme que haga algunas averiguaciones. Mañana la llamo.

Salimos de la cafetería. Nos recibió una espesa cortina de agua. Me costó más de media hora dar con un taxi.

Nada más llegar a casa, telefoneé a Jaime. Tres veces. La llamada por respuesta. Empezaba a estar un poco harta. Soy impulsiva, para qué negarlo. No me pude resistir más y llamé a un viejo conocido, un veterano policía, guindilla, tozudo, eficiente y de un fino y mordiente humor con el que trabajé cuando ocupé plaza en la Audiencia Nacional. Padilla es un policía incalificable del que me fío como si fuera mi padre. Ocupaba un puesto importante (nunca había llegado a saber exactamente cuál) en la Jefatura Central de Operaciones.

—¿Padilla? Soy Lola MacHor.

—¡Querida jueza, qué alegría! Tiempo sin saber de usted. ¿Qué tal la trata el Tribunal Supremo?

—Pues como estaba previsto: poco sueldo y muchos expedientes, demasiados.

—¡No será para tanto, Lola! A usted lo que le ocurre es que es adicta al trabajo. Por eso todavía le agradezco más que encuentre un rato para felicitarme la Navidad. Es la primera felicitación que recibo este año, se lo aseguro.

—Padilla, ni siquiera ha empezado el invierno.

—Por eso lo digo, se ha anticipado mucho este año. Porque me llama para felicitarme la Navidad, ¿no?

Me eché a reír.

—Si me vas a decir que solo te llamo para pedirte favores, te recuerdo que el 8 de agosto, día de tu cumpleaños, recibiste puntualmente mi felicitación.

—*Touché!* Un vino magnífico, desde luego.

—Pero sin que sirva de precedente, hoy te llamo para pedirte un favor.

—¡Ya te digo! ¡Dispare!

—¡Cuidado con decir esas palabras por teléfono! Parece mentira que pertenezcas a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. En este momento, a quien tenga asignado el seguimiento de mis llamadas le estarás poniendo muy nervioso.

—Pero qué novelesca es usted, jefa. Cuénteme pero no me dispare.

—Vale. Es una tontería, pero...

—¡Uf, qué miedo me da!

—No te rías de mí. ¿Has oído hablar de una aplicación que te permite pagar el estacionamiento sin meter dinero en el parquímetro?

—Naturalmente, la e-park. Me la he descargado, resulta muy útil.

—¿Si te diera una matrícula y un momento determinado, pagado con esa aplicación, podrías decirme dónde estaba aparcado el coche? Es un asunto familiar. La aplicación está suscrita a mi nombre, de modo que no es más que una cuestión interna.

—Jefa, no parece usted. A ver si me explico, vamos, que conociéndola diría que persigue usted a uno de sus hijos. O a su marido.

—Dejémoslo en un familiar.

—Vale, a su marido. Dígame una cosa, ¿está segura de querer hacer eso?

—Lo estoy, ¿por qué?

—No quiero meterme donde no me llaman, Lola, pero debe saber que, por lo general, los hombres somos poca cosa: estúpidos, débiles, soberbios... No hay que darnos demasiada importancia.

—Lo sé, pero necesito saberlo.

—De acuerdo, me pongo porque es usted, y solo porque usted me lo pide. Envíeme los datos por wasap y veo qué puedo hacer.

—¡Gracias!

—Espero no ser la causa de un desastre...

—Tú nunca podrías ser causa de ningún desastre.

Aquella noche cené salmón a la plancha con espárragos trigueros... y helado de chocolate, y dos tostadas y hasta patatas fritas. En fin, si como dice Padilla los hombres son débiles y les da por los spa ajenos, las mujeres menopáusicas también tenemos derecho. Lo malo de aquel día, amén del kilo que seguro gané, fue que ni siquiera esa tromba de calorías me mató el hambre. Me di una ducha y volví al altillo. La explicación de lo que fuera que estuviera ocurriendo tenía que estar en aquellas cajas.

—A ver, Paulina, ¿qué fantasmas intentas despertar? —dije en voz alta.

Repasé uno a uno los papeles que contenía la primera de las cajas. Había cartas escritas desde París que narraban la escasez de alimentos, la llegada del Ejército alemán e incluso algunas recetas de cocina. Encontré entradas de teatro, libretos de óperas, notas de agradecimiento de gentes desconocidas. Nada en aquella colección de documentos parecía contener información útil para mi propósito. Todo era muy «tipo mi suegra»: es decir, relaciones públicas y ostentación. Todo salvo una cuartilla pequeña, amarillenta, con unas anotaciones

que no parecían tener mucho sentido y que, desde luego, no casaban con el estilo del resto. La cuartilla rezaba: «Nov. 14. Mont. Amboto. Aznar. Ref. Carlos. Contr. Telaraña».

—¿Y esto qué es? ¡Por todos los demonios, no puedo creer que nos esté pasando esto! —chillé mientras soltaba la cuartilla y me llevaba las manos a la cabeza.

Si juzgaran mi actitud como la reacción histórica de una mujer trastornada, se equivocarían. Completamente. Para una jueza como yo, la mezcla de esos dos nombres —Amboto y Aznar— resulta del todo explosiva. Hace algunos años (no son muchos, cuantitativamente hablando, pero tengo la sensación de referirme a otra vida e incluso a otra persona), ocupé plaza de magistrada en la Audiencia Nacional. La Audiencia es un juzgado especial, muy especial; podríamos decir que único, al menos completamente distinto a cualquier otro. En su origen, un real decreto de 1977, latía un motivo comprensible: contar con un tribunal independiente que fuera capaz de juzgar los crímenes del terrorismo sin verse afectado por la presión política y social del entorno etarra, algo poco menos que imposible si estos juicios se llevaban a cabo en mi tierra vasca. Con el tiempo ha ido evolucionando para mal o para bien, depende de quién lo juzgue. Para mí, que venía de un tribunal de provincias, fue un noviciado impagable. Aprendí muchísimo allí. Mucho de cómo se hacen las cosas y mucho más de cómo no deben hacerse.

En materia penal, que es mi terreno, la Audiencia entiende de determinados delitos contra la Corona o miembros de Gobiernos, de otros muy específicos que no voy a detallar y, sobre todo, de delitos de crimen organizado: terrorismo, narcotráfico, falsificación de moneda... En ese papel, viví de primera mano los penúltimos estertores de la banda terrorista ETA: momentos convulsos, terribles pero al mismo tiempo esperanzados, en los que la organización estaba moribunda pero activa. Ese fue el contexto que me vino a la cabeza cuando leí la cuartilla. Porque Anboto era un alias de María Soledad Iparraguirre, dirigente etarra, miembro de los comandos Araba y Madrid, con un espeluznante currículum de sangre y crueldad a sus espaldas. Se le atribuían al menos catorce asesinatos y, según fuentes de la Guardia Civil, gestionaba los comandos legales de ETA y el cobro del impuesto revolucionario.

Impuesto revolucionario. Mi suegro tenía empresas y vivía en *tierra hostil*. ¿Podría tratarse de eso? Respiré hondo y traté de sosegarme. Debía pensar con racionalidad. Hice memoria. Tras algunos años refugiada en Cuba, Anboto fue detenida en Francia en 2004. Recordaba la operación, una de esas ocasiones históricas: detenciones que llevan a otras detenciones, localización de zulos, confiscación de armas y, finalmente, a evitar nuevas muertes. En mi memoria

archivaba la imagen de la rueda de prensa del ministro José Antonio Alonso. «Pero Alonso fue ministro con Zapatero, no con Aznar. Los tiros no deben de ir por ahí. Gracias a Dios.»

Volví a examinar el documento. Por el estado del papel y el tipo de escritura, aquel mensaje tenía lo menos cincuenta años. Y no habían escrito «Anboto», sino «Amboto». Concretamente, «Mont. Amboto». Alejar a mi marido de cualquier asunto antiterrorista me tranquilizó en parte. Pero solo en parte. ¿Qué significaba el resto? ¿«Contr.» quería decir «contraseña»? Y si era así, ¿para qué necesitaban mi suegra o su madre una contraseña? No parecía una cita amorosa: cuando uno va a un spa (¡malditas tetas postizas!) no tiene que dar referencias. Aunque, quizás, en los años en que te pedían el libro de familia para alojarte en un hotel tuviera algún sentido.

—No, debe de tratarse de otra cosa.

Con la cuartilla en la mano, bajé con cuidado las escaleras y me puse ante el ordenador. «Mont. Amboto», tecleé. Google me respondió de inmediato que era un monte de unos mil trescientos metros situado entre Vizcaya y Álava.

—¡Claro está, qué tonta! —susurré.

Había estado allí. Fuimos de excursión con el colegio. Nos llevaron a una cueva cercana a la cumbre que, dijeron, parecía una dama peinando sus cabellos con un peine de oro. Cierto que el día no era claro y que al final entró la niebla, lo que dificultó la vista, pero debo certificar que yo ver, lo que se dice ver, nunca vi a la Dama de Amboto. Podrían haber escondido algo en ese monte, pero ¿qué? ¿Y qué hacía Aznar por esas tierras? Que yo sepa, no es vasco.

Tecleé «Aznar + Amboto» y entonces la perspectiva que me ofreció el buscador fue muy distinta. Me topé con un artículo de *La Vanguardia* fechado en 1929 en el que se hacía eco del fondeo de una motonave de ese nombre en el puerto de Barcelona en su viaje inaugural. Daba muchos detalles técnicos sobre el buque, que pasé de largo. Hubo uno, sin embargo, que me hizo sonreír. Contaba que, en proa, habían instalado una enfermería «con todos los adelantos modernos», y añadía que tenía «alumbrado y radiadores eléctricos».

Contenta con el hallazgo, continué indagando por la red. Busqué webs sobre buques. Allí me enteré de que la naviera Sota y Aznar había tenido varios bautizados como «Amboto». Todo bilbaíno, y yo lo soy, ha oído hablar de la naviera Sota y Aznar. Es una de las joyas de nuestra historia. Llegó a ser la mayor de España y una de las más importantes y reputadas de Europa. Desapareció en los años ochenta, como tantos otros negocios vizcaínos, debido a la grave reconversión industrial. El juzgado de primera instancia de Bilbao llevó ese expediente de quiebra. Los cinco mil millones de pesetas de deudas que pudimos leer en el periódico eran mucho, hasta para un bilbaíno. Conocí a

algunos Sota en Bilbao, y también los conocía mi familia, por su relación con el PNV. También conozco a algunos Aznar, sobre todo a uno bastante guapo que nunca me prestó la más mínima atención; quizás fuera porque, tras la muerte de mi padre, mi familia no era lo suficientemente «importante», o quizás fuera solo por mi pelo rojo y mis pecas... En fin, que me estoy yendo por las ramas.

Miré el reloj: las once. Era una hora demasiado intempestiva para casi todo, pero un matrimonio es casi un asunto de vida o muerte, de modo que decidí arriesgarme. Sé que mi amiga Nekane trasnocha. Es escultora y dice que la luna estimula la inspiración. Cogí el móvil y le envié un wasap:

«Nekane, ¿cómo estás?, ¿y David? ¡Debe de estar enorme! No me hago a la idea de que seas abuela..., pero a todas nos toca. En fin, perdona que interrumpa tu trabajo. Es que tengo un problemilla en el juzgado con un buque que fue propiedad de la naviera Sota y Aznar y necesito a un experto. Como llevo tanto tiempo fuera de Bilbao, y ya no me acuerdo de nadie, he pensado que quizás tu padre me pueda recomendar a alguien.»

De sobra sabía que su padre era uno de los mayores expertos en la historia naval de Vizcaya, pero a todos nos gustan los halagos. Por otro lado, calculando *grosso modo*, el padre de Nekane debía de andar por los ochenta y cinco o los noventa, y quizás no tuviera bien la cabeza.

El halago funcionó. A los cinco minutos recibí una llamada:

—Lola, aquí Ekai, me dice la niña que necesitas datos sobre la potencia naval de Euskadi.

Sonreí. Genio y figura.

Quizás, antes de continuar, deba ponerles en antecedentes sobre Ekai Zapala Zavala. Su hija Nekane y yo compartimos pupitre durante años. El señor Zapala, hombre serio, de enormes manos y carácter tranquilo, trabajó durante años como ingeniero naval. Pero cuando se jubiló, y sobre todo cuando se quedó viudo, se dedicó íntegramente a su principal *hobby*: la historia naval. Sabía todo lo que hay que saber sobre el puerto de Bilbao casi desde que hay rastro escrito. Si alguien podía hablarme de ese barco era él. Había dos pequeños impedimentos para obtener información. Esperaba que fueran salvables.

En la familia Zapala todos son profundamente republicanos. Para que se hagan una idea, al padre de Nekane le concedieron una condecoración, no recuerdo cuál, pero sí que fue por su labor de recuperación de la memoria histórica naval de la zona, y el rey Juan Carlos decidió acercarse a Bilbao para entregársela en persona. Y él se negó. Dijo que antes de estrechar la mano al «primer funcionario», así es como llamaba al rey, prefería rechazar el premio. Finalmente, encontraron a un primo de su madre, a quien no le importaba pasar a la historia habiendo sido fotografiado con un miembro de la familia real, que lo

recogió en su nombre. Él y su hija se vieron aquejados por un fuerte dolor abdominal aquel día.

En ese punto, no había problema: el señor Zapala, quién sabe por qué, tenía conceptualizada a mi familia como «gente de fiar», es decir, cercana al PNV. El problema procedía de Jaime. Si mi suegra me oyera hablar con el señor Zapala Zavala, quien había tenido la osadía de afirmar que con Navarra había que hacer como con los hijos díscolos, «un par de sopapos, y a casa, a Euskal Herria», sin duda bajaría del otro mundo para quitarme las pulseras que no me habían robado. Y Zapala pensaba lo mismo, pero al revés. La segunda dificultad era que, según me comentó Nekane la última vez que hablamos, su padre se estaba quedando sordo. No estaba muy segura de ser capaz de entenderme con él.

—¡Don Ekai, qué alegría que me llame! —grité a voz en cuello.

—No chilles tanto, niña, que me vas a escacharrar el sonotone —me dijo.

No pude menos que echarme a reír.

—Gracias por llamar, don Ekai, y más por hacerlo a estas horas tan intempestivas.

—Por eso no te preocupes, casi no duermo. Tu llamada me ha servido de divertimento. Por cierto, hace mucho que no apareces por casa. Recuerdo bien cuando venías con Nekane para que la *amatxo* os preparara una buena merienda... ¡Qué tiempos aquellos, magníficos!

Se le quebraba la voz.

—Lo fueron, desde luego. Jamás he merendado en un sitio mejor. Y tiene mucha razón: hace demasiado tiempo que no voy. Es que vivo en Madrid, don Ekai. Y desde que murió mi madre, me duele ir a Bilbao.

—Pues tienes que superarlo. Sigues siendo bilbaína. El carácter nunca muere. Bueno, dejemos eso, que me emociono. Me dice la niña que necesitas información sobre un navío...

—Sí, don Ekai. No tengo demasiados datos, me temo. Solo puedo decirle que busco un barco cuyo nombre, creo, es Amboto, que hubiera sido propiedad de la naviera Aznar, allá por los años cuarenta, cincuenta o sesenta... Las fechas no las tengo claras.

No podía verlo, pero sí notar el cambio de su voz. La pregunta fue para él como una inyección de adrenalina.

—¡Naturalmente que lo hubo, pero no fue uno, sino varios! El Anboto-Mendi I, botado en 1907, fue torpedeado y hundido en mayo de 1918. El Anboto-Mendi II, botado en 1924 y de mucho más tonelaje, fue vendido a N. V. Stoom, en Róterdam, y cambiado de nombre. El Anboto-Mendi III, botado en el año 29, fue transferido en 1940 a la naviera Aznar, que lo rebautizó como Monte Amboto, y lo vendió en 1970 para el cabotaje. ¿A cuál de ellos te refieres?

—Pues creo que al tercero.

—Al Monte Amboto III. Bien, espera un minuto que cojo la ficha...

—¿Tiene ficha de todos los barcos?

—De casi todos, sí.

Con el corazón en un puño, esperé a que volviera.

—Aquí estoy. Veamos: sí, tengo ficha completa. El Anboto-Mendi III fue construido en los astilleros de La Compañía Euskalduna en Bilbao y entregado a la naviera Sota y Aznar. Puesta de quilla, el 19 de abril; botadura, 5 de septiembre de 1929. Su registro bruto era de 2.955 toneladas, motor de 1908 caballos y consumiendo gasoil. Inscrito en el Lloyd's Register con la clasificación 100 A.-I., con una velocidad en pruebas de quince millas. Un buque convencional, tipo shelter-deck, a tres cubiertas y cuatro escotillas, para carga general: cubierta corrida y cuatro bodegas. Con una eslora de 107,30 metros; manga de 13,86 metros y puntal de 6,17 metros.

—¡Don Ekai, es usted increíble!

—Eso decía mi esposa, pero en otro contexto. Oye, ¿tú sabes cosas de la naviera o te instruyo?

—Sé algunas cosas, pero superficiales. Sé que los Sota y los Aznar eran dos familias de empresarios de signo político opuesto y diferencias ideológicas irreconciliables. Y que, como era de esperar, a raíz de la Guerra Civil, terminaron riñendo.

—Pues lo has explicado muy bien. Se nota que vienes de Las Arenas. ¿No sabes más?

—Igual sí, pero no recuerdo.

—Te instruyo: tras un arbitraje en Londres, fue la familia Aznar, franquistas hasta la náusea, la que logró hacerse con el control de la flota. Como comprenderás, Lolita, que los Sota se hubieran puesto al servicio de la causa republicana tuvo mucho que ver. El caso es que el Anboto-Mendi III navegó primero bajo pabellón republicano con control del Gobierno vasco, hasta que en agosto de 1937, al atracar en Amberes, la tripulación se pasó al bando de Franco y comenzó a navegar bajo pabellón del Gobierno de Burgos hasta el final del conflicto. Entonces se entregó a la Naviera Aznar. Tras la guerra, fue destinado al tráfico de gran cabotaje y altura. Convertido en buque mixto con capacidad para acomodar a setenta y dos pasajeros, realizaba la línea regular Norte de España-Sudamérica con escalas en Bilbao, Vigo, Lisboa, Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Fue desguazado en 1977.

—¡Caray, don Ekai, es usted un pozo de sabiduría!

—La pregunta era fácil, Lola. ¿Y puedo saber para qué quiere estos datos históricos una jueza de Madrid? La compañía está muerta y enterrada, lo mismo

que el barco.

—Es largo de contar, don Ekai, y no quisiera...

—No seas tontona que hay confianza. Además, tengo todo el tiempo del mundo.

Me quedé callada, sin saber cómo proceder. Por un lado, no deseaba compartir aquel asunto con alguien tan lejano como el señor Zapala; por otro, no tenía muchas más fuentes de información. Mi interlocutor se me anticipó:

—¿Tiene que ver con ese marido tuyo? Lo digo porque si de fachas se trata...

—Don Ekai...

—Vale, tienes razón, el amor es ciego. Pero tiene algo que ver, ¿no?

—Pues, en realidad, no lo sé. Verá, nos han entrado a robar en casa. Se han llevado algunas cosas que pertenecían a la familia de mi marido: un cuadro y una pulsera de oro. Por motivos que serían muy largos de explicar, creo que todo esto tiene que ver con una cuartilla antigua escrita por mis suegros, o quizás por sus padres.

—Que es donde está escrito el nombre del barco —me interrumpió.

—Así es.

—¿Y qué más hay escrito? Quizás yo pueda ayudarte. Conozco bien todo lo referente a esa naviera.

—Deje que me ponga las gafas y se lo leo.

—Adelante.

—«Nov. 14. Mont. Amboto. Aznar. Ref. Carlos. Contr. Telaraña.» Eso es todo.

Pasó unos instantes repitiendo lo que acababa de leerle. Y de pronto estalló:

—¡Un nazi, estás buscando un nazi!

—¿Nazi?, ¿cómo que un nazi?, ¿por qué un nazi?

—Blanco y en botella, querida Lola. La naviera Aznar, versión franquista, salía de Bilbao llevando ratas hasta Sudamérica. Unos embarcaban aquí; otros, en el puerto de Vigo.

—¿Ratas? —pregunté extrañada.

—Tipos con traje de raya diplomática y maleta de cuero; familias de cuatro o cinco miembros, siempre con poco equipaje; individuos disfrazados de marinos. Todos con papeles falsos, nombres falsos y riquezas fungibles en forma de diamantes u oro; todos alemanes. Recuérdame la fecha que buscáis, ¿de qué año estamos hablando?

—Lo siento, no lo sé. No lo pone.

—Bueno, la gran evasión se concentró en los años 1948 y 1949, cuando la situación en Alemania se normalizó y los que habían permanecido ocultos en las

montañas o en otras zonas seguras se atrevieron a salir. Pero si la persona que buscas tenía sólidos contactos, y viniendo de esos navarros suegros tuyos así sería, es probable que la fecha fuera anterior. Quizás 1946.

—Me deja usted de piedra, don Ekai. De hecho, no entiendo nada: ¿qué tiene que ver lo que ocurrió en esos años posteriores a la guerra con un robo en mi casa en 2017?

—Eso no puedo saberlo, solo te hablo del contenido de esa cuartilla. Aquella era mala gente.

—Supongo que habría de todo, como siempre. Generalizar no suele hacer justicia —señalé.

—En este caso no, Lola. Tajantemente, no. La buena gente se quedó en Alemania, o se dispersó por el resto de Europa. No tenían nada de qué avergonzarse, salvo de haber perdido la guerra y no haber sabido catalogar a su líder. Los que huían tenían cuentas pendientes. Más o menos abultadas, más o menos sangrientas, pero todas vergonzantes. No era un general del Ejército de Tierra o el director de un museo; eran carniceros. Sí, eso es, carniceros. ¿En qué carnicería estaba el que buscas?

—No creo que la persona que robara en mi casa sea un carnicero nazi. Entre otras cosas, debería estar muerto...

—En eso tienes razón. Lo único que puedo decirte es que, en esa época, los republicanos y los rojos que habíamos querido huir ya lo habíamos hecho. Si salió en un barco desde el puerto de Bilbao en 1946 o en año posterior tiene que ser un nazi. ¿Y dices que no sabes fechas ni aproximadas?

—Solo el día y el mes, don Ekai: 14 de noviembre.

—El tráfico entre Bilbao y Sudamérica era regular, con más datos se podría revisar el pasaje de todas las salidas del año, aunque son muchísimas. Salvo que...

—¿Qué, don Ekai?

—Un momento, habían escrito el nombre de Carlos, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Estás segura de que pone Carlos?

—Sí, eso es lo que pone: «Ref. Carlos. Contr. Telaraña».

—Pues entonces podemos tirar de ese hilo.

—¿De qué hilo?

—Ahora vuelvo a llamarte —dijo y, sin darme más explicaciones, colgó. Me terminé la tarrina de helado de chocolate.

El señor Zapala volvió a telefonarme a las cuatro de la madrugada.

—¡Creo que he dado con lo que buscas, Lola!

—¿Ah, sí? ¡Qué bien, señor Ekai! —respondí. No sabía ni lo que decía. Mientras hablaba traté de enderezar el cuello, torcido por la posición.

—Veo que te habías quedado dormida. Pues desperézate y escucha. ¿Estás preparada?

—Creo que sí.

—Verás, hubo un hombre llamado Arthur Patrick Dyer nacido en 1916 en Las Arenas, hijo de una familia inglesa enraizada en Bilbao. Dyer estuvo trabajando en el consulado británico en Bilbao. Ejercía de espía para los británicos, sobre todo en lo relativo a los movimientos de barcos del puerto y el trasiego de personas alrededor de la calle Ledesma, donde los nazis tenían una tapadera. Pues bien, este hombre y un colega suyo llamado Manolo Zulaica, empleado en la Oficina de Prácticos de Portugalete, informaron a los británicos de que un tal Carlos Imaz (que algunos documentos dicen que estaba empleado en los puertos y otros que administraba el casino de Algorta), que había sido colaborador de los nazis durante la guerra, seguía ayudando a fugados alemanes a salir de España a través del puerto de Bilbao.

—¿Y cómo se ha enterado de todo eso a estas horas, don Ekai?

—¡Muy fácil, chiquilla, por el *Abc*! Como comprenderás, no es uno de mis periódicos favoritos, pero tiene una gran hemeroteca. En agosto de 1959 sacaba la noticia de que el embajador de Gran Bretaña había impuesto a Dyer la condecoración de la Orden del Imperio Británico como premio a su labor como vicecónsul en Bilbao durante la guerra. Tiré de ese hilo y llegué hasta donde te he contado.

La ayuda del señor Zapala resultaba encomiable, pero no parecía demasiado precisa.

—No sabe cómo le agradezco lo que está haciendo...

—Pero...

—Bueno, iba a decir que Carlos es un nombre bastante común. Supongo que habría muchos Carlos en esa época...

—¡No esperaba menos de ti! —dijo satisfecho—. Nekane siempre decía que eras muy observadora, muy...

—¿Pesada?

—No, más bien tozuda. Pero en lo que dices tienes razón, salvo en una cosa.

—¿En qué cosa?

—En que no te he hablado de las telarañas.

—¿Telarañas?

—Estaba en el mensaje: «Contr. Telaraña». Y ¿sabes qué? Que de hecho fue la contraseña de los nazis en el puerto. Verás, tras la Segunda Guerra Mundial se creó una red que evacuaba a criminales de guerra nazis hacia Latinoamérica. Tenía centros de operaciones en Galicia, en Jávea y en Bilbao. ¿Sabes cómo se hacían llamar? *Der spinnennetz*, «tela de araña». Mañana me iré a los archivos y buscaré listados de pasajeros del 14 de noviembre de los años 1946 a 1949. A ver si sacamos algo en claro.

—No sé cómo agradecerse, don Ekai.

—Viniendo a verme. ¿Cocinas bien?

—Bueno, no lo hago mal.

—Pues entonces, trae un delantal. La mujer que viene a casa es dominicana. Buena gente, pero no tiene ni idea de cocina vasca.

—¡Hecho!

—Por cierto, chiquilla, ¿los pasajeros que buscas tenían alguna característica especial que sirva de pista? Estaban heridos, era una mujer embarazada... No sé, algo.

—Lo siento, solo sé que se trata de un hombre al que, probablemente, acompañaba un niño de unos cinco o seis años.

—Vale, si no me das más material, trabajaré con eso.

Colgué. Estaba como un flan. ¡Nazis, contraseñas, espías! ¡Por todos los santos, dónde estábamos metidos! Miré el reloj: las cinco menos cuarto. Estuve a punto de ir a la cocina, pero me entró la sensatez y me metí en la cama. Sin embargo, no logré dormirme. Aquella historia era apasionante, pero ¿qué tenía que ver con el robo de nuestro cuadro?, ¿qué con que Jaime perdiera su candidatura al Premio Wolf? ¿Cómo había llegado una cocinera como Paulina a ser tan importante?

A las siete ya estaba en pie. A las siete y dos, estaba llamando a Jaime. «El número al que llama no contesta. Por favor, deje su mensaje después de oír la

señal.»

—¡Mira, Jaime, no sé dónde demonios estás!, pero ¿quieres que te diga una cosa?: ¡empiezo a estar harta de ser un cero a la izquierda! Sé que escucharás esto porque no sabes separarte del maldito móvil. Te he llamado lo menos una docena de veces y no me has devuelto una sola llamada. Te informo de que tu hija Marieta se casa, de que ha intentado decírtelo ella misma pero no te has dignado responder y de que yo estoy a punto de mandarte a la mierda. ¡No somos el Premio Wolf, somos mucho más importantes! Adiós.

Colgué llena de rabia. Me arrepentí casi de inmediato y volví a llamar.

—Iba a decirte una barbaridad aún más gorda, pero, por deferencia a mis nietos, diré solo «Caca, culo, pedo, pis».

Me quedé sentada esperando que me llamara. Del «Caca, culo, pedo, pis» no podría zafarse. En efecto, el móvil sonó, pero no era Jaime, sino Padilla.

—¿Insomnio?

—Algo así.

—¿Está segura de querer saber lo que me ha preguntado?

—Estoy segura.

—Vale, pues ahí va: el vehículo ha estado en Segovia, donde le pusieron una multa, y en Jávea, donde aparcó convenientemente durante quince minutos, y ahora está en la puerta de su casa.

—¿Que está dónde?

—Aparcado en su domicilio, supongo que en el garaje, si es que tiene. Bueno, le dejo para que lo arregle...

Miré por la ventana: en efecto, el coche de Jaime estaba en la entrada. Bajé al salón: mi marido descansaba en el sofá abrazado a un cojín y con sus largas piernas encogidas en posición fetal. De esa guisa, parecía no haber roto un plato en su vida. No lo digo por la apariencia: he visto asesinos que, tras caras aniñadas y gestos benignos, ocultaban despiadados sentimientos. A pesar de que después de escuchar a Ekai Zapala me costaba aseverarlo, estaba segura de que Jaime pertenecía al grupo de la buena gente... Aunque, claro, la buena gente no miente. No engañan a sus mujeres diciéndoles que viajan a Nueva York para luego irse a Segovia y a Jávea. Porque, ¿qué o quién habría en Segovia o en Jávea para que un hombre como mi marido anulase todas las citas del día?, ¿qué relación tenían esas ciudades tan poco científicas con la preocupación por una condecoración médica? Si se había ido de juerga a Jávea, ¿por qué estaba en el sofá de casa?

Necesitaba respuestas porque tenía muchas preguntas. Decidí que lo mejor sería preparar café. Con un café en la mano, el corazón abre mejor los poros.

Me senté en el suelo, sobre la alfombra, al lado de Jaime, que se había cubierto con la zamarra. En casa, por las mañanas, suele hacer fresco.

—Jaime, despierta, son las ocho. ¡Jaime!

Empecé con suavidad, pero terminé zarandeándolo sin miramientos. Su cuerpo se resistía a moverse. Parecía completamente agotado. Le acerqué el café a la nariz. Abrió los ojos. Por su gesto, parecía no ser consciente de dónde se encontraba.

—Si te levantas, te doy una taza.

Entreabrió los ojos y me observó con extrañeza, como si intentase reconocer la voz.

—Hola, Lolilla.

—¡Por fin! Pensé que tendría que hacer venir al príncipe azul para despertarte del sueño eterno. Y con el precio de la hora/príncipe me estaba preocupando —susurré.

—Buenos días... Lo siento, llevo mucho sueño atrasado. Al llegar, he visto el sofá y no he podido resistirme.

Se incorporó. Le tendí la taza.

—¿Qué tal el vuelo? Me ha extrañado verte tan pronto en casa. Cuando vuelas a Estados Unidos sueles llegar a media mañana. ¿Han cambiado el horario?

Sonrió y se acercó el café a la boca. Aquel era un momento crucial: si me mentía, ya no podría fiarme de él. Y sin confianza, los matrimonios se mueren. Me pareció escuchar sus pensamientos: «¿Cómo se tomará Lola lo que le voy a contar? ¿No será mejor tenerla al margen? Tengo que decírselo, pero...». Desafortunadamente, optó por lo más fácil, que siempre es una mentira.

—Ya sabes, visto un vuelo vistos todos.

Podría haberlo dejado pasar, pero estaba demasiado cansada, demasiado impresionada por los datos recabados, los nazis y las tetas postizas.

—Entonces, han cambiado el horario... —insistí.

Con las mentiras ocurre como con las cerezas: una siempre lleva a otra.

—Mejor así, ¿no?

—Mejor, sí.

Me levanté de un salto. Noté que mi gesto se había vuelto rígido. Estaba como un gato a punto de saltar sobre un ratoncillo pillado fuera de su agujero.

—¿Y qué clima hacía por Nueva York? ¿Mucho frío?

—Allí siempre hace frío, Lola.

—Cierto. Tanto que han tenido que cerrar el aeropuerto: la primera nevada de la temporada. Eso es lo que dice el periódico. Me ha llegado una noticia al móvil. Menos mal que tu vuelo ha salido a tiempo.

—¿Qué hora es, Lola?

—Las ocho y diez.

—¡Qué tarde! Voy a darme una ducha. Tengo que salir zumbando. —Dejó la taza sobre la mesa.

—¿Me lo vas a contar?

—¿Qué?

—Pues no lo sé exactamente. Por eso quiero que me lo cuentes.

—En serio, Lola, llego tarde. ¿Podemos hablar esta noche?

Suspiré. Estaba a punto de lanzarme a su yugular, pero tenía razón: era preferible calmarse y hablar las cosas con tiempo.

—De acuerdo. Hablamos esta noche. Pero, mientras conduces, llama a Marieta.

—¿A Marieta? ¿Le ha ocurrido algo?

—Sí, se casa.

Estaba subiendo la escalera que lleva a los dormitorios.

—¿Que se casa? ¿Con Pedro?

—Con Pedro. Estaba feliz.

—De acuerdo, ahora mismo la llamo. —De pronto se detuvo y pareció caer en la cuenta—. ¿Has dicho que se casa? ¡Pero si es una niña! ¿Cómo se va a casar?

—Tiene la misma edad que tenías tú cuando te casaste.

—¡Eran otros tiempos! Además, es chica. Se le complicará la vida.

—Se trata de ser feliz, ¿te acuerdas del significado de esa palabra?

Bajó la mirada y continuó subiendo. Desde arriba, me llamó:

—Lola, sé que te resultará difícil, sé que sabes que te he mentado, pero te pido que confíes en mí. Hay una razón que explica todo esto.

—Cierto, me resulta difícil. La confianza no tiene paréntesis, ni vacaciones ni esperas, ni se va a Jávea sin avisar. Se confía o no se confía, eso es todo.

Si la mención de Jávea lo descolocó, no se lo noté en absoluto.

—Tienes toda la razón, Lola. Pero necesito que sepas que te quiero. Voy a darme una ducha.

Como si no fuera pelirroja, como si no tuviese malas pulgas, como si fuera una mujer normal y civilizada, respondí:

—De acuerdo, esta noche lo hablamos.

La trilogía de *El señor de los anillos*, en la versión que compró Jaime, forfofo empedernido, consta de mil cuatrocientas veinticuatro páginas. Las siete entregas de *Harry Potter*, en la versión que adquirí yo, está contenida en tres mil seiscientos ochenta páginas. La suma de ambos supera por poco las cinco mil páginas. Déjenme que les proponga un reto: prueben a leerse las dos colecciones completas en el espacio de una semana; concretamente, en cinco días lectivos. Cuando lo hayan hecho, intenten pasar la prueba del algodón: sométanse al interrogatorio de algún entusiasta de Tolkien o de un apasionado de J. K. Rowling, que los hay por doquier. Déjenles margen. Permítanles que les pidan detalles acerca de los personajes, las situaciones o los escenarios de cada una de esas novelas. No tiene comparación, pero como símil puede servir para que nos comprendan. Eso es más o menos lo que hacen muchos de mis colegas todas las semanas: leerse tres, cinco o diez mil folios de un sumario y tratar de no perder detalle. Porque los abogados de las partes sin duda no van a perdérselos.

No sé a cuántos jueces podría aplicárseles «la Gandula» del presidente Azaña. Supongo que, en la profesión, habrá media docena de vagos y también algún que otro maleante, estadísticamente es lo que toca, pero a quienes aseguran que los miembros de la carrera judicial trabajamos poco y mal les pediría que empezasen por Tolkien y luego siguieran por Rowling. En todo caso, no quiero generalizar. Yo solo puedo hablar de mi trabajo, que es ímprobo. Estoy sobrecargada los doscientos cincuenta y un días laborales del año, me llevo trabajo a casa cada noche y todos los fines de semana, y aun así siempre tengo la sensación de ir lenta y de que mi aportación no sirve para mucho. Porque, digan lo que digan los políticos de turno, nosotros, los jueces y magistrados, no impartimos justicia. En la época de Aristóteles, es posible que lo legal y lo justo coincidieran, y que la gente identificara obediencia a la ley con virtud. Hoy no. Por eso, nosotros no impartimos justicia, solo velamos por la legalidad. Tampoco

somos quienes diseñamos el derecho procesal, solo lo aplicamos. A veces, apretando mucho los dientes o tapándonos la nariz.

Por no hablar de que, en ocasiones, hay que dedicarse a cosas ante las que cualquier persona de bien huiría como de la peste. Aquella mañana tenía entre manos una de ellas: como había sido la ponente, tenía que redactar la sentencia que confirmaba una condena de diez años de inhabilitación y el pago de una multa de cuatro mil euros a un colega de un juzgado de primera instancia por un delito de prevaricación. El caso era bastante sencillo: un amigo íntimo del juez había atropellado a un peatón en un paso de cebra y se había dado a la fuga. Había tenido la mala suerte de que otro peatón había contemplado el suceso, fotografiado la matrícula y al conductor con su teléfono móvil, auxiliado a la víctima y avisado a la Policía.

Para ayudar a su conocido, este juez había dictado auto de sobreseimiento de las diligencias previas abiertas por el atropello con omisión del deber de socorro, considerando el hecho como una imprudencia leve. Torpemente, renunció a tomar declaración como testigo al transeúnte. Tampoco lo hizo con la víctima ni reclamó el atestado policial. Un tema claro, pero desagradable. En fin, no quiero aburrirlos con mis pequeños asuntos cotidianos.

Jaime se fue al CSIC y yo al juzgado. Llegué un poco antes de las nueve y no aparté los ojos del sumario hasta que, a eso de las dos y media, llamaron a la puerta.

—¿Tiene usted intención de comer hoy, señoría, o no toca?

Levanté la vista y allí estaba la secretaria judicial acompañada por Gonzalo Gonzálvez.

—¡Comandante, qué sorpresa!

—Como no responde a mis llamadas, he decidido venir en persona.

—¿Me ha llamado? No lo he oído. Bueno, ahora que lo dice, no he oído nada en toda la mañana, lo que significa que...

—Te has dejado el móvil en casa, Lola —sentenció la secretaria judicial.

Miré en el bolso. Allí no estaba.

—En casa, no, porque en el coche he venido hablando con mi hija Marieta. Es la pequeña... y se nos casa. Debo de habérmelo olvidado allí. Voy a llamar a José, el conductor. Espero no haberlo perdido, ¡menudo lío!

José encontró mi móvil en el asiento y prometió hacérmelo llegar en cuanto le fuera posible. Gonzálvez aprovechó la coyuntura para sacarme del Supremo y llevarme a almorzar. Cuando le informé de que tendríamos que pagar a escote para que la estética no nos comprometiera a ninguno de los dos, se echó a reír, pero me comprendió perfectamente. Fuimos al café del Instituto Francés, en Marqués de la Ensenada, que tienen un menú de doce euros, bebida incluida, que

no está mal del todo. Pedí lasaña y estofado; de postre, mousse de chocolate. ¡No! Era broma: verdura, pescado y un café solo edulcorado con dos de esas pastillas blancas pequeñas que hacen las veces de azúcar. (Yo me pongo dos sobres: es lo único de lo que me dejan abusar).

—Bueno, Gonzalo, ¿qué es eso tan importante que le ha hecho tomarse la molestia de venir hasta aquí? Porque no le veo andando por el mundo sin propósito —pregunté. Intenté que mi voz sonara fresca, desenfadada, pero, con tantos acontecimientos en tan poco tiempo, no estuve muy afortunada.

—Me he puesto con su caso, señorita.

—Lola, por favor. Y si te parece, nos tuteamos. Es más cómodo.

Sonrió. La avellana de sus ojos parecía revivir cuando lo hacía.

—De acuerdo, Lola. Como te decía, me ocupo de vuestro caso y he estado haciendo algunas averiguaciones. Contamos con una red de expertos de lujo en todo tipo de arte y trabajamos en colaboración con otros servicios como el nuestro.

Se detuvo bruscamente y bajó la vista. Un escalofrío me cruzó la espalda. Quién sabe por qué, la palabra «nazi», mencionada por Ekai Zapala, empezó a taladrarme la cabeza.

—¿Y habéis averiguado algo?

—Bueno, estoy aún con los preliminares. Pero...

—Pero ¿qué?

—Bueno, me he puesto en contacto con Elderfield, curador de pintura en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y experto en Matisse. Testificó en los Estados Unidos en un juicio sobre el robo de una odalisca con pantalón rojo, sustraída del Museo Nacional de Venezuela en 2002. Le he mostrado la imagen que me pasaste y asegura que nunca ha visto esa pintura.

—¡Vaya, qué curioso! —exclamé, aunque para mí no lo era. Niní había sugerido algo similar.

—También he hablado con una catedrática de Bellas Artes de la Complutense, y he consultado con otros dos expertos franceses. Todos coinciden en la misma respuesta: nadie ha visto ese cuadro con anterioridad.

Dejé los cubiertos sobre el plato y miré de reojo el pan que no había probado. Era uno de esos pequeños bollitos de pan blanco, alargado y tostado, con trocitos de aceitunas. Una tentación casi insuperable.

—Pues es raro, ¿no? Siendo copia de un cuadro, debería existir el original.

—Muy cierto. Esa es mi duda. Tanto que esa fotografía fuera tomada en la galería de Rosenberg como la presencia de Picasso en ella confirman que Matisse pintó ese cuadro. Es innegable que existió.

—Bueno, eso es cierto, existió. Lo que no entiendo es adónde quieres ir a parar.

Gonzálvez suspiró mientras jugaba con su platito de pan. Él tampoco lo había probado, pero no parecía importarle mucho. A mí, sin embargo, me estaba dando cien patadas. Tan cerca y tan inaccesible.

—Durante la guerra, el Ejército nazi expolió los museos de las zonas conquistadas y confiscó las obras halladas en los domicilios de los enemigos de Alemania, sobre todo judíos. Robaron infinidad de obras de arte. Se rescataron algunas, otras muchas no. Los cálculos que manejamos hoy hablan de unas cien mil pinturas en paradero desconocido, muchas de ellas de «arte degenerado». ¿Sabes lo que es el «arte degenerado»? —preguntó.

—Supongo que te referirás al arte moderno.

Gonzálvez acababa de meterse un trozo de lechuga en la boca. La suya era una de esas ensaladas de bolsa. Dicen que vienen directamente de la huerta, pero al masticarlas emiten un ruido peculiar, como si en parte estuvieran fabricadas con plástico.

—Más o menos. El término lo acuñó el propio Hitler. Quizás no lo sepas, pero fue pintor antes de convertirse en político. Un pintor fracasado: sus pinturas realistas de edificios y paisajes no gustaron a la cúpula artística alemana, que prefería los estilos abstracto y moderno. Cuando alcanzó el poder, comenzó su venganza contra el arte moderno y abstracto, contra todas las obras que, según sus palabras, «necesitaban de un libro de instrucciones». Las obras de artistas extranjeros como Klee, Kandinsky o Kokoschka, o de alemanes como Beckmann, Emil Nolde y George Grosz fueron calificadas de «arte falso», es decir, engaños producidos por los difamadores de la virtud y de la verdad, comunistas y judíos que querían acabar con los valores nazis. Todas fueron retiradas de los museos alemanes.

—Si Kandinsky o Picasso eran «artistas falsos», ¿quiénes eran los «verdaderos»? —pregunté.

Se limpió la boca con la servilleta.

—Es fácil: los que Hitler alababa: gente como Spitzweg, Von Kaulbach o Boecklin. Artistas que representaban paisajes alegóricos, escenas militares, figuras contemplativas, naturaleza simbólica, retratos. Y, naturalmente, los clásicos. A veces, la línea entre lo verdadero y lo falso no era nítida: el mismo Goebbels se hizo traer de la Nationalgalerie de Berlín cuatro acuarelas de Nolde, un pintor expresionista alemán caracterizado por el uso de colores vivos y rostros a modo de máscaras, que colocó en su casa. Goebbels y su esposa estaban encantados con ellas, hasta que recibieron la visita de Hitler, que las

desaprobó por completo. Esa misma noche volvieron al museo. Más tarde los nazis consideraron a Nolde un artista degenerado y le prohibieron pintar.

»Una vez purgados museos y domicilios, se reunieron las obras rechazadas en almacenes y comenzó el comercio. Podría ser “arte degenerado”, pero tenía un valor económico. Era tan evidente que para su transporte a Berlín contrataron un seguro por el que pagaron una suculenta prima. En el primer momento, Goering fue quizás el más avisado: hizo retirar de la Nationalgalerie cuatro Van Gogh que vendió para tener dinero en efectivo para comprar las obras que a él (y a Hitler) le gustaban. Muchos otros líderes nazis, ávidos de moneda no alemana, hicieron lo mismo. Fue tal el movimiento que crearon una comisión para la explotación del arte falso. El mercado internacional pronto supo que esas obras estaban a la venta. Los marchantes que disponían de moneda extranjera aprovecharon la ocasión. Esa fue una de las primeras vías de escape del arte moderno. La segunda es mucho más negra: hubo quien sugirió a Hitler quemar parte de esas obras en la hoguera como propaganda. Y en marzo de 1939 cerca de mil pinturas y casi cuatro mil dibujos y acuarelas ardieron en el patio del cuartel de bomberos de Berlín. La solución final llegaba también para el arte.

Llegados a este grado de detalle, lo detuve. Parecía haber cogido carrerilla y yo estaba deseando poner fin a aquella conversación.

—No tenía idea de que la Guardia Civil supiera tanto sobre esa época de la historia. ¡Tienes un trabajo verdaderamente apasionante, comandante! Pero tengo que volver al despacho. Agradezco la compañía y el tiempo que le estás dedicando a este asunto, pero te confieso que me voy bastante más inquieta de lo que vine. No sé qué opinará mi marido; en cuanto a mí, creo que es mejor retirar la demanda y no saber nada. Al fin y al cabo, lo que nos han robado será difícil de recuperar, y a mí me da un poco igual.

No lo dije, pero lo pensé: que mi familia política pudiera estar, de alguna manera, relacionada con esos episodios históricos me ponía los pelos de punta.

Gonzálvez levantó las manos y dijo con un cierto tono agrio:

—Mucho me equivoco, Lola, o no va a ser tan fácil dar carpetazo a este asunto.

—¿Y por qué no?

Llegó el camarero con la cuenta y nos interrumpió. Gonzálvez insistió en pagar y, naturalmente, yo me opuse. Lo hice con tal vehemencia que no le quedó más remedio que claudicar. Ser juez en España se ha convertido en una profesión peligrosa. Antaño, me refiero a los años en que ETA nos azuzaba, íbamos con escolta porque el riesgo de que nos pegaran un tiro era como una espada de Damocles. Hoy ya no nos matan con plomo, pero cualquier pequeño hilo puede ser utilizado por un malintencionado con un teclado para asesinar tu reputación.

Para eso, no hay escolta que valga. Desde que llevo esta toga, no he frecuentado peores hoteles ni comido menús más baratos. Todo sea porque los ciudadanos vuelvan a confiar en la ley. En fin, que pagamos cada uno lo nuestro; yo, con tarjeta; él, en metálico. Nos pusimos en pie y le tendí la mano.

—Espero no haberte ofendido, Gonzalo. No creas que no agradezco lo que estás haciendo, es que no consigo entender las claves de este asunto. Todo esto me excede. Casi prefiero dejarlo de lado: retirar la demanda y olvidarlo. De veras, yo...

—Y tu marido, ¿está de acuerdo contigo?, ¿él lo entiende?

—No sabría qué decirte. En realidad, creo que tampoco entiende gran cosa. Lo que ocurre es que está preocupado por otros asuntos de trabajo.

—Cierto, a veces las cosas se ponen feas. Se embrollan. Entonces es el momento de ofrecer explicaciones simples.

—¿Por qué lo dices?

—¿Me permites ser sincero?

—Lo que no te permitiría, comandante, es que no lo fueras.

—De acuerdo, allá voy: tengo la impresión de que el pasado os está jugando una mala pasada, una con muy mala pinta. Inicialmente fue una impresión vaga, imprecisa. Pero cuanto más indago, más se transforma en una opinión cierta.

—Me parece que sé por dónde vas. Yo misma he tenido esa misma sensación, pero ¿sabes qué?, la he rechazado por absurda. Solo me queda por revisar una cosa. Cuando mi suegra falleció, dejó muchos papeles que aún no hemos leído. Tenemos que hacerlo. Quizás entre ellos haya algo relativo a la persona que copió el maldito cuadro.

—¿Y dónde están esos papeles?

—En una especie de buhardilla que tenemos en casa. La usamos de trastero.

—Pero cuando entraron a robar no buscaron allí, ¿verdad?

—No, no buscaron.

Se subió los cuellos del abrigo y se puso los guantes. Habíamos salido a la calle y nos dirigíamos de vuelta al Tribunal Supremo. Es apenas un paseo de cinco minutos. Resulta agradable con sol. Pero no era el caso.

—Pues este galimatías, Lola, a mi juicio solo parece tener una explicación: esa gente quiso daros un mensaje. Os dijo: «No os quito una pieza de valor sentimental, os quito algo que no os pertenece».

—¿Pero qué interpretación es esa, Gonzalo? ¿Cómo que no nos pertenece? ¡Lo que dices es absurdo!

—No lo es. Algunas obras desaparecidas en esa época fueron destruidas en bombardeos, incendios o por orden de Hitler. Y otras muchas simplemente están

en museos o en domicilios particulares.

—¿Particulares? ¿De quién?

—De quienes las robaron, o de quienes las adquirieron posteriormente, bien sabiendo que eran robadas, bien de buena fe. De hecho, desde finales de la década de los 90 se han ido creando distintos inventarios de otros objetos artísticos que los legítimos propietarios nunca recuperaron. Por esa vía, algunos han ido recobrando sus bienes, y las casas de subastas evitan vender arte robado. Esa fotografía que me mostraste, por ejemplo, sería candidata a engrosar esa lista, que entre unos inventarios y otros ya tiene cerca de treinta mil cuadros y esculturas que aún no han sido rescatados.

—Me parece una idea estupenda, la verdad. Me refiero a confeccionar esos listados. Con el desarrollo de Internet, se abre a un montón de gente, pero en lo que a nosotros respecta...

Volvió a interrumpirme. Se empezaba a convertir en una costumbre. Los guardias por lo general escuchan más que hablan, pero este no.

—Es una idea magnífica que se está desarrollando en distintas partes del mundo y ya ha empezado a dar frutos. ¿Conoces la Origins Unknown Agency?

—Pues no, es la primera vez que oigo ese nombre. Agencia de los Orígenes Desconocidos. Curioso, ¿de dónde sale eso?

—Es un sitio web que creó el Ministerio de Cultura holandés en 1998. Conserva el inventario de unas quince mil obras de arte sustraídas a dueños judíos durante la ocupación alemana que permanecen perdidas. Holanda fue un país clave en el expolio... —Aminoró el ritmo de la marcha justo en la entrada del Tribunal. Respiró hondo un par de veces, y añadió—: Sé que lo que voy a decirte va a ser como un mazazo para ti, Lola. Lo he intentado, pero no sé cómo dulcificarlo: vuestro Matisse figura en ese inventario.

Me detuve en seco.

—¿Cómo dices? ¿Que figura dónde? Supongo que será una broma, ¿no?

—Me temo que no es ninguna broma. El Matisse que os han robado figura en el listado de la Origins Unknown Agency.

—¡Menuda tontería! La familia de Jaime no tenía absolutamente nada que ver con Holanda. ¡Por Dios, esto es una especie de locura colectiva! No nos habrán metido, sin saberlo, en un programa de televisión, ¿verdad?

—Nada de programas con cámara oculta, Lola. Lo que te estoy contando es algo muy serio. Mira.

Sacó su móvil y me lo mostró.

Llevaba las gafas, me las coloqué a toda prisa y miré la pantalla. La ocupaba una ficha, que contemplé con perplejidad. Me re Coloqué un par de veces las gafas pensando que mi vista cansada me estaba jugando una mala

pasada. Pero no había error posible. Debo confesar que aquel fue uno de esos momentos en los que el miedo se impone a la racionalidad. No había duda posible: Jaime estaba metido en un buen lío. Debía rendirme a la evidencia, decir al comandante: «De acuerdo, tú ganas». En vez de eso, me até a mi discurso como mejor pude.

—Es del todo imposible que nuestro cuadro figure en esa maldita lista. Del todo imposible. —Iba a reiterar que no teníamos nada que ver con la Guerra Mundial y mucho menos con los holandeses, pero me mantuve en silencio. Tras la conversación con Ekai Zapala, ese debía ser mi estado: el silencio.

—Me temo que no solo es posible, señorita, es lo más probable. No hablo de certeza porque llevo muchos años de profesión y sé que, a veces, las cosas no son lo que parecen.

—¡Pero el cuadro de casa ni siquiera estaba firmado! Yo lo he visto de cerca: ¡era malísimo, un horror! ¡Era una copia tan mala como si yo fotocopiara los tulipanes de Van Gogh! —respondí abatida.

—Puede que sí o puede que no. Pero si los ladrones son expertos, como parece, saben distinguir una copia de una falsificación. Dime una cosa, Lola, ¿crees que es posible rastrear el origen exacto de esa pintura? No hablo de la autenticación, sino del relato. Puede que tu familia política lo recibiera de otros o lo comprara de buena fe. Habrá un origen. Quizás en esos papeles del altillo...

Moví varias veces la cabeza. Estaba completamente desolada. De pronto, me había invadido un extraño cansancio. Solo quería terminar aquella conversación y regresar al nada arriesgado confort de mi despacho.

—Pues no tengo ni idea, Gonzalo, ni la más remota. Hablaré esta noche con mi marido, puede que él tenga más datos que yo o sepa a quién preguntar. Aun así, insisto: creo que te estás encelando con un capote que no lo merece. ¡Qué pena no tener ese maldito cuadro en la mano y poder enseñártelo! —Intenté serenarme y luego añadí—: ¿Puedo preguntarte una cosa, comandante?

—Lo que quieras.

—Verás, es que, por más que le doy vueltas, no logro entenderlo. Supongamos que nuestro cuadro tuviera ese espantoso origen que insinúas. ¿Cómo sabía el ladrón que estaba colgado en nuestra casa? Y, mucho más importante, ¿cómo sabía que tenía esa procedencia si ni siquiera lo sabíamos nosotros?

—De momento, Lola, no puedo explicarlo. He llamado a Christopher Marinello, un detective británico de la Art Loss Register de Londres, al que conozco. Para que te hagas una idea, en los últimos diez años ha localizado ya obras por valor de doscientos cincuenta millones de libras. Le he pedido que me

advierta de cualquier cosa que se mueva y que tenga a una odalisca como protagonista. Espero tener noticias tuyas en breve.

Al llegar al juzgado, había decidido retirar inmediatamente la demanda.

Como pueden adivinar, mi tarde no fue excesivamente productiva. Para terminar de redactar la argumentación de la sentencia, diez años de inhabilitación y multa de cuatro mil euros, multipliqué por dos mi estándar de tiempo. Estaba espesa. Y excitada. De hecho, hube de levantarme en varias ocasiones para hacer el paseíllo hasta el cuarto de baño ante la extrañeza de los colegas con los que me topaba: no soy de las que gustan de andar en el cotilleo de los pasillos y puedo asegurarles que, en eso, soy un bicho raro. Vamos, que los pasillos están empapelados de rumores y adornados con chismes de todo calibre. Anticipándome a que alguien hiciera un comentario, varias veces declaré a quien quisiera oírme: «¡No vuelvo a tomar sushi!».

Cuando conseguí cerrar la carpeta y entregarla, había anochecido y estaba completamente rendida. Miré el reloj: las ocho. Una buena hora para regresar. «Jaime estará al llegar», me dije. Cogí el abrigo, apagué la luz y llamé a José, quien me acercó a casa sorteando un tráfico mucho más intenso de lo que cabía esperar a aquella hora. Con el traqueteo y la calefacción encendida, escuchando una cinta de tangos, me entró un sopor insuperable. Confío en que no, pero es posible que, en ese adormilamiento, hasta roncara. Lo que recuerdo es que, entre imágenes abstractas que fusionaban ladrones y cuadros robados, nazis fugados y a mi suegra con su tiara en la cabeza, me entretuve en pensar cómo afrontar la conversación que había de mantener con Jaime. Sabía que no debía prestar demasiada importancia a las formas porque, intentara lo que intentase, en última instancia me atacaría el carácter y terminaría haciendo lo contrario de lo pensado. Vamos, que la pelirroja siempre acaba ganando la partida.

Puede que les sorprenda que hable de esta manera tan franca. O tan frívola, según se mire. A mí, al menos, me extraña. Me digo que debe de ser por la edad, que quizás las hormonas me están haciendo mirarme en el espejo de una manera nueva. Pero lo más probable es que se trate de un estado de *shock* postraumático, que dirían mis compañeros forenses. Porque lo que me había contado el

comandante González, sumado a los silencios culpables de mi marido y al imprudente informante llamado e-park, el *shock* estaba servido.

—Gracias, José. Hasta mañana, que pases una buena noche.

—Lo mismo digo, señorita. Lleva usted unos días ajetreados. Descanse.

Entré en casa intentando evitar los charcos. El tiempo estaba completamente desatado. Primero fueron los truenos, luego los relámpagos (¿o es al revés?, nunca consigo acordarme si es la luz o el sonido el que gana en velocidad). Sea cual sea el orden, finalmente, cayó sobre Madrid tal tromba de agua que las alcantarillas no daban abasto. Menos mal que me pilló a cubierto. El aire, cargado de humedad, se había desprendido ya de la angustiada capa gris que embargaba el día. Yo no tuve tanta suerte.

Sacudí el paraguas y metí la llave en la puerta. El vestíbulo, bañado por la cálida luz amarillenta procedente de la lámpara de sobremesa, contrastaba con la oscuridad fría del resto de la casa. Dudé de que estuviera. De hecho, tenía la esperanza de no encontrar a nadie. Quizás porque la aterradora idea de certificar que Jaime estaba al tanto de aquel pasado clandestino me rondaba el pensamiento. Pero estaba. Lo encontré ante la chimenea, sentado en su sillón favorito, con las piernas en alto. Cabeceaba y su aspecto reflejaba cansancio. Sobre la mesa descansaba un vaso de whisky medio lleno.

Me detuve ante el sillón. El rumor de la lluvia que asediaba los cristales se mezclaba con la voz de María Callas. Interpretaba a Puccini: *Vissi d'arte*. El sonido lo mantenía absorto. Ni siquiera el traqueteo de mis tacones sobre el suelo lo distrajo.

Le di un beso en la frente. El aliento le olía a licor.

—Llegas temprano.

—Si llamas temprano a estas horas, entonces sí. Llego temprano. ¿Cómo te ha ido el día? ¿Has arreglado lo que fuera que tenías que arreglar?

Asintió.

—Me alegro porque tenemos que hablar.

Jaime no se inmutó. Siguió sentado y mantuvo los ojos fijos en la chimenea, pero, eso sí, recuperó el vaso de whisky. De cuando en cuando, sus ojos me espiaban lanzando miradas fugaces a derecha e izquierda. Supongo que para tratar de calibrar el tamaño de mi enfado.

—¿Qué tal por el Tribunal?

—Creo que por hoy el Tribunal puede pasar a segundo plano. Cuéntame tú.

Mi tono sonó seco, agresivo. «Las formas, Lola, las formas. No seas pelirroja», me repetí una y otra vez. Pero, como si estuviera sorda, me oí decir:

—Desembucha, Jaime. Empieza por donde quieras, pero hazlo. —Como no se arrancaba, añadí—: Te escucho.

—Lo siento, Lola.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo lo que está ocurriendo.

Perdí la paciencia.

—¡Es que no sé lo que está ocurriendo! Por favor, explícamelo.

Con las yemas de los dedos, Jaime recorría una y otra vez el cristal tallado de su vaso.

—Creo que lo peor de todo esto es la incertidumbre, ¿lo entiendes?

—¿Esperas a que se derrita el hielo de los polos? Porque yo prisa no tengo. Puedo hasta pedir una excedencia para seguir esperando.

—Estoy reventado, Lola, y confuso. Muy confuso. ¿Te inquieta la incertidumbre? Pues no debiera. La incertidumbre forma parte de la vida. La vida en sí es incertidumbre y, al mismo tiempo, todo está prefijado: la edad, las enfermedades, los accidentes, los vicios...

Quizás por el efecto del licor, Jaime mostraba una extraña tranquilidad. Pero yo no había bebido, y no pude sujetarme más. ¿Qué quieren que les diga? No he sabido cebar adecuadamente la costumbre de escuchar. Es curioso, porque en el tribunal lo hago divinamente.

—¡Ah, la vida! Tema interesante. De dónde venimos, hacia dónde vamos, y para los de Bilbao, dónde vamos a comer. Todo eso está muy bien. Pero ahora me gustaría que fueras más concreto. ¿Me explicas qué ocurre? Porque hay un informe. Quizás ya lo sepas, aunque deseo pensar que no es así. Te decía que hay un informe que..., bueno, eso no importa. Lo que quería decirte es que hay constancia de que el cuadro que nos robaron tiene una historia que, al menos yo, desconocía. Y no es una historia muy bonita.

Por fin, Jaime bajó los pies del puf, dejó el vaso de whisky ya vacío en la mesa, se volvió hacia mí y me contestó sin disimulo:

—Si lo que quieres saber es si conocía esos datos, sean cuales sean, mi respuesta es no, no tenía ni la más remota idea. Lo que puedo contarte es que una cocinera de nombre Paulina que trabajaba en casa de mis abuelos regaló esos dos cuadros, las supuestas copias de Matisse y la de Picasso que donaste, más la pulsera que perdiste, a mi abuela, en agradecimiento por cómo se habían portado con ella. ¿Cuál era la procedencia de esos cuadros o de esa pulsera? No lo sé. Acabo de enterarme de lo que te cuento. Si te estás preguntando si lo que ocurre tiene relación con los desastres profesionales que últimamente me rodean, mi respuesta es sí: estoy convencido de ello. En todo caso, no quiero discutir contigo. Hoy no. Estoy decepcionado. Uno cree que controla su vida, pero de eso nada. Me voy. Aunque antes de irme a dormir quiero decirte algo: hubiera esperado que, en un momento como este en el que parece que todas las fuerzas

malignas se ponen en cola para joderme, mi *amada* esposa, que me conoce hace casi cuarenta años, me apoyara —dijo con triste retintín—. Soy el mismo de siempre, el mismo con el que te casaste, el mismo que lleva décadas soportando tus ronquidos. Siempre has confiado en mí, ¿por qué ahora no? Cuando las cosas se ponen feas ¿vas a confiar en cualquier advenedizo que acaba de aparecer en tu vida diciendo que tiene datos, evidencia, o que hay un informe de no se sabe quién? Esta no es una de tus historietas de espías. Esta es mi vida. O lo era hasta que alguien decidió jodérmela. Lo siento, me voy.

—Jaime, espera.

No pude detenerlo. Oí el ruido del motor de su coche al acelerar.

Mientras veía a Jaime abandonar nuestra casa a la carrera, lo que sentí fue odio, uno primario, denso, casi cutre. Me da vergüenza confesarlo, pero deseé que alguien lo detuviese y le hicieran soplar. No solo porque no debía conducir así, sino también para que le quitaran los puntos.

Luego retornó la cordura y me di cuenta de que era injusto hacer pagar a Jaime por los delitos de sus padres. Pero era demasiado tarde. No podía quedarme sentada y fingir que no pasaba nada. No podía permanecer de brazos cruzados como si se tratara de una riña de pareja, algo sin importancia, derivada de un pico de estrés. Ciertamente es que teníamos un asunto feo entre manos; cierto que, de un modo u otro, procedía de la familia Garache, pero no era menos cierto que su protagonista no era un extraño, sino mi marido.

Lo llamé varias veces esa misma noche y, tras comprobar que no había venido a casa a dormir, insistí por la mañana. No dio señales de vida. El mensaje automático de su teléfono indicaba que estaba apagado o fuera de cobertura.

Como pueden imaginar, decidí poner manos a la obra. Jaime no me iba a dar esquinazo tan fácilmente. La fuga de mi marido, sin mediar ni una mínima explicación, había cambiado las reglas del juego por completo. Con todo, era evidente que no podía hacer mucho sola. Necesitaba una estrategia porque construir una casa sin planos o pintar un cuadro sin pinceles es mala idea.

Repasé mentalmente las bazas con las que contaba, y llegué de inmediato a la conclusión de que no disponía de ninguna, al menos de ninguna directa o ganadora. Lo único que tenía eran unas cajas llenas de polvo y de papeles estúpidos. Estaba pensando en ello cuando mi mente, como en un flash, trajo de nuevo a colación mi despacho de la Audiencia Nacional. Me pregunté por qué, últimamente con tanta frecuencia, me venía a la cabeza esa etapa de mi vida. Sin duda, tenía que ver con la coincidencia del nombre del barco con el mote de la sanguinaria Anboto. Pero bien sé por experiencia que el subconsciente es mucho más *gallego*. Suele iniciar dos conversaciones a la vez y, cuando lo hace, es

porque te quiere dar dos mensajes. Me quedé un rato pensando en aquella etapa, casi regodeándome en la experiencia, con la certeza de que había algo que se me escapaba, algo sobre lo que esa química tan extraña que llamamos «cerebro» quería advertirme.

Como ya he dicho, la Audiencia Nacional es un lugar peculiar de trabajo. Y alrededor de los ambientes peculiares suelen congregarse personas peculiares. Si buscan a un juez peculiar, no anden dando vueltas por los juzgados: vayan directamente a la Audiencia. Me dirán que yo misma he ejercido allí. Y les daré la razón porque en mi caso también funciona: no puedo sostener que soy una persona típica, porque no sería cierto, aunque sí debo decirles que soy una señora completamente normal. Lo digo porque «peculiar» no significa «raro», ni mucho menos «rarito». Quiere decir «singular» o «con algún rasgo distintivo». En mi caso, ese rasgo va mucho más lejos del color de mi pelo.

Dejémoslo, que me estoy despistando. Decía que estuve un rato recordando mi experiencia con el terrorismo, con los y las Anbotos que aparecían en el camino, y con los y las guardias que los combatían. Sufrí lo indecible con todo ello y también aprendí mucho. De los colegas, naturalmente, y también, en otro sentido, de la Guardia Civil. Estos últimos me enseñaron que nadie es invisible; que ni siquiera esos asesinos bien entrenados son fantasmas: todos dejan o dejamos un rastro que se puede investigar. Recuerdo bien la Operación Pegamento: la visita periódica de aquellos etarras a una papelería de Burdeos para adquirir material destinado a la fabricación de panfletos fue su perdición. Casualmente, allí estaban dos de los nuestros. *Casualmente*. Cuando lo contaron en las noticias, daba la sensación de que se movían sin guía o saltaban sin red. Nada más lejos de la realidad. Antes de esa detención hubo muchos días y muchas noches. Paciencia, constancia, humildad y una estrategia de cerezas: tirar de todos los hilos, aunque sean tan finos que ni se vean, con la esperanza de que aparezcan otros hilos que, directa o indirectamente, estén enlazados al primero y te abran esa puerta que ni siquiera sabes que existe.

—De acuerdo, ¿de qué cereza puedo tirar? —me dije.

La más evidente era, sin duda, Gonzálvez, la persona que me había alertado del problema. De no ser por la información facilitada por el comandante de la UCO, nunca hubiera sabido que el dichoso Matisse-copia de Matisse figuraba en el listado de esa web holandesa. Existía, como cuestión previa, una pregunta importante: cómo de confiable era esa web. Porque instintivamente tendemos a otorgar credibilidad a todo lo que encontramos en la red, sin tener en cuenta que mucho de lo que leemos allí contiene tal nivel de imprecisión que puede tomarse por falso. Al menos, hemos de aceptar que muchos, si no la mayoría, de los

datos que ofrece están cocinados, es decir, son hechos mezclados con una interpretación parcial o, en el peor de los casos, interesada.

Gonzálvez era un hilo sólido: un cualificado comandante perfectamente informado en materia de delitos contra la propiedad artística. Conozco a muchos guardias; conozco bien el Cuerpo. Por lo general, está formado por grandes profesionales que, además, suelen ser gente muy amable, pero no se detienen ante nada. En eso son terribles. Como huelan tu rastro, son capaces de estar una década siguiéndote. Que Jaime fuera mi marido, o que yo les certificara que era buena persona, les importaba un pimiento. La UCO era una vía peligrosa, tan peligrosa como el investigador y sabueso llamado Gonzálvez.

Seguí dando vueltas al asunto y recordé que tenía a Niní. La psicodélica galerista que había conocido de la mano de Heraclio había prometido hacer discretas averiguaciones entre especialistas y coleccionistas de arte moderno sobre el Matisse. Esa llamada no entrañaba ningún riesgo. Me dije que la haría por la mañana, a primera hora.

Contaba además con Ekai Zapala, el padre de Nekane, que se había ofrecido a hacer una búsqueda en los archivos sobre los listados de pasajeros embarcados en el Monte Amboto los días 14 de noviembre de los años 1946 al 1949. También contactaría con él por la mañana.

Antes de irme a dormir, tomé la decisión de dejar al guardia a buen recaudo. Lo utilizaría como salvavidas de emergencia. Caí rendida en la cama. Creo que antes de que mi cara sintiera el frío de las sábanas, ya estaba soñando. No se lo van a creer, pero ni siquiera cené.

Soñé con un confidente que resultó ser un etarra.

Telefoneé a la galería en cuanto dieron las diez, hora en la que, según había leído en su página web, abrían al público. Sin tardanza, al segundo tono, respondió una voz femenina. No sonó demasiado afable, pero tampoco desdeñosa, con esa hinchada parsimonia que se espera en un artista. Era una voz de tinte rutinario pero correcto. Sin embargo, en cuanto mencioné quién era y con quién quería hablar, su modulación comenzó a desgranar desconfianza. Como si evacuara un mensaje grabado, me explicó que su jefa había tenido que ausentarse por un problema familiar y que no regresaría hasta el miércoles, como pronto. Me dijo que no me preocupara, que le dejaba recado. No hacía falta que telefonara de nuevo, ella se pondría en contacto conmigo. Insistió hasta en tres ocasiones en que sería ella quien me devolvería la llamada.

—¡Qué oportuno! —exclamé defraudada. Se me agotaban las fuentes.

—Lo siento —insistió la chica con voz arisca.

—¿Y no ha dejado ningún recado para mí? Soy...

Me pulverizo de inmediato.

—No ha dejado ningún recado, de modo que tampoco ha dejado nada para usted. Que pase un buen día —dijo. Y colgó.

La fuerza de su respuesta, la prontitud, el tono, impropio en una galerista... Aquella conversación olía a subterfugio, a falsedad. Decidida a comprobar mis impresiones, hice tiempo pasando por la cocina y tendiendo la lavadora, y volví a llamar, esta vez desde uno de los móviles que utilizo cuando no quiero que me localicen. En fin, por dejarme de comedias, puse música clásica y luego telefoneé de nuevo dispuesta a confrontar sus mentiras con las mías. Me respondió la misma chica. Me separé un poco del auricular con el fin de que se oyera la música y pareciera un hilo musical.

—Hola, reina, ¿está Niní? Ayer me dejó plantada de nuevo. Tiene que hacerse mirar la memoria, o la galería irá de culo. Ya imaginas. Mi cliente quiere

esa escultura. Se ha encaprichado de ella. ¡La adora! Y es un tío *random* que regresa a su casa la semana próxima. Es ahora o nunca. ¿Me copias?

Con la voz disfrazada de niña frívola y algunas de las expresiones que he escuchado a mi hija Marieta, empecé a desgranar los inventados detalles de la supuesta reunión con ese magnate. Sin mencionar Moscú o San Petersburgo, hice creer que era ruso y que había mucho petróleo dispuesto a pujar por aquella escultura.

—Ahora la aviso. ¿Puede darme su nombre, por favor? —pidió con voz rígida.

Lo tenía previsto.

—¿Mi nombre? ¿Que cuál es mi nombre? ¿Es que acaso no lo sabes? ¡Qué desfachatez! Monina, si trabajases para mí, te despediría de inmediato. ¿Vas a comisión o eres la que rellena las facturas?

Sin más preguntas ni dilaciones, tuve a Niní al otro lado del hilo telefónico (estoy dándome cuenta de que ya no hay hilos, pero ya me entienden. O eso espero, porque si lo tengo que explicar yo, están aviados). Colgué inmediatamente.

No lo pensé dos veces. Me subí al coche y conduje hasta Madrid: los sustos, mejor en persona.

El sábado es fácil aparcar en el centro de la ciudad y dispongo de un vehículo pequeño. Lo dejé casi a la puerta y, después de pagar con el móvil, entré en la galería. Una Niní briosa y enfadada, vestida de modo similar al del día en que la conocí, estaba en el centro de la sala armando una considerable bronca a una jovencita vestida de modo estrafalario fino: de artista, vamos. Levantó la mirada al oír el ruido de las hojas al batir y, al toparse conmigo (supongo que la última persona a la que esperaba ver), se le demudó la cara. Permaneció quieta, descolocada. La joven víctima de la riña aprovechó para escabullirse. Niní miró hacia atrás, en busca de refugio, pero no tenía escapatoria. Avancé decidida con la certeza de que la galerista carecía de alternativas. Podría echar a correr, pero teniendo en cuenta el volumen de sus zancos no hubiera podido ir muy lejos. Podría echarme de allí, pero creo que me había calado suficiente para saber que no me iría tan fácilmente. Le quedaba permanecer callada. Ese era mi riesgo: no sacarle prenda.

Sonreí como si nada hubiera ocurrido.

—Hola, Niní. ¡Bonito collar! Muy alegre —dije mientras sujetaba una especie de concha gigante de color gris, rodeada de otras más pequeñas de similar tonalidad. A simple vista, parecía un objeto destinado a una ceremonia vudú—. Venía a invitarte a un café. ¿Tienes diez minutos?

No reaccionaba.

—Podemos tomarlo en una de las terrazas, y así te fumas un pitillo. ¡No me digas que no te apetece!

No necesitó más. Se acercó al mostrador lateral, agarró a la carrera un bolso amarillo bastante cutre y me siguió. No me hubiera gustado ser ese bolso. Nos sentamos en una terraza cercana a la Puerta de Alcalá. Estábamos junto a una de las setas, pero a mí me temblaban hasta las pestañas. Niní, que no había cogido abrigo, parecía ajena al frío.

—Necesito ayuda —confesé.

—Lo siento, Lola. Tienes que entender que no me lo puedo permitir. Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy, tener mi propia galería, llevar mis artistas, descubrir nuevos talentos, vender sus obras, convertir en famosos a mi gente... Compréndelo, por favor: no puedo echar todo a perder porque a una jueza le hayan robado un cuadro sospechoso. —La voz de la galerista resultó amarga, triste más que enfadada.

—Niní...

—No pretendo causarte ningún daño, pero no soy una heroína. ¿Me entiendes? De ser algo, me parecería más a una antiheroína. No quiero ser mártir, ni santa ni un Quijote. Solo pretendo sobrevivir.

Que Niní era una mujer con pasado se veía enseguida. Y no solo porque Heraclio me hubiera enviado allí. El humo del tabaco que la envolvía no lograba ocultar su mirada, ni sus gestos ni el modo de comportarse. En todo ello se adivinaban sus antecedentes penales, imposibles de ocultar tras una fachada de artista snob. Bien es verdad que yo vivo en ese mundo y, tras ver mucho camuflaje, distingo con cierta claridad el trigo de la paja, pero en todo caso saltaba a la vista.

—De mujer a mujer, quiero que sepas que lo siento, Lola. Después de este momento, no quiero que vuelvas por mi tienda.

Permanecí unos minutos quieta mirando cómo se bebía el café, con el ánimo en los pies. No podía odiar a Niní: en el fondo de mi corazón, la comprendía. ¿Qué clase de amargura llevaría sobre los hombros?, ¿en qué tipo de lío estaría metida para salir por piernas de una manera tan burda? ¿Y a qué había venido ese apéndice: «De mujer a mujer»? ¿Es que acaso una mujer podía comprender la búsqueda de un puerto más seguro mejor que un hombre? Estaba segura de que no.

—No volveré, si eso es lo que quieres. Pero antes de irme tienes que explicarme qué es lo que ocurre. Por favor...

Niní encendió otro cigarrillo. Enseguida se llevó la mano a la boca y se deshizo de alguna pelusa.

—¿Conoces a Manuel Ángeles Ortiz? —me preguntó.

—Pues lo cierto es que no. ¿Debería?

—Podía sonarte, aunque sería raro no moviéndote en este mercado. Pero esa es la cuestión: que si te hablara de algún grabado de Picasso, hubiera sido difícil. Sin embargo, con Manuel Ángeles Ortiz, un pintor cotizado pero no tan conocido, funciona.

—Perdóname, pero no entiendo. ¿Qué es lo que funciona?

Tercer cigarrillo. Instantáneamente, casi como un gatillo, un caballero de cierta edad pero con pinta de mochilero vegano apareció a nuestro lado y nos puso a caer de un burro. Según su docta opinión, la nicotina suspendida en el aire iba a matar de un plumazo a animales, plantas y edificios históricos. La Puerta de Alcalá, sin ir más lejos. Nuestra conciencia social estaba bajo mínimos, éramos unas asesinas en potencia. Niní chupaba el cigarrillo con fruición y le lanzaba el humo a la cara. El hombre chillaba a voz en cuello.

—¡Que te jodan! —le cortó Niní extrañamente calmada.

Él continuó con su perorata elevando la voz. Niní me miró de reojo y susurró: «Se va a enterar».

—¡He dicho que me dejes en paz! ¿Me oyes, Inocencio? No voy a volver contigo de ninguna manera. Aún me duelen los huesos de tu última paliza. ¿Quieres que llame a la Policía? ¡Estás violando la orden de alejamiento! ¿O es que quieres violarme a mí también? Hagas lo que hagas, no voy a decirte dónde está la niña. Ni lo sueñes: ¡no voy a permitir que la toques!

El Robin Hood de la ecología se quedó de piedra. Empezó excusándose ante todos los que pasaban, pero terminó subiéndose a la bicicleta y alejándose perseguido por el camarero, que le exigía el pago de la cuenta.

—¡Capullo! Me pone mala esta gente tan progre y tan estrecha. Por dónde iba...

Yo tengo estómago para aguantar eso y más, lo que no tenía era tiempo. Y mientras Niní y el ecologista se enzarzaban en tan absurda discusión, yo había sacado el móvil y buscado el nombre que la galerista había mencionado. Cuando terminó la trifulca, estaba al día.

—Según Wikipedia, Manuel Ángeles Ortiz fue un pintor de la generación del 27, cubista, muerto en los años 80 en París.

—Perfecto, me ahorras la lección. Ángeles Ortiz tiene un grabado pequeño de 23x23 que llamó *Cabeza de mujer*. Tuvo buena salida: hizo cien ejemplares firmados y numerados. Yo vendí varios en la galería. Pero ese hijo de su madre es muy listo.

Encendió otro cigarrillo y se quedó colgada como el humo, entre el cielo y la tierra.

—Ese hijo de su madre... —repetí para ver si regresaba.

—Sí, el guardia. Gonzálvez. Ese águila.

—No te sigo, lo siento.

—Por aquel entonces, yo estaba casada. Me enamoré perdidamente de nuestro empleado. Era joven, dieciocho años menos que yo. Tenía unos ojos preciosos, negros como el betún, y un carácter extraordinario: abierto, alegre. Me hacía feliz. A su lado, todo me parecía bien. Incluso los problemas se me antojaban baches sin importancia. Y eso que estábamos en un camino lleno de baches. Por aquel entonces, no tenía una galería de arte moderno como ahora, sino una tienda de antigüedades que había heredado de mi familia. Vivía de dar clase y de los peritajes, pero me encantaba la tienda y por eso lo contraté, para que se ocupara de ella cuando yo no estaba. En el pasado, ese tipo de arte daba dinero, pero el gusto de la gente ha cambiado mucho. Los muebles de caoba, las tallas, el arte religioso, que era la materia en que nos habíamos especializado, ya no tenían salida. A la gente no le gustan. Empezamos a pasarlo mal. Le dije que cerrábamos, que tendría que buscarse otra cosa. Pero me respondió que tenía una idea y le dejara seis meses para ponerla en marcha. Así lo hice. Un par de semanas más tarde me enseñó dos láminas de Ángeles Ortiz. Correspondían a *Cabeza de mujer*. Eran la número 107 y la número 101. Desde la tienda llamamos a una casa de subastas y le dijimos que habíamos obtenido esas dos obras de una casa que habíamos comprado. Se las vendimos sin ninguna dificultad.

—Perdona que te interrumpa, creo haberte oído decir que se hicieron cien ejemplares de ese grabado.

—¡Sabía que te darías cuenta! Efectivamente, Ángeles Ortiz solo hizo cien, pero ¿quién conocía ese detalle? ¡No lo sabía nadie o casi nadie! Fue fácil hacer el 101 y el 107. Repetimos el proceso con otros artistas de cierto nombre, pero no demasiado populares. La cosa funcionó hasta el punto de que cerramos nuestra tienda de antigüedades y abrimos esta galería. Pero a ese tío, Gonzálvez, alguien le dio el soplo y vino a por nosotros. Nunca pudo demostrar nada, pero asustó a Isidro, que era demasiado joven para eso... Isidro era mi pareja —me aclaró—. Una buena mañana hizo sus maletas y me dejó. Nunca más he vuelto a verlo. Fueron seis meses magníficos en mi vida y dos años posteriores horribles. Desde entonces, no quiero tener nada que ver con estas cosas. ¡Si vuelvo a ver su nariz en mi tienda, desfallezco! Por nada del mundo me enfrentaría de nuevo a Gonzálvez, ¿lo comprendes?

Me vi obligada a decir que sí. Pagué el café, le di las gracias y un abrazo, me subí al coche y regresé a casa.

La visita a la galería terminó por hundirme. Mi grado de nerviosismo contrastaba con el silencio de la casa, tanto que, incluso con la música encendida, sonaban sus gritos. Subí a mi habitación y me encerré en el cuarto de baño. Permanecí inmóvil bajo la ducha un largo rato. Todo un dispendio de agua caliente y de rítmicos sonidos de baldosas heridas. El agua caliente suele levantarme el ánimo, no tanto como un café y mucho menos que una tostada, pero bastante. Sin embargo, aquella mañana daba la impresión de que, comiera lo que comiera o pasara a remojo el tiempo que pasara, nada me daría alivio. Sonreír era, a todas luces, imposible.

No me sentía con fuerzas para emprender una visita exploratoria al atillo, que era el lugar donde con mayor probabilidad encontraría lo que buscaba. Lo cierto es que tenía el corazón partido. Por un lado, deseaba conocer la verdad, porque, en efecto, yo había juzgado y sentenciado a Jaime sin haberlo escuchado. Por otro, quería huir de ella como de la peste. Muchas veces es mejor no escuchar que arriesgarse a oír lo que no deseas.

—¡A la porra! —dije.

Había vuelto a llover. Hacía un tiempo de perros, y ya he hablado de mi sensibilidad a la humedad. No obstante, abrí la puerta de la cocina y salí al jardín. Procuré no mirar al suelo: el césped pedía cariño a gritos, y las baldosas de la terraza, la caricia urgente de una escoba. Alcé la vista. Por arriba, el cielo tenía un ánimo similar al mío. Pero entre aquel cúmulo de nubes, negras como morlacos de feria, se abría un pequeño hueco. No era muy grande ni muy luminoso, no era puro, pero era azul. Me recordó a una flor blanca en el ojal de una levita negra, a un amago de sonrisa en una cara cenicienta y sombría, a un niño en el mundo de los hombres. A un beso en un sueño... ¡Un sueño! En ese puntual momento, la confusión se tornó eficiente. Se me abrieron los ojos y mi mente comenzó a maquinarse.

—¡Por todos los santos, estoy perdiendo las buenas costumbres! ¡He olvidado a los confidentes, tengo una informante de primera mano y no me he dado cuenta!

Llamé a Corine.

Por suerte, mi marido es hombre. Por suerte, tiene secretaria. Un hombre con secretaria es prácticamente un inútil. Hablo de una asistente, no de una mecanógrafa. Una buena asistente no es aquella que rellena a velocidad de rayo un buen fajo de folios con membrete. No es una cara amable que te trae café —solo, sin azúcar, pero en taza de porcelana— o envía flores de tu parte a los funerales o aniversarios. Una secretaria es, sobre todo, la dueña de tu tiempo. Tu agenda, y todo lo que ella conlleva, le pertenece, aunque tú no lo sepas. Una secretaria sabe tanto o más de la vida de un hombre que su esposa, quien, a lo sumo, lo ve unas horas en el inicio y el fin de la jornada.

El trajín de la vida de un directivo es enorme. El número y complejidad de los asuntos que lo tienen ocupado es tan grande, y la red de contactos, internos y externos, que se ve obligado a cultivar tan extensa que resulta imposible abarcarlos. Por no hablar del sinfín de moscardones, vendedores de todo, chantajistas en potencia, que rondan como auténticos rufianes con corbata el mundo del poder. Lidiar con todo ello sin una buena secretaria está cerca de ser imposible. Por eso, Jaime y los que son como Jaime tienen secretaria. Y yo iba a aprovecharlo.

Entré en casa de nuevo y la llamé.

—Corine, siento molestarla en sábado...

—No lo sienta, señorita, estoy sentada en el salón, sin cosa mejor que hacer que esperar. Mis nietos han quedado en venir... hace unas dos horas.

—Pues descanse ahora que puede. Cuando lleguen, supongo que será más difícil.

—No lo sabe usted bien, doña Lola.

Carraspeé. Me he dado cuenta de que lo hago antes de envolverme con alguna mentira. Y en aquel momento me disponía a mentir sobre mis intenciones a alguien que no se lo merecía. Me consuela pensar que, si me sigue picando la conciencia cuando lo hago, eso significa que no estoy contaminada del todo y aún puedo enderezarme.

—Corine, quería preguntarle algo. Sé que me va a tildar de desastre con patas. Y tendrá mucha razón. Debería reformarme y apuntar las cosas en un sitio que más tarde recordara. Lo digo porque a veces apunto, pero luego no logro recordar dónde. En fin, en este caso no lo he hecho, quiero decir que no lo he apuntado, y no tengo ni idea de dónde está mi marido. —Me eché a reír—. ¡Ha sonado como si hubiera perdido las llaves del coche! En fin, Corine, sé que ha

salido de viaje pero no adónde. Quería estar al tanto por la diferencia horaria. Ya sabe, para telefonarle al hotel y no despertarlo a media noche, pero no recuerdo en qué país está, como para acordarme del hotel... ¡Qué desastre, ¿verdad?!

La voz de la secretaria no pareció sorprendida. Por el contrario, se mostró conciliadora y comprensiva.

—No creo que sea un desastre, doña Lola. Lo que creo es que necesita una secretaria que lleve su agenda. Sí, eso es exactamente lo que necesita. Usted tiene un trabajo muy intenso, difícil, y su marido viaja sin parar. Otros utilizan la videoconferencia o el Skype; el doctor Garache no. Suele decir que en las reuniones, sobre todo las negociaciones en moneda corriente, la gente debe mirarse físicamente a los ojos y desbloquear los escollos tomándose un café. No debe sentirse mal. Su marido, si me perdona que lo diga, se mueve más que mis nietos, que ya es decir. No se lo va usted a creer, pero, a veces, cuando alguien me pregunta por él, yo misma titubeo y debo mirar la agenda para recordar dónde está.

—Gracias, eso me hace sentir mejor. Y esta vez, ¿dónde está?

—Le he sacado pasaje para Buenos Aires. Un viaje muy corto. Salió ayer a eso de las doce de la noche y regresa mañana a primera hora. Vuela con Iberia, un vuelo directo, pero de memoria no recuerdo a qué hora aterriza. —Oí un pequeño estruendo; algo que se rompía en mil pedazos—. ¡Vaya, disculpe, doña Lola! Acaban de llegar mis nietos. ¡Pedrito, por Dios, no toques eso! Como le decía, creo que llega a primera hora, a eso de las ocho. Si no le molesta, lo miro y en unos minutos se lo digo con exactitud. ¿Le parece bien que se lo mande por *email*? Porque recuerdo que había otro vuelo...

—Me parece estupendo, Corine, muchas gracias. Y ánimo con los pequeños.

¿Argentina? ¿Qué demonios hacía mi marido en Argentina? No conozco el país más que superficialmente. Uno de los colegas del Supremo va todos los años a una convención de tangos, y de paso aprovechan para acercarse a esquiar a la Patagonia. Jaime no baila tango (que yo sepa, aunque me voy dando cuenta de que treinta años «no es nada»). Tres décadas de matrimonio no te da papeletas para conocer a alguien), aunque sí esquía. Y en lo que a avances médicos se refiere, el país está a años luz de muchos otros países europeos o vecinos de la región, por no hablar de los Estados Unidos.

Como hay ocasiones en que se organizan seminarios y simposios en zonas turísticas, me acerqué al ordenador y bucéé en la red buscando datos sobre congresos médicos en Buenos Aires. Solo encontré uno de odontología y otro de medicinas alternativas, ambos locales. Era evidente que Jaime no había viajado hasta allí para impartir una ponencia o participar en una mesa redonda. Pero si la presencia de Jaime en Argentina no estaba motivada por una razón profesional, ¿qué había causado su viaje?

Lejos de cómo te lo explican, creo que en el tortuoso lugar que llamamos «memoria», los nombres, las caras, las situaciones, los sentimientos, en vez de almacenarse en compartimentos estancos, delimitados por áreas temáticas libres de influencias, se hallan en permanente diálogo. Por eso, un sabor te lleva a un lugar remoto, y ese a un sentimiento que, a su vez, te transporta a una persona fallecida, y su tumba a una flor, y ella a otro olor, y así hasta el infinito y más allá. A mí Buenos Aires me llevó a Zapala, y él, a mirar el reloj: las diez y diez.

«Buena hora. Seguro que el señor Zapala está despierto.» No lo pensé dos veces: le telefoneé. En nuestra charla, me había explicado que muchos de los barcos que salían de Bilbao en la naviera Aznar tenían como destino Argentina. Quería saber si había avanzado en sus indagaciones. Desafortunadamente, el ingeniero no me respondió. Agité el teléfono con rabia. Una de esas tonterías que haces sabiendo que no es más que una estupidez.

Harta de no sacar nada en claro, decidí enfrentarme al altillo. Si existía algún dato acerca de la protagonista de aquella historia que pudiera aportar algo de luz, debería de estar en aquellas cajas. Me preparé antes un *desgraciado*: la mente (y mis caderas) necesita azúcar para seguir adelante. Empleé la última cucharada de café disponible.

Mientras me encaraba con la escalera antediluviana, iba pensando que no era gran cosa lo que James me había contado de Paulina.

Sentada sobre los talones, en el suelo polvoriento, tomé posiciones en el semicírculo formado por las cajas marcadas en un lateral con el letrero «Cosas de mamá», dispuesta a no levantarme hasta hallar, en el mejor de los casos, algo que dispensara a mi marido de aquel trance. En el peor..., mejor no pensarlo.

Fue como ordeñar una vaca. Como no tengas la técnica, da igual lo que estires las ubres: no sale nada. Lo sé porque en una ocasión lo intenté. Tenía once años cuando a mi padre le dio por decir que, siendo niños de ciudad, nos estábamos perdiendo la miga del mundo y nos mandó tres días a vivir a una granja. Regresé con sabañones, piojos, moretones y sin haber extraído una sola gota de aquella desgraciada vaca lechera que no hacía más que darme coces. En cuanto me acercaba, entraba en pánico, pisoteaba lo que la rodeaba y salía corriendo. Ni siquiera cuando la ataron permaneció quieta. Sentada ante aquella colección de cajas marcadas, sin idea de lo que debía buscar, sin conocimiento para identificar lo importante, tiraba de la ubre en vano.

Si miro hacia el jardín en una tarde de otoño, contaría menos hojas muertas que las que hallé en aquellos sacos de recuerdos. Había entradas de cine, de toros y de teatro; invitaciones a eventos varios: bodas, presentaciones, premios, cócteles, veladas, ópera; minutas de hoteles y restaurantes; cartas de excusa o de agradecimiento; multas, tarjetas navideñas y hasta garantías de electrodomésticos datadas, más o menos, en el siglo XIII. Pero sobre esos dos cuadros o sobre la pulsera perdida no encontré nada. Tampoco más datos sobre Paulina. Tres horas después, cuando tenía polvo suficiente para camuflarme y el trasero me dolía a rabiar, no había logrado nada. A lo sumo, recordar el título de aquella magnífica novela de Tom Wolfe, *La hoguera de las vanidades*.

Los barones Garache eran conocidos en todo Pamplona, y en parte de la comarca, por la empresa familiar y por el exhibicionismo de mi suegra, que firmaba todas las cartas como «baronesa Garache». En fin, habrá que dar gracias al cielo porque en su tiempo la cirugía plástica no se hubiera desarrollado como hoy. Se ahorró muchas operaciones. Desafortunadamente para ella, resultaba evidente que tras la muerte de su marido las cosas habían cambiado mucho, a peor. Poco a poco, del tejado de los Garache se fueron soltando teja tras teja; a la puerta se le cayó el picaporte... Para mi suegra llegó el olvido, casi el

ostracismo. Y la vejez. La prueba más evidente era que la caja que contenía las invitaciones correspondientes a los últimos diez años de su vida estaba prácticamente vacía. Me dio pena, ella sentía mucho apego por ese tipo de cosas.

Estaba haciendo un receso para un segundo *desgraciado* sin tostada (tercero, ¿quizás?) cuando recibí la llamada del comandante Gonzálvez.

—Gonzalo, buenos días, ¿es que también trabajas los sábados? Creía que estabas de baja por paternidad.

—¡No me hables, señoría! Llevamos toda la noche, y cuando digo toda es toda, pero toda toda, vamos, la noche completa, sin pegar ojo. El peque nos ha tenido en danza sin piedad, sin ahorrarnos un solo minuto. Y en cuanto ha amanecido se ha quedado frito. Hemos estado a punto de despertarlo para que nos comprendiera.

—Pero no lo habéis hecho, ¿verdad?

—¡Cómo se nota que has pasado antes por esto! En fin, pasaba por aquí para saber cómo estabas. Me pareció que la noticia de ayer te pilló desprevenida. No es para menos.

—Pues lo cierto es que no me cayó muy bien. Al parecer, somos presuntamente culpables de algo que ni conocemos ni entendemos. Colaboradores que no saben ni con quién colaboran. Si supiéramos de dónde vienen los tiros, podríamos pensar una estrategia, pero ni eso sabemos. Un poco *heavy*, la verdad... —En ese momento caí en la cuenta—. Perdona, ¿has dicho que pasabas por aquí?

—Eso he dicho, sí. De hecho, estoy en la puerta. He llamado varias veces al timbre, sin éxito, pero suponía que estarías en casa.

—¡Vaya, lo siento! Estaba en el altillo. Desde allí no se oye bien el timbre. Voy a abrir.

Me lavé las manos y, al ver mi imagen en el espejo, tomé un peine. El pelo me pareció tan rojo y tan rizado, tan imposible, que decidí no intentarlo, y me acerqué a la entrada sin peinar.

En contraste con la buena temperatura de la casa, al abrir la puerta me abofeteó el frío exterior. Aunque había dejado de llover, el termómetro no subía de los dos grados. El escalofrío me pareció un negro presagio.

A pesar de haber dicho que Gonzalo González era un hombre amable, atento, extremadamente educado y que en algún momento, incluso, me llegó a parecer tierno, tenía perfecta conciencia de que su conducta y hasta sus movimientos espontáneos cambiaban cuando olfateaba presa. Si estaba al acecho, se volvía observador y su ternura se tornaba dureza, fijación. Es como si viviese entre dos mundos y en cada uno de ellos pudiese permitirse una vida distinta. He visto una actitud similar en algunos periodistas y en otras gentes que viven de succionar información a los individuos que se despistan.

—Adelante, Gonzalo. Estás en tu casa.

Se desprendió de la zamarra y de los guantes y me siguió hacia el salón. Allí hizo algún comentario concerniente a la decoración, especialmente a las antigüedades. En concreto, se detuvo ante una cómoda heredada de mi abuela, de la que alabó su restauración. Luego empezó a preguntar por una escultura sedente y una imagen de un Cristo yacente, del siglo XII. Es una talla muy pequeña, casi mínima, de madera policromada, sin cruz, que hemos colocado sobre una placa cuadrada de metacrilato. Me costó un tiempo arrastrarlo hasta el sofá. Para que dejara de fisgonear, le ofrecí un café que se apresuró a aceptar. Esperaba que rechazara la oferta. A decir verdad, se lo ofrecí sin pensar, como quien dice «Buenos días», con la seguridad de que recibiría un educado «No, muchas gracias, no te molestes». En vez de eso, dijo que nunca rechazaba una taza de café. Entonces me vi en la obligación de confesar que, *desgraciado* va *desgraciado* viene, se me había agotado el café. Para atenerme a la verdad, lo que hice fue ir a la cocina y permanecer allí un par de minutos haciendo el paripé, para decir al regresar:

—Mis disculpas, comandante. Se nos ha acabado el café.

El comandante estaba a lo suyo, enclorado con la pequeña talla. No miraba, inspeccionaba. Lo sé porque yo misma lo hago a veces, concentrarme en lo que veo a mi alrededor, observando, buscando elementos descuadrados.

—Perdona, Lola, ¿qué decías?

—Que se me ha terminado el café, Gonzalo. Lo siento. Puedo ofrecerte una Coca-Cola Zero o una cerveza.

—No importa. Estoy bien así.

—No has venido por el café, ¿verdad?

Asintió mientras torcía la boca en un amago de sonrisa.

—No. —Me tendió el sobre que llevaba en la mano. Era un modelo corriente, marrón, tamaño folio, que habían sellado con una tira de celofán—. Te he traído una copia del expediente sobre el cuadro que os sustrajeron, tal y como figura en la web Origins Unknown Agency. Por si alguno de esos datos puede ofrecernos alguna pista.

Lo tomé con precaución, usando solo dos dedos, como si pudiera estar contaminado. El comandante se echó a reír.

—¡No te preocupes, señoría! Los delitos no se pegan como los piojos.

—¿Cómo dices? ¿Los delitos?

—No seas así, Lola. Ni tú ni tu marido estáis catalogados como ladrones de arte.

—Pero, por lo que veo, estamos catalogados...

—Mira, Lola...

—Miro lo que quieras, pero antes dime cómo estamos catalogados.

Reconozco que me temblaban tanto la voz como las manos. El comandante se dio cuenta y bajó la presión:

—No estáis catalogados. En absoluto. Que yo sepa, has trabajado años como jueza de instrucción, y debes saber que indagar no significa prejuzgar. Te recuerdo que habéis sido vosotros los que habéis formulado esa denuncia. Y eso es lo que me ha traído hasta aquí. ¿Te parece que volvamos a empezar? —tanteó con una sonrisa.

Extendí las manos en señal de sumisión.

—Tienes razón. Vayamos al salón. Allí, en alguna parte, encontraré unas gafas y podré leer lo que me traes.

Nos sentamos junto a la chimenea. Mientras se desprendía de la bufanda, que dejó colgada en el respaldo, yo quité el celofán y extraje dos folios. En el primero figuraba la ampliación de una fotografía en la que se veía a una señora emperifollada, con el pelo cardado hasta elevar su estatura varios centímetros, y unos llamativos pendientes de brillantes, que posaba delante de un cuadro, una odalisca de Matisse. El temblor que sentí al tocar el maldito sobre, y que se propagó por todos los músculos de mi piel a la velocidad del fuego en día ventoso, se mezcló con otro que no supe identificar: un detalle que no cuadraba. No supe de qué se trataba y lo olvidé. Se esfumó como la poca paz que me

quedaba. Pese a tratarse de una ampliación, y de que haría falta una lupa para verlo con detalle, grosso modo y desafortunadamente, el cuadro en cuestión parecía idéntico al nuestro: la mujer, desnuda de cintura para arriba y tumbada sobre un suelo embaldosado de lo que parecía una cocina, cubría sus piernas con un pantalón abombado de un tono carmesí inconfundible.

Dejé la imagen sobre la mesa y me dispuse a leer el contenido del segundo folio. Recogía los datos básicos de la denuncia presentada por un tal A. F. Müller, doctor en Medicina, con domicilio en La Haya. En dos breves párrafos, explicaba que su padre, doctor del mismo apellido, de raza aria, había comprado en la ciudad de Colonia (Alemania), inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, varios cuadros. Concretamente, mencionaba dos pinturas de Bruyn el Viejo y un *Autorretrato* de Lucas Cranach. Al parecer, a finales de 1941 había recibido la visita de un tal K. Mühlmann, a las órdenes de Goering, que le había ofrecido sesenta mil florines holandeses en efectivo por esas tres obras. Entendiendo que era un precio insultantemente bajo, lo rechazó. Fue entonces cuando el tal Mühlmann trató de extorsionarlo alegando que la señora Müller podría no tener un certificado sanguíneo completamente limpio. Mientras el marchante hablaba, se fijó en la odalisca de Matisse que colgaba en la pared, le dijo que era «arte degenerado» y que le diera las gracias por ayudarlo a desprenderse de ella. Sumando el Matisse, subió la oferta a cien mil florines holandeses. Asustado, Müller decidió vender.

El representante de Goering se comprometió a ir pagando los cien mil florines en diez plazos de diez mil. Lo hizo tres meses consecutivos y luego dejaron de llegar los ingresos. Terminada la guerra, Müller exigió que le fueran devueltas las pinturas, pero estas no aparecieron en la colección de Goering. Se hallaban en paradero desconocido.

Respiré hondo un par de veces y me puse a jugar con un mechón de pelo que me nace justo detrás de la oreja derecha: tiene la mala costumbre de salir disparado. Es un mecanismo que me facilita, quién sabe el porqué, el pensamiento. Y debía pensar, porque cada vez comprendía menos.

—Ese tal Mühlmann que se menciona en el escrito, ¿quién era?

—Un historiador del arte austriaco que trabajó para las SS.

—¿Un profesor austriaco? ¡Esto es de locos!

Yo hablaba de nosotros, pero Gonzálvez pensó que le preguntaba por ese profesor y me soltó otra perorata.

—Bueno, las SS pagaban bien. Habían incautado cientos de obras de arte, que tenían valor, pero no sabían cuánto. Solo almacenarlas se convertía en un enorme problema logístico. Primero usaron museos; luego, edificios oficiales como las embajadas y, finalmente, locales y almacenes. Una vez allí había que clasificarlas. tenían que distinguir entre lo que debía enviarse a Alemania, lo que querían quedarse o comprar los mandos alemanes, con Goering y Hitler en primera fila, lo que podía venderse para financiar la guerra y lo que no eran más que copias baratas. Todo el que tuviera algún conocimiento sobre arte era reclutado para ello. Algunos como Mühlmann eran simpatizantes nazis; otros no. Era tal la carestía de peritos especializados que hasta contrataron judíos. Al académico Max Friedländer, por ejemplo, que había sido el director del museo Kaiser Friedrich, se le retiró el brazalete con la estrella amarilla y fue nombrado, junto a su mujer, «ario honorario», para que pudieran dedicarse *full time* a proporcionar valuaciones para los coleccionistas alemanes. Las guerras son así. Y ellos eran alemanes...

—Lo entiendo, sí, pero...

No me dejó continuar.

—¡Alemanes hasta para eso! —rió entre dientes—. Verás, una de las más prominentes familias judías de aquel momento era la familia Rothschild, que tenía magníficas colecciones distribuidas entre sus pabellones de caza, sus palacios y sus múltiples mansiones. Les confiscaron pinturas, esculturas, muebles, relojes, joyas... El barón Louis Rothschild intentó huir, pero lo pillaron en el aeropuerto y le hicieron regresar a su domicilio en Viena, donde más tarde

fueron a apresarlo. Cuando los oficiales de las SS se personaron en su casa, el barón estaba almorzando, por lo que el servicio pidió a los oficiales que acudieran cuando se les citara. Y ellos obedecieron. Regresaron tras el café y se lo llevaron.

Cuando el comandante hizo una pausa, aproveché para cortarle. Aquello parecía la historia de la Segunda Guerra Mundial en fascículos.

—Gonzalo, ¿de verdad piensas que tenemos algo que ver con un historiador austriaco que ayudaba a los nazis a construir colecciones a precios bajos? ¿Que tenemos algo que ver con el hecho de que, quien fuera que tuviese ese dinero, dejara de abonar los cómodos plazos de diez mil coronas holandesas? Sinceramente, todo esto es absurdo. Si presentaras esto ante mi tribunal, no dudaría en decirte que no hay caso.

—Olvidas la fotografía.

—De acuerdo, hay una fotografía. Pero no tiene un valor absoluto. Además, Matisse no pintó una odalisca, sino una serie de odaliscas, algunas muy similares entre sí. El tamaño no permite ver bien la imagen, pero estoy segura de que, si investigamos, llegaremos a la conclusión de que esa obra está firmada por su autor y de que no es la nuestra. Por no hablar de que la propia fotografía no ha sido certificada.

—En eso te equivocas, Lola. Solo he traído el resumen ejecutivo. Pero el expediente holandés es bastante más largo. En él se indica que el cuadro estaba sin firmar.

Me invadió un cansancio supino, y las lágrimas amenazaron con tomar mis ojos.

—¡No puedo creer que nos esté pasando esto! No doy crédito... ¡Que no, que no está pasando! Tiene que ser algún tipo de pesadilla. Quizás he tomado tantos *desgraciados* que la cafeína me ha afectado al cerebro. Sí, debe de tratarse de una intoxicación. ¡No, ya lo tengo! Es el chocolate. Mira por dónde va a tener razón el dietista y el azúcar es peor que el matarratas. A lo mejor, si me meto en esas mallas elásticas que me trajo Jaime de América y echo a correr por el campo vestida de esa guisa me desintoxico, porque lo que está pasando no es normal.

Gonzalo, que había aguantado mi perorata mordiéndose el labio inferior y bajando la vista, alzó de pronto la cabeza y me espetó en un tono seco:

—Lola, por favor, tranquilízate.

—¿Tranquilizarme? ¡Pero si estoy tranquilísima! Como una lechuga en la ensalada César de un Vips a la espera de ser servida, así de tranquila estoy. ¿Quién será el que nos coma: un austriaco, un alemán, un ladrón de cuadros, el señor Müller o la Guardia Civil? ¡No me jorobes, Gonzalo! ¿Cómo voy a estar

tranquila? ¿Es ahora cuando vas a decirme que mi marido se va a presentar a canciller de Alemania por el partido nazi?

—Señoría, sé que todo esto te ha pillado de sorpresa y que andas perdida en una historia que no comprendes, pero los hechos son los hechos. Dos allanamientos, un robo, la fotografía de Picasso, la ficha en Origins Unknown Agency... Demasiados indicios como para no ir más allá. Si, como dices, estuviéramos en un tribunal, el juez instructor no dudaría en ponerse a investigar.

—¡No, no, eso sí que no! No voy a permitir que me dobles el brazo de esta manera. Estás confundiéndonos de culpables y tergiversando los hechos. Lo que deberías estar investigando es dónde demonios está nuestro cuadro, y quiénes son y dónde se esconden esos ladrones que han entrado en nuestra casa de un modo tan profesional dos veces seguidas. Conozco a muchos ladrones, no tantos como tú, pero sí a unos cuantos, y les tengo en mucha estima, Gonzalo. Estoy segura de que se llevaron lo que querían llevarse y dejaron lo que no les interesaba. Estoy convencida de que sabían lo que buscaban y de que tenían una razón para volver. La única que desconoce qué hacían en mi casa soy yo. Ellos lo tenían claro. —Me detuve para recuperar el resuello. El comandante sonrió, pero no hizo comentario alguno—. Tanto tú como yo sabemos que ladrones de ese porte, profesionales bien preparados y con buenos medios, no hay muchos. ¿Por qué no tiras de ese hilo? Que, por cierto, no es el único. Si te importara, lo que deberías estar investigando es quién los contrató y por qué está machacando a mi familia de esta manera. Porque eso es lo que está ocurriendo. Tratándose de un cuadro sin firma ni certificado alguno, lo que lo hace difícilmente vendible, pongo en duda que tuvieran razones económicas. Pero aunque me confundiera, si su única motivación hubiera sido quedarse con el cuadro, no tendrían que haber vuelto. Su segunda aparición no tiene ningún sentido. ¿Por qué no te centras en investigar el «regalito» que nos dejaron en su segunda visita? En fin, Gonzalo, soy más vieja y tengo más experiencia que tú. A veces, me achacan que soy demasiado ingenua. Bueno, me viene bien que así lo crean. Pero te juro que no me chupo el dedo. Deberías estar preguntándome a qué político debo juzgar, o de qué empresario tengo un expediente abierto. Pero no lo haces, y eso me extraña. Dime qué demonios buscas aquí. Y dímelo ya.

Gonzalo se puso en pie y, sin mediar palabra, comenzó a recorrer arriba y abajo la alfombra con las manos a la espalda y la cabeza mirando al suelo. Yo me acerqué a la ventana, corrí la cortina y miré hacia el exterior. El tiempo estaba tan gris como mi ánimo. Unos instantes después, en un tono monocorde, Gonzálvez rompió el silencio:

—Me gustaría ayudarte...

—¡Ah, estupendo! Dime que estás haciendo todo esto por mi bien.

—Pues sí, es cierto, quiero ayudarte.

—¿Por qué quieres ayudarnos? —Marqué mucho el plural.

—Soy guardia, es mi obligación. Además, me ha llamado algún colega que te conoce: me han dicho que eras de fiar, que eres una buena jueza, competente y honrada, que, además, respeta al Cuerpo. En el poco tiempo que he tenido contacto contigo y con tu marido he llegado al convencimiento de que es un juicio acertado. Como casi todo en esta vida, una relación profesional se basa en la confianza. La cuestión es si tú confías en mí. Si no es así, seguiré por mi cuenta. Llegaré hasta donde haya que llegar, pero iré mucho más despacio. —Respiró hondo y añadió—: Estoy seguro de que estás en posesión de datos o, al menos, de sospechas que no has compartido conmigo. Si me pones al día, Lola, podré ayudarte. En otro caso, no. Y reitero que me gustaría hacerlo.

—De acuerdo. Te explicaré lo que sé más allá de lo que hemos comentado. No te emociones, que no es mucho.

Volvió a sentarse.

—Adelante, soy todo oídos.

Sin prácticamente encorsetar mi discurso, le conté la historia que rodeaba a Paulina. No toda: omití hablarle de esa cuartilla, de Ekai Zapala, de Argentina y del asunto del barco. Me escuchó con todos los sentidos atentos. No puedo asegurar si lo que narré fue para él una sorpresa o simplemente sirvió para corroborar lo que ya sabía.

—No tengo más datos sobre ella.

—¿Y no tenéis algún familiar próximo, ya sabes, una tía soltera mayorcísima que viviera con tus suegros, una tía abuela monja de clausura o similar, que pueda ofreceros más información sobre esa cocinera o sobre su familia?

—Me temo que todos los parientes o personas cercanas capaces de informarnos sobre esa mujer están bajo tierra. Solo quedan algunos testimonios documentales.

—Quizás haya que reducir el foco...

—Lo reduciría encantada si supiera cómo. En ese extremo, agradezco cualquier ayuda.

—Bueno, por mi experiencia sé que hasta que no te metes en el pellejo de la persona a la que investigas, hasta que no la comprendes, no eres capaz de imaginar sus acciones. Te va a parecer una tontería, pero quizás si te pones sus joyas, sus vestidos, sus tacones, seas capaz de pensar como ella.

—Aun poniéndome su ropa interior, no podría comprender a mi suegra. Pero gracias por el consejo. ¿Tienes algún otro?

—Consejo no, pero, si te sirve de algo, me ofrezco a examinar contigo esos papeles que tenéis en el altillo. A ver si se confirma el hecho de que cuatro ojos ven más que dos.

Tampoco lo pensé demasiado. Nos pusimos en pie. Mientras subíamos por la escalera, le advertí:

—Tus pantalones son claros, y el altillo está muy sucio. Te vas a manchar.

—¡Quién dijo miedo habiendo lavadoras!

—Espero que puedas sostener eso cuando llegues a casa. Tu mujer tiene ya bastante con el bebé.

—¡No me seas anticuada, señoría! Estamos en el siglo XXI. En mi casa, la lavadora está dentro de mi perímetro de consolidación.

En efecto, el mundo está cambiando mucho. Aunque hay cosas que nunca cambian. Nada más sentarse en el altillo, Gonzálvez se convirtió en guardia. Resulta una transformación tan extraña como completa, que he podido observar en muchas ocasiones. Intenté imitarlo, porque estaba completamente fuera de mí. No logré concentrarme como él, de inmediato, pero sí en unos minutos. Como si el polvo del altillo tuviera la capacidad de transportarnos por el tiempo hasta el lejano 1945, como si aquellas cajas nos abrieran el paso a un microcosmos lejano, nos pusimos a leer.

Una hora después el polvo había logrado infiltrarse en nuestra ropa, en nuestras manos, en la garganta, en las pituitarias y hasta debajo de las uñas, pero seguíamos como al principio. Perdidos. En aquellas cajas no había nada que nos orientara. O al menos, no habíamos logrado encontrarlo.

—Creo que necesito un poco de cafeína, Lola. Me estoy quedando dormido. ¿Qué tal si nos vamos al pueblo a tomar un café?

—Me parece una idea estupenda. Me cambio de ropa en un santiamén.

Bajamos. Le indiqué dónde estaba el aseo de invitados, y yo me fui a mi dormitorio. Me lavé las manos y me deshice de la camisa. Al ir a aplicarme desodorante, me acordé, con rabia, de que había quedado en ir a depilarme a las nueve. Había perdido la cita y, créanme, me hacía mucha falta. Me puse otro jersey y regresé al salón. Gonzálvez estaba ya listo: zamarra, guantes, bufanda y sonrisa en su sitio.

—He dicho lo del café sin darme cuenta de que es sábado y de que quizás tengas planes con tu marido, Lola. Me he presentado sin avisar y...

—No te preocupes, Gonzalo. Mi marido está de viaje. Regresa mañana. O eso creo, nunca me aclaro con las diferencias horarias.

En ese preciso momento recordé a mi padre: solía insistir en que no diera explicaciones a quien no las merecía. Sé que tenía razón, pero nunca he conseguido seguir su consejo: se me van las palabras.

—¿En qué continente está?

Traté de salir por la tangente. Aquel guardia empezaba a resultar cargante.

—Jaime viaja mucho. Por su tipo de trabajo. Muchas veces no sé ni dónde está.

—¿Tampoco esta vez?

¡Ah, cómo me hubiera gustado saber fingir! No puedo precisar qué parte de mi torpeza tiene que ver con la falta de práctica. Si pudiera achacarlo a impericia, lo único que precisaría sería entrenamiento, adiestramiento y,

finalmente, soltura. Ya conocen el dicho: «Mientras más mentiras cuento, menos me parece que miento». Pero mucho me temo que mi inhabilidad procede de mi educación. Es fruto de un convencimiento interior que, sin duda, tiene por madrinas a las monjas de Getxo, y en especial a sor Dolores: ella me inculcó los primeros valores en los tiernos años en que acudía con babi rosa a la escuela. Sostenían que torcer la verdad era una mala costumbre que, como todas las malas costumbres, te convertía en peor persona, amén de que te pillaban seguro.

En fin, confirmo que juego mal al mus, no sé regatear y se me asoman las mentiras como granos de pus en medio de la frente. En cierta ocasión en la que una mentira piadosa hubiera limado la difícil respuesta y yo no fui capaz de ofrecerla, un fiscal me regaló un libro curioso. El autor, un japonés de apellido japonés, sostenía que el mundo funciona medianamente bien porque las relaciones humanas están aceitadas por mentiras. Lo importante es distinguir entre las mentiras dañinas y las eficaces: vamos, que una cosa es decir a tu mujer que está muy guapa y muy delgada, cuando es manifiestamente fea y tiene un culo XXL, y otra afirmar que el negocio va muy bien cuando está en quiebra. Con la primera no haces daño a nadie; con la segunda, a todos los acreedores. Dejando la moral aparte, tener que estar pensando en cada ocasión si la trola que voy a contar es eficiente o, como decían las monjas, me hace peor persona, me pareció agotador. Por no hablar de cuando el japonés se volvió misógino y diferenció entre las terriblemente eficaces mentiras de los hombres y las propensiones sediciosas y sibilinas de las mujeres. No me costó cinco minutos llegar a la conclusión de que al escritor la sinceridad le importaba un rábano: lo que quería era vengarse de las dos parejas que, según lloraba entre páginas, lo habían abandonado mientras le decían lo guapo y joven que lo encontraban.

El comandante se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—De lo mal que mientes, señoría.

—Tienes mucha razón, miento mal, Por eso soy de fiar. ¡Vamos a por ese café!

Fuimos en su coche. Gonzálvez volvió a la carga en cuanto me puse el cinturón.

—¿Dónde decías que estaba tu marido?

—Está en Argentina —confesé.

—¡Vaya! —soltó. Luego se mordió la lengua.

—Vaya, ¿qué?

—Solo vaya. No es un buen sitio para hablar de lo que estamos hablando.

Entonces la que guardó silencio fui yo.

—Tras perder la guerra, muchos de los mandos de las SS que lograron escapar del cerco aliado escogieron Argentina para esconderse. El Gobierno de Perón expidió salvoconductos a cientos y permitió que cajas y cajas procedentes de Europa entraran en el país sin pasar por la aduana. Se dice que muchas pinturas desaparecidas cuelgan de las paredes de alguna casa de Bariloche...

Al oír el nombre de la ciudad me dio un vuelco el corazón. Había recibido el correo de Corine con las claves del viaje de Jaime a Argentina. Le había cogido un pasaje de ida y vuelta a Buenos Aires, y otro, un viaje exprés, a Bariloche el domingo. Fue en ese momento cuando noté el zumbido. Me entretuve mirando fijamente cómo vibraba mi móvil, pero no lo toqué. Había visto el nombre de Ekai en la pantalla y no quería que Gonzalo supiera de su existencia.

—¿No vas a cogerlo? Quizás sea importante —preguntó el comandante frunciendo el ceño

—Se habrán equivocado, ocurre a menudo.

—¿Y cómo lo sabes si no lo coges?

—Si quieren algo, vuelven a llamar.

Ekai Zapala telefoneó unos minutos después, cuando ya estábamos en el café. Me levanté y salí para hablar con más tranquilidad.

—¡Don Ekai, gracias por llamar! ¿Ha podido averiguar algo?

—¿Que si he podido? ¡Pues claro! ¿Acaso lo dudabas?

Me eché a reír.

—¡Por supuesto que no! ¡Somos de Bilbao!

—Te cuento: el 14 de noviembre de los años 1947 y 1948 no hubo servicio. Motivos climatológicos. Sí lo hubo el año 46, y su destino fue Argentina. También el 49, con el mismo destino. Entre el pasaje del 46 había un niño de seis años y dos niñas de diez y doce. En el del 49, bebés más pequeños. De modo que tu año fue el 46. Como te dije en su momento, el que buscas tuvo ayuda. Y muy probablemente, disponía de bastante dinero. ¿Quieres la lista de pasajeros?

—Pues si es posible, me gustaría. ¡Millones de gracias, don Ekai! Me ha sido de mucha utilidad.

Regresé al café. En la calle me estaba pelando de frío. Gonzálvez estaba de espaldas a la puerta. Hablaba por teléfono en inglés. Lo hacía en voz baja. Yo no tengo el oído de un lince, pero pude captar una palabra fatídica que me hizo darme la vuelta, coger un taxi y encerrarme en casa.

Aunque no capté más que palabras sueltas, entendí algo extremadamente revelador: «Apuesto a que está en Bariloche», dijo.

La Guardia Civil es un cuerpo de naturaleza militar con reglas muy estrictas, que no han variado prácticamente desde su nacimiento, allá por 1852. Esas reglas se encuentran reunidas en un librito que se conoce como *La cartilla*. Obviamente, lo he leído: todo juez debería hacerlo, porque antes o después debes trabajar con miembros de ese Cuerpo y es mejor comprender por qué y cómo hacen las cosas.

La cartilla recoge aspectos enjundiosos como el honor, principal divisa del Cuerpo, o la prudencia y firmeza sin violencia, junto a otros que pueden parecer circunstanciales pero no lo son tanto. La necesidad de sortear las malas compañías y evitar los malos modos, la insistencia en las normas de urbanidad y el decoro hacen del guardia, en mi opinión, un tipo muy específico de servidor público.

Esas cautelas externas estaban, todas ellas, presentes en González. Pero faltaba una esencial: que un guardia, salvo motivos muy excepcionales, nunca va solo. Como reza *La cartilla*, la pareja es la unidad indivisible de la Guardia Civil. Ir en pareja permite a los guardias protegerse mutuamente de cualquier ataque y de interpretaciones torticeras. Ir en pareja les da la posibilidad de comentar las entrevistas, perfiles o escenarios y sacar conclusiones. Ir en pareja aleja el fantasma de la corrupción o de un ejercicio abusivo del poder. Se mire por donde se mire, es una cautela muy lógica y muy prudente. Pero González siempre había venido solo. Y eso no era todo: siempre conducía el mismo coche. Habíamos ido a la cafetería en el VW Polo blanco, el mismo con el que había venido el primer día a casa y el segundo día al juzgado. Eso era inconcebible.

La Guardia Civil cuenta con un parque móvil. Los agentes cogen el coche que está disponible, no el que quieren. Por ello, la probabilidad de que en tres ocasiones sucesivas a González le hubiera correspondido el mismo vehículo resultaba remota. Y no era su coche particular, porque la llave no tenía llavero, sino una cuerdecita, y no olía a familia, sino a limpio.

Solo había dos posibilidades: o Gonzálvez no era Gonzálvez, o Gonzálvez no era guardia.

«¡Cómo he podido ser tan estúpida! Ni siquiera le he pedido que se identificase. Me he tragado su historia a la primera, como una novata. ¡Qué imbécil!»

Las manos me temblaban de puro nerviosismo cuando marqué el teléfono de mi contacto, esta vez rigurosamente verificado.

—¡Padilla! ¡Qué alegría, menos mal que me coges el teléfono!

—Cuando me llama, siempre contesto, Lola.

—Perdona, tienes razón. Quería decir que lo coges tan pronto, bueno, siempre contestas pronto, es que... ¡Dios, estoy metida en un buen lío!

—¿Tiene que ver con su marido y con esos mensajes de e-park?

Me quedé un instante colapsada, con un cuchillo imaginario pinchándome el estómago. Era cierto: la chica de las tetas postizas. Tendría que ocuparme de ese asunto. Pero antes tenía que sacar a mi familia del lío.

—No exactamente, es algo peor. Verás...

—No siga, Lola. Recuerde lo que hemos comentado tantas veces. «Lo de siempre», ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Como habrán podido adivinar, «lo de siempre» es una clave. Una buena clave, tan buena que ni siquiera la he tenido que anotar. No sé si a alguno de ustedes le pasa: yo tengo tantas claves, pines y contraseñas que me he visto obligada a hacerme una chuleta. Para proteger la chuleta puse otra clave. Esa era la única que debía memorizar. Pero nunca lograba recordar cuál de ellas había escogido para ser la clave de las claves, y me tocaba pinchar, una y otra vez, en el pequeño *link* de debajo de las webs que reza: «¿Ha olvidado su clave?», aunque quieran decir: «¿Ha olvidado su clave *otra vez*?». Lo ponen tan pequeño que los que, como yo, olvidamos las claves y coincidimos con los que sufren de vista cansada no lo vemos. En fin, no quiero aburrirlos. Después de muchas idas y venidas, finalmente me he confeccionado una nota en el móvil con todos los secretos bien ordenaditos y por colores. Como me lo roben, me despluman por completo.

«Lo de siempre» no está en esa nota. No hace falta. Cuando Padilla y yo queríamos hablar sin que nos escucharan, quedábamos en un bar próximo a la Audiencia, un local de corta iluminación y largos olores, con cuatro o cinco mesas vestidas con manteles de cuadros blancos y negros. El dueño era amigo suyo. En cuanto lo veía entrar, le preguntaba: «¿Lo de siempre?», y él respondía como si fuera la primera vez: «¡Lo de siempre!». Lo curioso del caso es que «lo

de siempre» era cada día una cosa distinta, a cual más rica: la esposa del dueño era una gran cocinera.

Antes de acudir a mi cita en clave con Padilla, pasé por casa, cogí una bolsa y en ella metí con sumo cuidado, sujetándolo solo por las esquinas, nuestro Cristo enmarcado en metacrilato. Añadí el sobre con los datos de la web holandesa. Preferí llamar a un taxi para que me llevara a la cafetería. En veinte minutos estaba allí. El local seguía como siempre: los olores de siempre, la gente de siempre, las sillas de siempre. Todo, salvo mi amigo Padilla. Me recibió el dueño.

—¡Señoría, benditos los ojos! ¿Cuántos años hace que no la veíamos: cinco, seis?

Sonreí mientras le estrechaba la mano.

—Quizás siete, Roberto, en todo caso demasiados. He echado de menos este olor. ¿Su mujer sigue al mando?

—¡Y yo a sus órdenes! Padilla ha llegado ya, está en el servicio. Siéntese, ¿lo de siempre?

—¡Naturalmente!

En efecto, Padilla (que es mi amigo y por eso puede venir a verme sin estar acompañado de su pareja) salió un minuto después del baño secándose las manos con su pañuelo.

—Jueza... —dijo, y se sentó frente a mí.

Casi de inmediato, comenzaron a llegar las viandas.

—Inspector, gracias por venir tan rápido.

—La he visto angustiada —respondió mientras saboreaba su cerveza y fingía no prestarme atención.

—Lo estoy.

Me incliné hacia delante, pero no fui capaz de decir nada. Cogí la bolsa y la dejé sobre la mesa. Me miró con extrañeza.

—¿Qué es esto, Lola?

—Un crucifijo y un sobre. En realidad, no es un crucifijo, sino un Cristo. Vamos, que no tiene cruz. Es una pieza antigua. —Empujé con cuidado la bolsa por la mesa hasta situarla a su lado.

—¿Quiere que lo abra?

—¡No, por Dios! Estropearías las huellas. Creo que serán buenas, ¡lo ha tocado todo!

—Huellas, ya... Lola, ¿me puede contar de qué va esto?

Me eché las manos a la cabeza y traté de retirarme los rizos de la frente.

—No sé ni por dónde empezar, Padilla.

—¿Por qué no me cuenta la razón de su llamada?

—De acuerdo, muy bien. Tienes razón, empecemos por eso. He estado viéndome con un tipo que dice ser guardia. Estoy convencida de que no lo es.

—¿Que ha estado qué?

—He estado viéndome... —me di cuenta enseguida de la confusión—. ¡Ah, no, no me seas...! Quiero decir que he estado en contacto con un guardia, o quizás no...

—Supongo que se refiere al tipo cuyas huellas están en este Cristo. —Asentí—. Comprendo, ¿y cómo ha llegado a la conclusión de que no es guardia?

—Siempre viene solo, y con el mismo coche, y...

—Si va solo, no es de los nuestros. La pareja es...

—Lo sé: es la unidad indivisible de la Guardia Civil. Dijo llamarse Gonzalo González...

—Conozco a Gonzalo González. Su padre fue uno de mis mentores.

—¿Un chico joven, atlético, delgado, de buena facha, que acaba de ser padre?

—El mismo. Un buen guardia. Majo. Guapete. ¿Qué problema tiene con él? Empecé a balbucear: no esperaba esa respuesta.

—No lo sé, Padilla. Pensé que... Bueno... Como no... Y luego le oí lo de Bariloche: lo acabo de dejar plantado en una cafetería cercana a mi casa.

—¿Cómo que le ha dejado plantado en la cafetería? Eso no puede ser. Está en el hospital. Cuando le avisaron de que su esposa estaba de parto, se puso nervioso y salió corriendo hacia la clínica. Lo atropelló un coche en un paso de cebra y le partió tibia y peroné. Lo han tenido que operar y lo tienen inmovilizado.

—Pero he estado con él hace media hora y andaba la mar de bien...

—Espere un momento.

Sacó el móvil y lo manipuló hasta que le devolvió la imagen que buscaba. Era un hombre joven, atlético, delgado como González, pero no era *mi* González. Aquel tenía una espectacular nariz aguileña.

—¡Con razón Niní le llamó águila!

—¿Cómo dice?

—Que este no es el hombre que se ha presentado en mi casa diciendo que era González y que venía a ayudarnos con nuestro problema.

—¿Qué problema?

—¡Cierto, aún no te lo he contado! Es que estoy como un flan. Verás, Padilla, entraron en casa y nos robaron un cuadro, una birria que heredamos de mi suegra. Pese a todo, pusimos la correspondiente denuncia. González vino a casa diciendo que era de la UCO y me aseguró que el cuadro en cuestión

figuraba en un listado de obras de arte desaparecidas durante la Segunda Guerra Mundial que ha elaborado el Gobierno holandés. Todo está en la bolsa...

—¿En el Cristo?

—¡No, no! En la bolsa está la talla del Cristo con sus huellas. Y también hay un sobre. Me lo dio él.

—Entiendo. Si no llevaba guantes, ahí están también sus huellas, pero ¿qué contiene?

—Un resumen del expediente que está en la página web holandesa.

Mientras hablábamos, Padilla echó los brazos hacia atrás y alcanzó unos guantes que tenía guardados en los bolsillos del abrigo. Se los puso y con cuidado sacó el sobre de la bolsa y luego los folios que contenía. Volví a ver la imagen de la señora emperifollada con el cuadro de Matisse a su espalda, y reviví la sensación de que algo se me escapaba.

—Supuestamente, ese es nuestro cuadro robado —aclaré.

—Lo siento, Lola, no consigo seguirlo.

—No me extraña, ni yo misma me sigo. A ver cómo digo esto...

—Pues todo tieso, Lola. Es lo mejor.

—Cierto, Padilla. Veamos: ese tipo que se hace pasar por González cree que la familia de mi marido colaboró con los nazis y que ese cuadro, expoliado a algún judío, forma parte del pago recibido por esa ayuda. Suena absurdo, ¿verdad? Eso pensé yo, pero cuanto más indago, más feo se me antoja.

—Lola, se lo juro: esta vez se ha superado. ¡Sí, señor, se ha superado! Hemos vivido asesinos, etarras, locos, ladrones de guante blanco... Pero ¡¡nazis!!

—Padilla, tienes que creerme: esta vez no he sido yo. Soy inocente como un niño recién nacido.

—¿Quién es ese tío, Padilla? ¿Qué quiere? —le pregunté mientras daba cuenta de una croqueta de boletus.

Desafortunadamente, no sería la única. Padilla pidió su tercera caña; yo seguía con mi Coca Zero (para compensar).

—Sexo. Es lo que queremos todos —respondió socarrón. Padilla no pierde ocasión.

Me había quitado el abrigo e iba a hacer lo mismo con la chaqueta, pero recordé que necesitaba depilarme y me quedé como estaba.

—¡Venga, que hablo en serio!

—Y yo en sirio. Un tipo que se hace pasar por un guardia no quiere nada bueno. Tenemos que tener en cuenta que Gonzalo González existe. Quien sea que esté detrás de esto se ha tomado la molestia de comprobarlo y enviar a alguien parecido físicamente. Eso no es bueno.

—¿Y cómo de malo es?

—Hay que ponerse en marcha.

—Mientras venía hacia aquí, he estado pensando en lo que nos ha pedido, en las cosas en las que ha insistido. Sus conversaciones se centraban siempre en la existencia de documentos que certificaran la propiedad o autenticidad del cuadro robado. ¿Crees que podría ser uno de los ladrones? Pero si es así, ¿a qué viene volver solo para dejar esa fotografía? Digo yo que, en el mundo del hampa, con esa imagen podrían colocar fácilmente esa falsificación. El relato suena bien. O quizás... ¡No sé, Padilla, estoy hecha un lío!

—Necesito pensar, Lola. ¿Qué tal si paseamos?

—¡Por Dios, Padilla, estamos bajo cero! Se nos va a congelar la mente.

Padilla sufre alopecia y, aunque disimula su calvicie con una especie de cortina de pelo que hace nacer en el lateral izquierdo y le cuelga hasta el derecho, no puede ser inmune a las inclemencias meteorológicas. Echó mano al bolsillo y sacó un gorro de lana.

—Gracias por su preocupación, señorita, pero vengo con funda.

—¡Como quieras, pasearemos! —refunfuñé—. No te olvides de la bolsa. Huellas, ¿recuerdas?

Padilla volvió a meter el sobre en ella.

—Huellas o un micrófono... Dice que estuvo mucho tiempo toqueteándolo. Démelo, yo me ocupo.

Como comprenderán, perdí el color.

Padilla fuma unos puros italianos oscuros, casi negros, rugosos y retorcidos como sarmientos, de olor espantoso, aptos para muy pocos pulmones. Como nadie lo soporta, debe encenderlos en la calle. Mi buen amigo sacó uno que ya había encendido antes y me rodeó con su aroma.

—Tenemos que dar con él, Lola. ¿Qué juzgado tramita la denuncia?

—Si te soy sincera, ni lo sé. ¿Por qué?

—Porque quiero consultar el repetidor. Si salieron de casa hacia las ocho y recibieron la llamada de la seguridad de la urbanización a las diez, el margen temporal es muy corto. Resultará fácil ver qué móviles se conectaron al repetidor en ese periodo.

—No te sigo.

—Si, estando en tu casa o cerca de tu casa, alguien llamó o recibió llamadas por el móvil en ese intervalo, el repetidor las captó. Si el juzgado me da autorización, y no hay duda de que me la dará en cuanto les diga de quién es la casa, rastreando esos teléfonos podemos ver quién estuvo cerca. Y si una de esas personas es el falso Gonzálvez.

—Yo tengo su número de teléfono.

—¿De veras? ¿Le ha llamado alguna vez, o le ha llamado él?

—Pues ahora que lo dices, creo que me llamó él. Ponía número desconocido. Pero me dio un número... ¡Espera! Cuando estuvo en casa la primera vez, le llamaron al móvil, dijo que era su mujer.

—Entonces, miel sobre hojuelas. Con esos datos podemos ver hacia dónde se dirigieron él y sus compinches y qué repetidor cercano siguió captándolos. A ver si hay alguien conocido, aunque no lo creo.

—¿Por qué no lo crees?

—Conocemos a la mayoría. Son expertos en robo, pero no necesariamente en arte. A través de la persona que le revisa la instalación eléctrica, de una compañía de mudanzas, de alguien que va a montarles un mueble o una lámpara, tienen noticia de que hay algo valioso en un domicilio y van a por ello. ¿Han comprado algún mueble recientemente o hecho reformas en su casa? ¿Les ha visitado alguien en las últimas semanas que le pueda hacer sospechar?

—Ni obras ni mudanzas, pero sí una visita.

Mientras yo le hablaba de la cena, del interés de JJ por el cuadro de la odalisca, del otro con el arlequín que yo cedí para la subasta benéfica, de la desaparición de mi pulsera y de las dificultades que Jaime atravesaba, Padilla chupaba con mimo aquel asqueroso puro.

—¿Y dónde dices que trabaja ese JJ?

—En un hospital neoyorquino.

—Capital judío, supongo.

—En efecto.

—Muy bien. Me pongo. No hable con nadie de esto. Saque uno de esos móviles encriptados. No me mire con esa cara, sé hacer mi trabajo. Y díglele a su marido que siga el mismo consejo. Si es quien yo pienso, debemos ir con cuidado.

—Me estás asustando.

—Eso es exactamente lo que pretendo.

—Pues lo has conseguido. Gracias. ¿Me llamarás?

—Lo pensaré. Una cosa para terminar: ¿qué le dice su intuición? Ambos sabemos que tiene genes de meiga.

Pese al frío, me sonrojé.

—Esta vez no me dice gran cosa, aunque...

—¡Ahí quería llegar! Cuénteme sus cuitas, señorita. La escucho.

—De acuerdo. No me extrañaría nada que mi familia política ayudara a esos nazis a salir de Europa. Y no se lo echo en cara. No puedo juzgar a mis suegros o a sus padres, creo que se limitaron a ser hospitalarios y solidarios. Lo fueron en el caso de Paulina, la cocinera, y lo fueron con los alemanes que les pidieron ayuda. Si hoy en día se los juzgara duramente, no me parecería justo. Quiero pensar que mi marido no me ha contado nada de esto porque teme las repercusiones que tendría en mi carrera. ¿Te imaginas las portadas? «El marido de una jueza del Supremo, cuya familia colaboraba con los nazis, tiene en su casa obras de arte robadas a los judíos durante la guerra.» Creo, sinceramente, que por eso me ha mantenido al margen.

—Para llevar tantos años casado con usted, lo conoce poco —apostilló el inspector cargado de razón.

—Cierto, achaquémoslo al nerviosismo. Respecto al cuadro de la odalisca, siempre habíamos pensado que era una copia. Igual que el arlequín. Desde luego, eran antiguos. No sé si de esa época o no, pero no estaban pintados hoy. Sin embargo, cuando miro las pruebas, mi corazón me dice que no es posible...

—¿Pruebas? ¿Se refiere a las fotografías?

—Sí, sobre todo a esa que llevas en el sobre. Al mirarla, algo me dice que no es nuestro supuesto Matisse, pero no consigo saber por qué.

Paseábamos por la plaza de Santa Bárbara. Padilla se detuvo ante uno de los bancos, depositó la bolsa en él, sacó de nuevo la fotografía del sobre y me la entregó.

—Olvídese de las huellas y mírelo bien. Dígame qué ve.

—¡No lo sé, Padilla! La he mirado cien veces. Sé que hay algo que no cuadra, pero no consigo saber qué. ¡Ese cuadro ha estado colgado en casa y nunca me he parado a mirarlo! Era de mi suegra... y, además, muy feo. No quería colgarlo, pero mi marido insistió. A mí me recordaba a una mamografía.

Padilla rio divertido.

—No te rías de mí.

—Lo siento, es que me lo pone difícil. ¿Mamografía?

—Lo sé, debería tratarse de algo erótico, pero esa chica sujetándose el pecho... A ella sí le ha dado tiempo de ir a depilarse.

Me detuve en seco.

—¿Cómo dice?

—¡Eso es! ¡Mira: esta mujer tiene vello en las axilas!

Se acercó para contemplar la imagen.

—Muy cierto. ¿Por qué lo dice?

—¡Porque la de nuestro cuadro no lo tenía! En aquella cena, JJ explicó que la completa ausencia de vello en el cuerpo de la mujer era uno de los rasgos repetidos en las pinturas de Matisse... ¡El cuadro es falso!, ¡ahora lo podemos demostrar!

—¡Esa es la Lola que yo recordaba!

—¿Conoces a un tipo de una organización de ladrones de arte, se llamaba Rafin, Roffil o algo así? Estudió en Eton.

—Un tipo de una organización de ladrones que estudió en Inglaterra. ¡Se explica igualito que Cervantes, Lola!

—Tienes razón, ha sonado como mi hija pequeña: me preguntaba si conocía a su amiga María que tenía el pelo amarillo y gafas... En este caso, no recuerdo cómo se llamaba, pero al parecer era muy conocida. Y su director...

—El de Eton.

—El mismo. ¡Dios, qué fue lo que dijo! ¡Ya me acuerdo: que era experto en negociación de rehenes! Sonaba al MI6.

Sonrió.

—Se refiere a Radcliffe: el director del Art Loss Register, ¿verdad?

—¡El mismo! ¡Sabía que me entenderías! ¿Podrías llamarlo y contarle lo del vello?

Su rostro se había nublado con una expresión apesadumbrada.

—Déjelo en mis manos. ¿Le paro un taxi?

—Sí, gracias. ¿Te pasa algo, Padilla?

—No, nada. Hable desde sus otros móviles, ¿de acuerdo? Estamos entre gente peligrosa.

—De acuerdo.

Cuatro horas más tarde, estando ya en casa, sonó el teléfono. Un número oculto. Pese a las advertencias de Padilla, respondí.

—Lola, soy yo, no me cuelgues, por favor...

—¡Jaime, ¿dónde estás?!

—En Argentina, pero eso no importa ahora. Lola, ¿confías en mí?

Dudé un instante, pero respondí.

—Sí, claro. Aunque no me lo pones fácil, confío...

Me cortó.

—¡Gracias! Escucha, es importante. ¿Te acuerdas de los cuadros que nos regaló mi madre?

—Es broma, ¿no? El maldito cuadro nos está causando...

—¡Déjame terminar! No hablo del Matisse, sino del otro, el del arlequín. ¿Localizaste al que lo compró?

—Naturalmente. Estaba de viaje, pero llegaba ayer, creo. ¿Por qué?

—Tienes que ir a verlo y recomprárselo. Dile lo que quieras, pero recupéralo.

—¿Que lo recompre?

—Hazlo y, por una vez en tu vida, no preguntes. Cuando regrese, te lo explico. No digas a nadie que te he llamado. A nadie, y mucho menos a Gonzálvez.

—De acuerdo, pero... Jaime, ¿estás ahí? Tengo que contarte algo importante: puedo demostrar que el cuadro es falso... ¿Jaime? ¿Estás ahí?

Había colgado. Sin tardanza, llamé desde uno de mis móviles no detectables al coleccionista de arlequines y le expliqué que mi marido se había enfadado mucho por haber donado ese cuadro, ya que procedía de su difunta madre. ¿Tendría a bien devolvérmelo? Yo me comprometía a reintegrarle el precio y, si hacía falta, compensarlo por las molestias. Me respondió que lo comprendía y que no tenía inconveniente.

—Estupendo, muchas gracias. Paso a recogerlo en una hora.

—Estaré en casa. Respecto a las molestias, ¿qué te parecen dos mil euros en metálico? Al fin y al cabo, cambié el marco. Y he agujereado la pared.

—Te estás pasando.

—No soy yo quien ha vendido lo que no debía. Si quieres que te lo devuelva, ese es mi precio.

—Eres un ladrón.

—Llámame lo que quieras, pero no tardes. Tengo cosas que hacer.

Me ardía el estómago. Estaría un tiempo sin volver a mirar rebajas. Expedí un cheque nominativo, preparé un contrato simple de compraventa y fui a su casa.

—Adelante, Lola, pasa al salón.

—No. Tengo prisa.

Recibí el cuadro, esperé a que firmara el contrato y le pedí un recibí por el dinero. Lo hizo a regañadientes.

—Por cierto, recuerda declararlo a Hacienda: el cheque es rastreable. Una de mis nueras, la esposa de mi hijo Rodrigo, es inspectora de Hacienda. Inspectora jefe, para ser más exacta.

Me marché siendo más pobre y propietaria de un cuadro horrible. Sé que la venganza es malsana, pero yo no soy perfecta. Envié un mensaje a Jaime: «Cuadro en mi poder. Tengo que hablar contigo: es importante». Recibí poco después la respuesta: «Llévaselo a Salvat. Cuanto antes».

—¿Salvat? ¡Lo que me faltaba!

JAIME

1

Tras mi discusión con Lola, me dirigí al CSIC. Cuando llegué al edificio, era más tarde de lo habitual, tanto que apenas quedaban un par de plazas libres en el aparcamiento. Gracias a Dios, el director tiene una plaza reservada. Fuera, desde hacía horas, caía una lluvia menuda, lo que había provocado que un resalte oscuro rodeara los vehículos aparcados, a excepción del viejo Porsche del doctor Hernández, que utiliza la plaza pero no el descapotable: un lío posdivorcio. Me vino a la cabeza nuestro gerente, un tipo exageradamente obsesionado con el control. Pensé que bien podría dar cuenta de la hora de llegada de cada uno de los funcionarios con solo analizar el grosor de ese cerco.

Tomé el ascensor sin cruzarme con nadie. En el despacho encontré a Corine al teléfono. Iba en vaqueros: los viernes vestimos *casual*. Corine en vaqueros es..., ¿cómo lo describiría? Podría decirse que sería una buena modelo para Botero. Por descontado, nunca le diré nada, amén de que podría acusarme de acoso o machismo; si a ella no le importa, a mí tampoco.

—¿Algo de particular en mi ausencia, Corine? —susurré.

—¿Quiere un café, don Jaime? —me respondió también entre susurros.

—Naturalmente. ¡Eso ni se pregunta!

Conozco bien a mi secretaria. Por eso me extrañó su pregunta (me trae el café casi antes de darme los buenos días) y puse más atención. Así pude ver flotar en sus ojos una sombra oscura. No fui capaz de distinguir si era miedo o dolor, pero, desde luego, se palpaba su preocupación. Me senté ante el ordenador y abrí el correo electrónico. Lo tengo también en el móvil, de modo que nada de lo que viera podía sorprenderme y, no obstante, por algún irracional mecanismo psicológico, sentí cierta intranquilidad.

Corine tocó la puerta antes de entrar. Llevaba mi taza de café en la mano.

—¿Ha tenido buen viaje, doctor?

—Todo bien, gracias.

—Llamó su mujer preguntando por sus citas...

Disimulé lo mejor que pude, aunque Corine me conoce de sobra.

—¡Ah, ya he hablado con ella, gracias! Bueno, cuénteme de una vez qué es lo que ocurre.

—Nada, doctor. Tómese el café, que se le va a enfriar. —Bajó la cabeza.

—De acuerdo, hagamos esto: me lo voy tomando mientras usted me explica qué la tiene tan preocupada.

Corine tiene un timbre de voz profundo, con un tinte acampanado cuando contesta el teléfono. Quizás por mi propio estado de ánimo, en aquel momento su tono me pareció melancólico.

—Esta mañana, un rato antes de que usted llegara, se han presentado aquí dos tipos del equipo de auditoría interna del Ministerio y se han llevado algunas facturas. No eran los del otro día, pero me habían pedido exactamente lo mismo. Les he explicado que dos colegas suyos ya habían pasado por aquí. No me han hecho ni caso: han dicho que tenían que comprobarlas de nuevo. No he podido evitarlo. Han sido..., digamos desagradables.

—¿Le han dado alguna explicación?

—Que habían recibido una denuncia anónima. Algo muy serio...

—¿Cómo de serio?

—Mucho: una denuncia por blanqueo de dinero...

—¿Qué?

—Eso es lo que han dicho. Sé que es imposible, pero...

A Corine se le saltaron las lágrimas. La noticia me dejó de piedra, pero intenté no asustar a mi secretaria más de lo que ya estaba.

—Bueno, Corine, por esa denuncia no se preocupe, es una estupidez. Por lo demás, ya sabe que los nuevos dueños del mundo son los contables, y les gusta marcar su territorio. Por lo que a nosotros respecta, no tenemos nada que ocultar. Que se lleven cuantas copias de facturas quieran. Y ahora, déjese de detalles sin importancia y vaya al fondo del asunto. Por su cara se diría que viniera de leer a Dante y nos fueran a encerrar en lo más profundo del infierno.

Lo intentó de dos maneras. Al no encontrar la forma de comunicarme las novedades, salió del despacho y regresó con un sobre que me tendió con decisión. Lo abrí y leí atropelladamente el escueto comunicado. En él se nos comunicaba la denegación de la ampliación de presupuesto para otro de los proyectos a mi cargo. La dotación anual de un proyecto en funcionamiento, en la práctica, es automática. Mucho más cuando, como era el caso, habíamos comenzado a dar frutos. Aquello era claramente un atropello.

Respiré profundamente y traté de calmarme. Mi secretaria no tenía la culpa de nada. No estaba bien inquietarla.

—Tranquila, Corine. En peores nos las hemos visto.

—Espero que tenga razón, doctor. Mire que me gustan a mí los viernes, pero hoy lo veo todo un poco negro. Es como si alguien se estuviera cebando con usted. Disculpe que me meta en donde nadie me llama, pero son muchos años. ¿No tendrá algún enemigo oculto, alguien que desee su puesto? Estoy pensando en ese tipo fúnebre, el pequeñito al que siempre le lloran los ojos y se pasa el día poniéndose lágrimas artificiales —expuso con voz airada.

Sonreí ante la forma de describir a mi colega. Jordi Artach es un cuerpo pequeño, con zapatos del 36 y alma de medio calibre, con gesto de vendedor de seguros de enterramiento. Es un nefasto investigador, pero, hay que reconocerlo, un buen intrigante.

—Bueno, Corine, tengamos confianza. Tratemos de ver el vaso medio lleno, ¿de acuerdo?

—¿Quiere que prepare alegaciones contra la denegación?

—Claro. Emplee el modelo VI. Llame a Rose y a Julián, y que vayan listando los logros. Yo haré algunas llamadas.

Corine se fue y cerró la puerta. Y en el silencio de mi despacho, solo roto por el leve zumbido de la calefacción, empezaron a asaltarme los nervios. Aquello, ya no me quedaban demasiadas dudas, era una limpieza sistemática, una estrategia minuciosamente orquestada para tumbarme.

La pregunta sin respuesta era de dónde venían los tiros. Porque, aun siendo evidente que mi colega «fúnebre» (versión Corine) es un capullo, carece del genio necesario para montar algo semejante. Y, amén de ser un completo incompetente, Jordi Artach no podía saber que nos habían robado la copia del Matisse, por no hablar de que sería incapaz de hacerse con esa fotografía de Picasso o de inventarse una denuncia anónima por blanqueo.

Abandoné mi cómodo sillón giratorio y me acerqué a la ventana. Había dejado de llover, pero el día seguía desapacible. A mí me daba lo mismo, solo acertaba a ver a JJ mirando el cuadro y a recordar a mi madre, tumbada en la cama rodeada de puntillas, hablando de la pobre Paulina. «¡Bueno, basta ya de bobadas —me dije—. Yo no he hecho nada malo. No tengo nada de lo que arrepentirme. Voy a llamarle y a pedirle explicaciones. Tendré que conformarme con sus palabras, pero, al menos, con sus respuestas podré hacerme una composición de lugar.»

Sonó el teléfono interior. Me senté para cogerlo.

—Doctor, tiene una llamada. Es el señor Scott —dijo Corine. Parecía más relajada.

—¿Rafael Scott, el americano?

—El mismo.

—Pásemelo, por favor —pedí. No sé por qué me apresuré a enderezar la espalda y el *cigarrillo interruptus* de Salvat me vino a la cabeza. Yo, que no fumo, empecé a girar el bolígrafo entre los dedos.

—¡Doctor Garache, qué alegría oírte! ¿Cómo te trata la vida?

—No puedo quejarme, ¿y a ti?

—Tampoco debería quejarme, pero lo hago: el senador viaja sin tregua. Hoy estamos en Frankfurt, en un acto con banqueros; mañana volamos a Londres, aunque eso no me importa: ¡me encanta Londres!

—¡Ah, ahora lo entiendo! Me había extrañado tu llamada dada vuestra franja horaria.

—Siento molestarte, Jaime. Verás, tenemos un problema con la recepción de los dos millones de los señores Mujal.

Traté de adoptar un tono de indiferencia, pero me resultó difícil. De hecho, creo que no lo logré.

—No es mi intención dar la lata, pero supongo que conoces bien la letanía. Ya sabes que hay gente que se gana la vida persiguiendo firmas. Dicen que no tienen mala fe, pero hacen perder un tiempo valiosísimo.

—Como dices, conozco la letanía —apostillé seco.

—Bueno, entonces me disculparás con más facilidad: habéis olvidado poner vuestra huella en uno de los documentos y la Fundación me ha devuelto el expediente. Necesito completarlo. ¿Serías tan amable de hacérmelo llegar debidamente firmado? Sin esa firma, no voy a poder transferir el resto del dinero. Si no lo hago, la señora Mujal se levantará de su tumba y me perseguirá sin descanso. Y yo soy muy supersticioso.

Aliviado, con el ánimo restaurado, respondí:

—Pese a que la señora Mujal era encantadora, evitemos molestarla. Corine, mi secretaria, os hará llegar de nuevo los documentos firmados.

—Bueno, pues eso era todo. ¿Qué tal tu encantadora esposa?

—¡Pelirroja! —exclamé.

Scott se echó a reír. Parecía relajado y, como la ocasión la pintan calva, decidí aprovechar lo que la vida me ofertaba. Pero él se me adelantó.

—Por cierto, Jaime, si en alguna ocasión precisas los servicios de un bufete en América, llámame. Te pondré en contacto con los antiguos colegas del despacho. Tenemos sedes en Estados Unidos y en casi toda Latinoamérica...

—Pues si me lo pones tan fácil, abusaré de tu llamada para pedirte un favor...

—Si lo que me pidas no se mide en dólares ni beneficia a la campaña de los odiados demócratas, cuenta con ello.

Esta vez fui yo quien rio.

—¡Todo se mide en dólares, querido amigo! La clave es que no salgan de tu bolsillo, sino del de otro. En todo caso, lo mío solo es una pregunta sencilla. Me parece recordar que en aquella cena en casa comentaste que tu antiguo bufete tenía sede en Argentina.

—Así es. La sede central está en Buenos Aires, pero contamos también con un apeadero en Rosario. ¿Necesitas algo de allí?

—Lo cierto es que sí. Estoy tras la pista de una persona. Necesito encontrarla, pero, desafortunadamente, tengo muy pocos datos sobre ella.

—Verás, Jaime, si tu búsqueda está relacionada con la dictadura... En fin, tienes que entender que, en ese caso...

—¡No, Rafael, no! Estate tranquilo, lo mío no tiene nada que ver con la dictadura. Se trata de una pista perdida tras la Guerra Mundial.

—Tras la Guerra Mundial —repitió muy despacio, como sopesando lo que iba a decir—. Con pocos datos y setenta años transcurridos, es difícil localizar a

alguien. En todo caso, en nuestro bufete contamos con investigadores avezados y forenses competentes en distintas disciplinas.

—Me alegro, porque no sabía por dónde empezar. ¿Crees que podríamos localizar a algún forense que tenga conocimientos artísticos?

—¿Conocimientos artísticos? ¡No me digas que JJ logró meterte el gusanillo del arte!

Al mencionar a JJ dudé. Por cómo se comportaba, parecía muy poco probable que Scott tuviera que ver con el robo y con mi calvario. O era un mentiroso consagrado (teniendo en cuenta que era abogado y se dedicaba a la política, tenía papeletas para serlo) o era ajeno al asunto. Decidí explorar esa vía, ya que no tenía otra.

—No exactamente. ¿Recuerdas que cuando estuvisteis en casa os enseñamos un Miró que Lola y yo habíamos comprado?

—Lo recuerdo, sí, y también que JJ quedó prendado de otro cuadro que teníais colgado, un Matisse.

—Copia de un Matisse, sí, así fue. Pues bien, hace unas semanas entraron en casa y nos robaron precisamente esa copia. No se llevaron nada más, lo que es curioso, porque Lola tenía sus joyas a la vista.

—Cuando dices «entraron», ¿quieres decir que os asaltaron?

—Asaltaron la casa, sí, pero gracias a Dios nosotros no estábamos. De hecho, no había nadie.

—¡Qué alivio!

Aquel fatídico viernes cometí, al menos, dos errores. Los dos en la misma dirección, los dos inusuales en mí: hablar más de la cuenta y luchar de frente.

La verborrea o la cháchara no van conmigo. Tampoco soy pasionalmente pelirrojo, como Lola. Tengo buena labia y don de gentes, pero la palabrería inútil no es mi estilo. Acostumbro a escuchar más que a hablar; sigo al Shakespeare que leí de joven, el que puso en boca de Polonio una magnífica máxima: «A todos presta oídos; tu voz, a pocos. Escucha el juicio de todos y guárdate el tuyo». Desde el inicio de mi carrera directiva me impuse la disciplina de intervenir el último en las discusiones y guardar para mí las opiniones que no resultan esenciales. Y la mantengo con bastante constancia. Evito juzgar, siempre que las circunstancias me lo permiten, y por descontado me conjuro para no hablar mal de nadie. Es un modo de ser y una estrategia ganadora para moverse por los mundos que frecuento.

Pero las circunstancias, la falta de sueño, el estrés, las imágenes de aquellos cuadros colgados en la casa de Jávea, el recuerdo de mi madre..., la mezcla de todos esos factores, y seguro que de muchos otros que no he tenido en cuenta, hicieron que me saltara mis buenas y prudentes costumbres cuando tenía a Rafael Scott al teléfono. No me andaré por las ramas: le conté casi todas mis dudas, y hasta mis miedos. Gracias a Dios, la cena en Jávea no salió a colación. Hubiera sido la puntilla a una conversación aciaga.

De este error fui consciente casi a los cinco segundos de colgar. Me hubiera tirado de los pelos de haber servido de algo. Pero ya estaba hecho y era imposible deshacerlo. Como no tenía solución, decidí ahogar el disgusto con un expreso doble y metiendo la cabeza en el trabajo. Reuní al equipo y nos pasamos gran parte de la mañana preparando los pliegos de alegaciones contra la denegación de la financiación. Nos sentimos razonablemente cómodos en esos asuntos porque nos deniegan dos de cada tres proyectos que presentamos y realizamos alegaciones en la mayoría de los casos. Encontrar el cabo suelto, el

detalle infundado, el error en los pliegos de denegación forma parte de mi *expertise*. Y, no obstante, aquel día no estuve muy fino. Tenía la cabeza en otro lado y, en cuanto en Nueva York dieron las ocho, dejé al equipo en la sala y regresé a mi despacho, desde donde telefoneé a JJ a su móvil particular.

Mi colega americano cortó la comunicación al segundo tono e, instantes después, me envió una escueta y fría nota que decía: «Deja un mensaje».

Tengo muy en cuenta que JJ es un hombre terriblemente ocupado. En aquel momento podría hallarse impartiendo una conferencia en alguna parte del mundo, engatusando a un senador, atendiendo a un paciente viejo y rico, husmeando entre la alta sociedad neoyorquina para cobrarse una nueva pieza o, simplemente, disponiéndose para jugar dieciocho hoyos en un club de golf en las Bahamas. No obstante, quizá se debiera a mi fatalismo, interpreté su respuesta de otra manera y me invadió un cabreo infinito.

«Deja un mensaje» equivalía a decir: «Desahógate si quieres, pero tendrás que conformarte con lo que hay». O lo que es peor: «Ni respires, ten cuidado porque puedes perder el resto de la dentadura». Sentí la sangre hirviendo a borbotones en mis venas y, ni corto ni perezoso, me solté la coleta, seguí su consejo y le dejé un mensaje. ¡Y qué mensaje!

«JJ —escribí. Nada de querido amigo o querido colega, solo JJ—. No sé exactamente qué pintas tú en esta historia ni por qué haces lo que sé que estás haciendo, pero todo esto desprende un olor pútrido. Debes saber que no tengo nada que ver con lo que sea que pase (¿puedes explicármelo?) ni me merezco el trato que estoy recibiendo. El tiempo demostrará que tengo razón. Ese mismo tiempo delatará vuestras formas. Si os habéis propuesto desacreditarme, deberíais al menos recabar datos veraces. O mejor, preguntar al interesado, ¿no crees? Hace mucho que me conoces para juzgarme sin preguntar. Espero que lo hagas antes de acabar conmigo».

Recibí su respuesta una hora después:

«Mensaje recibido. Buena suerte».

Se me saltaron las lágrimas sin poder evitarlo.

Uno puede pasarse bastante tiempo haciendo algo y descubrir que carece de las habilidades necesarias. Yo empleé todas las horas de un largo verano para averiguar que la pesca no era lo mío. Incluso con buenos aparejos (tomados prestados de mi padre, gran pescador), mi compañero de fatigas, un chico del pueblo, que no tenía más que una caña vieja y un cuchillo oxidado, me sacó tres cuerpos. Cebaba con tanta astucia el anzuelo que se lo llevaba todo. Y ni siquiera presumía.

Sin embargo, ese mismo verano, tendría seis o siete años, me convencí de que, como buen hombre de interior, amaba el mar profundamente. Tanto que, antes de aceptar el puesto de director en el CSIC, me embarqué con varios colegas, compañeros del colegio y marinos experimentados para dar la vuelta al mundo. En esa travesía disfrutamos de días soleados, con delfines danzando alegremente a nuestro alrededor y con tanta paz que podíamos escuchar el canto de las sirenas; de días grises, fríos y lluviosos, y de galernas. No ves fraguarse una galerna. El viento se levantaba tan deprisa, las nubes negras corren tanto que, cuando te percatas, las tienes encima. Entonces, solo queda arriar a toda prisa las velas, izar solo el trapo que el velero puede aguantar y cruzar los dedos. El mar es así. Bello y traicionero, confuso. Como la vida. Si lo olvidas, te muerde con la fuerza de un perro rabioso.

Un día, en ese viaje, el viento espesó de modo que el velero se zambullía en la tempestad como si hubiera perdido todo su peso. El casco viraba y reviraba como una peonza. Estábamos próximos a una rompiente. Ninguno hablaba, solo apretábamos los dientes y rezábamos en silencio para que, tras caer en el seno de una ola, no oyéramos el ruido del casco destrozándose contra las rocas. Fue una hora angustiosa, pero al fin logramos alejarnos de las rompientes y controlar el barco. Las velas flameantes cayeron a telón. Fondeamos y, rendidos, intentamos descansar. Todos seguimos mudos. No había nada que decir. Había sido cuestión de suerte, la salvación no había estado en nuestras manos.

Todo marchaba tan bien en mi vida que me había olvidado de las galernas, de los arrecifes y de saberme a merced de algo que no controlo. Así es como me sentí cuando recibí la respuesta de JJ: a palo seco, con la lona hecha trizas, contra una mar desquiciada y violenta a la altura del cabo de Hornos. Y solo me cabía esperar que el ruido que escuchaba, porque lo escuchaba, no fuera el de mi casco estrellándose contra las rocas.

Me fui a casa, aun sabiendo que Lola se me lanzaría al cuello en cuanto me pillara. Cuando llegué, gracias al cielo, la casa estaba vacía. Salí a correr. A los quince kilómetros, calado hasta los huesos e incapaz de concentrarme, decidí regresar. Me di una ducha, me preparé un whisky, puse varios troncos en la chimenea, un CD de María Callas y me senté a ver bailar a las llamas. Me encanta un buen fuego; la mejor combinación para un whisky de malta. Mucho mejor que una mujer.

Lola llegó temprano y con ganas de hablar. O por ser más preciso, de interrogarme.

—Desembucha, Jaime. Empieza por donde quieras, pero hazlo —me exigí.

Me mantuve en silencio, a la espera de que estallara. Y lo hizo. Harto de todo, yo también estallé.

Luego me subí al coche y arranqué.

Una vez en la carretera, enfilé hacia el CSIC. No fue una decisión meditada sino automática. Cuando entré en el garaje y lo vi vacío, me di cuenta de lo estrecha que era mi vida. Me he dedicado casi *full time* a mi carrera. Siempre he dicho que mi familia es lo primero, y lo es filosóficamente hablando, pero quien consume mi tiempo es el CSIC. «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón.» Empezaba a darme cuenta de que ese tesoro no era tal. Tendría que cambiar eso. Pero antes debía resolver lo que tenía entre manos.

Saludé al vigilante, antes de que se sorprendiera de mi visita, y tomé el ascensor. Durante el corto trayecto, envié un mensaje a Marieta: aún no la había felicitado por su compromiso.

Cuando llegué a mi despacho, Corine también se había marchado. Me preparé un café y me senté en la silla giratoria. Necesitaba pensar y perfilar una mínima estrategia. Cerré los ojos y comencé a moverme rítmicamente a derecha e izquierda. Los abrí al notar la vibración del móvil. Una llamada de Salvat.

—¡Doctor, buenas noches! ¡Qué bien que conteste! ¿Me disculpa por lo inoportuno del momento? Es viernes, seguro que tiene una cena o un compromiso.

—¡Cómo no, Salvat! Perdóneme usted por hacerle trabajar a deshora.

—¡Ah, yo no tengo horario laboral! Vivo y trabajo al mismo tiempo. Salvo el domingo, que es el día del Señor, y acompaño a mi esposa al oficio, para mí cualquier momento es bueno. Yo llamo, doctor, porque he seguido su asunto...

En ese instante, un pitido me avisó de que tenía otra llamada.

—¿Me disculpa un segundo, Salvat? Le pongo en espera.

—¡Claro! ¿Y yo qué tengo que hacer? Nunca se me ha dado bien la tecnología.

—No tiene que hacer nada, solo esperar. Estaré con usted en un minuto.

Contesté casi *in extremis*.

—Jaime, Rafael Scott al aparato. ¿Tienes un momento?

Se me desencajó la cara. Corine iba a tener razón.

—¡Rafael! ¿Habéis tenido problemas con los documentos? Mi secretaria me ha asegurado que había firmado hasta en el canto.

Se rio suavemente. Lo noté raro, aunque quizás el raro era yo. Últimamente mi susceptibilidad había aumentado notablemente.

—Todas las firmas que necesitábamos están en su sitio. Esperamos no teneros que molestar más con esos trámites. De todos modos, creo que tu secretaria y la mía han hecho muy buenas migas. Ya se apañarán ellas si es necesario. No te llamo por eso sino por tu consulta sobre nuestro despacho. Ya no debería decir «nuestro», porque lo he abandonado, pero han sido tantos años

que soy como de la familia. En fin, quería decirte que he hablado con los colegas de Buenos Aires y estarán encantados de ayudarte siempre y cuando no se trate...

Lo interrumpí. Salvat estaría poniéndose nervioso.

—De la dictadura, lo comprendo. Pues te lo agradezco mucho.

—Te voy a pasar los datos por *email*. Y aprovecho para decirte que yo salgo mañana para allá. Si quieres...

—¿Vuelas a Buenos Aires?

—Sí, un viaje inesperado. Corto, apenas un par de días. Si te va bien, me pongo a tu disposición. Siempre es más fácil que te acompañe alguien del lugar...

—¡No sabes cómo te lo agradezco, Rafael! Pero no creo que me dé tiempo a organizar un viaje con tan poca antelación. Tengo mucho lío aquí...

—Como prefieras. Te mando los datos. Estamos en contacto. Ahora debo dejarte. Entro en una cena. Un abrazo.

Colgué y a toda prisa recuperé al anticuario.

—Salvat, ya estoy con usted. Discúlpeme.

—No se disculpe, he aprovechado para dar una voz a la niña y decirle que me ponga a mí también eso de la espera. Me ha gustado. Muchas veces ocurre: la gente parece ponerse de acuerdo para llamar a la vez. Bueno, como le iba diciendo, mismamente acabo de colgar con un colega. No mientras usted me tenía en espera, claro. Quiero decir, antes. Era una conferencia. Un primo de mi esposa que vive en Barcelona, pero me llamaba desde París. Mi esposa es una bendita; su primo, no tanto, pero lo suficiente para escucharlo y hasta para fiarnos. —Tosió un par de veces—. No se me alarme, doctor, es que me he atragantado. Decía que encomendé al primo de mi esposa indagar discretamente por ahí sobre su cuadro. Y ha recogido rumores de que hay gente hablando sobre un Matisse, una odalisca.

Contuve instintivamente la respiración. Luego pregunté:

—Esa gente que habla del Matisse, ¿quiere comprarlo o venderlo? Es que no termino de comprenderlo.

Como si temiera que alguien oyera su respuesta, susurró:

—En realidad, doctor, no quieren comprarlo ni venderlo, quieren autentificarlo. Están buscando un experto que lo haga. Pero no por los cauces habituales. Es lógico: si es robado, no hay que enseñarlo mucho.

—Entiendo —dije.

—¿De veras, doctor? Porque yo no lo entiendo.

—¿Ah, no?

—Un ladrón no roba obras sin autenticar. Si quieres hacer unos huevos fritos, primero pones aceite y luego echas el huevo, no al revés.

—Explíqueme, ¿cuál es el problema exactamente?

—Pues si hablara con alguien a quien no conozco, doctor, le preguntaría si ha obtenido ese cuadro por malas artes. Ya sabe, robar al ladrón. Pero como le conozco, doctor, sé que no es de los que se va apropiando de lo ajeno, de modo que solo puedo interpretarlo como una confusión. El especialista dirá que no vale un penique y se acabará la historia. O dirá que es auténtico y usted habrá perdido algo muy valioso.

—¿Y qué podemos hacer?

Aunque intenté disimularlo, mi voz sonó bastante desesperada; una mezcla de estupor y miedo, más o menos un tercio y dos tercios.

—Todo depende de lo que usted quiera, doctor. Porque hacer, lo que se dice hacer, mismamente podemos hacer muchas cosas. Podemos intentar localizarlo y luego llamar a algunos amigos para que visiten a sus actuales dueños..., bueno, ya me entiende. Puedo hablar con mi primo y decirle que ofrezca mis servicios como perito, tengo ya cierto nombre. Puedo hacer una oferta, si es que ha empezado la puja...

Había llegado el momento.

—Señor Salvat, soy médico.

—Lo sé, doctor. Gracias al cielo que lo es.

—Por lo general, los médicos cumplimos a rajatabla la ley. No hay una razón concreta. Es más bien una cuestión de aversión al riesgo. A mí, particularmente, estas cosas me ponen muy nervioso. No sé cómo responderle, ¿qué haría usted?

—Me coloca en un aprieto, Jaime. Se ve a la legua que está sufriendo y me gustaría ayudarle. Pero ¿cómo? Por lo que me ha contado, y entiendo que ha sido sincero, usted cree que ese cuadro es falso. Y por ende, por algún motivo que no comprendemos, los ladrones se han equivocado al llevárselo. ¿Estoy en lo cierto?

—Está en lo cierto.

—Pues entonces mi respuesta es esta: hay que intentar demostrar que es una copia. Y créame, hay muchísimas de esa época.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. En la época en que los nazis llegaron a París, todo el mundo conocía su propensión a la buena vida: gastaban en champaña, vinos, caviar, mujeres... y arte. Era tal la demanda que los subastadores buscaban género debajo de las piedras. Salvo la torre Eiffel, que resultaba difícil de transportar, se podía adquirir casi todo. Algún coleccionista nazi sabía algo de arte, pero la

mayoría no. Por eso, buscaban quien pudiera certificar que aquellas manchas coloridas eran un Kandinsky o que una odalisca había salido de los pinceles de Matisse. Y la demanda generó la oferta: en un santiamén apareció una red de profesores, de marchantes y de supuestos expertos certificadores.

—No sé cómo tiene noticia de eso, Salvat, pero no creo que sea hoy de mucha utilidad.

No me contradijo, pero tampoco me contestó.

—Mi suegro, Dios lo tenga en su gloria, vivió allí en esa época. Solía decir que conocía a algunos jóvenes capaces de pintar un Kandinsky mejor que el original. Y no eran ni uno ni dos: el mercado de las falsificaciones fue tan intenso como el de los originales. La familia de mi esposa se congratula de haber vendido a Frau Dietrich, uno de los marchantes que más compró para Hitler en Francia, un Cézanne pintado por su hija de quince años... Si le parece bien, voy a intentar meterme en esa rueda, que no es hoy tan distinta. Me ofreceré como perito a ver si logro ver de cerca su pintura, doctor, y le puedo dar a usted mi opinión profesional y certificar que es una falsificación. ¿Por qué no intenta usted hacer lo que pueda en el sentido de demostrar que es falso?

No se me había ocurrido ver el asunto desde esa perspectiva.

—Pues tiene razón, Salvat. Seguiré su consejo. Y gracias por todo.

Cuando colgué, me sentía más aliviado. Si JJ había identificado nuestro Matisse con una obra saqueada por los nazis porque el original figuraba en algún catálogo, por las simpatías germánicas de mi familia o por la dichosa pulsera de monedas de oro, la mejor forma de hacerle cambiar de opinión era probar que era una falsificación. Quien podía ayudarme en esa tarea era, sin duda, la persona que se lo había regalado a mi madre: Paulina. Como ella estaba muerta, tenía que dar con sus familiares. Quizás ellos podrían ofrecerme los datos que buscaba. Pero ¿dónde encontrarlos?

Mi mente retornó a la conversación precedente.

Llamé a Rafael Scott. Le avisé de que había resuelto todos los escollos y podía viajar de inmediato. Se alegró mucho. Quedamos en vernos en sus oficinas de Buenos Aires el sábado a las doce de la mañana si lograba tomar el primer avión, o a las cinco de la tarde si no me era posible. Pedí a Corine que me sacara el primer vuelo disponible. Me llamó cinco minutos después diciéndome que había plaza en el de las 23:40, con llegada a Buenos Aires a primera hora de la mañana. Era perfecto, así no tenía que pensar dónde pasar la noche. Dormir en el sofá del despacho no me seducía. Me preparé otro café.

E hice otra llamada.

Quizás no hubiera debido hacerlo. Quizás, de haber sopesado los pros y los contras un poco más, habría optado por dejarlo correr. Pero, desde que escuché el razonamiento de Salvat, no podía dejar de pensar en von Trotha y en la conversación que habíamos mantenido en aquella peculiar cena en Jávea. En su mano tenía ponerme en contacto con la familia de Paulina. Eran ellos quienes me permitirían probar la falsedad del cuadro robado. Además, su ofrecimiento había sido nítido: «¡Vigila, ya sabes de dónde proceden esos bastardos! Los judíos son peligrosos. Lo eran y lo siguen siendo; cuídate de ellos. Y recuerda que no estás solo; puedes contar conmigo, con nosotros, para lo que necesites».

¿De qué me habían servido la sensatez y la prudencia de las que siempre he hecho gala? Ante un enemigo que no conoce ningún límite, para el que cualquier medio es adecuado con tal de lograr su fin, ese modo de ser me colocaba en franca desventaja. No me apetecía tratar con ellos, no quería ponerme de nuevo esa camisa de color pardo, pero quería acabar de una vez con aquel tormento, no fuera a destruirme definitivamente, y ellos eran la vía más rápida, si no la única. Si me proporcionaba algún dato, el antiguo despacho de Scott podía ayudarme a seguir esa pista. Marqué su número.

Rudolf von Trotha me había facilitado dos tarjetas, que tenía a buen recaudo en la cartera. Llamé al móvil que figuraba en la primera.

—Rudolf, soy...

—Saludos, Jaime —me interrumpió.

—¿Cómo has sabido...?

—Me diste tu teléfono y te tengo en la agenda.

No era cierto. Estaba seguro de no haberlo hecho. Pero no merecía la pena contradecirlo.

—Perdona que te moleste un viernes a estas horas, y encima que lo haga para pedirte un favor.

—Esperaba tu llamada, no te disculpes. ¿Siguen jodiéndote esos cabrones?

Salí por la tangente.

—Rudolf, me gustaría conocer al hijo de Paulina. Tengo que hablar con él. ¿Podrías presentármelo?

Oí un chasquido.

—Mucho me temo que va a ser imposible.

Se me escapó una exclamación que reflejó, sin duda, mi frustración. Por ello mi interlocutor se apresuró a aclarar:

—Guido, el hijo de Paulina, murió hace cinco años. Acababa de cumplir setenta y cinco. Un problema hepático. Lo trataron en Nueva York, en un magnífico hospital, pero no pudieron hacer nada para curarlo. Fue muy rápido, cuestión de un par de meses. Asistí a su entierro, lo apreciaba mucho.

—¡Vaya, cuánto lo siento!

—Así es la vida, hay que aceptar que no somos eternos... Por cierto, hablando de enfermedades, agradecí mucho que te preocuparas por mi salud. Como explicaste a nuestro amigo Berner, los dedos en palillo de tambor suelen estar asociados a patologías graves, pero, en mi caso, la acropaquía es congénita.

—Me alegro, Rudolf —comenté.

—Curiosamente, fue el fallecido Guido el primero en darse cuenta. Era colega tuyo, médico, quiero decir, como su padre y su abuelo. Se formó en los Estados Unidos y se especializó en genética.

—Me hubiera gustado conocerlo, desde luego. Pero ¿qué se le va a hacer!

Di un sorbo al café, que se había quedado frío. Mi gozo en un pozo.

—A quien sí puedes conocer es a su hijo, el nieto de Paulina.

Es lo más natural del mundo. Me refiero a tener hijos y nietos, pero me pilló por sorpresa.

—¿Paulina tuvo un nieto?

—Sí. Se llama Adolfo. Sigue la saga familiar. Es uno de los más jóvenes, si no el más joven, catedrático de Genética del mundo. Es una eminencia, aunque andará por los treinta y ocho o cuarenta. Cuarenta y dos a los sumo.

—¿Cuál es su apellido? —pregunté intrigado.

—Se apellida Cavanni. Adolfo Cavanni.

—¡Por todos los santos, claro que lo conozco! Bueno, conocerle no es la palabra adecuada: hemos coincidido en un par de congresos. Un hombre brillante, nominado para el Nobel de Medicina. ¡No me puedo creer que sea el nieto de Paulina! No sé si sabes que el equipo de Cavanni ha encontrado un tratamiento bastante efectivo para la enfermedad de Tay-Sachs. Aún no han logrado curarla, pero permite retrasar la aparición de los síntomas.

—Estoy al tanto de sus investigaciones, Jaime.

—¿Y te has dado cuenta de la ironía de la historia?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, los judíos askenazíes son los más afectados por la enfermedad de Tay-Sachs debido a su endogamia histórica. Es una población pequeña, unos diez millones de personas, en la que se acumulan de modo desproporcionado personas de coeficiente intelectual poco común, como Einstein, Kafka o el compositor Gustav Mahler, y la prevalencia de algunas enfermedades como esta. Es una enfermedad que podríamos considerar racial. Por eso decía que la historia tiende a reírse de nosotros: es un médico de origen alemán el que cura las enfermedades judías. ¿No te parece irónico?

—En absoluto —respondió categórico.

Me eché a reír.

—No te rías, hablo en serio.

Intuí que empezaba a pisar terrenos pantanosos.

—Disculpa, Rudolf, no te sigo.

—Pues es fácil. Cuando el Cuarto Reich domine el mundo desde Alemania, ya no será necesario poner brazaletes amarillos a los enemigos de la raza aria: bastará con un análisis genético.

—¿Me estás hablando de una raza judía? ¡No existe tal cosa! Hay judíos de todas las razas. Ninguna nación tiene una uniformidad racial. Además, el laboratorio de Cavanni está financiado por capital judío. Sería un contrasentido.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que lo sé: el equipo de Cavanni está financiado por fundaciones de capital judío.

—Yo también lo sé, Jaime, lo que quería decir es que no es tan irónico.

—¿No te parece irónico que los judíos financien a los racistas que planean aniquilarlos en un futuro cercano?

—Creo que no estás bien informado, Jaime. Los primeros interesados en describir la raza judía son los judíos. Te puedo dar una lista de centros de investigación y de científicos judíos bien financiados, en Israel y fuera de Israel, que tienen la genética judía como único punto en su agenda. Es más, los textos que los genetistas del Führer emplearon en sus orígenes estaban firmados por sionistas. ¿Si te digo que frases como «La raza lo es todo» o «La singularidad del pueblo procede de la singularidad de la raza» han sido escritas en hebreo te sorprende? Pues no debería, no son de mi cosecha. Están tomadas de un libro de Nathan Birnbaum publicado en 1890. Por si no te suena, el autor fue uno de los primeros intelectuales sionistas. Sostenía que, si una nación es una comunidad de vivos, muertos y los que aún están por nacer, solo puede estar constituida por la sangre. El cimiento no puede estar en la educación ni en ningún rasgo de la cultura. Yo, y los que piensan como yo, lo apoyamos. Las naciones surgen de sus

grupos raciales. Es su origen biológico el que conforma su mentalidad y no al revés. Los alemanes tenemos una historia, un lenguaje común y un territorio, pero si no preservamos nuestro núcleo racial, sucumbiremos. Eso fue lo que nuestro Führer aprendió leyendo a los sionistas judíos: que la biología es el único factor que puede explicar el ascenso de las naciones. Los pueblos existen porque la naturaleza ha producido diversas razas, como ha creado diferentes climas. Los judíos han conservado mejor su linaje casándose solamente entre ellos y siempre dentro de la raza blanca. Los alemanes tenemos que vencer también en esa guerra.

—Eso es inadmisibile, Rudolf. Soy médico y...

—El otro día, en casa de los Berner, estuvimos hablando de «arte degenerado». Bueno, pues también hay una degeneración física de la raza. La raza es algo que no puede intercambiarse pero sí mejorarse. Es lo que debemos hacer. Es lo que Occidente hace: no comida basura, no transgénicos, alimentación sana, aborto selectivo...

—No puedes comparar el cuidado de la alimentación con...

Volvió a interrumpirme. Decidí escuchar y no llevarle la contraria. Mi objetivo no era hacerle cambiar de opinión, sino dar con el nieto de Paulina. Estando a pocas semanas de la entrega del Nobel, se me antojaba imposible de no ir de la mano de alguien cercano a él.

—Después de la Segunda Guerra Mundial, los términos «raza» y «sangre» se volvieron incómodos. Pero los judíos no cesaron en su búsqueda del gen judío. Desde hace más de diez años, la Universidad de Tel Aviv estudia el linaje genético de los judíos. En los últimos años, el interés por la genética judía se ha extendido también a la Universidad Hebrea de Jerusalén, al Instituto Weizmann de Rejovot y al Technion de Haifa. Y las puertas de la ciencia occidental, principalmente de los Estados Unidos, se han abierto de nuevo para esos laboriosos genetistas que, dicho sea de paso, reciben una generosa financiación del Gobierno israelí y de fundaciones privadas. Con nuestro querido Cavanni, ya tienen un Nobel.

—¡Pero eso es absurdo! —insistí.

—No, eso es lo que la propaganda ha querido que creamos. Cavanni no trabaja para los judíos, los usa como cobayas. No puede hacerlo con la libertad con que lo hicieron su padre o su abuelo en Dachau, pero sí con muchos más medios... —Me quedé tan consternado con lo que acababa de escuchar que no pude continuar rebatiendo. Von Trotha agregó—: Deja que lo llame y le pida un hueco en su agenda. Estoy seguro de que estará encantado de conocerte. Te mando un wasap en cuanto lo haya confirmado. Ahora tengo que dejarte, mi mujer se impacienta. Un abrazo, amigo. Y suerte.

—Gracias, Rudolf. Espero tus noticias. Saludos a tu esposa.

Antes de abandonar el despacho, dediqué unos minutos a buscar en *Nature* algunos artículos sobre genética y razas, los imprimí y los metí en el maletín.

Bajé al garaje y me subí al coche. Bajo un cielo oscuro, mientras la lluvia se lanzaba contra el parabrisas con fuego de posta, me dirigí al aeropuerto. Tenía varias horas por delante, pero la sala vip de Iberia es cómoda. Esperaría allí. Además, como no tenía pijama y no quería pasar por casa, compraría uno en el *duty free*, junto con un par de camisas blancas y ropa interior. Con el pasaporte no había problema, siempre lo llevo encima.

El wasap de von Trotha llegó cuando estaba a punto de entrar en el aparcamiento de la T4: Adolfo Cavanni estaba en su rancho de Bariloche, en la Patagonia argentina, donde iba a permanecer hasta el miércoles. Había ido allí a descansar y a preparar sus intervenciones en los distintos festejos de la ceremonia de los Nobel. Tenía mucho trabajo, pero podía dedicarme un rato, preferiblemente la tarde del sábado. Me pedía que le confirmara mi disponibilidad.

Aparqué y permanecí unos minutos en el interior del coche reflexionando. Los acontecimientos se sucedían de modo tan rápido que necesitaba tomar un poco de distancia. No podía ir dando bandazos. Si nunca es conveniente, en sucesos tan delicados resultaba del todo improcedente. Sobre la mesa tenía dos caminos: el de Scott y los abogados de su antiguo despacho de Buenos Aires, y el del propio Cavanni. Eran prácticamente excluyentes: si acudía a Bariloche, la vía de Scott y sus abogados se volvía inútil. Ellos se ofrecían a ayudarme a encontrar a Cavanni, pero yo ya sabía cómo localizarlo. De acudir a la cita sabiendo lo que sabía, la convertiría en una mascarada. Además, me tocaría airear de nuevo el asunto ante más gente. Era mejor anularla. Lo que me preocupaba era cómo hacerlo sin que pareciera ocultar algo.

Por otro lado, tenía la sensación de que visitar a Cavanni era como meterme en la boca del lobo. ¿Por qué? No lo sabía. Pero era raro. Citarme el sábado por la tarde sabiendo que veinticuatro horas antes estaba en Madrid era obligarme a salir corriendo. Pero la vía parecía prometedora. Me decidí por Cavanni. Antes de acercarme a la terminal, escribí a Scott dándole las gracias y excusándome: me veía obligado a anular el viaje por un asunto inesperado. No ofrecí ninguna explicación, era lo mejor. Luego escribí a Corine y le pedí que buscara plaza en el primer vuelo que saliera de Buenos Aires hacia Bariloche. Media hora después me respondió que la mejor combinación permitía que llegara a Bariloche a las dos treinta de la tarde. Di cuenta de ello a Rudolf.

Me subí al avión. Solo leí uno de los artículos sobre genética: dormí casi todo el vuelo.

Aterricé en la capital argentina a las ocho cuarenta y cinco, con un tiempo agradable, y pasé el control de pasaportes sin más problemas que la larga espera. Me encanta Buenos Aires: una preciosa ciudad con su mohína alegría intacta. Me gusta la vida en la calle, los poetas porteños, la sonrisa de la gente, la comida..., tango, tómbola y tardecita al sol. Me hubiera apetecido acercarme, pero tenía solo tres horas hasta el próximo avión y debía cambiar de aeropuerto. Me dirigí a la sala vip de Iberia, donde tomé una ducha y un café, y consulté mi correo. Mi dulce y eficiente Corine me había cambiado el vuelo de vuelta a Madrid y reservado un hotel en Buenos Aires por si quería descansar a mi regreso. Tomé un taxi y le pedí que me llevara al aeropuerto de Jorge Newbery, destinado al tráfico nacional. Estaba casi a cuarenta kilómetros.

Tras una larga espera y un trayecto de unas dos horas y media, aterricé en el Teniente Luis Candelaria, nombre pomposo para un aeródromo pequeñito y bien conservado. Eran las dos y veinte de la tarde y tenía ante mí un día precioso. En Bariloche reinaba una primavera tardía: días frescos que comienzan a alargarse, temperaturas en alza paulatina y vientos del oeste. Me dirigía a la zona de taxis cuando observé a un caballero de mediana edad, cabello canoso y gorra de chófer que, tras echar un par de vistazos a una fotografía que llevaba en la mano, enfiló hacia mí.

—Doctor Garache, soy Norberto, a su servicio. Trabajo para el doctor Cavanni y seré su conductor durante su estancia en Bariloche. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí, claro. Un viaje estupendo.

—¿Ha venido sin equipaje? —Me tendió una mano para que le diera mi maletín con los papeles y la bolsa del *duty free* de Barajas.

Lo seguí hasta un Audi A8 de color negro con los cristales tintados. ¿Por qué será que era exactamente el tipo de vehículo que esperaba? En el asiento del

copiloto había un tipo con pinta de matón. No le oí más que un escueto «Buenos días».

Unos minutos después de dejar atrás el aeropuerto, el conductor abandonó la autopista y tomó una bifurcación a la derecha. Sentado en el asiento trasero, con la vista nublada por la tintura de los cristales, observé que la vía se estrechaba y los edificios desaparecían, paulatinamente sustituidos por vegetación. Primero, por árboles aislados; finalmente, por bosques. Poco después, el vehículo se desvió a la izquierda, redujo la velocidad y se adentró en un camino de tierra. Pese a la calidad de la suspensión, los baches se hacían notar. Con cada uno de ellos, mi desazón aumentaba.

Habíamos recorrido apenas un centenar de metros cuando nos detuvimos. Llegados a ese punto, ya había empezado a temer por mi vida. Aquello parecía un secuestro. Había leído en un periódico que, desde hacía unos años, los raptos exprés habían proliferado en Argentina como método barato y rápido de obtener dinero fresco. Deseché la idea al darme cuenta de lo aislado del lugar: sin un solo cajero automático a kilómetros a la redonda, no parecía probable que me retuvieran para vaciarme la cuenta. Y aquellos dos no parecían genios informáticos capaces de robar en remoto. Nada más descartar esa explicación, me puse a temblar: no podía imaginarme metido en ese lío y salir con bien de él. Estaba seguro de poder con Norberto, salvo que llevara una pistola en el cinturón; al menos, esa sería una batalla igualada. No podía decir lo mismo del segundo hombre. Tenía el aspecto de un bloque de granito, tan ancho como alto, con la expresión bovina de quien ha recibido muchos golpes en la cabeza. Con él ni me hubiera atrevido; para igualar el diámetro de su brazo, habría necesitado mis dos piernas.

Fue él quien se volvió hacia mí cuando el vehículo se detuvo y me conminó a descender. Los escasos mechones de pelo castaño que se pegaban a su cráneo estaban sucios, igual que el cuello de su camisa, supuestamente blanca.

—¿Puede bajar, por favor, doctor? Será solo un momento —me pidió. Tenía un acento extraño que no supe identificar. Al observar mi cara de consternación, agregó—: No se preocupe, es una simple formalidad

Norberto estaba ya abriendo la puerta. Obedecí pensando que, en campo abierto, mis posibilidades crecían. Al salir, la luz me cegó durante unos instantes, pero percibí con claridad que estábamos en un bosque y que no había nadie en los alrededores. Norberto se colocó la gorra y me tendió una nota mientras se llevaba el dedo índice a la boca y me pedía silencio. La nota, escrita a máquina en español, alemán e inglés, y sin firma, informaba de que, por cautela, iban a hacerme una prueba con un detector de micrófonos.

—No comprendo, yo... —susurré.

Norberto volvió a llevarse el dedo a la boca. Miré en dirección al gorila, que impaciente se golpeaba la pierna con una especie de bastón ancho con la forma de una pala de críquet. A nadie le gusta depender de otros, dejar su destino en manos ajenas, ceder su capacidad de tomar decisiones. Pero no me quedaba otra, de modo que levanté los brazos y permití que me cacheara.

Lo hizo dos veces. En ningún momento el aparato abandonó su zumbido pausado. Volvimos a subir al vehículo y regresamos a la autopista. Todo seguía como si nada hubiera ocurrido. Todo menos yo.

Tardamos una media hora en alcanzar la hacienda de Adolfo Cavanni, un lugar maravilloso con espectaculares vistas de la montaña y el lago Nahuel Huapi. El mayordomo me informó de que el dueño de la casa estaba al llegar. Almorzaríamos en media hora. Me instalaron en una amplia habitación con ventanales desde los que contemplé mejor el lago. La chimenea y altos techos de madera le conferían el ambiente acogedor propio de una cabaña. Me senté a esperar. De no haber sido por el motivo que me llevaba hasta allí, hubiera estado en la gloria.

—¡Querido doctor, qué alegría tenerte aquí y conocerte por fin! Los von Trotha me han puesto al día. ¡Qué gusto! Vayamos a la terraza. He pedido que nos preparen un almuerzo. Aún no he tenido tiempo de probar bocado.

El doctor Cavanni, un poco más delgado y más alto de lo que le recordaba, pero con la misma buena planta, me tendía la mano. Se la estreché.

—El placer es mío. Gracias por recibirme tan pronto.

—No digas cosas, y perdona por el cacheo, incómodo pero necesario. Debemos proceder con cautela. Hace años que los servicios de inteligencia de Israel siguen nuestra pista. Debemos ser cuidadosos: nadie puede saber que existimos, porque eso malograría nuestros planes. Bueno, malograrlos no, eso es imposible. Pero sí retrasarlos.

¿Qué puedo decir de Adolfo Cavanni? Aunque se le escapaba el inglés, un inglés americano, a cada paso, mantenía un marcado deje porteño. Como buen argentino, se vendía de lo lindo. Que era un gran investigador no podía ponerse en duda, a tenor de sus logros. Pero ni su físico, alto, erguido, con *sex-appeal*, ni su inteligencia lo describen bien. En última instancia, somos seres complejos para los que ninguna descripción es exacta. Sin embargo, si debiera destacar solo un rasgo, no optaría por su don de gentes, innegable; ni por la prominencia de su nariz larga y afilada, insólita de perfil, ni por su coeficiente intelectual. Optaría por su soberbia. A todas luces, esta era mayor que su imponente anillo; mucho más pujante que su memoria; más llamativa que su mansión. La conciencia de su propia grandeza se había apoderado de él de tal modo que la exhibía en cada movimiento, por pequeño que fuera.

Me dirán que, de un modo u otro, todos pecamos por ese flanco. Y es cierto. Pero hay formas y formas de exteriorizarlo. La soberbia en estado puro, la soberbia adulta, de negra profundidad, la que celebra cada hecho como un modo de encumbramiento, la que hace de todo un autoservicio, resulta muy peculiar. Es rastreable. Tangible. Calificable. Presenta tantos síntomas como las enfermedades y, como ellas, tiene un diagnóstico diferencial.

La teatralidad que Cavanni exhibía podía proceder de su herencia argentina, y la preocupación por su imagen (se recolocaba el pelo cada cinco segundos) podía ser una manía. Pero su marcado narcisismo, la instrumentalización de los demás, el escaso tacto; en suma, su megalomanía era inconfundible. Desde que nos sentamos en aquella magnífica terraza, Cavanni no dejó de hablar de Cavanni. Parecía un enamorado hablando de su amada. Describió sus logros; sus propiedades, su posición social, sus coches, los caballos, sus premios, en especial el que recibiría en diciembre en Estocolmo, pero ni siquiera me dijo cómo se llamaba su mujer, por no hablar de que no mencionó al equipo que le había hecho ganar el Nobel más que para llamarles «vagos paniaguados». Aguanté estoicamente una media hora, pero estaba cansado del viaje y quería respuestas, de modo que lo interrumpí:

—Es un lugar magnífico, excepcional, un remanso de paz. Podría pasarme horas contemplando esta maravillosa vista de no tener que partir para el aeropuerto.

—Yo nací en Chicago, pero pasé la mayor parte de mi niñez en esta casa. Entonces era algo más chiquita: la agrandé y adecenté cuando me casé con mi actual esposa, para tenerla como base argentina. Me escapo hasta aquí siempre que puedo. Es un lugar muy tranquilo; como dices, un remanso de paz. Está cerca de todo, pero alejado de las miradas inoportunas. Y por descontado, es completamente inexpugnable. Los Berner y los von Trotha vienen al menos una vez al año. No sé por qué no me habían informado antes de que te conocían.

—¡Es que no nos conocíamos! Ha sido un encuentro reciente.

—En el sótano conservo intacto el laboratorio de mi padre. Un día que vengas con más calma te lo muestro. Allí tengo enmarcada una fotografía de mi abuelo con el tuyo en vuestra casa de Torrico. Mis familiares llegaron a Bariloche en el año 46; mi padre tenía tan solo cinco o seis años. Mi abuelo ejerció como médico en la región y luego en los Estados Unidos, donde se casó de nuevo. Yo seguí sus pasos. Y ya ves, no me ha ido mal.

—¡Nada mal! Enhorabuena por el Nobel. Debería haber empezado por ahí. ¡Nobel: qué barbaridad, cómo suena!

Echó los brazos hacia atrás y sujetó el respaldo de la silla.

—Sí, es cierto. Lo único que siento es que mi padre no pueda verlo. Todo se lo debo a él. La vida, la profesión, mis investigaciones... Mi abuelo dejó escritas sus ideas y los resultados de los experimentos que inició en Alemania durante la guerra y luego siguió aquí; son, han sido siempre, mi guía. —Dio un sorbo a su bebida y añadió—: A ti no te ha ido mal tampoco. Te he visto en la terna del Premio Wolf.

Se me desenchajó la cara.

—Mi nombre estuvo en esa lista hasta el final, pero inexplicablemente desaparecí del mapa.

—¿Y a quién se lo han dado? No lo he seguido.

—A Tremurelle.

—¿Tremurelle, el suizo negro? Es un inútil ¡Vaya estupidez! Son unos chupatintas que no saben apreciar lo bueno. —Levantó la barbilla y con una mirada oblicua clavó los ojos en mí—. Jaime, te evitaré el mal rato de suplicar. No hace falta, estoy encantado de sumarte a mi equipo. Cuento con un cualificado grupo de investigadores, todos leales, todos a mi servicio. No te prometo la dirección, pero sí que apreciaremos tu trabajo. Además, aunque fueras tan inútil como Tremurelle, soy un buen alemán, es decir, un hombre agradecido: lo que mi familia debe a la tuya es impagable. Siempre estaremos en deuda con vosotros. Lo que siempre me ha sorprendido es que no os lo hubierais cobrado antes.

Mi media sonrisa debió de ser triste. Rondo los sesenta. Aquel jovencuelo altivo y deslenguado ganaría el Nobel con cuarenta y alguno, pero carecía de la más mínima educación. No solo era un soberbio, se vanagloriaba de serlo.

—Te agradezco el ofrecimiento, Adolfo. Pero no puedo aceptarlo.

Sonrió. Sacó un puro de la americana y lo encendió.

—¡Tienes orgullo, eso me gusta! El orgullo es propio de las razas ganadoras. Pero en este momento no puedes permitirte. Simplemente, da gracias y acepta lo que se te ofrece.

—No soy genetista, Adolfo, y tengo mi vida en España. Mi esposa es jueza en Madrid.

Soltó una risita estúpida.

—Es más fácil cambiar de esposa que encontrar un buen trabajo. Sin ir más lejos, yo tengo una nueva señora Cavanni en mi cama.

—Enhorabuena. Yo estoy feliz con la mía y no quiero cambiar eso.

El humo del puro volaba hacia atrás como una flecha, fruto del viento. Se inclinó hacia mí y me palmeó la pierna.

—Esto no me lo esperaba, Jaime. Me habían dicho que venías a cobrarte el favor.

—No sé quién te ha dicho eso, pero es evidente que te han informado mal. El motivo de mi visita, el único motivo, es saber más de Paulina, de tu abuelo y el mío, y de un cuadro que nos han robado.

—¿El arlequín de Picasso que os regaló?

—¿El arlequín? No, no: lo que nos han robado ha sido la odalisca de Matisse. Y desde entonces, están ocurriendo cosas muy raras.

El futuro Nobel se puso en pie, se acercó al pequeño mueble bar y preparó dos copas de whisky sin preguntarme por mis preferencias.

—Von Trotha me habló del robo de un cuadro y supuse que era el Picasso. Aparte de ese arlequín, fechado en 1915 o 1916, no tengo más datos. Mi abuelo y mi padre nunca me hablaron de un Matisse. Lo siento, en eso no puedo ayudarte. Y ahora bajemos al laboratorio. Así entenderás mejor la historia que voy a contarte.

—¿Me permites un momento? Necesito lavarme las manos —dije.

Cavanni extendió la suyas sin derramar el whisky. Manos finas, suaves, blancas, cuidadas.

—Mi padre tenía esa misma manía, manía de médico. Yo ya no la tengo. No trato pacientes, solo vigilo sus genes. Bajemos, en el laboratorio tenemos baños. Paso bastante tiempo allí. ¡De modo que es cierto!

—¿Qué?

—Que eres un hombre de ley. Me lo habían dicho...

Empezaba a encontrarme muy incómodo. Temía toparme con cosas incómodas en ese laboratorio. Es diferente saber que algo existe a que tus ojos lo hayan visto.

—Seguro que tienes mil cosas que hacer antes del Nobel, Adolfo. No quiero robarte tiempo. Puedo regresar cuando todo acabe y tú estés más liberado, y saborear despacio ese laboratorio del que me hablas. Además, mi vuelo sale en breve y tengo que estar mañana en Madrid. ¿Por qué no hablamos aquí y me invitas otro día?

Respiró hondo un par de veces. No le gustó, pero finalmente lo aceptó.

Volvimos a sentarnos. Y por fin me contó las historias de su «adorada» abuela Paulina.

—Mi abuelo Guido, médico, hijo de médico, sirvió fielmente al Tercer Reich. Herido de guerra, fue enviado a España a recuperarse. Lo hospedaron tus abuelos. Mi abuelo y el tuyo se habían formado juntos en un hospital de Baviera. Guido acababa de quedarse viudo y conoció en vuestra finca a Paulina, una joven, pariente lejana de tu familia, que vivía temporalmente allí. Era una mujer muy bella y se enamoraron perdidamente. Pero mi abuelo se vio obligado a volver a Alemania en cuanto se restableció. Con la dificultad de comunicaciones

de la época, no supo hasta mucho más tarde que Paulina esperaba un hijo. España era un país religioso, gobernaba el general Franco, y un embarazo de una joven soltera resultaba un escándalo. De modo que tus abuelos organizaron su traslado a París. Trabajó allí en la embajada de Alemania, era una gran cocinera, llegó a ser la chef de la embajada durante toda la guerra. Era una buena mujer y se apiadó de su casero y su familia. Ella no supo hasta el final de la guerra que aquellas alimañas, cucarachas que le chuparon la sangre, eran judíos. Lo primero que hicieron cuando los soldados alemanes se retiraron fue denunciarla por colaboracionista. De nuevo tu abuelo hubo de ir a rescatarla. Ella nunca se recuperó de aquello y murió. Guido regresó a España, cogió a su hijo y emigró. Tu abuelo movió sus contactos para lograr documentación y pasaje para ambos. Una vez aquí, rehicieron su vida. Poco tiempo después, se fueron a vivir a Estados Unidos. Yo seguí sus pasos profesionales. Eso es todo.

Aunque, a diferencia de la casa de los Berner en Jávea, las paredes del salón de la casa de Cavanni estaban huérfanas de pinturas, pregunté:

—¿Y ese arlequín de Picasso?

—Fue un regalo a tu familia por lo bien que se habían portado.

—Perdona la pregunta, ¿era auténtico?

—¡Naturalmente!

—¿Y una pulsera de monedas de oro de una tal Rosenberg?

—No tengo noticia de ninguna pulsera.

—Y tampoco sabes nada de un Matisse.

—Tampoco. Pero debes tener en cuenta que esos cerdos judíos que sobrevivieron gracias a la valentía de mi abuela Paulina no solo la denunciaron, sino que se quedaron con casi todo lo que poseía.

La proliferación de discrepancias entre el relato de mi madre y el de Cavanni me hicieron dudar. Cierto que las circunstancias en las que había accedido por primera vez a esa información eran más bien anómalas: morfina incluida, mi madre vivía en un mundo de plastilina que moldeaba a su antojo. Pero, no sé por qué, pensé que el de mi madre era más fiable. Estaba pensando en ello cuando Cavanni, clavándome la mirada, me interrogó.

—¿Eres de los nuestros, Jaime?

—¿Qué significa «de los nuestros»?

—Te lo explico en dos frases. Nuestro mundo aparece hoy como disminuido, agotado, caduco. Los mecanismos de gobierno de Occidente han fracasado. Vivimos en una sociedad de barbarie, con hambre y caos, sin valores. No hay nada estable; todo, absolutamente todo, parece objeto de negociación. La ciudadanía está descontenta, asustada ante los movimientos que amenazan su esencia, desde la inmigración masiva hasta el ISIS, pasando por la destrucción

de los valores familiares. Los hombres y las mujeres de bien están desencantados, sin puntos de apoyo ni nadie en quien confiar. Nuestro diagnóstico es claro: se necesita un nuevo liderazgo, un líder fuerte que reoriente la política, la cultura, la economía. Y, como vivimos en un mundo global, la solución tiene que ser global. Europa está sacudiéndose la pereza y también América: Alemania, Francia, Grecia, Holanda, Austria, los países nórdicos, tímidamente España, Eslovaquia, Estonia, Hungría, Rusia, Estados Unidos, Canadá, México, Uruguay, Argentina, Chile, Grecia, Costa Rica, Colombia... En todos esos países y en muchos más hay personas que han despertado.

—¿Me estás hablando de un nuevo partido político?

—Nuestro movimiento está muy por encima de la estrecha política local, aunque, obviamente, la incluye. Es un punto visible, pero solo es la punta del iceberg.

—¿Y cuáles son los principios que os inspiran? Supongo que la democracia es...

—La democracia es un régimen útil en algunos terrenos colaterales de la política. Fuera de ellos, se necesita un líder con personalidad, que arrastre, que tenga claras las ideas.

—¿Qué ideas? —insistí.

—La fundamental es hacer surgir una nación renovada. Nuestra cruzada es buscar una raza capaz de lograr la salvación colectiva. Debemos proteger nuestra esencia biológica, la raza que tú y yo compartimos. Hemos de lograr una refundación racial. Entre nosotros hay muchas diferencias intelectuales: los hay ateos y religiosos; católicos y protestantes; socialistas, economicistas..., pero todos estamos convencidos de nuestro fundamento racial.

—Seguro que no hay judíos.

Su gesto resultó ilustrativo, pero lo dulcificó enseguida.

—La dominación judía sigue estando presente. Están en todas partes, aunque como siempre dominan a escondidas. Los judíos han intentado crear un imaginario de necesidades occidentales que dice que todos somos iguales. Y eso es falso. Los primeros que dicen que no son iguales son ellos. Nosotros queremos liderar la reconstrucción de la sociedad. Ellos se oponen: les gusta el caos, viven en el caos porque es ahí donde sacan rendimiento. Los judíos no quieren mejorar la sociedad, son sanguijuelas que se alimentan de ella y de los demás.

—¿Y cuál es la razón? ¿Una cuestión económica?

—No, no, es algo mucho más profundo. No se trata del reparto de las riquezas, sino del poder, de la capacidad de obrar.

—¿Y qué vais a hacer con los judíos, los homosexuales o los disidentes, meterlos en guetos? ¿Matarlos?

—No te equivoques, la práctica de la violencia obedece a una necesidad puntual de colocar, antes de cualquier cambio, ciertas cosas en su sitio, pero nuestro discurso no es bélico, es intelectual. El fruto más granado se obtiene con el orden, una vez silenciadas las armas. Como a todo el mundo, a mí la violencia injustificada me produce repulsión, me parece una experiencia traumática. Es algo que ha sido largamente exagerado por los judíos.

Me quedé en silencio.

—Veo que se te han acabado las preguntas, Jaime. Eres un hombre culto, elegante, de impecable currículum, un médico reputado y el nieto de un patriota: no se puede pedir un historial más puro. No había pensado en hacerte este ofrecimiento, pero lo hago de todo corazón: me gustaría que te unieras a Génesis.

—¿Génesis?

Entonces pasó al alemán. Sus gestos estaban medidos al milímetro, lo mismo que su entonación y su claridad expositiva.

—Génesis, donde empieza todo. Lo primero que hay que cambiar es la cabeza de la gente. Para ello debemos buscar quién puede liderar ese cambio y tratar a esas élites culturales y científicas con exquisito cuidado. Puedo asegurarte que contarás con los medios necesarios, como ha ocurrido en mi caso.

—¿Medios?

—Por ese punto no debes temer. Tras la desastrosa caída del Tercer Reich, mi abuelo y otros patriotas como él salvaguardaron importantes sumas de dinero para continuar con el esfuerzo. Fueron también depositarios de muchas obras de arte, con las que se sostiene y se reorganiza nuestra lucha renovada.

—Pero a ti te financia la comunidad judía.

Se echó a reír.

—Soy un científico reconocido, que trata de lograr tratamiento para una enfermedad prevalente entre judíos. Mis bases contienen datos del genoma de varios cientos de judíos askenazíes que, al ser comparadas con los procedentes de otros tantos europeos no judíos, nos están permitiendo determinar los marcadores genéticos exclusivos de ese grupo. No hace falta que te diga lo cerca que estamos de lograr hacer un catálogo completo y lo valioso que es...

—Cuando poseas el mapa de mutaciones que causan enfermedades que los progenitores askenazíes transmiten... —ni me atreví a expresarlo.

—Veo que lo has entendido. La raza debe y puede ser mejorada. Los símbolos, la estética, todo eso es importante: sirve para unir a la población sobre una causa, pero lo esencial es la raza. Y quien la lidera. Es un gran proyecto.

Me explicó que Génesis estaba ya regando las principales vías de poder del mundo. Me habló de miembros infiltrados en los partidos políticos (no de cara al público, sino en la programática); de ejecutivos de las principales industrias, sobre todo en los sectores de tecnología, prensa, agua, energía, materias primas y alimentación; de eclesiásticos cristianos; de colegios y universidades con profesores de talla mundial seleccionando y reclutando estudiantes.

—Como ves, es un proyecto fascinante en el que tienes un papel. Tu mundo te ha dado la espalda. Alemania no lo hará. Te estoy invitando a incorporarte. Génesis te espera. Juntos lideraremos un nuevo mundo.

—Es todo tan repentino... —titubeé conciliador—. No esperaba... Lo siento, debo madurar todo esto...

Adolfo Cavanni, el nieto de Paulina, no parecía enfadado, solo desconcertado. Supongo que esperaba mi completa sumisión. Que me hubiera maravillado ser elegido, que hubiera caído rodilla en tierra y le hubiera suplicado que me nombrara caballero del nuevo Führer.

—No te entiendo, la verdad, Jaime. No te entiendo. El honor que acabamos de ofrecerte...

—Valoro lo que me ofreces y te lo agradezco en mi nombre y en el de mi apellido. Pero no soy vuestro hombre. Soy una persona pacífica. Todos estos asuntos me cohíben, me dificultan la respiración. No soy precisamente un hombre valiente. Antes de saltarme un semáforo me santiguo. Como verás, no doy el perfil.

—¿Dar el perfil? ¡Lo das como investigador! Cada uno debemos ser útil en aquello que hacemos bien. No debes preocuparte por estar a la altura. Es lógico que te sientas abrumado, muy lógico. Admiro tu humildad, pero no seas tonto. Piénsalo unos días. Te llamaré cuando pase la ceremonia del Nobel, ¿de acuerdo? Por otro lado, ya sabes lo que te espera fuera: judíos como JJ, que no tiene más apertura de miras que sus propias narices.

No es que buscara fingir encogimiento y mostrara aceptación, simplemente creo que no hay cosa más absurda que librar batallas perdidas de antemano.

Sonreí. Nos dimos un extraño abrazo, distante y apretado al mismo tiempo.

—Prométeme pensarlo. Volveremos a hablar.

—Lo haré. Gracias por recibirme. Y por lo demás.

—Buen viaje. Y cuídate la espalda. Te seguirán dando la lata, pero nosotros también estaremos ahí.

Cavanni no salió a despedirme. Permaneció en la terraza y me dejó en manos de Norberto, el chófer uniformado que me había acompañado hasta allí. Él me condujo con fría pero educada cortesía hasta la zona de aparcamiento. Si Norberto conservaba la voz, la tenía secuestrada.

El coche estaba estacionado a unos metros de la entrada, bajo las copas de los árboles, en un terraplén. A su lado, quieto como una estatua, estaba otro caballero de rasgos caucásicos perfectamente uniformado, guantes y gorra negros incluidos. Agradecí a Norberto la ayuda con un gesto de la mano y caminé hacia el vehículo. Las suelas de mis zapatos crujían al pisar las agujas de los pinos. Me pareció que la naturaleza entera se detenía a escucharme.

No puedo precisar si fue por recelo (reconozco que no esperaba nada peligroso, ni que alguien me espicara), pero mientras avanzaba miré a izquierda y derecha y pude percatarme del número de cámaras, de las vallas y de las verjas. Aquello era una fortaleza. Aunque quizás solo se tratara de una respuesta razonable al incremento del riesgo en el propio país.

Me subí al coche; al volante, otro conductor mudo. Sin preguntar, se dirigió al aeropuerto. Fue un recorrido confuso, desagradable. No me encontraba bien. El aire acondicionado del avión me había afectado la garganta. Tenía los ojos irritados, me lloraban. Me dolía la espalda. Medio derrotado por el cansancio, el malestar físico y el peso aplastante del encuentro con el nieto de Paulina, me sumí de inmediato en un profundo sopor. La llegada al aeropuerto me sorprendió soñando: iba en un barco y se desataba una tormenta. Cuando el conductor mudo detuvo el coche, el casco del barco chocaba contra las rocas.

Todavía andaba despegándome los párpados cuando embarqué rumbo a Buenos Aires; el avión salió puntualmente. Hacia las nueve de la noche, entré en el hotel. Hubiera necesitado maquillaje para disimular las señales de mi cansancio y preocupación. Pero ¿qué más daba? Nadie me conocía allí.

No soy un hombre melindroso, pero tampoco soy indiferente a las comodidades, a la decoración o al ambiente. Si tuviera que despojarme de algo sería de los restaurantes: prefiero no comer a hacerlo en sitios cutres o no demasiado limpios. El hotel que Corine había escogido en España no hubiera alcanzado el nivel de un tres estrellas en una zona de turismo extranjero. Las alfombras eran antediluvianas, el mobiliario viejo, rococó hasta para un ruso, la limpieza parca, la entrada angosta y la habitación minúscula y opresiva. Pese a la propaganda, no era uno de esos edificios que, en tiempos lejanos, pudo haber gozado de cierto glamur para entrar después en una lenta decadencia. Aquel edificio era viejo y tenebroso desde su inauguración. Olía a discoteca mal ventilada, a sala X, a desidia y endeudamiento bancario. Como el país, languidecía, pero estaba suficientemente cerca de la zona turística como para mantenerse vivo. Como un congreso de tango lo llenaba todo, mi secretaria no había encontrado habitación en ningún otro. Descansaría un rato y tomaría el vuelo de vuelta.

Fui directo a la habitación. Me senté en la cama, una de matrimonio más bien pequeña, y boté sobre ella para probar el colchón: sus muelles estaban tan arruinados como el edificio. Aun así, me tumbé. En cuanto cerré los ojos oí un rumor de pasos a la derecha, la descarga de una cisterna y correrse el cerrojo de una puerta. Las paredes debían de ser de papel. Todo parecía confabularse contra mí. «Bueno, si quieren llevarse mis calzoncillos, que se los queden», pensé.

Sonó el teléfono de la habitación. Tardé unos instantes en saber qué ocurría. Inmediatamente rodeé la cama para responder.

—Señor Garache, han dejado un sobre para usted en recepción.

—Creo que se ha equivocado. No conozco a nadie aquí.

—Si es usted el doctor Jaime Garache, es para usted, no tenemos otro cliente con ese nombre. No trae remitente. ¿Quiere que se lo suban?

Sentí el peligro como se siente el aire frío.

—Pues si es usted tan amable...

Un par de minutos después metieron un sobre por debajo de la puerta. Lo abrí. Y la nueva preocupación convirtió en pequeña la anterior.

La fotografía era de mala calidad, pero para lo que buscaba era más que suficiente. Lo era para mí y, sin duda, lo sería para Lola: se trataba de algo tangible; una prueba, no un rumor.

Se llamaba Nadia y vino a pasar unos meses en nuestro departamento. Para su juventud, su currículum era espléndido. Además, venía muy bien recomendada. El primer día se presentó vistiendo un traje de chaqueta negro y una camisa blanca que la hacían parecer una azafata. Me habló de sus inquietudes intelectuales y me pidió que la tutelara; dos semanas después, sus ropas habían

cobrado vida: las faldas se acortaron, los colores se alegraron y los escotes me alegraron a mí. Fue entonces cuando me pidió que la dejara estar a mi lado en un par de proyectos; un poco más tarde, que le permitiera acompañarme a un congreso. Yo accedí, no veía razón para oponerme. Quizás también porque sus halagos (me trataba como si no hubiera nadie más inteligente, ni más experimentado ni más atractivo) me gustaban y ella también. Me divertía verla entrar cada mañana en el edificio del CSIC, mucho más temprano que el resto, unos minutos después que yo, con sus vestidos escuetos y ajustados y su mirada desafiante, retadora, a juego con sus tacones con plataforma y el tono de su barra de labios. Era una mujer viva que olía a una colonia dulzona. Modulaba la voz cuando hablaba conmigo, como si al bajar los ojos y el volumen me estuviera legitimando. Se sentaba en la sala común, al fondo de un lóbrego pasillo de temperatura extrema. Un mes después de su llegada, me encontré siendo yo el que iba a buscarla. Que tenía veinticinco años menos que yo era tan cierto como que su mente resultaba brillante incluso comparada con los muy cualificados talentos que trabajaban allí.

Me acompañó al congreso de Hong Kong. Luego al de Nueva York. En esta ciudad le permití hacer la presentación de nuestro proyecto. Y alabé en público su trabajo. Fue muy bien y salimos a celebrarlo: me pasé con el whisky. No sé cómo ocurrió, ni siquiera recuerdo qué ocurrió, porque una nube espesa cubre esas horas. Solo sé que cuando me levanté, desnudo, tenía un terrible dolor de cabeza y un olor dulzón en las sábanas de mi cama. Cuando regresamos a Madrid, me pidió que firmara una recomendación que ella misma había redactado. Era excesiva, pero no me atrevía siquiera a mirarla a los ojos y la firmé. Dos semanas después dejó una nota en mi mesa dándome las gracias por la estancia e informándome de que le habían concedido el visado para los Estados Unidos y se iba a trabajar a un centro en Chicago. Me pidió que me despidiera de todos.

Aquella fue la primera y única vez que he engañado a Lola.

El resto de la noche, el miedo me tuvo en vela. Aquella aventura estúpida, fruto del volumen de alcohol en sangre (últimamente, bebo demasiado) y, sobre todo, de mi soberbia, resultó una tortura desde casi antes de que ocurriera. No lo digo porque Lola se enterara y llorara por las esquinas. El que parecía un alma en pena era yo. Tenía tal cargo de conciencia que me parecía llevar una tonelada de remordimientos sobre los hombros. Cada vez que miraba a Lola, cada vez que ella se acercaba y me besaba, cada vez que veía una fotografía suya me deshacía en arrepentimiento. Sé que a otros hombres les compensa este juego; a mí no. En absoluto. La úlcera ya la tenía, pero desde ese día empezó a dolerme el alma. Y el alma no duele como las muelas. Duele como si te arrancaran la piel muy poco a poco, duele como si te abrieran en canal de punta a punta pero muy despacio, de modo que nunca puedes zafarte o acostumbrarte al dolor. Me abrumaba de tal manera la culpa que, en términos netos, salí perdiendo.

Lola, que es muy aficionada a los refranes y a las citas famosas, suele repetir una frase de Nietzsche: «El remordimiento es como la mordedura de un perro sobre una piedra: una tontería». Bueno, no pretendo saber más que el gran filósofo, pero en este caso creo que se equivoca. Los remordimientos tienen un papel, como lo tiene la tos o los mocos. Son la manera que tiene el alma de ir achicando los estragos de la crecida. Lástima que drene tan despacio, casi a cucharaditas.

Me hubiera gustado confesárselo a Lola y recuperar la paz. De hecho, estuve a punto de hacerlo en varias ocasiones, pero, en cuanto la veía, me entraba otro ataque de silencio. Y en vez de hablar, hacía un nuevo agujero al cinturón (había perdido ya cinco kilos) y me decía que era imposible que ella se enterase. De sobra conocía que solo un milagro permitiría que mi esposa no llegara a hacerlo, y Dios no suele ser partidario de conceder ese tipo de favores.

Aquel día, en el aeropuerto de Nueva York, tratando de compensar mi infidelidad, busqué un regalo para ella. Pensé que a Lola le haría ilusión. En

realidad, mi subconsciente quería calmarse a sí mismo. No tenía demasiado tiempo y mi mujer es un poquito rara en esto de los regalos. Un poquito, no: bastante. Ni siquiera le gustan las joyas. ¿A qué mujer no le gustan las joyas o la bisutería? Pues a la mía. Ni las joyas ni las pieles. («¿Cómo voy a llevar pieles en Madrid?, Jaime», me preguntó un día con cara de incredulidad. Cuando pregunté qué tenía Madrid en contra de las pieles, me miró como si fuera tonto. Indagué si llevaría pieles en Oviedo. Se cruzó de brazos y me dijo que a ella no se le había perdido nada en Oviedo). A mi mujer lo que le gustan son los trajes, los zapatos y los cuadros. Debía descartar los cuadros, y los dos primeros resultan complicados: caderas, culo, juanetes..., Lola tiene de todo. Finalmente, encontré un traje de licra para hacer deporte. Si lograba que viniera conmigo, que corriera junto a mí, se daría cuenta de que esa mujer no me importaba lo más mínimo. Fue una mala forma de implorar su perdón. No solo no lo estrenó, sino que me preguntó incisivamente por qué traía eso de Nueva York cuando nunca le traigo nada. Debería habérselo confesado en ese momento...

Sufrí mucho aquella primera semana. Porque mi mujer es de aúpa. No es que intuya las cosas ni que las adivine: las huele. Sentí miedo, miedo a perderla: a un silencio aún más terrorífico que sus gritos. La segunda semana fue un poco mejor; las siguientes casi conseguí olvidarlo, aunque nunca del todo.

Pero aquella fotografía amenazante, enviada a mi hotel en Buenos Aires, me obligaba a tomar medidas. Decidí coger el toro por los cuernos (nunca mejor dicho) y confesárselo. Marqué su teléfono. Me respondió con un *email*: «Me voy a Melbourne». Quería que habláramos desde uno de sus móviles encriptados. Busqué en la agenda Melbourne, pero antes de marcar volví a mirar la fotografía.

La identificación de Nadia no tenía vuelta de hoja; la mía no resultaba tan evidente. La imagen de mi cara era tan difusa que podía ser yo o cualquiera de mi compleción, estatura y color de pelo. Por otro lado, si aparecíamos ambos, ¿quién había tomado la fotografía? Estaba seguro de que no había nadie más en la habitación aquella noche. Bueno, seguro no. Estaba completamente borracho. Escaneé la imagen para poderla procesar en el ordenador, donde logré ampliarla. Me pasé un buen rato mirándola. No se veía gran cosa, pero sí pude observar que en el cuaderno del *room service* que estaba sobre la mesa ponía «Sheraton». Suelo hospedarme en un Sheraton de la Séptima Avenida, bien situado y ajustado de precio. No obstante, en aquella ocasión la organización había pagado mi viaje y me había enviado a un Península, en la Quinta Avenida. ¡El que aparecía en esa fotografía no era yo! Me invadieron un montón de sentimientos contradictorios. El primero de rabia, el segundo de alivio, el tercero de duda.

Volví a marcar.

—Lolilla, tengo que hablar contigo.

—Y yo contigo. ¿Dónde andas?, ¿sigues en Argentina?, ¿sabes el lío que tenemos montado?

Empezó a hablar de corrido, saltando de unos temas a otros. No sé dónde había obtenido los datos, pero conocía la existencia de Cavanni y de la conexión argentina. Me explicó que González, el comandante de la UCO, había resultado un farsante y nos estaba espiando. Y lo que era más llamativo, me aseguró que podía demostrar que el cuadro era falso.

—Mira por dónde las mamografías van a encontrar otra forma de pasar a la historia. Espero que hoy mismo llegue a los judíos la información y puedan certificar que no tenemos nada que ver con los nazis.

Estaba maravillado. Necesitaría al menos un par de horas para digerir todo lo que Lola acababa de contarme.

—¿Los judíos? Pero ¿cómo has contactado con ellos?

—Bueno, las pelirrojas tienen sus recursos... —Se echó a reír—. No ha sido tan difícil. Lo importante es que, en cuanto se enteren de que el cuadro es falso, te dejarán en paz. O eso espero. Por cierto, uno de los ahijados de Salvat ha venido a recoger el cuadro del arlequín. ¡Menudo sinvergüenza! En fin, Jaime, estate tranquilo, todo se va a aclarar. Sé bueno y vuelve cuanto antes, ¿vale? —añadió en tono de súplica.

—En un rato salgo para el aeropuerto. Llego mañana. Tengo ganas de verte. Pero antes quiero contarte algo, algo que no va a gustarte...

—Puedes contarme lo que quieras, por muy duro que sea.

—¿Estás segura?, ¿incluso si yo...?

—Sé que no eres un nazi, Jaime. Siento haber dudado de ti. —Me mantuve en silencio—. No estás hablando de eso, ¿verdad?

—No, Lola. Esa gente ha dado una nueva vuelta de tuerca. Nunca pensé que pudieran ser tan rastreros.

Hubo un largo y expresivo silencio.

—¿La tía de las tetas postizas?

No respondí. No hacía falta.

—¿La quieres?

—¿Quererla? ¡Pero cómo se te ocurre pensar eso!

—Puedo perdonar muchas cosas, Jaime, pero hay una que no soportaría: que me compararas con otra. Eso no podría soportarlo —añadió en tono sepulcral y se le quebró la voz.

En la distancia, pude oír su lamento. Y decidí hacer lo más prudente, o quizás solo lo más fácil: mentir. JJ había enviado una fotografía que, a todas

luces, era una completa chapuza porque no tenían ninguna otra. Una baza a mi favor.

—Lola, no es lo que crees. No pasó absolutamente nada. Nada. Solo bebimos un poco más de la cuenta. Pero ellos no parecen saberlo y me han enviado una fotografía. Quiero que la veas. Te la acabo de enviar a tu correo. Ábrelo. Espero.

Aguardé en silencio unos instantes. Volví a oír sollozos.

—No eres tú. El hombre de la fotografía tiene menos pelo.

—¡Es lo que quería que vieras! Si lo amplías, comprobarás que es un Sheraton. Y yo me hospedé en un Península. Es una imagen falsa y chapucera.

—Sin embargo, si te la han enviado es porque pensaban que surtiría efecto. Y tú la has estado ampliando para buscar fallos, ¿por qué? Si no estuviste allí, no era necesario —su tono era de profunda tristeza.

Me había pillado. Pero una vez sembrada una mentira, es mejor no dejarla a medias.

—¡Eso no es justo! Ya has visto cómo se las gastan: cualquier cosa para hundirme. ¡Hasta han enviado una denuncia anónima al CSIC acusándome de blanquear dinero! Solo puedo decirte que la chica trabaja ahora en uno de los laboratorios de JJ, el de Chicago; yo mismo le hice una carta de recomendación. ¡Qué cabrón!

—Fue en el viaje en que me compraste ese traje de licra, ¿verdad? Si no me lo hubieras traído, podría creerte, pero cuando un hombre compra regalos sin tener costumbre...

—¡Lola, por favor! Déjame que te explique...

—Tengo que dejarte.

Colgó.

Recogí mis cosas, pagué la cuenta y tomé un taxi para ir al aeropuerto. Tenía el ánimo en los pies. Pasé los controles y me instalé en la sala vip de la terminal B, que daba servicio a Iberia. Si, según había comentado Lola, era posible aclarar el entuerto, podría recuperar mi trabajo, pero iba a ser casi imposible recuperar a mi familia.

Cogí el móvil y llamé a Marieta.

—¡Papá, por fin! Te he llamado un montón de veces. ¿Dónde andas? Me voy a casar.

—Lo sé, cariño. Estoy fuera de España y perdí el móvil —mentí. Empezaba a convertirse en una costumbre—. Mañana estoy en casa, ¿cenas con nosotros?

—¿Con Pedro? Claro. Iré con Hermes. No puedo dejarlo solo, está muy viejo y se asusta.

—De acuerdo. Marieta...

—Dime, papá.

—¡Te quiero!

—Y yo. Pero ahora debo dejarte. Voy a comer con mis suegros. ¿Sabes que la madre de Pedro es pelirroja?

—¡No fastidies!

Mi hija pequeña se echó a reír.

Acababa de colgar cuando vi a Rafael Scott entrar en la sala de espera. Iba cargado con una mochila y una maleta pequeña. Avanzó hacia otro hombre que lo esperaba junto al mostrador de recepción. Allí le pasó la mochila. Mantuvieron una conversación en voz baja y se separaron. Scott estaba muy serio. El otro hombre se dirigió a la zona de servicio y Scott hacia mí. Fingí hallarme absorto en la pantalla del móvil y recé para que no me viera, pero ni una novena completa hubiera sido suficiente: el lugar que había escogido para sentarme estaba en su campo visual.

—Jaime...

—¡Scott, menuda coincidencia!

Miró hacia atrás y se acercó.

—Lo siento, de verdad. Tienes que creerme, pero...

—¡No, el que lo siento soy yo! Me surgió otro viaje y...

El otro hombre vino hacia nosotros. Scott no podía verlo porque estaba de espaldas. Era un joven atractivo de mediana estatura, de piel aceituna y pelo oscuro. Sus ojos parecían atentos a cualquier movimiento. Vestía traje gris sin corbata y una camisa blanca ajustada que dejaba entrever un tórax meticulosamente esculpido. Andaba muy rápido, como si tuviera prisa por llegar a nuestro lado. Cada pocos pasos, se recolocaba la mochila negra en el hombro. Noté un sutil amaneramiento. Al llegar a la altura de Scott, que me susurraba algo que no pude entender, lo abrazó por detrás. No era algo tan inesperado, pensándolo bien, pero me extrañó.

—¿No vas a presentarnos, Rafael? —dijo mientras sonreía con fingida sorpresa.

—Naturalmente. Doctor Garache, él es Henry Levy. Henry, el doctor Garache.

El otro miró a Scott y preguntó en voz baja, pero no lo suficiente:

—¿Es el médico del que me hablaste?

Rafael asintió.

—Jaime, Henry es la persona con la que quería ponerte en contacto.

Levy me tendió la mano. La tenía húmeda y fría.

—Scott me contó que te estaban jodiendo por causa de una obra de arte y querías averiguar quién estaba detrás de esa faena.

—Creo que Jaime ya ha solucionado su problema y no le va a hacer falta tu ayuda... —intentó zanjarlo Scott.

—Sí, gracias. Estamos en trance de resolverlo —confirmé—. En todo caso, os lo agradezco mucho.

Levy cruzó los brazos y se llevó un dedo a la boca.

—¿En trance de resolverlo? No entiendo esa expresión. La respuesta debería ser sí o no. Porque la gente te jode o no te jode, creo que no hay intermedios.

Me molestó su tono arrogante y su mala educación. Volví a arrepentirme de haber hablado con Scott tan abiertamente.

—Es cosa mía, no te preocupes. Voy a buscar algo de beber, ¿queréis tomar algo?

Scott negó con la cabeza. Levy pidió una copa de vino:

—Tinto, por favor.

Regresé con dos copas. Tendí una a Levy y lo observé. Su gesto seguía siendo descarado, astuto, cínico quizás, pero su expresión había cambiado.

—En trance de resolverlo... De modo que todavía podemos echarle una mano, ¿no crees, Scott? Podemos aprovechar la casualidad y hablar aquí o durante el vuelo. Supongo que viajas a Madrid, como nosotros. Debe quedarte claro que, aunque sea fuera del despacho, te pasaré una factura. —Sonrió—. Pero te haré un descuento porque las historias del pasado me subyugan. Ahí nadie es lo que parece. ¡El corazón humano encierra tantos secretos!

—Te agradezco mucho tu ofrecimiento, Henry, pero no creo que sea necesario. Además, tienes pinta de ser carísimo.

—Mil dólares la hora. Pero te aseguro que me gano cada centavo. Para ti haremos un precio especial: mil doscientos —bromeó—. Aunque si ya has encontrado lo que buscabas, no te hará falta. ¿Lo has encontrado aquí, en Buenos Aires, o en los alrededores?

—No creo que sea de tu incumbencia.

Me observó con gesto sombrío. Luego volvió a colocarse la sonrisa y añadió:

—Tienes mucha razón, Jaime. Contéstame a una pregunta: ¿qué opina su señoría de todo esto?

Perplejo, miré a Scott, que desvió la vista y la centró en su reloj de pulsera. Se le notaba avergonzado.

—¿Cómo dices?

—Te preguntaba por tu esposa pelirroja. ¿Le gustó la foto? Está un poco borrosa, pero lo que hay que ver, se ve.

—¡Hijo de...!

—¡Che, che, che! No levantes la voz. No merece la pena dar un escándalo. Su señoría no tiene por qué enterarse, y el Ministerio tampoco, aunque a estas alturas las auditorías están produciendo resultados prometedores. ¡Blanquear dinero es un delito muy serio!

—¡Si crees que vas a poder chantajearme, olvídate!

—No lo creo, lo hago.

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo? Rafael, ¿qué ocurre?

—No lo sé, Jaime. Conmigo han hecho más o menos lo mismo. No sé qué quieren, pero te aconsejo que se lo des. No tires tu vida por la borda, no merece la pena.

—¿Quieres decir que haga lo mismo que tú, engañar a gente que te recoge de buena fe en su casa?

—Lo siento de veras, Jaime. No tuve opción...

—Siempre hay opción, Rafael. Siempre.

—Bueno, dejadlo ya. Parecéis mujeres. Las cosas son como son. —Levy se inclinó hacia mí y me susurró—: Doctor, sabemos que ayer te reuniste con ciertas personas. Y que hace unos días lo hiciste con otras en Jávea. Todas ellas forman parte de una organización conocida como Génesis, cuya finalidad es sentar las bases para el advenimiento del Cuarto Reich. Necesito que me informes de quiénes son.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque ellos no me han hecho nada para que los trate de esa manera. Han sido hospitalarios, me han acogido y se han ofrecido a ayudarme. No sé si en su corazón arde un espíritu nazi, pero tú me das más asco.

—Pero te han hablado de Génesis...

—Me han hablado de un cuadro robado.

—Entiendo. ¿Desde cuándo los conoces?

—Eso no es de tu incumbencia. Por cierto, di a tu gente que cuando vaya a retocar fotografías tenga más cuidado. ¡Mala suerte! No estuve en ese hotel. Y tengo mucho más pelo que el protagonista.

En ese momento nos llamaron para embarcar. Me puse en pie, cogí mi maletín y avancé sin despedirme. Ya en mi asiento, vi acercarse a Levy, que

había cogido plaza a mi lado. Llevaba una sonrisa cínica dibujada en la cara. Viajábamos en *business*. Apenas lo pensé. Me puse en pie, me acerqué a la zona turista y eché un vistazo hasta dar con una madre joven con un bebé en brazos. Era un niño bastante pequeño, apenas unos meses, y estaba bastante nervioso.

—Perdona que te moleste. ¿Te importaría cambiarme el asiento? Viajo en *business*, pero soy supersticioso y no aguanto ese número.

La sonrisa le llenó la cara.

—¿Quiere cambiar mi asiento por el suyo?

—Puedo ayudarte a trasladar tus cosas si quieres.

—¡Con gusto!

Al ver a la mujer, y sobre todo al bebé, Levy estuvo a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor.

Me quedé dormido a medio vuelo. Cuando encendieron las luces y me desperecé, me dolía todo el cuerpo. Miré a izquierda y derecha, pero no vi a Levy. Bajé del avión decidido. Como no llevaba más equipaje que el maletín, fui directamente a la salida y luego al aparcamiento. No llegué a coger el coche.

Mis captores me encañonaron, me taparon la cabeza y me introdujeron a la fuerza en el asiento trasero de un Mercedes oscuro, antiguo. El conductor y el copiloto, a los que vi de refilón, me resultaron desconocidos. Ninguno de ellos habló. Del hombre que se sentaba a mi lado no puedo decir lo mismo. Empecé a marearme.

—¿Puedo saber adónde vamos, Levy?

—Al infierno —respondió cortante.

El trayecto no fue muy largo. Llovía bastante fuerte. Cuando el Mercedes tomó una salida a la derecha, maniobró demasiado rápido y el conductor dio un volantazo. Desprevenido bajo la capucha, perdí el equilibrio y caí sobre Levy, que me ayudó a enderezarme. La capucha se ladeó y observé que estábamos entrando en Madrid. Aquello me tranquilizó.

—Podría ser más fácil, Jaime. Bastaría con que cooperaras.

—¿Cooperara con qué? Nada tengo que ver contigo, nada. ¿Qué quieres?
—Tenía la boca seca y la voz pastosa.

—Sabemos que, directamente, no tienes nada que ver. Pero necesitamos conocer la verdad y tú tienes la clave. Dinos lo que queremos saber y sigue con tu vida.

—¿Mi vida? Te has ocupado de que sea una mierda.

—Recuperarás tu vida, te lo prometo. Solo tienes que colaborar. Será más fácil y más rápido si nos lo cuentas. Sabremos recompensarte. Podemos lograr que todo esto parezca un malentendido.

El coche entró en un garaje. Me hicieron bajar y me llevaron a rastras por varios pasillos oscuros que olían a humedad. Por las rendijas de la tela pude ver un suelo de cemento. Me metieron en un cuarto pequeño sin ventanas, de paredes desnudas blancas, donde hacía bastante frío. Carecía de muebles, a excepción de una pequeña mesa de formica y dos sillas. Me ataron los pies a una de ellas, me pusieron las manos sobre la mesa y también me anudaron las manos

con una cinta de plástico. Por fin me quitaron la capucha. Levy estaba sentado en la otra silla. El foco que colgaba del techo me cegó. Empecé a temblar.

—Te soltaremos muy pronto, doctor, te doy mi palabra, pero antes necesito que me digas con quién te has reunido en Bariloche.

—No es de tu incumbencia.

—¡Jaime, Jaime! ¡Tan listo y tan tonto! Ambos sabemos que no saldrás de aquí hasta que me cuentes lo que necesito saber. ¿Por qué no vamos por el camino fácil? Creo que, si su señoría estuviera aquí con nosotros, te diría que me escucharas, es lo mejor.

—¡Deja a mi esposa en paz!

Se acercó y apoyó sus manos en mis hombros.

—¡Lo haré encantado, de veras! Pero antes tienes que decirme con quién te reuniste ayer. Apenas estuviste unas horas, es obvio que no cogiste un avión para ir a la playa. Dime, ¿por qué fuiste a Bariloche?, ¿con quién te reuniste?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Solo trato de proteger a mi pueblo.

—¿Proteger a tu pueblo? Tú no proteges a nadie. Es más bien al contrario: los demás deberíamos protegernos de ti.

Salió un instante dejando la puerta abierta. Desde el exterior me gritó:

—¿Necesitas gafas para leer?

—Tengo vista cansada, sí —respondí. Aquello era absurdo.

Me entregaron unas gafas y un cuaderno. Estaba escrito a mano, pero no era original, sino una copia encuadernada. Me puse a leerlo con cierto reparo.

La sala tiene una longitud de unos doscientos metros; los muros están encalados; la luz es muy potente. Por doquier, hay carteles en distintos idiomas que avisan a la gente de que debe quitarse la ropa, anudar los zapatos y colgar todo en las perchas. Las paredes están llenas de percheros numerados con las ropas colgadas. Pero los cadáveres no están por todas partes, dispersos por la habitación, como esperaba. Se hallan apelotonados en la pared del fondo formando una montaña que llega hasta el techo. Los de abajo son niños, mujeres y viejos; arriba están los más fuertes y jóvenes. Todo es por el gas: inunda primero las capas bajas para luego ir subiendo poco a poco. Por tres o cuatro minutos más de vida, los jóvenes han sido capaces de pisotear a las mujeres y a los niños y escalar hasta arriba. En el medio de la sala hay tres cadáveres cogidos de la mano. Un hombre fuerte y un par de gemelos. El rostro del hombre horripila, pero a mí me parece colosal: es una persona íntegra, que no ha cambiado su decencia por cinco minutos más de vida. Está desnudo, como todos; me fijo en su número: el 200622. Lo memorizo para poder escribirlo después; si sobrevivo, quiero que todos lo sepan. Nos ordenan empezar, cogemos las mangueras. Llevamos botas de goma para no mojarnos. Nos alineamos ante la enorme pila de cuerpos y los bañamos. La defecación involuntaria precede siempre a la muerte por gas. Cuando están limpios, empezamos a separar unos cuerpos de otros. No es fácil, tienen los puños cerrados y las muñecas rígidas, lo mismo que las mandíbulas. Hay que romperlas. Porque tenemos que arrancarles las prótesis dentales: metemos los dientes de oro en

baldes de zinc con ácido sulfúrico, para que deshaga los restos de carne y huesos; también rompemos los puentes de metal. Pero lo que nos lleva más trabajo es afeitarles la cabeza. El pelo es muy valioso para los alemanes. Tiene la peculiaridad de contraerse o dilatarse uniformemente, sea cual sea el grado de humedad, lo que permite ser utilizado como detonador en las bombas de tiempo.

Estoy arrancando una muela de oro a un cuerpo de mujer cuando llega el doctor y ve a los gemelos en el suelo. Se enfada muchísimo. Pregunta por qué no ha sido informado de ello. Grita que los gemelos son vitales para el Reich. De encontrar el secreto genético que esconden, cada madre podría dar a luz dos veces más hijos que otra raza débil. Como los pequeños están muertos, me ordena que les haga la autopsia...

No seguí leyendo porque Levy regresó e, impaciente, de un manotazo, me cerró el cuaderno.

—Es suficiente. Ahora ya sabes de qué te hablo cuando digo que tengo que proteger a mi pueblo: trato de evitar que las salvajadas que narra ese cuaderno, y otros muchos similares, vuelvan a producirse. ¿Y sabes qué hace falta para eso?

—¿Que secuestres a más médicos inocentes?, ¿que robes más cuadros?, ¿que extorsiones a más gente?

—No, Jaime, todo eso es circunstancial, pequeños daños colaterales en comparación con lo que se obtiene. Ya te he dicho que lo siento. Lo importante es que los responsables de esas barbaries sean conscientes del daño que causaron y pidan perdón públicamente. Hace falta que se avergüencen. Reconocer, resarcir y arrepentirse: es la única manera.

—Esa barbarie procede de sus padres o de sus abuelos, que estarán muertos o a punto de morir...

—Cierto, pero, de repetirse, serán ellos quienes lo emprendan. Si se avergüenzan, no imitarán a sus padres o a sus abuelos.

—No me lo creo.

—Te doy mi palabra de que solo quiero una disculpa, el reconocimiento de esa culpa.

—Pareces la clase de hombre cuya palabra vale lo que una bolsa de pipas.

—Sabes lo importantes que son para un judío sus hijos. Te lo juro por los míos. Tú deberías también pensar en los tuyos. Y sobre todo, deberías preocuparte por tu esposa. Lo va a pasar mal: una jueza del Tribunal Supremo enredada en un tráfico de drogas tiene mala prensa.

—¡No serás capaz!

—No quiero hacerlo, Jaime. No tengo nada contra tu esposa, ni tampoco contra ti, pero si no me dices lo que necesito saber, haré con la jueza MacHor lo mismo que con el doctor Garache, y como has podido comprobar en carne propia, lo hago a conciencia.

—No es lo que crees —le respondí mirándolo directamente a los ojos.

—¿Y qué se supone que es lo que creo?

—Como dices, estuve en Bariloche, no lo voy a negar. Pero no viajé hasta allí por lo que tú supones: acudí a visitar al candidato al Nobel de Medicina. Se llama Adolfo Cavanni. Quería pedirle apoyo para lograr el Premio Wolf y recuperar mi vida. No funcionó, me mandó a paseo. Lo financia capital judío.

—Mi respuesta lo descolocó por completo. Sacó una tarjeta y me la mostró.

—¿De quién es este número?

—Era la que me había dado Rudolf en aquella cena en Jávea.

—De un servicio de seguridad —respondí.

—¿Para qué necesitas un servicio de seguridad?

—¡Para proteger a mi pueblo de gente como tú! —le escupí con rabia.

Levy hizo entrar a un hombre de aspecto bonachón que me inyectó algo. Lo que ocurrió luego lo recuerdo de un modo bastante confuso.

SEGUNDA PARTE

HENRY LEVY

1

Se me conoce como Henry N. Levy. No es mi único nombre ni mi único apellido, pero es uno de los que más me gustan. Levy expresa alistamiento, movilización. Todo el mundo me llama así: Levy, el de la marca Israel. En efecto, soy el que va de país en país y de embajada en embajada haciendo patria de la mano del *marketing*. Cuando lo escucho, asiento, sonrío y me apresuro a mostrar anuncios que exhiben jóvenes de exposición, laboratorios que fabrican premios Nobel, empresas que exportan a medio mundo o las preciosas playas de Tel-Aviv. Ese es mi trabajo: cambiar las percepciones y enseñar al mundo que Israel es un gran país, un país que sobresale entre sus iguales.

No es un invento mío. Nuestros políticos se reunieron en una sala cerrada, que ingenuamente creyeron libre de micrófonos, acordaron el presupuesto y decidieron un nombre. Lo llamaron Proyecto David. Tres semanas después de tomar aquel acuerdo, aconsejados por no sé qué cabeza pensante, se pusieron en contacto conmigo. Me explicaron que creían que el «producto Israel» debía ser sometido a una completa revisión con el fin de hacerlo competitivo en el mercado. Deseaban que Israel se mostrase al mundo como la cuna de la innovación y el emprendimiento, de las investigaciones de vanguardia, la informática y la buena vida, y no como país fanático, capaz de ignorar los derechos humanos más básicos. Para borrar esa imagen dañina, pretendían confinar Jerusalén en el rol de estampa cultural, mostrarla solo como la contribución judía al patrimonio de la humanidad en lo referente a hitos históricos y religiosos. Una vez logrado, buscaban rediseñar y reposicionar la marca.

Tras explicarme el Proyecto David, me ofrecieron dirigirlo. Si aceptaba, dispondría de medios suficientes, de libertad de actuación y de la capacidad de formar mi propio equipo. Les pedí veinticuatro horas para pensarlo. Justo cuando el plazo expiraba, llamé para aceptar su oferta. Esos políticos desconocían que algunas personas que no habían estado físicamente presentes en el nacimiento de David, pero que, gracias a los micrófonos instalados en la sala,

conocían palabra por palabra su contenido, habían contactado antes conmigo. De un modo más directo y concreto, me habían explicado todo el Proyecto David y me habían ofrecido coordinar un equipo dirigido por ellos. Me dieron cinco minutos para tomar una decisión. Necesité uno. Desde entonces, David paga todas mis facturas, las unas y las otras, me concede un estatus y una envidiable libertad de movimientos, me permite viajar donde y cuando quiero, y me reconoce el derecho a no dar explicaciones.

Se estarán preguntando por qué me escogieron. La explicación más obvia es que el *city branding*, hacer estrategia de marca aplicada a ciudades, es una de mis especialidades. Pero existen otras apostillas, me temo. Sería más veraz afirmar que los astros se alinearon, que cuento con herencia y apellidos, que muchas cosas concurrieron. Muchas.

Cuando los invisibles se pusieron en contacto conmigo era viernes. Estaba de semestre sabático en Europa. El fin de semana anterior había estado visitando un mercadillo en la ciudad de Grenoble y me detuve ante un puesto de antigüedades sin restaurar. El vendedor había colocado sobre una mesa improvisada, apilados sin orden alguno, un par de docenas de libros antiguos. Todo un espectáculo. Soy incapaz de resistirme ante la imagen de los libros antiguos. Me fascinan. Colecciono primeras ediciones. Un hombre añoso, con el rostro surcado de profundas arrugas, y manos grandes y bastas, que parecía estar al cargo, me explicó que se había hecho con el contenido de una antigua casona blasonada medio abandonada. Pasé un rato muy agradable. Estaba rebuscando en una de aquellas pilas cuando el vendedor me tendió un libro.

«Es una primera edición», me dijo. Y se volvió para atender a otro cliente.

Por definición, adquiero cualquier primera edición, sea cual sea el título, el autor o el idioma. Es una manía que, pienso, puede llegar a ser un buen negocio y, algún día, sacarme de un apuro. La duda que inmediatamente me invadió fue cómo conocía aquel hombre una afición que yo no había manifestado. Lo dejé correr y me puse a observarlo. Me llamó la atención su título, *La sociología de los judíos*, pero sobre todo la fecha y el idioma: estaba publicado en el año 1930, en hebreo. Lo abrí y lo ojeé. Cuando levanté la cabeza para preguntar el precio, tenía delante a una chica flaca y de aspecto estrafalario, con un sombrero morado.

«Disculpa, ¿dónde está tu compañero?»

Miró a ambos lados extrañada.

«Yo no tengo compañeros, este es mi puesto. ¿Quieres comprar ese libro? Es barato, no se venden esos idiomas por aquí.»

Desembolsé los doce euros que me pidió y me fui a casa con el libro bajo el brazo y la mosca detrás de la oreja.

Al llegar al apartamento que tenía alquilado, me enfrasqué en su lectura y no la abandoné hasta concluirlo. Mi sorpresa creció con cada página. El libro versaba sobre la composición racial de los judíos y contenía un férreo alegato contra la mezcla de nuestra raza con sangre foránea. Según el autor, a pesar de que los judíos no podemos ser considerados una raza completamente pura, constituimos una «sólida entidad biológica» que se estaba poniendo en riesgo, junto con la propia esencia de Israel, mediante la infiltración de sangre extranjera a través de matrimonios mixtos. Algo que, según el autor, deberíamos erradicar cuanto antes.

Las ideas que formulaba me resultaron alucinantes. Estaba escrito en 1930, pero ya utilizaba la herencia genética para establecer una concepción de la identidad judía capaz de ponerse al servicio de un programa político. En la última parte aparecían fotografías donde se nos identificaba como judíos por la forma del cráneo, por los rasgos, por las medidas corporales. Incluso el profesor que lo escribía decía que había un alelo judío que era responsable de todo lo anterior.

Releí algunos párrafos en dos o tres ocasiones. Era inaudito. Aquel ensayo, firmado por un judío, redactado en hebreo, escrito años antes de la Segunda Gran Guerra, sostenía el mismo concepto de herencia genética que había empleado Hitler para reivindicar una raza aria y tratar de borrar de la faz de la Tierra a la raza judía. Me quedé de piedra. Siempre había pensado que la distorsión deliberada de la ciencia genética había sido un invento nazi, tendente a respaldar mecanismos oficiales de limpieza étnica. Dormí mal, pero no pude recuperar el sueño porque debía tomar un avión. Ese lunes impartía una conferencia en Israel.

Allí aproveché para consultar lo leído con un profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Pero lo que a mí me había causado sorpresa a él le pareció completamente natural. «Levy, debe usted saber que, desde hace décadas, nuestro país está dedicando dinero y el esfuerzo de nuestros científicos más brillantes, especialmente los asentados aquí, para encontrar las características que nos identifican como raza. Es esencial, necesitamos una identidad. Ya no nos sirve la que teníamos.»

«¿Me dice que somos una nación en busca de una nueva identidad?», le pregunté.

«No. Somos un pueblo en busca de sus verdaderas raíces», respondió.

«¡Pero ya tenemos raíces! ¿Por qué debemos buscar otras? ¡Estamos pisando Jerusalén!»

«¿Seguro, Levy?», dijo, y me dejó sin respuesta y con muchas más preguntas.

El miércoles regresé a Milán. Dos días más tarde, cuando salía de impartir un curso de doctorado, vinieron a buscarme. Y no una persona cualquiera.

—Henry...

Me di la vuelta y me topé con un rostro conocido y desconocido a la vez. Sus ojos eran los mismos: pequeños, incisivos, oscuros, hundidos en sus cuencas; lo demás no. Las arrugas, la calvicie, la pérdida de peso llamaron mi atención.

—¡Papá! ¿Qué haces aquí?

Debo decir que el mío es un padre peculiar. Nos abandonó por su país cuando éramos niños, aunque mi madre jamás nos habló mal de él. De hecho, creo que, de haber sido hombre, ella habría hecho lo mismo. Sin embargo, cuando mi madre murió, durante dos largos años él regresó a casa y se ocupó de nosotros tres. Mantenemos un trato fluido pero escaso. Con el tiempo he llegado a respetarlo.

—Hola, hijo. Quería verte, charlar contigo.

—Lo imagino. Me preguntaba el porqué. Tú nunca haces nada sin una razón.

—Te trajimos al mundo. Tu madre y yo. No había razón para eso.

—Ya. Los hijos son importantes para un judío, lo sé.

—¿Paseamos? Tengo entendido que has estado leyendo libros raros...

Sonreí.

—Imaginaba que había sido uno de los vuestros. ¡Qué barbaridad! Cada vez sois mejores...

—No queda otro remedio, somos un país amenazado por muchos frentes. Necesitamos estar preparados.

Caminamos por el campus. Era una mañana luminosa y muy fría. El aire era seco y el cielo estaba azul, pero un vaho denso rodeaba nuestras bocas cuando hablábamos.

—¡Suéltalo! —le pedí.

—¿Qué te pareció ese libro?

—Me sorprendió. Mucho. —Suspiré profundamente—. Fue mucho más que eso: era una completa barbaridad. Seudociencia racista, nazismo escrito por un judío.

—Quizás no lo sepas, pero Hitler no se inventó nada, tomó sus ideas de libros como el que compraste. Te puedo proporcionar un par de docenas similares, todos ellos firmados por puños judíos.

—¿Me estás diciendo que esa idea es el antecedente de la filosofía de la preeminencia de la raza aria?

—Olvídate del pasado, Henry. Dime, ¿qué opinas de esa idea hoy?

—Opino que cuando una serie de personas busca una identidad, puede apelar a otras fuentes mucho más certeras que la genética.

—Entiendo. En tu opinión, Henry, ¿a qué fuente debería apelar Israel?

—Un pueblo, una religión, una raza, unas costumbres... La verdad es que no puedo contestar, no lo sé. Lo único que puedo decir es que no apostarí por la religión. Madre nos educó en el ateísmo.

—Cierto, yo di mi aprobación. Muchos judíos hemos escuchado en casa, en la escuela o en la sinagoga que éramos israelitas porque compartíamos la fe mosaica. Sin embargo, es una evidencia: vivimos en un mundo secular. En el siglo XXI resulta absurdo que los judíos nos aferremos a la idea de que somos el pueblo elegido para iluminar a las naciones. Porque las naciones no existen ya bajo la sombra de una religión. La religión ha sido durante demasiado tiempo el opio del judaísmo, consumimos tanto que terminamos convertidos en adictos. Estoy de acuerdo contigo: a mi juicio, el judaísmo no es una religión. Muchos hemos desechado ese factor de nuestras vidas.

—Sin embargo, mamá y tú nos circuncidasteis —indiqué con ironía.

—Así es. Celebramos nuestras fiestas, pero es la tradición lo que mantenemos, no la religión. Tachemos pues ese elemento. Dime, sin la armadura protectora de la religión, ¿qué nos queda?

—Bueno, ahora tenemos un territorio, somos un Estado con fronteras, instituciones, Ejército, relaciones internacionales. Y con una lengua propia...

—En eso tienes mucha razón, pero respóndeme a una pregunta: cuando éramos un pueblo errante, sin tierra, sin idioma común, ¿Israel no existía? ¿Y los judíos de la diáspora? Me refiero a los que hoy se saben y se sienten judíos, pero cuentan con pasaporte francés, británico, español, holandés, estadounidense o argentino. Esos ¿qué son?, ¿a qué pueblo pertenecen?

—¡No me irás a decir, como los de la Universidad Hebrea, que somos una raza! Mírate y mírame a mí: yo he salido a madre.

—¡Ah, el misticismo romántico de la herencia! ¡No seré yo a quien oigas decir que el sentimiento nacional, de identidad, es inherente a la sangre!

—De modo que no estás de acuerdo con la idea de la raza judía...

—Mira, Henry, después de muchos años de dar mi vida por ello, debo confesar que no sé lo que somos, y ¿sabes qué?, que me importa un comino. ¿Cuál es nuestra identidad?, ¿qué es lo nuestro?, ¿cómo definirlo?, ¿dónde marcar nuestros límites? No lo sé con exactitud. Hay gente que se empeña en delimitar, en diferenciar, en buscar una pauta, algo que cristalice, que ponga orden, que deje claro quién pertenece a nuestro pueblo y quién no. Tengo para mí que esa es una tarea imposible. Porque todas esas definiciones de lo judío terminan siendo excluyentes, todas dejan a muchos de nosotros fuera. ¿Un buen judío es aquel que festeja los días señalados por los rabinos y conoce el hebreo?, ¿es el varón circuncidado que circuncida a sus hijos, no come alimentos prohibidos o vive en Israel? ¿Acaso no son judíos los que celebran matrimonios mixtos o los que adoran el marisco? Estoy convencido de que no hay judaísmo, sino judíos; que ser judío es *sentirte* judío. De eso se trata, de esa paradoja: sentir que se siente; creer que se cree. Es una cuestión muy simple: el mero hecho de preguntarnos quiénes somos nos hace judíos. Soy judío, fui judío, seré judío, moriré judío. Eso es todo. Tú no eres americano, solo naciste en Estados Unidos; nosotros escogimos ese pasaporte. Sin embargo, lo quieras o no, siempre serás judío. Y eso se aplica a todos los judíos de la diáspora que nunca han vivido ni vivirán en Jerusalén, pero son tan judíos como los demás. Como decía un colega, la Torá es como una «patria portátil».

Levanté las manos en señal de acatamiento.

—Puedo estar de acuerdo con eso. Y puedo estar horas disfrutando de tu compañía, siempre has sido buen conversador. Pero sigo sin saber qué haces aquí y por qué estamos manteniendo esta extraña discusión en la calle con el frío que hace.

—¡Ah, cuánto me recuerdas a tu madre! Ella era tan práctica como tú. La echo de menos —dijo, y se le quebró la voz.

Nunca supe si fue una escena bien representada o si, en verdad, la añoraba. Y ya no podré preguntárselo. Una bala de origen desconocido atravesó su frente mientras dormía tan solo unas semanas después de nuestro encuentro.

—¡Me estoy haciendo viejo, Henry! Sí, me siento cansado. Tengo ganas de ceder el testigo... En fin, respondo a tu pregunta. Hay gente que dice que, desde que hemos añadido a nuestra religión, lengua y costumbres, un territorio y un Estado, la normalización está cada vez más cerca. Sin embargo, muchos pensamos que es una impresión equivocada. Por raro que te parezca, cada día que pasa somos más débiles.

Torcí el gesto.

—Papá, no somos más débiles, y lo sabes.

Me sujetó del brazo y me obligó a detenerme.

—No voy a retractarme porque es la verdad. Lo afirmo categóricamente, somos más débiles, más frágiles, más vulnerables. No lo somos porque hayamos perdido nuestra fuerza, sino porque nuestros enemigos aumentan en número y son cada vez más fuertes. Somos más frágiles porque nuestras armas son cada vez menos mortíferas. Ya no damos miedo a nadie... ¡No me mires de ese modo! El antisemitismo es como el aire, siempre nos rodea; existe, como existen los colores o los olores. Pero el olor que desprende es cada vez más intenso y más nauseabundo. El antisemitismo prospera en todos los rincones europeos. En cada nueva convocatoria electoral (incluyendo países que todavía tienen viva la historia reciente, como pueden ser Alemania o Austria, o como Holanda o Francia) emergen partidos que nos ponen en su punto de mira; partidos que desean deshacerse de nosotros, que nos consideran piojos contagiosos y buscan construirnos un gueto. Podemos hablar de ello, o callármolo, pero siempre habrá un Hitler esperando a la vuelta de la esquina. También en el continente americano. Nuestros enemigos son cada día más poderosos y más peligrosos. Tienen fondos, equipos, apoyos... Todos lo sabemos.

—Eso es cierto, desde luego, pero...

—Lo sabemos, Henry, y nuestros políticos también lo saben. Y ¿qué hacen?, ¿qué medidas toman? Pues dedican su tiempo y su presupuesto a cosas estériles, como el Proyecto David.

—¿Proyecto David? —pregunté con gesto de extrañeza—. Nunca he oído hablar de tal proyecto.

—Lo harás pronto. Dentro de unos días, van a proponerte dirigirlo.

Me paré y lo miré fijamente.

—¿Dirigirlo?, ¿a mí? Estás muy equivocado, ¡no soy un político!

—Déjame terminar. No quieren ficharte para el Parlamento o alguno de sus institutos, quieren que dirijas una campaña de publicidad que nos asemeje a Alemania, a Francia o a Inglaterra. ¡Qué gran error! Ninguna de esas campañas, por muy bien diseñada que esté y sea cual sea su presupuesto, producirá los resultados deseados. Pueden invertir millones, billones, pero jamás seremos esa isla de estabilidad occidental y de sensatez religiosa en medio del monstruoso hogar islámico en que se está convirtiendo la región. Eso no va a suceder. ¿Es que a estas alturas aún no se han dado cuenta de que nunca seremos como ellos? No podemos permitirnoslo. Estamos rodeados de lobos hambrientos dispuestos a devorarnos. Que contemos con un Estado no evita que cualquier loco nos dé un

par de puñetazos, nos vuelva a encerrar en un gueto e instale en el centro una nueva cámara de gas...

—¿Y qué proponéis? Porque creo que, por fin, vas a entrar en materia...

Ni siquiera me escuchó. No alzó la voz, pero estaba encendido, le temblaban las manos.

—La marea antisemita que arrasa el mundo solo puede ser detenida de un modo, Henry, ¿sabes cuál?

—Supongo que vas a hablar de armarnos hasta los dientes —comenté. Mi padre no parecía notar el frío; yo, sí. Me subí el cuello del abrigo. Me estaba quedando helado.

—Aciertas. Solo podremos mantenerla a raya con la guerra, una guerra fría hecha a nuestro modo y con nuestros medios. El problema es que, por dejación de nuestros gobernantes, hoy nuestros métodos no son tolerados por nuestros aliados. El negro que se sentó en la Casa Blanca dijo: no a los asentamientos, no a las nuevas medidas de seguridad, no a las fronteras. Y cada día que pase nos negarán más cosas... Con esa imagen de marca, que transmite ese estúpido mensaje, «Soy como tú», nadie se va a partir el cobre por nosotros.

—No te sigo, papá. Lo mío es el *marketing*...

—No es difícil, hijo. Si seguimos fingiendo ser como los demás, en breve no habrá una dimensión moral que atraiga el apoyo global sobre Israel. Y sin ese apoyo, estaremos en una guerra de supervivencia. Yo, y algunos otros como yo, vamos a impedirlo. Debemos poner de manifiesto que seguimos siendo un pueblo atormentado, acosado por todas partes. Solo bajo el estatuto de víctimas se nos permitirá hacer la guerra a nuestro modo. Debemos reforzar la idea de que las buenas gentes, los piadosos, los demócratas, no hicieron nada para evitar que casi nos barrieran de la faz de la Tierra. Y volverían a comportarse de la misma forma.

—¿Y cómo proponéis hacer eso?

—Para comenzar, hemos de mantener viva nuestra condición de pueblo humillado, machacado, perseguido, lanzado al desierto. Esa es nuestra fuerza: al débil, al vilipendiado, se le da un margen. Te juro que lo necesitamos para combatir a todos los que nos rodean, que son muchos. ¿Y qué vilipendio mayor que el Holocausto y sus consecuencias? ¿Qué hubiera sido de nosotros sin la Shoá? Porque siendo pasado, siempre será presente. Es nuestra pesadilla, nuestro fantasma, y estar preparado es un simple instinto de conservación. Es tener siempre el equipaje preparado para huir. Esa es nuestra identidad: somos los otros. Hemos diseñado minuciosamente una estrategia en ese sentido.

—A ver si te he entendido. Nuestros políticos quieren normalizar la situación, convertirnos en un país más, cambiar territorios por paz e iniciar una

nueva etapa. Han dotado un presupuesto para reposicionar la marca país y van a ofrecerme dirigirlo.

—Así es.

—Sin embargo, vosotros estáis convencidos de que la paz es imposible e indeseable. Creéis que, en cuanto seamos un país normal, los enemigos nos machacarán y no tendremos herramientas para evitarlo.

—Cierto.

—Por eso os habéis propuesto mantener viva la imagen del dolor y la barbarie del Holocausto, convencer a todo el mundo de que aquello podría volver a ocurrir y de que por eso Israel debería poder tener un programa de Defensa, digamos, especial.

—Lo has entendido perfectamente. Hay personas, incluso quienes vivieron de niños en la Europa nazi y emigraron a Israel posteriormente, que reivindican la necesidad de aprender a olvidar. «Olvidar», una palabra bonita, muy cristiana. ¿Acaso el papa de Roma va a olvidar la cruz? Cuando ellos lo hagan, lo haremos nosotros. ¡Olvidar! ¿Cómo vamos a olvidar el Holocausto? ¡Es imposible! Y, aunque lo fuera, es inconveniente. Algunos de nuestros políticos alegan que abrigamos un sentimiento exagerado de nosotros mismos como víctimas y que esa memoria histórica va a matarnos. Son los mismos que recomiendan ceder a esa obsesiva preocupación por el territorio. Darnos la mano con nuestros vecinos a cualquier precio, incluido el que se mide en metros cuadrados, o en desarme. Bueno, ¿qué quieres que te diga? Conozco a mi enemigo, he matado a muchos de ellos. Sé que olvidar es la mejor y más rápida manera de ser barrido del mapa. Si dejamos de ser víctimas, perderemos. Por eso, nosotros tenemos *otro* Proyecto David dentro de su Proyecto David. Nuestro proyecto tiene por finalidad mantener abiertas las heridas, la memoria... ¿Quieres trabajar con nosotros?

—Eso no lo entiendo. Ambas estrategias son del todo incongruentes.

—Enseguida verás que no. Confía en mí.

No supe qué responder. Me había quedado sin habla. Tras unos instantes logré decir:

—¿Y qué tendría que hacer, padre?

—Para empezar, debes aceptar la oferta oficial, convertirte en director del Proyecto David, estudiar algo de arte y permitir que yo te entrene.

—¿Estudiar arte? —pregunté con extrañeza.

—Hemos dado con un filón interesante en el arte. Es una derivada difícil de entender. Deja que te lo explique. Como sabes, el trabajo de mi departamento es identificar a aquellos delincuentes que pueden hacer daño directo o indirecto a nuestro pueblo. Seguimos a todos los traficantes que arman a nuestros enemigos, a los que tratan de infiltrarse en nuestras instituciones, a los que planean

atentados, ataques informáticos, etcétera. Pero hay otro tipo de delincuentes que no tienen en mente destruir a Israel. Simplemente buscan valor, pero terminan por hacernos daño. Por ejemplo, los traficantes de arte.

—¿Traficantes de arte? No te he debido de entender bien.

—Me has entendido perfectamente. Simplemente, te faltan datos. El arte, los bienes culturales en general tienen mucho más valor de lo que puedas imaginar. Tras el tráfico de drogas y el de armas, el expolio artístico es la tercera fuente de criminalidad en el mundo. Es un mercado que mueve entre doce y quince mil millones de dólares anuales. Se roba en museos mal protegidos, en almacenes, en iglesias... Más de la mitad de los robos se producen en domicilios particulares. Hoy en día, con la cooperación y la coordinación entre distintos países, administraciones, salas de subastas, galeristas, estudiosos y otros muchos, la protección es algo mayor, aunque sigue siendo completamente insuficiente. Y ahora me preguntarás qué tiene esto que ver con nuestra causa. Verás, los judíos somos un pueblo milenario que siempre ha procurado preservar la huella de la historia, el legado de los genios pasados. En porcentaje y con diferencia, somos el pueblo que más ha invertido en arte y también somos el pueblo que más ha sufrido el expolio. Ha sido una constante en la historia, pero durante la Segunda Guerra Mundial el pillaje fue a lo grande, en una escala inconmensurablemente mayor.

»Tratando de ocultarlas o de protegerlas de la guerra, en los primeros días de la invasión alemana, coleccionistas y marchantes judíos movieron miles de obras de arte de su propiedad. Las trasladaron a museos de países no ocupados y a lugares secretos. Cualquier rincón valía: garajes, graneros, bancos... La caída de París, sin embargo, lo puso todo patas arriba. A partir de ese momento fue barra libre. El tráfico fue ingente. Los nazis se hicieron de oro: lo robaron todo y a todos. Parte de esas obras expoliadas sirvieron para sufragar la guerra; otra gran parte llenó bolsillos privados. Hay testimonios verbales y gráficos de soldados y oficiales de las SS acarreamos todo lo que encontraban a su paso, incluso con tenedores y cuchillos de plata asomando por sus bolsillos. Solo una ínfima parte se recuperó tras la victoria. El resto se halla en paradero desconocido. Muchas de las obras no figuran en ningún catálogo porque sus legítimos propietarios murieron en los campos y sus herederos creen que se han destruido y no las han reclamado. Esas obras pueden pasar discretamente fronteras, cambiar de manos, circular por la Unión Europea... En cuarenta y ocho horas, simplemente desaparecen, y son blanqueadas en pocos meses. Hay países como Bélgica o Suiza, y naturalmente Holanda, que tienen una reputación bien ganada de capitanear ese mercado negro. Los holandeses lo compran absolutamente todo.

—Disculpa, padre, ¿estás hablando del momento presente o del pasado?

—Esto está ocurriendo hoy, Henry, delante de nuestras narices. En los últimos quince años hemos ido tejiendo una extensa red de contactos y observadores en salas de subastas, peristas, galeristas, anticuarios, expertos, marchantes, y hasta entre los ladrones, al tiempo que nos apoyamos en los organismos oficiales para impedirlo. El FBI mantiene un registro de arte robado, de piezas con valor superior a dos mil dólares. Interpol creó una base de datos con unas cincuenta mil fichas, de las cuales se han recuperado unas dos mil. Pero el más interesante sabueso del mundo es The Art Loss Register. —Se detuvo y esbozó una sonrisa ilustrativa—. Es una empresa privada, con oficinas en Londres, Nueva York y Düsseldorf, que tiene el mayor registro conocido, unas cien mil fichas de obras desaparecidas desde la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y cuál es tu papel? ¿Recuperar esas obras?

—Solo en parte. En realidad, no es más que una excusa. Recuperar esas obras nos permite mantener viva la imagen del expolio, lo que en sí mismo resulta interesante. Pero tiene ramificaciones mucho más útiles: en el proceso de recuperación, accedemos a datos de personas que nunca antes habíamos tenido fichadas. Me refiero a descendientes de aquellos nazis que nos expoliaron y que hoy viven ocultos tras sus vidas normales.

—No podemos cargar en los hombros de los nietos las culpas de sus abuelos. Eso no sería justo: el talión, ojo por ojo, diente por diente, ya no es de recibo.

—Cierto. Pero algunos de esos nietos no solo exhiben en sus casas los cuadros que robaron a nuestros compatriotas, también han heredado sus perversos pensamientos. La ultraderecha antisemita europea vuelve a levantarse. Queremos anticiparnos a lo que se nos viene encima.

—Ahora empiezo a reconocer a mi padre...

Sonrió con cierta malicia.

—Siempre has querido trabajar para nosotros. Desde lo de tu madre...

Déjenme que haga un pequeño inciso. Como supongo habrán deducido, soy judío. Es judío quien nace de madre judía, poco importa quién sea su padre, quién lo educó o qué tradición ha mamado. Mi madre era judía. Siempre mamé un cierto espíritu patriótico en casa, pero no fue hasta el atentado con coche bomba en la sede de la AMIA de Buenos Aires cuando tuve la certeza de que debía dar un paso al frente. Fue un 18 de julio. Cuando vi las noticias por televisión, caía sobre la capital argentina una ligera e inusual aguanieve. Sin embargo, la sorpresa del día no fue esa, sino el estallido de una potente bomba en el edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina que lo borró de la faz de la Tierra como si se tratara de Sodoma o de Gomorra. Ese día de 1994 yo me encontraba a once mil kilómetros de distancia, en Berkeley (California), trabajando en mi tesis doctoral sobre el comportamiento del consumidor. Un colega me alertó y encendí la televisión. La magnitud de las cifras (ochenta y cinco muertos y más de trescientos heridos) fue suficiente para que mi mente convirtiera el día en un hito: siempre habría un antes y un después de aquel 18 de julio. Una de esas víctimas era mi madre.

No fue difícil informar de mi disponibilidad. Hablo idiomas, tengo estudios, poseo un físico digno de un modelo de *Playboy*, soy fuerte y, sobre todo, soy leal. Mi padre es uno de ellos. Sabían que haría cualquier cosa por Israel. Cualquier cosa. Pero no me admitieron.

—No me aceptasteis.

—Te aceptamos ahora. Ha llegado tu momento. ¿Te sumas?

Tendí la mano a mi padre. Él me dio un largo abrazo y me susurró al oído:

—Ahora debo hablarte de Génesis.

—¿Génesis? ¿Qué es eso?

—Supongo que conoces Odessa.

—¿Te refieres a la novela de Forsyth o a los roqueros de Tony Banks?

—Me refiero a la organización secreta que ayudó a desaparecer a cerca de diez mil miembros de las SS después de la victoria aliada. Como verás, nuestra función es esencial. Ni siquiera a ti, que eres víctima directa del antisemitismo, al oír mencionar Odessa te hierve la sangre.

—*Touché!* Ya estoy en línea. Pero ¿podríamos entrar en una cafetería? Mis dedos están cercanos a su punto de congelación.

Ni siquiera me respondió. Siguió hablando con la mirada fija en el infinito azul.

—No tenemos noticia de cuándo se fundó ni de por qué la denominan Génesis. Sabemos, por datos constatables, que existía en el año 2000, aunque otras fuentes sugieren que está activa desde mucho antes. Casi todos nuestros informadores señalan que es el *principio* de algo muy peligroso, y seguro que están en lo cierto, pero de momento solo puedo certificar que es una organización secreta expandida a nivel mundial, cuya finalidad es crear las condiciones adecuadas para que surja un Cuarto Reich.

—¿Un Cuarto Reich? En un mundo globalizado como el nuestro, eso es imposible.

—Como una reedición del régimen que guio Alemania entre 1933 y 1945, tienes mucha razón, es imposible, pero no lo es si piensas en un nuevo formato, con la misma filosofía. Además, la globalización los beneficia. Te recuerdo que el aparato de Hitler era especialista en manejar la propaganda y apelar a metas sociales y económicas para atraer a la mayor cantidad de adeptos posibles. ¡Imagínate lo que podrían haber logrado hoy con las redes sociales!

—¿Y qué tiene hoy de vigencia esa filosofía?

Sonrió con malicia.

—A ver si encuentras similitudes entre la creencia racista de que existe una raza superior que debe gobernar Europa y las políticas xenófobas y antieuropeas de los partidos emergentes de países como Francia, Alemania, Austria o Estados Unidos; entre la creencia racista de que debería ponerse coto a los pueblos de «raza inferior» y las manifestaciones de esos partidos respecto a los refugiados. En 1933 el enemigo fue exterior, la URSS, hoy es interior, la UE, calificada como incapaz de librarnos del paro, del terrorismo islámico o de los refugiados...

—¿Me estás diciendo que esos partidos radicales de derechas son nazis?

—Te estoy diciendo que aquellas ideas siguen vivas y colonizando las raíces de esos partidos. Mira a tu alrededor: Alternativa para Alemania, negacionista, antieuropeo y xenófobo, es el tercer partido del país; Marine Le Pen alcanzó la segunda vuelta en las presidenciales francesas, no fue presidenta de milagro; los letones organizan manifestaciones donde exhiben sus anteriores

cruces gamadas. Algo similar puedes ver en Austria, Bélgica, Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Polonia o, en el continente americano, en Chile, Argentina, Brasil o México. Estudiados aisladamente, uno a uno, no parecen movimientos demasiado preocupantes, pero todos juntos muestran que las coincidencias no son producto del azar.

—¿Insinúas que están conectados?

—Lo que insinúo es que los hijos y nietos de aquellos nazis que Odessa ayudó a huir de Alemania, junto con sus familias y gran parte de sus fortunas, nunca han olvidado sus raíces. Disponen del apoyo financiero y logístico de empresas alemanas y austriacas, de fondos de inversión, de donantes anónimos... y de un buen patrimonio que Odessa guardó para tal fin, en forma de lingotes de oro, diamantes y obras de arte. Arte expoliado a nuestros compatriotas y a otras minorías que ahora sacan poco a poco al mercado, aprovechando el incremento de demanda procedente de China y Rusia; ni unos ni otros hacen demasiadas preguntas. En los últimos cinco años hemos visto materializarse obras de arte que han estado desaparecidas durante setenta años. Delicadamente, con cuentagotas pero constantemente, se venden en distintas partes del globo un Picasso, un Matisse, un Klee, un Kirchner, un Dix, frutos del expolio de nuestros compatriotas. Es mucho dinero, hijo, y tiene un fin muy concreto. ¿Comprendes el problema?

—Lo comprendo, pero ¡suena tan irreal!

—¡De eso se trata! Esta gente quiere que pienses en los neonazis como chavales tatuados con esvásticas, procedentes de familias desestructuradas, a los que les gusta dar mamporros a los extranjeros usando nudillos de metal. La realidad es que están infiltrándose subrepticamente en todos los centros de poder, en todas las funciones sociales, en la política y en las finanzas. Créeme, hijo: son peligrosos porque no los vemos, y cuando lo hagamos será demasiado tarde. Mira el caso francés. Jean-Marie Le Pen, con un largo historial de antisemitismo, afirmó en su campaña que las cámaras de gas fueron una «cuestión de detalle» y que la ocupación alemana de Francia no había sido particularmente inhumana. E instó a las mujeres a quedarse en casa y dedicarse a la reproducción. Eso le creó bastantes enemigos; empezó a dar miedo. Por ello, su hija Marine, nada más ser nombrada presidenta del Frente Nacional, concedió una entrevista al diario israelí *Haaretz* en la que se definió como prosionista. En sus discursos empezó a hacer referencias a intelectuales judíos como Einstein o Hannah Arendt, o a artistas abiertamente homosexuales, de modo que los mensajes empezaron a sonar más amables y menos agresivos. Pero todo eso es puro eufemismo. En su último mitin llegó a decir que la verdadera causa del nazismo no fue el romanticismo nacionalista, del que bebe el Frente Nacional,

sino la crisis económica, la anomia social y la tolerancia cultural de la República de Weimar. Si cambias Weimar por el Gobierno de la Unión Europea tienes, según ella, el estado de Francia hoy. El parangón resulta inmediato. Tenemos que tirar de cualquier hilo para llegar hasta esa gente.

Siguió hablando de Génesis durante unos minutos. Lo mío no son la política ni la filosofía, pero capté el mensaje y me adherí sin condiciones:

—Cuenta conmigo, papá.

Nos despedimos con un abrazo. De saber que era el último, lo habría disfrutado más. En aquel momento, solo fue un abrazo cualquiera.

Dos días más tarde aparecieron los políticos y me ofrecieron dirigir David. Puse cara de sorpresa, me hice de rogar lo preceptivo y, finalmente, acepté. Desde entonces, las tarjetas de visita que llevan impreso mi actual nombre señalan que soy «embajador de la marca Israel». Ese es mi cometido formal, y lo llevo a cabo con bastante éxito. ¿Recuerdan los carteles que publicitaban Tel-Aviv en el año 2007? Es muy probable, ya que levantaron una gran polvareda. Desde luego, el de aquel año fue un cartel impactante. Gal Gadot, Miss Israel 2004 y una de las actrices más taquilleras de Hollywood, aparecía tan corta de ropa que quitaba la respiración. A su lado, posaban cuatro varones jóvenes tan bellos, tan bien formados y tan desnudos como ella. Si Gadot era el reclamo para el público heterosexual, los otros lo eran para el homosexual, aunque solo uno de los tres fuera gay. Con esa campaña trasladamos la imagen de un país pujante y moderno, completamente alejado del cliché del país militarista y religioso de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Todos sonreían relajados mostrando la alta calidad de la vida de Tel-Aviv, los valores democráticos del país, la apertura a todos los ciudadanos, especialmente mujeres y minorías.

Los políticos estaban satisfechos. Las empresas estaban satisfechas. Gadot estaba satisfecha. Yo estaba atento a otras cosas: tenía que montar una estructura para un fin. Actualmente, funcionamos a pleno rendimiento.

Hace poco más de un mes recibí una llamada telefónica. Mi interlocutor preguntó por David y sugirió un encuentro. Recibo muchas llamadas con ese código. Las atiendo todas. Escucho detenidamente lo que desean transmitirme y, a continuación, encargo una investigación preliminar, más o menos exhaustiva. Como nuestros recursos son limitados, me veo obligado a priorizar. Para ello, sopeso tres factores: los indicios con los que contamos (en el mejor e improbable de los casos, las pruebas); la credibilidad de quién me los presenta, y mi intuición. No importa lo disparatado que parezca lo que narran: en mi profesión, los saltos al vacío suelen dar bastante juego.

En aquella ocasión concurría la extraordinaria circunstancia de que el hombre que me llamaba no era un cualquiera. Y no lo digo por su apellido, su procedencia o su importancia dentro de la Organización, sino por el número de veces en que sus llamadas nos han sido de utilidad.

Como tengo por costumbre, quedamos en Black Fox Coffee, un pequeño y concurrido local neoyorquino en el distrito financiero, a la hora del desayuno. Con el tiempo, he confeccionado una lista de veinte lugares alrededor de la embajada que me ofrecen el confort que necesito. De entre ellos, y en ese horario, Black Fox es mi preferido. Resulta perfecto para mis propósitos. Aunque sirven un té verde bastante decente, el café de Black Fox es probablemente el segundo o el tercer mejor café de Manhattan, y a un precio prudente. Yo soy muy cafetero. Me encanta ese líquido negro. A mi estómago, no. Por ello solo tomo dos expresos al día, y procuro escoger bien.

Huelga decir que, siendo el café un factor para escoger este establecimiento, no es el principal. Quizás lo sea que, vestido con traje y corbata, a esa hora, seas quien seas y provengas de donde provengas, especialmente si tu acento es extranjero, te hallas en perfecta sintonía con la fauna local. Sí, el factor principal es que tiene bien puesto el nombre: ofrece uno de los mejores camuflajes de Manhattan. Una vez dentro, desapareces entre banqueros de

inversión compartiendo información privilegiada sobre alguna OPA o sobre el diseño de un nuevo producto tóxico estructurado. Entre aquella infinidad de testigos, de ruidos ensordecedores, de cafés, tortitas, bocadillos sin gluten, zumo de naranja, huevos con beicon y, naturalmente, café, en la mesa de la entrada a la izquierda, justo detrás de la puerta, me dispuse a auscultar su relato. Lo que me contó (fue entonces cuando escuché por primera vez los nombres de Jaime Garache y de Rafael Scott) me alegró el día. Me insufló una energía similar a la de aquel doble expreso, un Yirgacheffe etíope, de comercio justo.

Recibir nuevas pistas siempre me alegra el día; como el café, me levanta el ánimo, me hace sentir que la sangre sigue corriendo por nuestras venas, que nuestra misión continúa viva. Los datos que me transmitió eran dispersos, lo suficientemente inexactos y agujereados como para resultar ciertos. Mi olfato empezó a trabajar. Sin dejar de ser consciente de que resultaban demasiado vagos. Como tenemos confianza y no puedo perder el tiempo con paños calientes, hice saber a mi interlocutor que no había logrado convencerme y que trataría el asunto como cualquier otro: es decir, investigación preliminar y paso al comité. Entonces, mirándome fijamente a los ojos, sonrió. Conociéndome, no debieran haberle sorprendido mis reticencias. Incliné el cuerpo hacia delante y aguardé su respuesta, que no vino con palabras. Yo tenía las manos bajo la mesa, entre las piernas. Él adoptaba más o menos la misma posición. En ese momento, acercó sus enormes manos a las mías. Cuando, sin pronunciar palabra, me soltó y se incorporó, mi puño cerrado contenía un sobre pesado, del que abrí una esquina. Tenía un tacto metálico y un peso no despreciable. Me pareció una pulsera de monedas. Sin mirarlo, lo metí en el bolsillo de la americana, me re Coloqué el nudo de la corbata y me acerqué a la barra a pedir un botellín de agua. Cuando regresé, comencé el interrogatorio:

—Lo que sea que me hayas dado, ¿puedo quedármelo?

—Lo recogeré cuando esto acabe.

—No se trata de una donación, ¿verdad?

Entornó los párpados como si, de pronto, una luz viva lo cegara, y permaneció en silencio.

—¿Puedes explicarme cómo ha caído en tus manos? Tengo que saberlo. Sin ese dato, no me moveré. Como comprenderás, no puedo participar en un comercio clandestino y mucho menos en una sustracción, por muy buen fin que persigas. Perdería toda mi credibilidad...

—Tu y yo sabemos que tu credibilidad termina cuando la causa lo exige.

—Cierto, pero no es la causa la que me llama, sino tú. Responde a mi pregunta, por favor.

Tampoco esa vez obtuve respuesta. Hice ademán de levantarme, pero sujetándome del brazo me detuvo.

—Digamos que es una especie de préstamo.

—Lo siento, no puedo permitírmelo. Compréndelo.

Sacó el móvil y manoseó la pantalla. Luego lo guardó. Yo recibí dos wasaps.

—¡Míralos! —requirió con energía. Es un hombre acostumbrado a dar órdenes.

Lo hice. Confieso que estaba sorprendido.

—Esa fotografía que acabo de enviarte es prueba más que suficiente.

—¿Es un Matisse?

—Puede serlo. Así lo creo. Mira la segunda imagen: es una fotografía de 1939 o 1940.

—¿El del medio es Picasso?

—Aciertas. El de la izquierda es Rosenberg, el marchante judío. Mira la inscripción de la pulsera que acabo de darte y dime si vas a tener que invitarme a champán cuando esto acabe.

—¿De qué tipo de persona estamos hablando?

—Ese es el punto, Henry: no lo parecen. El marido, un médico español de cierta reputación, recibió formación en Alemania, pero no tiene pinta de ser persona de riesgo. Ni siquiera sabían que ese cuadro podía valer una fortuna.

—¿Y entonces? ¿Por qué me lo traes?

Se inclinó hacia atrás, tanto que pensé que la silla se rompería, puso los brazos en la nuca y explicó, mientras su enorme estómago lanzaba uno de los botones de su camisa por los aires:

—Como sabrás, mi primera esposa se apellidaba Rosenberg. Su familia procede de Bamberg. Lo abandonaron en 1937. Dadas las circunstancias, me he permitido remover un poco el árbol, por si cae alguna manzana...

Meneé la cabeza. Estaba disgustado.

—Deberías dejar que los profesionales nos encarguemos...

—Acabo de hacerlo. Míralo y llámame. Te daré otra pista: Rafael Scott.

—No lo conozco.

—Pues te gustará conocerlo, es de los tuyos. Y muy guapo. Trabaja con el senador republicano por Texas.

—¿Un gay trabajando para un republicano texano?

—El senador no lo sabe. Una buena baza, ¿no crees? Quizás te sea útil en tu propósito. ¡No me digas que no te he alegrado el día, amigo!

—Te lo diré cuando esto acabe.

El cielo estaba cada vez más oscuro, pero la amenaza de lluvia no había vaciado las calles. Desde aquella altura, la vista resultaba tan fascinante como un hormiguero. Podría verlo casi todo, aunque no veía nada: me hallaba ensimismado. De pronto me sentí muy cansado. Mi trabajo exige un avance permanente, continuar sin reducir el ritmo, porque siempre quedaba un paso que dar. Mi padre me había persuadido de que no existía esperanza de paz para Israel y, por tanto, tampoco para gente como yo. «Y si ese plazo resulta demasiado largo para ti, piensa que hay una meta: el primer centenario de Auschwitz. Yo ya estaré muerto, quizás tú no.»

Mi profesión es opuesta a la de un médico. Ellos curan, cosen rotos, quitan dolores y buscan sonrisas. Yo reabro las heridas; hago que mane sangre, no a borbotones, pero sí lo suficiente para que el recuerdo y el dolor persistan, para que la gente tenga cargo de conciencia. Los médicos intentan conservar la integridad y la alegría del paciente, yo les recuerdo sus penas. Siempre que me paro a examinar mi trabajo, me visita la duda. Por eso no lo hago. Mi meta es dejar de cuestionarme. Llegar a convencerme de que apenas merece la pena pensar en ello.

Es difícil calcular la medida exacta de lo que una persona puede llegar a sufrir. Primero, porque cada uno de nosotros reacciona de una manera diferente al sentir el aliento putrefacto de la muerte junto a su oreja.

«Si quieres afinar la puntería y calcularlo, si lo intentas, multiplícalo por dos —solía decir mi padre—, porque cuando no existe elección, cuando ha cesado cualquier negociación, cuando no hay revisiones, posibles acuerdos o segundas oportunidades, cuando no queda nada, aparece la esperanza, ¡esa maldita y jodida esperanza! Toda aquella gente hacinada en un barracón, sin plaza para un piojo más, donde el sudor y el miedo y el olor a orines solo tiene competencia en el silencio, no lloraba. Se aferraban a los diamantes ingeridos la noche anterior o cosidos a su estrella de David. Se aferraban a quién sabe qué

humanidad. ¡La puta esperanza! Lo pienso y no tiene sentido. Ningún sentido. Los psicólogos lo explican, pero a mí no me convencen: sin esa maldita, nos habríamos rebelado. Por ella fuimos como corderos al matadero.»

«¡Tengo que dejar de pensar!», me dije. Levanté el teléfono y pedí que llamaran al equipo. Iba a poner en marcha la Operación Rosenberg.

El objeto que JJ me había entregado era una pulsera de monedas de oro. Las monedas eran antiguas; el oro, de ley. Era una pieza interesante, pero nada excitante. Digamos que ni por precio ni por antigüedad podría catalogarse como «patrimonio histórico». Mi informante sabe quién soy y conoce cómo trabajo, y, no obstante, era muy consciente de que su inscripción, «Esther Rosenberg. Bamberg. 17-10-1917», iba a excitar mi interés.

No era gran cosa. Tanto el nombre como, en menor medida, el apellido podrían ser considerados comunes. «Esther», con hache intercalada, podría tener procedencia inglesa, francesa o alemana. En esa época, rara vez tendría origen español: no era común y se escribía sin hache. Es fácil, no obstante, que correspondiera a una mujer judía. Toda judía querría parecerse a Esther. Según el rollo que lleva su nombre, Esther era hija de Abigail, de la tribu de Benjamín, una de las tribus que conforman el Reino de Judá; fue la esposa del rey de Persia, y con valor y fe logró salvar a su pueblo aun poniendo en riesgo su vida. En su honor y recuerdo, hoy seguimos celebrando el Purim.

Rosenberg podría ser un apellido alemán: lo comparten un historiador y filósofo marxista, un matrimonio de espías ejecutados en la silla eléctrica, un nazi condenado a muerte en Núremberg y unos cuantos cientos de familias que lo reciben de su procedencia geográfica (existen tres ciudades alemanas con ese nombre; la más conocida, la del estado de Baden-Wurtemberg). Pero también hay un director de cine estadounidense con ese apellido, y pueblos llamados Rosenberg en Texas, Holanda o Austria. En la inscripción se añadía «Bamberg», y esta ciudad alemana implicaba que sería lógico inclinarse por una familia alemana con un nivel de recursos medio o alto.

Llamé a JJ. Le pedí que me repitiera despacio los hechos porque aquella misma mañana iniciábamos el procedimiento. Me habló de una cena en casa del doctor Garache, a la que también había asistido Rafael Scott, en la que casualmente habían visto ese Matisse.

Cuando David pone sus colmillos en la garganta, la vida de su dueño desaparece. No en vano, lo más valioso que tiene un hombre es su reputación, y la mayor parte de las veces está en mi mano. Soy consciente de ese poder y también del daño y los efectos secundarios que puede acarrear que yo no acierte. Por eso intento ir con cuidado. Aunque no siempre puedo permitírmelo.

Cuando miré la fotografía de Jaime Garache, sentí cierta pena. Cuando vi la de su esposa pelirroja, me decidí de inmediato. Llamé a Madrid y pedí que robaran el cuadro sin dejar rastro. A los pocos días volvimos a entrar y dejamos la fotografía que JJ me había entregado. Empezaron a ponerse nerviosos. Muy nerviosos. Entonces envié a mi hombre. Su camuflaje como el guardia civil Gonzalo González fue magistral. No pensábamos sacar nada en limpio, pero el doctorcito se fue a Jávea, y me vi obligado a tocar el segundo palo: Rafael Scott.

Debo explicar qué pinta Rafael Scott en esta historia. No es evidente. Ni siquiera lo fue para mí, hasta que la música empezó. Rafael J. Scott: abogado por Columbia, cuarenta y seis años, elegante, soltero, pasaporte estadounidense, raíces argentinas por vía materna. De familia culta, es un hombre reputado al que no se le conocen escándalos y le gusta mantener un perfil bajo. Su informe no avanzaba nada de sus inclinaciones sexuales. Tras veinte años como socio de fusiones y adquisiciones en un centenario bufete de abogados especializado en derecho corporativo, hace menos de un año entró a formar parte del equipo de campaña de un senador por Texas, un empresario muy rico, hecho a sí mismo y con escasa formación cultural, que se postula a la vicepresidencia de los Estados Unidos.

La política de ese país, muy distinta de la nuestra, siempre me había parecido tan fascinante como incomprensible; tras encargar un informe completo y urgente, decidí ocuparme personalmente de la investigación. Que el individuo fuera guapo y elegante hizo el encargo mucho más atractivo.

Según el informe, Scott conocía al senador porque lo había asesorado en una importante fusión empresarial. La figura de Scott, un *gentleman* con evidente dominio de los modales cortesanos, cautivó al senador: vio en él a la persona capaz de limar su hándicap social. Le ofreció un puesto en su campaña y un cheque en blanco. Scott aceptó.

Me coloqué unas gafas de pasta gruesa, compré un cuaderno cuadriculado y me presenté en la oficina de campaña del senador, donde pedí una entrevista con alguno de los colaboradores más jóvenes alegando que preparaba un reportaje sobre la política de trincheras. A la media hora, estaba sentado en un restaurante con una chica de veintidós años que no había comido caliente en semanas. En Washington había llegado el otoño y empezaba a refrescar. Corría un aire fresco y, cuando anochecía, el termómetro se desplomaba.

—Bueno, ¿qué haces tú aquí?

—Pues no te lo vas a creer: yo me licencié en Periodismo por la New York University y pasé por el 122 E 83 Street, ya sabes, la oficina republicana de Manhattan, para recoger un jersey que mi compañera de piso había olvidado allí. A las tres semanas estaba escribiendo un panfleto sobre la bajada de impuestos para los emprendedores. Hoy soy la mascota del equipo. Sí, podríamos decirlo así.

—La mascota del equipo. —Anoté en el cuaderno—. Y dime, ¿te gusta el trabajo?

—¿Te refieres a dos mítines diarios y un acto de *fundraising* para almorzar?, ¿a autobuses llenos de papeles y hoteles de mala muerte?, ¿a botellas vacías, sueño, algo de sexo y kilos de más? Bueno, la verdad es que sí: me gusta esta mezcla de llorar, reír, tirarte de los pelos, mentir a los periodistas (bueno, a ti no, claro), bajar la vista y morderte la lengua cuando el candidato tiene un desliz y dudas del valor de tu esfuerzo... Sí, me gusta. De todos modos, yo no diría que la política es un trabajo, es mucho más que un medio de ganarse el pan o una forma de ocupar el tiempo: es un modo de vida.

Como la chica había cogido confianza, decidí empezar la verdadera entrevista.

—Oye, tengo que entrevistar a un tal Scott, Rafael Scott, ¿lo conoces?

—¡Claro! Es un *nosotros*.

—¿Un *nosotros*? ¿Qué significa eso?

Rio entre dientes.

—*Nosotros* es un concepto político, como el Senado o la judicatura. No encarna, como ellos, una solemne institución, elegida y legitimada por el pueblo, pero conforma igualmente su trayectoria política. Es una de sus porciones, una historia con letra pequeña, que no deja de ser historia. Como las neuronas, que son diminutas, o como los ojos, que, siendo tan pequeños en tamaño, poseen un valor desproporcionado.

Decidí reconducirla antes de que acabara poniéndome una chapa del senador en la solapa.

—Se nota que te encargan los discursos, se te da bien. Y Scott, ¿qué papel juega en esa batalla?

—Somos treinta en el equipo. Pero hay un círculo más reducido, algo así como la Guardia de Corps del senador: cuatro colaboradores íntimos. Stephan, su *body person*, que se ocupa desde que nunca falte cacao caliente (el senador lo toma para calmar los nervios) o de que lleve todo lo que necesita en los bolsillos hasta que no se olvide de felicitar a su suegra. El presidente Obama encontró al suyo en un gimnasio: era su entrenador personal. El senador halló a Stephan en Stanford: ¡fíjate la diferencia entre un republicano y un demócrata! Después está

Raquel, su jefa de prensa, muy creativa. Trabajó en PepsiCo y como adjunta al responsable de Comunicación de JP Morgan. Cuando se ríe, sus carcajadas se oyen en todo el estado. Cuando se enfada..., lo puede imaginar. El tercero, Tom, es su asistente personal: un buen estratega, abogado bregado en mil batallas judiciales. Sus modales..., bueno, es un poco brusco, pero muy eficiente. Y el cuarto es Scott.

De haber podido, me hubiera frotado las manos.

—¿Y qué opinas de él?

Se inclinó hacia delante y susurró:

—Sé lo que opinan algunos, pero a mí me cae bien. Siempre es amable. Y yo no soy tan radical.

—¿Por qué lo dices? ¿A otros no les gusta?

—Verás, no sabemos exactamente qué hace. No tiene función, pero el senador lo lleva a todas partes y siempre le pide su opinión. Suponemos que es por su ascendencia hispana; necesitamos esos votos más que un sediento un vaso de agua. Pero es demasiado arriesgado...

—¿Arriesgado?

—¡Somos republicanos! ¡El senador se presenta por Texas!

—Lo siento, no entiendo qué insinúas —mentí.

—Aquí nos conocemos todos. Treinta personas trabajando codo con codo en pocos metros y muchas horas al día. Eso no siempre es sano. Más bien, nunca lo es. —Se acercó aún más y añadió—: Algunos dicen que es homosexual, y eso puede perjudicar la campaña. Yo no sé qué pensar. A mí, desde luego, nunca se me ha insinuado y mira que llevo escote. —Volvió a erguir la espalda, sonrió y, mientras yo podía comprobar que, en efecto, sus pechos estaban más que al aire, sentenció—: Pero ya conoces el dicho: *What happens on the road, codes on the road.*

—¿Y cómo es, muy estirado?

—¿Estirado? Hum, no sé. Yo diría que no. Simplemente es... viejo. Tendrá por lo menos cuarenta. Y viste muy formal. Ceremonioso pero majó. Y debes saber que yo no tengo nada contra los homosexuales.

—Pero ¿lo es?

—A ver, no digo que lo sea. Y si lo fuera, no hace ostentación ni nada de eso. Aunque, claro, si no lo es tampoco puede hacer ostentación. Estoy hablando de más, creo que es hora de que me vaya...

—Yo también tengo que marcharme. Te agradezco mucho tu ayuda. Va a ser un gran reportaje. Deletréame otra vez tu nombre...

En cuanto la chica salió, hice algunas llamadas. En diez minutos, tenía una cena concertada con el senador para aquella misma noche en el hotel en el que se

alojaba. Mi segunda gestión se demoró un poco más: no tuve acceso al *vetting* de Scott, también conocido como «Informe Amarillo», hasta quince minutos antes de esa cena.

To vet es un verbo transitivo que viene a significar algo así como «examinar cuidadosa y críticamente». El término procede del mundo ecuestre; concretamente, de la exigencia legal de que un veterinario evaluara las monturas antes de permitir que participaran en una carrera. La precaución tiene su fundamento y su razón de ser: un animal enfermo resulta peligroso para su jinete, para él mismo y para el resto de los participantes.

Cualquiera que se haya acercado al mundo de la política habrá escuchado el empleo de ese verbo, especialmente en su gerundio: *vetting*. En política, no hay costumbre de inspeccionar la dentadura a los candidatos (alguno pondría reparos), pero puedo asegurar que se mira con lupa todo lo demás: eso es *vetting*. De nuevo, hay una razón para hacerlo: cuando trabajas para el Estado y tienes a tu alcance información sensible cuyo mal uso puede comprometer en diverso grado la seguridad nacional y el bienestar de los ciudadanos, es lógico que quieran asegurarse de que mereces su confianza.

La investigación de los antecedentes, cercanos y remotos, y de las verdades y oscuridades de la historia del candidato, así como el estudio de los asuntos potencialmente pegajosos, escandalosos o simplemente cuestionables son en todo caso exhaustivos, pero más si cabe cuando se trata de la carrera presidencial. Los medios de comunicación, los propios partidos, a quienes corresponde el control de daños, y las autoridades federales escarban hasta debajo de las piedras. Claro que no siempre los controles resultan eficientes al cien por cien: Estados Unidos conoce varios Watergate y sus ciudadanos han visto cómo sus representantes firmaban impasibles cheques sin fondos; todos han seguido en directo el *affaire* Lewinsky o han sido testigos del escaqueo amoroso del candidato Gary Hart con la actriz Donna Rice por el reportaje fotográfico del *Miami Herald*.

Y esa investigación incluye el contexto, es decir, eso que la joven colaboradora denominó *nosotros*. En ese sentido, no era de recibo que, si Scott

era gay, el senador no lo supiese. O no lo era o alguien había hecho mal su trabajo. En ese caso, yo lo aprovecharía.

Me tocó pedir algunos favores, incluyendo uno que me hubiera gustado evitar. Pero finalmente accedí al Informe Amarillo de Rafael Scott, increíblemente escueto. En el capítulo sexual hacía referencia a una relación esporádica y reciente con una neurocirujana canadiense. Nada anteriormente, lo que no dejaba de ser extraño. Tendría que indagar por mi cuenta.

Esa misma noche, en el papel de director del Proyecto David, cené a solas con el senador. Me pareció un hombre brillante, con gancho: un político nato. Le pregunté por su equipo y le tiré de la lengua, no sin antes alabar su vestuario. Enseguida me habló de Scott. Me apresuré a decirle que me encantaría conocerlo. Me explicó que estaba en la Pequeña Cuba, en una barbacoa para recaudar fondos para la campaña. No me hizo falta descripción, me hacía cargo: hamburguesas, plátanos fritos, frijoles al estilo criollo, rifas, globos y camisetas «For President» al calor de música ligera.

—¿Y qué tal si los invito mañana a la embajada para el Rosh Hashaná? Tenemos un recital de poesía, disertarán una docena de autores emergentes de la International Cultural Union de Israel y se servirá vino *kosher*, amenizado por un cuarteto de cuerda. Sé que muchos compatriotas votan demócrata, pero es mejor mantenerlos contentos, ¿no cree?

Con gesto serio, el senador asintió. Cogió el teléfono y llamó a Scott.

—Rafael, ¿qué tal la barbacoa? [...] Vaya, me alegro. Oye, amigo, tengo que pedirte un último esfuerzo. Sabes que ningún candidato que se precie osa negar algo a la embajada de Israel. En fin, iré al grano: nos han invitado a un acto, la celebración del Rosh Hashaná, el nacimiento del nuevo año. —Se volvió hacia mí y sonrió mientras añadía—: El 5777 del calendario hebreo. Yo no puedo ir, pero he de enviar a alguien de mi confianza. Y he pensado que tú harías un buen papel. [...] No percibo un gran entusiasmo en tu voz, supongo que estarás algo cansado. Sí, lo comprendo. Hagamos esto: estate solo un ratito, haz acto de presencia, tómate una copa de vino y salúdales de mi parte. Y mantente alejado de sus mujeres; después de las sureñas, si hay unas faldas que puedan cazarte para siempre, esas son las de una mujer judía. Lo digo yo, que estuve casado con una.

Tras una risotada, colgó. Me reafirmé en mi primer juicio: el senador poseía un magnetismo que atraía irremediabilmente. Lo suyo era, simplemente, genialidad.

—Ahora debo marcharme. ¿Necesitas algo más?

—Nada, senador, muchas gracias. Las elecciones están a la vuelta de la esquina, las más reñidas de la historia según corean los periódicos. Me dicen que

las encuestas les otorgan dos puntos y medio de ventaja...

—En las elecciones del 92, seis meses antes de la jornada electoral, Bush contaba con un 93 por ciento de popularidad y el buen Clinton ganó por goleada. El votante medio se decide tarde. No hay que descuidarse. Por cierto, Rafael Scott es una buena persona.

—Lo imagino, trabaja para usted.

—Le tengo respeto y cariño. Me disgustaría que sufriera...

—¿Cuánto cariño, senador? —tenté.

—Intenta que no sufra demasiado, ¿de acuerdo?

Asentí. Y mientras lo vi alejarse me reafirmé en que el mundo de la política era mucho más oscuro que el mío.

He cambiado la vida de mucha gente desde que entré en David. Retengo el nombre y el rostro de cada uno, las circunstancias que concurrieron. Pero la lista dista de ser uniforme. Están los que, simplemente, se lo merecían: decidieron ir contra nosotros, perdieron y recibieron el castigo ajustado a sus pecados. Esos recuerdos resultan placenteros. Y no solo porque los cuento como éxitos, también por el regusto que dejan en la boca, esa sensación de poder casi absoluto. Resulta extraordinario, más fuerte que un opiáceo, hacer saltar por los aires a tu enemigo sin que él sepa siquiera por dónde le llega el tiro. Sí, he llegado a saborear mi capacidad de transformar la vida de mis enemigos; de desalojarlos uno a uno, poco a poco, de sus derechos, de lo que creían ser, de lo que creían tener, del lugar que creían ocupar; incluso del cariño de los suyos. En mis manos, su vida pasa del blanco al negro sin que lleguen a adivinar siquiera cómo. Cuando por fin lo entienden y sus ojos se clavan en los míos, rogándome, suplicándome que renuncie a mis propósitos, debo recordarme quién soy y por qué hago lo que hago.

No crean que esa sensación no me inquieta. No es patriotismo ni venganza. No tiene un móvil económico. Es pura y llanamente un placer peligroso, poderoso, soberbio. El mismo que disfrutaba cada mañana el director de Dachau cuando decidía quién moriría ese día en el campo o quién era destinado a la cámara de gas. Eso me inquieta, pero no puedo evitarlo. Pero lo que más me hace pensar son los otros: las personas se ven involucradas en maldades que no les corresponden, las víctimas inocentes que se cruzan en mi camino, los efectos secundarios.

La sensación en esos casos es muy distinta. Es de culpa, de remordimiento. A veces, me gustaría ser tan frío como mi padre, poder decir que he logrado vivir completamente al margen de todo sentimiento; que he llegado a convencerme de que el trabajo de proteger a mi patria lo merece todo. Pero solo me ocurre a veces. Sé que escarbar en el pasado resulta dañino y que regodearse en el dolor

también lo es. Pero para mí es una necesidad, la fomento para no perder mi humanidad y convertirme en un SS.

Scott fue uno de esos casos.

A última hora de la tarde, cuando la gente corriente ha vuelto a sus guaridas, las oficinas han cerrado y el ajeteo comercial ha cesado, el tráfico es escaso en la capital: apenas hay coches y resulta difícil encontrar un taxi. Scott no lo necesitó, habíamos enviado a recogerlo. Aterrizó media hora antes del cóctel, pasó por la sala *Business*, donde se cambió de camisa y, con una maquinilla eléctrica, se deshizo de la incipiente barba que se había apoderado de su mentón confiriéndole un molesto aspecto descuidado. Cuando alcanzó el distrito de Columbia, me llamaron para darme los detalles.

El coche continuó hacia el norte. En Washington las embajadas y cancillerías longevas se arraciman alrededor del epicentro de la Casa Blanca, a un tiro de piedra de los grandes focos de poder. La mayoría luce mármoles y piedras, cúpulas y columnatas que quitan el hipo; son países importantes y se codean con el G8. Pero ha llovido mucho en el mundo, y la creciente humedad ha hecho florecer nuevos Estados. Ser nuevo no es bueno ni malo, ni mejor ni peor, pero implica haber llegado tarde al reparto. Cuando estos Estados emergieron, no tenían cabida en la zona, lo cual no dejaba de ser un trastorno. En vista de la problemática, el Gobierno federal habilitó un enclave cercano a las catorce hectáreas al noroeste del distrito, en la intersección entre la avenida de Connecticut y Van Ness Street, el International Chancery Center, donde se asientan quince embajadas. La de Israel es una de ellas.

De nuestra embajada, contigua a la de Ghana y a dos pasos de la de China, no puede decirse que sea un tributo a la arquitectura moderna. Se trata más bien de un edificio funcional, nada espectacular: un enorme complejo de dos plantas, construido íntegramente en ladrillo gris y protegido como solo nuestras Fuerzas Armadas saben hacer.

El coche lo dejó en la puerta, donde ya algunas personas esperaban en una ordenada fila. No le ahorré el trámite. Quería ver qué tipo de persona era. Con esa fría cortesía con la que los cuerpos policiales consulares suelen comportarse, comprobaron que su nombre estaba en la lista y su documentación en regla antes de permitirle el paso. Avanzó hasta el edificio.

Como una constante, a muchos que se adentran en el mundo judío, junto a la amalgama de olores, los embarga una confusa y dicotómica sensación. Por un lado, les gustaría formar parte de un pueblo tan orgulloso y compacto. Por otro, sienten una cierta liberación por no hacerlo, ya que les causa temor, incertidumbre. Me gusta fomentar esa sensación, que fue la que vi en los ojos de Rafael Scott, impecablemente vestido.

En el *hall* de la embajada, junto al guardarropa, han colocado un enorme espejo de cuerpo entero. Al desprenderse del abrigo, la imagen de un hombre apuesto, castaño de ojos verdes, alto, atlético y con un innegable *sex appeal*, quedó reflejada en él. El frac le sentaba como un guante. Su imagen resultaba impecable; sin embargo, sus someras ojeras y el tono mortecino de su piel desvelaban su agotamiento. La campaña empezaba a pasarle factura. Al observarse, se le dibujó un gesto de disgusto y se tocó las orejas. Sonreí. Según el informe que me habían preparado, en Eton, el colegio londinense donde se formó, lo habían bautizado Dumbo por ese motivo. Al crecer y mejorar las proporciones, el defecto se había reducido hasta no pasar de un detalle, pero a sus ojos seguía pesando.

Junto al abrigo, en cuyos bolsillos había metido los guantes, entregó a Eva, la amable y oronda mujer del guardarropa, su bufanda de seda blanca, sugiriéndole que los colocara juntos para evitar que la primera se extraviara, algo muy frecuente en este tipo de eventos. Mientras recibía la ficha correspondiente, que guardó en el bolsillo del chaleco, se fijó en mí. No supo de inmediato de qué se trataba, fue como una especie de llamada de su subconsciente. Después, de reojo y gracias al espejo, pudo comprobar que yo lo observaba con descaro.

Soy un hombre moreno, de hombros cuadrados, cabellos rizados y ojos negros muy expresivos. En realidad, todos mis rasgos resultan demasiado exagerados, pero, desde luego, tengo pinta de tener éxito con mujeres y hombres por igual, si esa era la idea. Para describirlo en términos políticos, baste con decir que encarno a la perfección el estereotipo del votante demócrata: treinta y pocos, universitario, traje oscuro, vestimenta discreta y profesional, y un aire distraído, de progresía buscada. Un hombre de mundo, con un leve (no tan leve) tinte mundano. Era evidente que me sentía cómodo en el lugar, de lo cual hubiera debido deducir que era judío.

Lo observé con tal fijación que durante un brevísimo instante se sintió turbado, lo que me convenció de que el comentario de la *mascota* de la campaña era completamente cierto. Aun cuando era evidente que había notado mi acecho, me ignoró y continuó hacia el salón con la mirada fija en las tablas de madera oscura del suelo. Me acerqué a él.

—Será mejor que te sitúes en la zona derecha. Ha habido un fallo eléctrico y la calefacción es menos exagerada allí —le advertí. Empleé un acento rústico, del interior.

Estoy acostumbrado a ser obedecido. Tomé la delantera convencido de que me seguiría, y me dirigí hacia la derecha, hacia un lugar con dos sillas vacías. Pero él se fue hacia la izquierda y tomó asiento en una silla desocupada, junto a una dama de bastante edad y aspecto agradable. Le dirigí una mirada de

asombro. En su rostro no afloró ningún gesto, pero mantuve firme la vista al frente.

Sonaron los dos himnos, que ambos escuchamos en pie, con la mano en el pecho. Siempre me han emocionado los himnos: me sacuden la soledad, me hacen recordar que mi existencia es importante para alguien, aunque ese alguien sea un *ser* tan impreciso como un pueblo. A continuación habló el embajador. Es un buen orador, concreto y ameno y, sobre todo, intensamente sionista, tan David como yo. Seguí observando a mi presa: parecía que su única preocupación era no dormirse.

Para un judío, cualquier canto que evoque estampas de Jerusalén resulta digno de loa. Que sea estéticamente admirable o que carezca de la más mínima armonía no son más que matices que pueden añadir riqueza al conjunto, de por sí irrepetible. Para un no judío, y ese era el caso, aquellos versos, recitados al alimón en inglés y en hebreo, debían de resultar soporíferos. Certifico que, salvo dos minúsculas cabezadas, Scott logró mantenerse despierto.

Cuando el recital concluyó, se acercó a saludar al embajador y le presentó sus respetos en nombre del senador. Permaneció luego unos minutos departiendo con su esposa y su bella hija, quien le presentó a algunos de sus compañeros de universidad que también habían sido invitados, y se despidió. Era mi momento. Me situé a su espalda.

—Espero que te guste el vino *kosher* —dije.

Un camarero pasaba a nuestro lado portando una bandeja llena de panzudas copas de vino tinto. Casi al vuelo, atrapé un par y le tendí una de ellas: el caldo rojo bailó contra el cristal. Tenía una bonita lágrima. Maniatado por la situación, la aceptó.

—Supongo que celebrar el Año Nuevo en esta época te resultará extraño —comenté.

—Lo fundamental de la historia es lo que queda: las costumbres. Estáis en vuestro derecho de celebrarlo cuando y cuanto os plazca —respondió arisco.

Apreté los dientes y sonreí.

—Debes saber que voto demócrata. Lo siento por tu senador.

—No hay problema: eres joven, aprenderás —replicó, y procedió a suavizar la situación; estaba allí por el senador—. Por cierto, tenías razón, hacía calor ahí dentro. Gracias por intentar ahorrarme las molestias del fallo eléctrico.

Le tendí la mano.

—Henry Levy. Soy el agregado cultural de la embajada. Es un placer conocerte. Me avisaron solo hace un rato de que venías. Había oído hablar de ti. Te he seguido de lejos y reconozco que sentía cierta curiosidad. Ahora puedo asegurar que todo lo que me han dicho era cierto.

Pensé que me seguiría la corriente, pero no fue así. Bebió un sorbo de vino y saludó con la mano a un colega abogado, con despacho en un edificio contiguo.

—¿Puedo preguntarte una maldad, Rafael?

—¿Tengo alguna forma de evitarlo?

—Siempre me ha interesado saber cómo un republicano puritano tan estricto y fiel a sus principios como tu senador tiene a su lado a un asesor como tú, al que no le gustan las mujeres.

Mi tono de voz sonó manifiestamente provocador. Sus tablas fueron suficientes para no acusar abiertamente el impacto.

—¿Quién ha dicho que no me gustan las mujeres, Henry?

Me eché a reír y le tendí mi tarjeta.

—Si alguna vez necesitas algo de un judío valiente, llámame. Mi teléfono particular está escrito por detrás, por si quieres utilizarlo. Puede que te llame yo...

Estaba dándome las gracias cuando sintió un abrazo de oso a su espalda.

—¡Pero qué hace aquí un republicano de pro! —gritó el recién llegado.

—¡JJ, qué casualidad!

—Bueno, estás en la embajada de Israel y yo trabajo en un hospital de capital judío. Lo raro es verte a ti por aquí. ¿Alguna chica?

Scott negó con la cabeza.

—Yo nunca mezclo el trabajo y el placer, doctor. El senador no podía venir. Y me alegra haberle sustituido porque me ha permitido verte. ¿Cómo estás?

—Bien. No nos veíamos desde aquel viaje a Madrid, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo perfectamente de la falda tubo de la jueza pelirroja, del Ribera del Duero, de la amabilidad del doctor y del dolor de cabeza. ¡Bebimos demasiado!

—Cierto, así fue. ¿Cuánto fueron, dos millones de dólares?

—Si te refieres a la donación de los señores Mujal, en efecto, fueron dos millones. Aún estamos terminando la dichosa burocracia...

JJ me miró de reojo. Pestañeé para darle las gracias.

—¡Ah, Levy! Veo que ya os habéis conocido. Cuida a mi amigo Rafael, ¿vale? Y cuéntale ese proyecto tuyo. Puede que a Scott le interese. Le han encomendado reposicionar la marca Israel.

—¿Te dedicas al *marketing*? —me preguntó Scott extrañado.

—Algo así —respondí. Saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón, lo desbloqueé y busqué una imagen en la galería—. Este es el cartel que en 2007 publicitó la marca Israel. Ella es Gal Gadot, miss Israel 2004 y actriz taquillera en *Fast & furious*.

JJ aprovechó para escabullirse y Scott lo imitó con más educación:

—Ahora debo marcharme, o me quedaré dormido aquí mismo de pie.

—Tienes mi tarjeta, Rafael. Llámame, me encantará que charlemos.

—Gracias, lo haré.

Fue en busca de su abrigo y su bufanda. Pero esta última no apareció. La señora del guardarropa, azorada, le pidió mil veces disculpas, y me lanzó una mirada doliente.

En cuanto lo vi subir al coche, mandé un mensaje al senador, que lo llamó para preguntarle por la recepción.

En una campaña no queda mucho tiempo para el descanso. Mítines, almuerzos, notas de prensa, rumores, fondos que recaudar, discursos, cenas, más mítines... y, en el intermedio, cientos de reuniones: televisión, ruedas de prensa, debates, jóvenes, mujeres, minorías...

Sin embargo, a la tarde siguiente, una hora antes de una cena de campaña, una amenaza telefónica que partió de mi despacho y que el servicio secreto se tomó convenientemente en serio, situó al equipo en dique seco. Estaban en Boston. El hotel, a escasa distancia del parque Boston Common, no era de los peores: contaba con un gimnasio decente, un buen servicio de habitaciones y una pequeña sauna. Según el informe que me habían preparado, Scott adora el vapor y la madera caliente.

Acababan de llegar las últimas encuestas. El oponente les sacaba dos puntos. Y sin el mitin del día, era posible que esa brecha se ensanchara. Los resultados no eran los esperados y el senador, que había entrado en pánico, se había encerrado con algunos de sus asesores más jóvenes. Por lo visto, estarían ocupados bastante tiempo. Era mi oportunidad. Como imaginé, Scott avisó de que no respondería al móvil durante los siguientes cuarenta y cinco minutos y se escabulló. No contaba con prendas de baño, pero tomó una toalla.

La pequeña cabina de madera de teca se hallaba al fondo de un pasillo sinuoso y escasamente iluminado. Apenas llevaba veinte minutos sudando por los poros cuando me presenté allí. Llevaba su bufanda blanca de gala en el cuello.

—Buenos días, Rafael.

Al oírme, se quedó un instante mudo, confuso. Con el vapor, no podía ver bien mi cara y tardó unos segundos en reconocermé. Cuando lo hizo, se puso en pie.

—¡Eres..., eres el tío de la embajada de Israel! ¿Qué haces aquí?

—Henry Levy, sí. Vengo a traerte tu bufanda.

—Eres muy amable, pero no hacía falta que vinieras en persona. Podrías habérmela enviado por una mensajería —dijo con cierta prevención.

—Tienes mucha razón y, a decir verdad, no me gustan las saunas, pero tengo la certeza de que aquí nadie nos oye. Y quería hablar contigo.

Se sujetó mejor la toalla.

—¿Hablar conmigo? ¿De qué?

—De tu Informe Amarillo. Cualquier cosa de tu pasado que pueda perjudicar la carrera del senador debe de estar recogida allí...

Se dejó caer sobre uno de los estrechos bancos corridos y se echó las manos a la cabeza.

—Para eso elaboran esos informes, ¿no?

—Me cuentan que, una vez al mes, pasas el fin de semana en Miami con una persona, ¿es eso cierto?

—No es de tu incumbencia.

—Cierto. Tienes suerte, la doctora es muy guapa. Pero ¿qué diría ella si se enterase de tus otros gustos? ¿Y qué diría el senador? Hay cosas que no se perdonan a un republicano texano.

Se mantuvo en silencio unos instantes, pocos, mucho menos de lo que esperaba, y luego, con voz afectada preguntó:

—¿Qué quieres?

—Solo un pequeño favor. Quiero que telefonees a Jaime Garache y le informes de que no puedes enviarle esos dos millones de dólares. Que hay un fallo en el procedimiento, una firma... Cualquier cosa servirá, puedes improvisar si quieres. Hazle sufrir un poco y luego tírale de la lengua.

Le puse al día sobre el robo.

—¿Tírale de la lengua? ¿Qué quieres saber?

—Quiero que te cuente lo que le preocupa, lo que está haciendo. Que te hable del robo de ese cuadro y de a quién ha pedido ayuda para volver a la normalidad.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo de momento.

—¿Y qué le pasará a él?

—¿Y a ti qué más te da?

—¡Claro que me importa! ¡Lo voy a provocar yo!

—No vas a provocar nada. Tranquilo. Haremos la llamada en cuanto te vistas. Te espero en tu habitación.

Scott cumplió con su parte, con mala cara pero con profesionalidad. Pero de la conversación surgió un hilo que no esperábamos y que resultó tan prometedor como JJ había augurado.

Sucedió cuando Rafael Scott le ofreció a Jaime Garache los servicios de su bufete y este entró al trapo para servirse de la sucursal en Argentina.

Scott se volvió hacia mí. Asentí vivamente con la cabeza. «No se lo pongas demasiado fácil», susurré.

Fue entonces cuando Jaime le habló del cuadro, del robo y de las sospechas de que alguien estaba intentando perjudicarlo. Le pasé una nota diciéndole que quedara con él en Buenos Aires, que yo me encargaría de organizarlo y de hablar con el senador para que lo liberara de sus deberes. Cuando supo que yo conocía al senador, perdió el color. Le prometí por señas guardar su secreto.

En cuanto comprobamos que Garache había sacado billete para Buenos Aires y que se dirigía al aeropuerto, nos relajamos. No debería haberlo permitido. Fue culpa mía: pensé que, como un corderito, acudiría presto a la cita en el despacho de Scott, en el que previamente nos habríamos instalado los dos. Pero no fue así. Esperamos en vano. Hasta mucho después Scott no se dio cuenta de que había olvidado encender su teléfono después del vuelo a Buenos Aires y que no había visto el mensaje en el que Garache cancelaba la cita.

Había activado a dos agentes nativos, Susana y Osvaldo: en Argentina tenemos una buena red. Les tocó emplearse a fondo. Logramos comprobar que, en efecto, Garache formaba parte del pasaje del vuelo que había aterrizado en la capital argentina casi a las nueve de la mañana, con unos minutos de retraso. Sin embargo, nadie lo había visto después.

—Debe de tener un motivo para volar a Buenos Aires, y ese motivo no hemos sido nosotros ni tampoco su familia o su trabajo. Cuando pidió ayuda a Scott confesó que necesitaba encontrar a alguien llegado a este país después de la Segunda Guerra Mundial. Su necesidad debe de ser palmaria: no solo pide ayuda a alguien que casi no conoce, sino que estaba dispuesto a cruzar el charco en el primer avión. Sin embargo, apenas una hora después de esa llamada de socorro, anula la visita pero mantiene el viaje. Creo que la conclusión es evidente: ha logrado lo que buscaba por sus propios medios. ¿Otro despacho de abogados, un investigador privado? No sé vosotros, pero yo creo que el asunto no tiene vuelta de hoja: nuestro hombre ha encontrado Génesis o, lo que es más probable, Génesis le ha encontrado a él. Y si es así...

—Podemos aprovechar la coyuntura, nunca hemos estado tan cerca —manifestó Osvaldo. Todos estuvimos de acuerdo.

—Lo aprovecharemos, sin duda, pero antes tenemos que localizarlo. ¿Tiene pasaje de vuelta? —indagué.

—Mantiene el original, y también la reserva de la habitación de un hotel, un sitio de mala muerte, pagada por anticipado.

—¿Y por qué ha elegido un hotel como ese? —pregunté.

—No creo que pretenda ocultarse. Se celebra un concurso internacional de tango y la ocupación hotelera de Buenos Aires toca techo.

—Apostemos gente en el aeropuerto y en el hotel, y esperemos. ¿Qué habéis averiguado sobre él?

—Es un tipo aburrido: trabajo, familia, maratones —señaló Susana—. Nada destacable. Durante un tiempo mostró bastante interés por una becaria exuberante que estuvo en el CSIC. Los colegas de la chica dicen que ella presumía de habérselo tirado en un viaje a Nueva York. Pero nadie sabe si es cierto.

—¿Podemos averiguarlo?

—La chica está en Estados Unidos. Podemos mandar a alguien...

—No hay tiempo. Demos por bueno el rumor. Supongo que la chica tendrá Facebook, Instagram o cualquier mierda de esas. Coge algunas de sus fotos, una habitación de hotel en Nueva York, uno caro, al que él suela ir, y haz un apaño: fabrica una fotografía neutra, borrosa, pero que se vea a la chica. Si se acostó con ella sin que lo sepa su mujer, bastará. Susana...

—Dime, jefe.

—Hazlo bien, que sea creíble. De acuerdo, pongámonos a trabajar.

El español resultó más duro de roer de lo que esperaba. Ciertamente es que Susana la cagó con la fotografía y perdimos esa baza, pero no era nuestro único punto de presión ni el más importante. El plano más vulnerable de Jaime Garache era su jueza pelirroja. Bastaba con amenazarlo con arruinar la reputación de su esposa para que el médico saltara como un tigre herido. La reputación es el resultado de lo que los demás colectivamente opinan de ti. Se pueden hacer muchas cosas para atacar por ese flanco. Basta con infiltrar un par de sugerencias en la red, escribir tres o cuatro noticias falsas pero con una pizca de verdad, o que al menos resulten creíbles, y luego esperar a que los diarios digitales lo agranden hasta otorgarles una apariencia verosímil. Con conocimientos y un buen ordenador, una persona preparada es capaz de hacer ese trabajo en menos de una semana.

Nos hallábamos en la sala de espera del aeropuerto de Buenos Aires. Estaba a punto de pasar al siguiente nivel cuando recibí una llamada inesperada. Al ver en la pantalla el nombre de JJ, me alejé para contestar. No se anduvo por las ramas.

—Henry, parece que nos hemos equivocado. El cuadro que robaste en casa de Garache es una falsificación. Está comprobado.

—¿Que robaste? Querrás decir el que me pediste que robara...

—Llámalo como quieras, nos hemos equivocado.

—¿Y cómo ha podido ocurrir? Me aseguraste que tenías datos suficientes... —pregunté con acidez, aunque era plenamente consciente de que la última palabra en las misiones me corresponde. Yo decido si continúo con la investigación o la cierro. En este caso, me había dejado llevar y obrado imprudentemente.

—No lo sé, Henry. Te dije que estaba seguro porque lo estaba. Todo parecía encajar. Quizás ese es el problema: todo encajaba demasiado bien —expuso con voz quejumbrosa.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me han llamado de Londres. Los de Art Loss han encontrado en Alemania el cuadro desaparecido que tenía catalogado el listado holandés. No es la tabla del médico español. No hay duda.

—¿Y qué podemos hacer?

—No sé tú, Henry, yo voy a intentar devolver la vida a ese pobre médico cuanto antes. Empezaré concediéndole el Wolf. Tendré que hacer un par de piruetas, pero bueno, para eso soy el jefe...

Pareció tentado a añadir algo, pero se despidió:

—Bueno, amigo, lo siento. ¡Hasta la próxima!

—¡No sé si habrá una próxima! —le contesté.

—No te enfades. A veces se gana, otras se pierde. Por cierto, ¿tuviste que emplear la vía de Scott?

—Sí. ¿Qué premio le vas a dar a él?

—¡Votaré a su senador! —rió. Si, de algún modo, le remordía la conciencia, lo disimuló a la perfección—. Adiós, amigo.

Regresé al lado de Scott y de Garache, en la sala de espera del aeropuerto. Estaba ante una difícil tesitura. No había datos verificables en los que apoyarse para mantener abierta la investigación. David suele ser bastante rígido en esas cuestiones. No obstante, estaba convencido de que Garache podía conducirnos hasta las proximidades de Génesis. La Organización es terriblemente hermética. Nunca hemos llegado a acercarnos lo suficiente; nunca hemos logrado infiltrar a nadie. Garache era una posibilidad; una muy pequeña, pero si estaba en lo cierto, ese éxito me proyectaría hasta lo más alto de David, algo a lo que aspiro desde que esto empezó.

Decidí seguir adelante. Llamé a Madrid y pedí que prepararan todo para nuestra llegada.

Garache me dejó tirado en el avión, situando en el asiento contiguo a una chica joven con un niño pesadísimo que se pasó el vuelo llorando. Odio a los niños. No puedo comprender cómo alguien disfruta con esos seres. Pero reconozco que fue una buena jugada que tuvo como efecto inmediato anular cualquier reticencia inicial. Garache era suficientemente listo para ser peligroso.

Lo esperamos en el aparcamiento de la T4. Sin casi resistencia por su parte, le cubrimos la cabeza y lo condujimos civilizadamente al sótano de la embajada, donde comenzamos el interrogatorio. Se preguntarán cómo se avino la embajada a seguirme el juego. La respuesta es que las embajadas nunca se enteran de estas cosas; es preferible así. Proyecto David, ¿recuerdan?

Lo dejamos en una habitación cerrada sentado en una silla, atado de pies y manos, y revisamos sus pertenencias. Encontramos sendas tarjetas de embarque entre Buenos Aires y Bariloche, y un par de tarjetas de visita sospechosas: la primera estaba en blanco, a excepción del número de un móvil, que de inmediato rastreamos; la segunda era de una compañía de seguridad privada. El resto no era interesante. Hablé con él unos minutos.

Cuando calibré que el juego del tira y afloja estaba durando demasiado, me vi obligado a hablar de la jueza MacHor. Saltó como si tuviera un resorte. Empezó a escucharme. Como no terminaba de decidirse, le entregamos uno de los cuadernos de Dachau.

Le dejé solo y fui al baño a lavarme la cara. Estaba muy cansado. El jodido niño del avión apenas me había dejado dormir. Me tomé un café y regresé. Garache no había terminado de leer, pero yo tenía prisa. Si en David se enteraban de que me estaba saltando las normas, tendría problemas serios. Necesitaba resultados rápidos que permitieran justificar lo que estaba haciendo.

Cuando me contó que había estado en Bariloche para pedir al premio Nobel Adolfo Cavanni que intercediera por su candidatura al Wolf, hice un gesto a Susana para que entrara el Veterinario. Lo llamamos así porque esa fue su profesión antes de venirse a trabajar con nosotros. Llevaba una pequeña caja metálica en la mano. La abrió y extrajo una jeringuilla y un botecito de cristal.

—¿Pesarás unos ochenta y cinco o noventa kilos, Jaime?

No me respondió.

Le inyectamos por vía endovenosa una dosis de 4 mg/kg de tiopentato de sodio. Como es habitual, el efecto inmediato fue una erección; a los veinte segundos, bajó su nivel de consciencia y comenzó una cierta desinhibición que se extendió alrededor de ocho minutos. Normalmente, nuestra ventana es de diez.

Si alguien les habla del suero de la verdad sepan que no existe tal cosa. Hemos hecho progresos evidentes, pero, hasta hoy, aún no hemos logrado descubrir un fármaco que, suministrado a un sujeto, lo obligue a contarte lo que quieres saber. Hay muchos factores que pueden modificar el resultado: un entrenamiento previo, por ejemplo, permite al sujeto custodiar bastante eficientemente sus datos; todos los miembros de David recibimos un entrenamiento de ese tipo. También están las condiciones ambientales y las características físicas y emocionales del sujeto, así como la medicación previa, por no hablar de que a veces el interrogado te dice la verdad que le han hecho creer pero es completamente falsa. No obstante, conocemos (y usamos) sistemas que reducen o anulan la opción de mentir. No son perfectos, pero dan algunas pistas.

Aunque, a simple vista, parezca que decir la verdad y no decir mentiras son una misma cosa, son acciones completamente distintas. Mentir no es fácil. De hecho, resulta mucho más difícil que decir la verdad. La verdad conocida se suelta y punto; la mentira no. La mentira debe diseñarse, construirse, cocinarse,

una elaboración bastante compleja, consciente, que requiere de los cinco sentidos. Y esa es su debilidad: si, mediante la administración de psicofármacos, se logra afectar la actividad superior cortical, al sujeto le resultará mucho más complicado mantener el edificio de la mentira y la verdad asomará. Quizás no toda, quizás solo algunas de sus aristas, pero se verán las grietas del edificio, las tripas. Los sueros como el pentotal sódico deprimen el sistema nervioso central: no solo producen somnolencia o desinhibición, sino que alteran los estados de consciencia y consiguen que la voluntad baje la guardia. El sujeto, una vez perdida la concentración, es incapaz de mantener la compleja tarea de fabricar mentiras y deja de proteger la historia inventada.

—Jaime, ¿conoces Bariloche? —le pregunté con voz calmada.

—Conozco Bariloche, sí.

—¿Has visitado a tu esposa allí?

—¿A mi esposa? No, Lola está en Madrid. He ido a ver a un médico, uno muy famoso y muy orgulloso, uno de esos que tiene tan alto concepto de sí mismo que se pondría en un pedestal. Me ha caído fatal.

—¿Te refieres a Adolfo Cavanni?

—Sí, ¿lo conoces? Le dan el Premio Nobel la semana próxima, pero es un capullo.

—¿Por qué dices que es un capullo?, ¿no ha querido ayudarte?

—¡No, no es por eso! No soy como ellos.

—¿Y Jávea?, ¿conoces Jávea?

—Lo conozco, pero prefiero Cádiz.

—Has estado hace poco en Jávea, aunque no es época de vacaciones.

¿Fuiste a ver a alguien?

Sonrió. Empezó varias frases que no terminó. Finalmente dijo:

—Anton recordaba que me había roto la muñeca cuando me caí de la tirolina. Era peligrosa.

—¿Anton?, ¿quién es Anton?, ¿cómo se apellida? ¿Anton es tu amigo?

—No es mi amigo. Lo acabo de conocer.

—¿Anton es el que tiene un servicio de seguridad?

—Creía que me había roto el pie, pero fue la muñeca. Yo no lo recordaba, pero él a mí sí. Tiene un coche magnífico: un BMW 501 de 1956, de ocho cilindros.

—¿De 1956? ¡Es muy antiguo!

—Sí, una belleza con tapicería de color guinda.

—¿Y dónde estaba esa tirolina?

—En la finca de Torrico. La hemos vendido, no la podíamos mantener. Me estoy dando cuenta de que no pregunté a Rudolf si ellos la conservaban. Los von

Trotha tenían una finca magnífica.

En ese momento, Garache dejó de hablar, sufrió una especie de desmayo. Me asusté, pero el Veterinario aseguró que no era más que una bajada de tensión. Tratamos de despertarlo, pero no lo logramos. Lo dejamos en manos del matasanos y nos pusimos a trabajar: íbamos contrarreloj.

—Osvaldo, entérate de qué finca tenía la familia Garache en Torrico y de quiénes eran sus vecinos. El apellido von Trotha es alemán, puede ser una buena pista. Susana, averigua quién es el propietario de ese BMW antiguo. No creo que haya muchos coches como ese en Jávea. Yo voy a ocuparme de este teléfono.

—Por cierto, jefe. Garache ha mencionado el nombre de Rudolf en su *speech*, el mismo nombre que figura en la segunda tarjeta que llevaba en la cartera: Rudolf Trota.

—Tienes razón, Susana, ¡bingo!

Llamamos desde un teléfono seguro al número sin nombre. Nadie respondió. Media hora después, estábamos completamente convencidos de tocar Génesis con los dedos.

—¿Y qué pasa con Garache, jefe?, ¿qué opinas de él?

—No sé qué pensar. Le he creído cuando ha explicado el motivo que lo ha llevado a Bariloche. Bajo los efectos de la droga, ha mantenido la misma versión. En efecto, creo que ha visitado a ese tal Cavanni y que lo ha hecho tratando de salir del embrollo en que lo hemos metido. En cuanto se recupere, lo dejaremos ir.

Susana contraatacó.

—Pero es Bariloche, jefe, ¿no te parece demasiada coincidencia? Además, ha dicho textualmente «No soy como ellos». No ha dicho «No soy como él», sino «No soy como ellos».

Escuché de nuevo la grabación y comprobé que Susana estaba en lo cierto. Entonces nos lanzamos a una búsqueda frenética en la que activamos todos los recursos disponibles. Una hora después sabíamos a quién pertenecía el BMW y dónde estaba situada la casa de Cavanni en Bariloche, y habíamos averiguado también que la compañía que se ocupaba de la seguridad del Nobel era la misma que figuraba en la tarjeta de Garache. Cada dato recabado nos reafirmaba más en nuestra sospecha original: estábamos en las puertas de Génesis. Telefoneé a JJ.

—Levy, no esperaba esta llamada.

—Lo imagino. JJ, tienes que saber que no te hice caso y seguí con Garache. Habíamos avanzado mucho para dejarlo en ese punto.

—¿Por qué me llamas?

—¿Conoces al profesor que va a recibir el Nobel de Medicina?

—Adolfo Cavanni. Lo conozco, sí. Es un genetista muy prestigioso, como lo fue su padre. Su laboratorio ha logrado un tratamiento efectivo para la enfermedad de Tay-Sachs.

—Creemos que pertenece a Génesis.

Hubo un vacío en la línea, se palpaba la tensión.

—Esa es una afirmación muy seria, espero que tengas datos que corroboren lo que dices. Porque, a simple vista, te diría que es una estupidez.

—Se da la circunstancia de que el abuelo y el padre de Cavanni se instalaron en los Estados Unidos hacia 1955, procedentes de Argentina. No hay noticia suya en ese país hasta 1946. Antes, ningún rastro. Surgieron de la nada, como las setas tras las tormentas. Adolfo Cavanni heredó de su familia una casa en Bariloche, junto al lago Nahuel Huapi. Mi gente se ha acercado hasta allí: es una auténtica fortaleza. Ningún miembro del servicio doméstico, jardinero, chófer u otros empleados proceden de la región. Los guardaespaldas son profesionales sudafricanos meticulosamente seleccionados y todos hablan alemán. Se ha ocupado del reclutamiento y de la selección una compañía española de seguridad perteneciente a un tal Rudolf Trota, hijo de Paco y Helena Trota, cuyos verdaderos nombres eran Manfred y Helena von Trotha, alemanes de Baviera instalados en España tras la guerra. Podría continuar, pero no hace falta entretenerte: son demasiadas coincidencias. Resumen ejecutivo: no puedo certificarlo, pero apostaría mi brazo derecho, y soy diestro, a que Cavanni y sus amigos forman parte de Génesis.

—¿Y qué pinta Garache en todo esto?

—La familia del tal Rudolf von Trotha poseía una finca de caza en la zona de Toledo, colindante con la de la familia Garache. No debían de conocerse apenas, pero cuando les robamos el cuadro, que debió de estar colgado en esa finca e incluso es posible que se lo regalaran ellos, el doctor fue buscando datos sobre la pintura que le condujeron hasta Rudolf Trota. Este lo llevó hasta Cavanni, que intentó reclutarlo para su causa. Sabemos que Garache les dijo que no.

—Estás traspasando todas las normas, Levy. Estás siendo imprudente.

—Te recuerdo que todo esto lo empezaste tú robando la pulsera de monedas de oro a la dueña de la casa, que te recibió con tanta hospitalidad. ¿Acaso no fuiste tú imprudente? Y si lo piensas bien, mi decisión es razonable. Garache se presentó en casa de Cavanni y este lo recibió sin pegas ni esperas.

—Lo que estás haciendo nos acarreará problemas. Es malo para ti y para todo David. Tienes que terminar inmediatamente. ¿Mantienes a Garache retenido?

—Lo soltaré en cuanto hayamos solucionado lo de Cavanni. JJ, como sabrás, el Nobel se entrega pasado mañana en Estocolmo. No podemos permitirlo. Hay que hablar con los organizadores, explicarles que el candidato tiene un origen sospechoso y exigirles que le retiren el premio.

JJ se echó a reír: una risa ácida, sorda.

—¡No los conoces! La organización del Nobel no hará nada parecido. Ni siquiera podemos poner sobre la mesa pruebas concluyentes. No servirá de nada. Tienes que hablar con Cavanni, explicarle que estamos dispuestos a revelar sus orígenes al mundo. Luego exígele que denuncie públicamente el Holocausto. Si no tiene pasado nazi, lo hará.

—No podré llegar hasta él en tan poco tiempo, JJ. En vísperas de la entrega, en Estocolmo la seguridad alrededor de la ceremonia es muy estricta. Además, Cavanni está muy protegido. Solo podrá acercarse a él alguien que no le inspire sospecha. Tú eres médico, no le extrañará. Debes hacerlo tú.

—No, Henry, no puedo comprometer mi posición. Hay que buscar otra vía... ¡Ya lo tengo! ¿No decías que Garache lo conocía? Convenzámosle para que lo haga él. ¿Sigue bajo los efectos de la droga?

Miré el reloj.

—Ha pasado tiempo suficiente, supongo que ya estará bien. Tuvo una bajada de tensión o algo así. El Veterinario está con él.

—Vete a comprobarlo. Si está bien, llévale al CSIC. Allí hablaré con él. Por cierto, Henry, en cuanto esto termine, telefonaré a Tel-Aviv. Eres un peligro para todos nosotros y no podemos permitirnoslo.

—Comprobaré cómo está —dije. El corazón me latía muy deprisa.

Garache aún estaba adormilado. Pedí que nos acercaran al edificio del CSIC, apenas diez minutos en coche, y lo acompañé hasta su despacho. Lo dejé a cargo de su secretaria, una rubia gruesa y vieja, a la que advertí que había sufrido un mareo durante el vuelo. Cuando salí, llamé a JJ. Y ordené que trasladaran el coche de Garache al aparcamiento de su trabajo.

JAIME

1

—Doctor Garache, ¿está bien? Tiene muy mala cara. ¿Quiere un poco de agua, un café?

—¡Corine! ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Le ha traído un hombre, me ha dicho que se había mareado durante el vuelo y que ha preferido acompañarle para asegurarse de que estaba bien.

Me eché a reír. Empezaba a recuperar el tono normal.

—¿Mareo?, ¿ahora lo llaman así? Me vendría bien un poco de agua. Tengo la boca pastosa.

En ese momento sonó el teléfono y Corine fue a contestar.

—Don Jaime, tengo al teléfono al doctor Jones. ¿Quiere que le diga que llame más tarde?

—¿A quién?

—Al doctor Jones, de Nueva York. Ya sabe, JJ...

Me espabilé de inmediato.

—No, no, pásemelo. Pero antes tráigame el agua, por favor.

Me bebí dos vasos antes de responder. Me encontré con el americano simpático y dicharachero de siempre.

—¡Jaime, por fin puedo hablar contigo! ¡Eres como una lagartija, no paras de moverte!

No salía de mi asombro.

—¿Qué quieres? ¿No me has machacado ya bastante?

Oí un ligero ruido de fondo que no supe identificar.

—¡No me extraña que estés enfadado con nosotros! Ha sido un lamentable error, ya hemos despedido a la secretaria, una completa inepta. Borró la primera línea del documento, en la que figuraba tu nombre. Lo sentimos muchísimo. He estado ocupado con otros asuntos y no he sido consciente de lo que ocurría hasta hace unas horas. Recibí tu mensaje, pero pensé que te habías confundido de destinatario. En fin, te llamo para excusarme y para decirte que vamos a

rectificar de inmediato. Ya hemos avisado a todos los afectados, especialmente a Tremurelle... ¡Pobre, se ha disgustado un poco!

—¿De qué me hablas? —pregunté. Era solo una precaución, o quizás un modo de ganar tiempo. Sabía perfectamente de qué hablaba, pero no podía creérmelo.

—¡Del Wolf!, ¿de qué va a ser? Como te dije en tu casa, junto a tu encantadora esposa, el premio es tuyo: te lo has ganado.

Intentaba recordar, pero no era capaz. Como me estaba llamando al teléfono fijo, me palpé los bolsillos y localicé el móvil. Comprobé el mensaje que le había enviado y su respuesta. Mi mensaje había sido nítido, contundente, pero su respuesta podía interpretarse de varios modos. Solo decía: «Mensaje recibido. Buena suerte». Quizás lo había juzgado mal y no tenía nada que ver con lo que estaba ocurriendo.

—Jaime, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, aquí estoy. No sé qué decir.

—Te pido disculpas en mil idiomas. Lo anunciaremos el día 12, pasada la ceremonia de los Nobel. Por cierto, también te llamo por eso. Con el lío que hemos tenido se me pasó avisarte. Nos gustaría que acudieras. Los candidatos al Wolf suelen hacerlo, es casi una costumbre. Sé que es muy precipitado, pero ¿puedes organizarlo con tan poco tiempo? Nosotros nos encargamos de todo.

Seguía sin reaccionar.

—Lo tomaré como un sí. Te recuerdo que la etiqueta exige frac, y la supervivencia, que te abrigues bien; lo he comprobado, están a tres bajo cero. Y nevando. Jaime, de nuevo te pido disculpas. ¡Y enhorabuena!, disfruta de tu merecido premio. Mi secretaria llamará a la tuya. ¡Hasta muy pronto!

Colgó.

—¡Corine!, ¿puede traerme más agua?

Regresó enseguida.

—¿Qué ha ocurrido en mi ausencia? —pregunté expectante.

—¡Un milagro, doctor! Han concluido la auditoría. Esta misma mañana han enviado el informe. También han archivado la denuncia por blanqueo. ¿Usted lo entiende?

—Creo que no —mentí—. Por cierto, tengo que ir a Estocolmo. Le enviarán los billetes a usted.

—¿Estocolmo?, ¿no vive allí su hijo? —Asentí. Ni siquiera había caído en eso—. Sigue teniendo muy mal color, doctor, ¿por qué no se va a casa? Yo me encargo de organizar ese viaje.

—Creo que tiene razón.

—Pediré un taxi, no está para conducir.

En cuanto mi secretaria abandonó el despacho, llamé a Lola. Pero no me respondió. Tres horas después, tenía un coche en la puerta para llevarme de nuevo al aeropuerto. Un vuelo privado.

Ni siquiera sabía si debía estar en ese avión. Antes de salir de casa, había enviado por mensajero una carta al ministro presentándole mi dimisión. Y estaba decidido a hacer lo mismo con JJ y declinar el Wolf. Esto último no lo había hecho porque no estaba seguro de si había juzgado mal a JJ y no tenía nada que ver con Levy. Mi lado racional me decía que era improbable que me hubiera equivocado. Y si era sí, lo mejor era no volver a tener relación con esa gente y renunciar al premio. Una vez que dejara el CSIC, regresaría a mi plaza de médico y de profesor. Sería como volver a las cavernas, pero hay otras cosas en la vida. Sin embargo, mi corazón se resistía. Lograr el Wolf era como acariciar el cielo. Hasta el ministro en persona me pediría que regresase. Y entonces impondría mis condiciones.

—¿Dónde vas, Jaime? —susurré antes de bajar del avión. Estaba completamente perdido. Lola seguía sin responder a mis llamadas. Pensé en llamar a mi hijo e ir a ver a los gemelos, pero no estaba con ánimo. Un coche me esperaba para llevarme al hotel.

El imponente *hall* del Gran Hotel de Estocolmo estaba en plena actividad. Me acerqué a la recepción. Estaban desbordados, pero actuaban como si no hubiera nadie más esperando. Es agradable que te traten así. Me atendió un hombre rubio de mediana edad, camisa blanca y chaleco negro con corbata de rayas. Me informó de que me habían asignado una junior suite, con cama de matrimonio, y que me habían reservado una mesa para las nueve en el Cadier, el bar del hotel, ya que el restaurante estaba completo. La organización cubría todos mis gastos. En el bar me podían preparar algo ligero. Me entregó la carpeta con el programa y me recordó que para el acceso a la sala de conciertos requería frac o, en su defecto, traje regional, y me recordó qué era un frac, por si no lo sabía. Sonreí. Todo muy nórdico.

La decoración de la habitación era algo cursi (papel verde pálido en las paredes con adornos de flores blancas y pequeños colibrís), pero el baño, recién

remodelado y bien nutrido de toallas, albornoces y zapatillas, tenía buena pinta. Dos minutos después me trajeron el equipaje. Entregué el frac para planchar, tomé una ducha muy caliente y bajé a cenar; estaba hambriento y, sobre todo, sediento. Empezaba a encontrarme mejor y a arrepentirme de haber escrito al ministro.

Entré en el bar y me senté en un sillón de cuero junto a una ventana, casi al lado del piano, donde un hombre más bien joven interpretaba melodías ligeras. Había bastante ruido, pero el ambiente era agradable. Pedí una cerveza bien fría. Era fuerte. Disfruté de ella, del sándwich de salmón ahumado y de la música, pero solo unos instantes.

—Buenas noches, Jaime.

Levanté la cabeza y me topé con Henry Levy. Vestía pantalón negro y jersey de cuello alto del mismo color. Llevaba gafas de sol, pese a ser de noche y estar en un interior. Se desprendió de ellas. Sus ojeras eran casi tan pronunciadas como las mías.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es que no me vas a dejar en paz? O te largas ahora mismo o te prometo que organizo un escándalo.

Se sentó a mi lado. A una señal suya, el camarero regresó con otras dos cervezas. Yo exploré los alrededores con la mirada: quería ver si estaba solo. Había tanta gente que era imposible saberlo. Me faltaron las fuerzas para seguir protestando.

—Tranquilízate, por favor, solo quiero hablar contigo. Te prometo que será la última vez que te moleste. Necesito un último favor.

—¿Un favor? ¡No puedo creerlo! —dije. Involuntariamente, levanté la voz. Se inclinó hacia delante.

—Tranquilízate —repitió—. Se trata de Cavanni. Sabemos quién es.

—Yo también. Es el nuevo Nobel de Medicina.

Negó vivamente con la cabeza.

—Su pasado lo acompaña, Jaime. Tenemos constancia de que su abuelo perteneció a las SS y trabajó como médico en el campo de concentración de Dachau. Logró llegar a Argentina cuando acabó la guerra; tus vecinos de Toledo, los von Trotha, lo ayudaron a huir. Sabemos que todos pertenecen a Génesis.

Intenté poner cara de extrañeza cuando pregunté:

—¿Génesis?

—No trates de engañarme, no funcionará. Ambos sabemos qué es Génesis. Necesito que hables con Cavanni, que le lles un recado de mi parte. Después de eso, no volveremos a molestarte, ni a ti ni a nadie de tu familia o de tu entorno, especialmente a tu esposa. Haré que te hagan llegar el cuadro a tu casa:

ahora sabemos que no es el que buscábamos. Pero antes tienes que hablar con él. Se aloja aquí mismo, en una de las suites con vistas al mar.

—¿Y qué quieres que le diga?

—Dile lo que acabo de contarte: que lo sabemos todo. Y adviértele de que debe renegar abiertamente de su historia, reconocer mañana, ante el público presente en el palacio, el Holocausto y rechazar el premio. Entonces lo dejaremos en paz.

Me eché a reír.

—¿Rechazar el Nobel? ¡Eso es imposible! No lo hará.

—En ese caso, deberá atenerse a las consecuencias. Díselo.

Sentí un terrible cansancio. Todo aquello parecía irreal.

—No me escuchará.

Se puso en pie.

—Pues entonces, que se atenga a las consecuencias. Tú cumple con tu parte. Yo cumpliré con la mía.

Según me había informado Levy, Adolfo Cavanni estaba en su habitación, junto a su joven esposa rubia.

En la puerta de la suite estaba Norberto, el chófer que me había conducido hasta Bariloche, que me saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches. Tengo que hablar un minuto con el señor Cavanni, por favor.

Norberto me indicó con un gesto que levantara los brazos. Me cacheó con cierta delicadeza, pero sin dejar un palmo. Luego, con una sonrisa forzada, llamó con los nudillos. Me abrió la puerta una jovencita bastante guapa, menuda, rubia de ojos grises. Vestía un traje de noche negro, ceñido y muy escotado. Su piel, blanquísima, no tenía una sola mancha. Era simplemente perfecta. Me sonrió. Recorrí el cuarto con la mirada. La habitación tenía el tamaño de un apartamento.

—Siento molestarla, señora Cavanni. Me llamo Jaime Garache. Tengo que ver un momento a su marido. No lo entretendré mucho, se lo prometo.

—¡Ah, qué bien!, habla usted español. No me apaño muy bien con el inglés. Pase, por favor. Voy a avisar a Adolfo, se está terminando de arreglar. No creo que pueda dedicarle mucho tiempo, tenemos que asistir a otra aburrida cena.

Me hizo pasar al salón. Sobre una mesa de cristal situada entre los sofás había una botella de champán con dos copas medio vacías. Habían empezado las celebraciones. Sonaba música de Wagner y olía a un perfume fresco, de lavanda.

Poco después entró en la habitación el flamante premio Nobel de Medicina. Para él fue una sorpresa verme. Me dio un abrazo.

—Cariño, te presento al doctor Garache. Su familia ayudó a la mía en el pasado. Le debemos mucho. ¡Mi querido amigo! Me alegra verte, espero que me traigas buenas noticias. Es un gran día, que aún puede acabar mejor cuando me

des tu sí —dijo. Parecía convencido de que había ido a dar cumplida respuesta, naturalmente positiva, a su ofrecimiento. Se iba a llevar un chasco.

—Tenemos que hablar, Adolfo. Es importante.

—De acuerdo. Cariño, vete al dormitorio y cierra la puerta. No tardaremos mucho.

Nos sentamos en el saloncito. Los sofás, tapizados en una especie de terciopelo verde, eran bonitos pero no demasiado cómodos. Ya se había hecho de noche. Al otro lado de la ventana se veía un horizonte sembrado de pequeñas luces. Nevaba copiosamente. Me pareció estar en un sueño. Me ofreció una copa de champán que me apresuré a aceptar. Seguía sediento y estaba nervioso. Bebí el contenido de un tirón. La botella seguía sobre la mesa. Sentí la tentación de llenármela otra vez, pero no lo hice.

—Adelante, soy todo oídos —dijo sonriendo.

—Lo que voy a decirte no te va a gustar, Adolfo.

—Te escucho. —Ya no sonreía.

Levy me había dejado claro desde el principio que mi único cometido era advertirle. Después sería él quien tomara la decisión: podía aceptar sus condiciones y confesar los crímenes de la familia Cavanni ante la familia real sueca, los cientos de asistentes y las cámaras de televisión, o podía negarse y dejarlo correr. Así que le hablé del robo, de las investigaciones del Ministerio, del chantaje, del secuestro, del suero y de la charla que acababa de tener con el judío en la cafetería del hotel donde nos encontrábamos. Por consejo de Henry, o más bien por exigencia suya, fui absolutamente claro.

En cuanto empecé a desgranar el relato, Cavanni cerró los ojos. Al principio pareció sorprenderse de que aquellas advertencias procedieran de mi boca. Luego su cara empezó a teñirse de rabia.

—Como ves, están en todo, por todas partes —concluí—. Se trata de gente muy peligrosa, Adolfo. No cabe duda de que son capaces de llevar a cabo sus amenazas. Me hicieron leer un texto estremecedor sobre lo ocurrido en un campo, en una cámara de gas...

—¡Tonterías! Esos relatos los fabrican ellos mismos. Son completamente falsos, nunca existieron tales cámaras.

No tenía ganas de discutir.

—Tienen, o dicen tener, un expediente de tu abuelo Guido, según el cual trabajó en Dachau como médico realizando experimentos con seres humanos en varios terrenos. Dicen que lo van a hacer público si no pides perdón en la ceremonia...

—¡Ese es su fuerte, Jaime, amenazar! Y también su perdición: ese tal Levy es un iluso si piensa que sus bravatas van a hacer efecto. Pero ¿qué cree ese

estúpido?, ¿que, con solo chasquear los dedos, un alemán va a obedecer a un judío? A mí ningún mentecato me dice lo que debo hacer. Cuando la civilización haya florecido de nuevo, habrá que hacer desaparecer a esos idiotas de la faz de la Tierra.

En aquel momento el que cerró los ojos fui yo.

—Me he comprometido a advertirte, Adolfo, y acabo de hacerlo. Te tengo aprecio y por eso no quiero marcharme sin insistir en el riesgo que corres. Fíjate en lo que me han hecho a mí.

—Te agradezco la advertencia, pero no debes preocuparte. Tengo las espaldas bien guardadas. Mi gente es mucho mejor que la de esos judíos. Es del todo imposible que lleguen hasta mí. Tal vez hayan descubierto la existencia de Génesis. Tal vez sepan que yo tengo alguna relación con la Organización. Pero no tienen nada más. Llevan mucho tiempo queriendo infiltrarse en nuestra casa. Al fin y al cabo, es una de sus especialidades: a lo de mentirosos no les gana nadie. Pero no lo han conseguido ni lo conseguirán. Te han seleccionado porque estaban seguros de que harías lo que ellos querían: trabajar para ellos desde dentro. Pero tú eres un ario decente y no lo has admitido. No hay nada que temer.

—Conocen el número de tu habitación y quién está dentro.

—¿Y eso qué más da? Es de dominio público. Todos los candidatos al Nobel nos hospedamos en este hotel. Mira, Jaime, estate tranquilo. No hay ningún detalle, por nimio que sea, que escape a la atención de mi servicio de seguridad. Los judíos son unos cobardes. No hacen nada abiertamente. Siempre temen que les quiten su pequeño país. Para ellos sería una catástrofe. Así que no te preocupes por mi integridad. Por cierto, aún estoy esperando tu respuesta — dijo sonriendo.

Cuando le respondí que lo agradecía mucho pero que aún no había tomado una decisión, la sonrisa se evaporó.

—Comprendo que estás sometido a mucha tensión, que incluso te han torturado. Ya ves qué tipo de personas son. Con nosotros tienes un futuro. Tómame el tiempo que necesites. Descansa, relájate. Dentro de unas semanas, coge a tu esposa y venid a Bariloche. Te enseñaré el laboratorio. Ah, por cierto, ¡enhorabuena! Finalmente, te van a conceder el Wolf. Debes saber que moví algunos hilos...

Nunca sabré cuánto de verdad había en esa afirmación.

—Me han dicho que es mío, pero ya lo veremos. Ahora lo importante eres tú. Disfruta mañana de tu premio. Estaré allí para verlo.

—Me gustaría que mi padre pudiera asistir. Él luchó mucho por la causa, mucho.

—Estaría orgulloso, estoy seguro. Debo marcharme, tu esposa me ha dicho que tenéis una cena. Por cierto, es una belleza.

—Lo es, sí. Tendrá unos hijos muy bellos.

Regresé a mi habitación, me tomé un somnífero y dormí hasta media mañana. Al despertar, volví a llamar a Lola. No me cogió el teléfono. Bajé al restaurante, desayuné fruta, arenques, salmón y huevos revueltos, corrí una hora en la cinta del gimnasio del hotel y volví a meterme en la cama. Me levanté un par de horas antes de la ceremonia. De nuevo telefoneé a Lola, con idéntico resultado. Me di una ducha, me afeité, me vestí el frac recién planchado y me encaminé al palacio. Era ya noche cerrada. Se había desatado una tormenta de nieve y la temperatura rozaba los ocho grados bajo cero.

Dentro del palacio, sin embargo, reinaba un ambiente cálido y colorido. El lugar relucía sembrado de flores holandesas, de fracs, tiaras y pajaritas blancas. Puedo certificar que sus gruesos muros rezumaban orgullo, a la par que ese sutil esnobismo tan propio de los nórdicos.

Ocupé mi asiento. A pesar de que estaba bastante alejado del escenario, alcanzaba a ver a Cavanni. No le quité la vista de encima mientras duró la ceremonia. Estaba sentado muy erguido esperando su turno. Finalmente, su padrino se levantó y le dirigió las correspondientes loas. Los adjetivos sonaban pujantes, briosos, irresistibles. Cavanni no parecía halagado, sino orgulloso, como si juzgara que merecía todo lo que sobre él se estaba diciendo. El padrino concluyó. Adolfo se puso en pie. Recolocó el chaleco blanco de su frac y estiró los puños de su camisa, primero el izquierdo, luego el derecho. Tras escuchar la invitación, avanzó solemne, erguido en cuerpo y alma, por la alfombra azul noche. No se esforzó por parecer natural como algunos de sus colegas; o humilde, como su predecesor japonés. Sus andares, su barbilla elevada, su propia juventud resultaban desafiantes, como su mirada, como su actitud. Al fin y al cabo, a sus cuarenta y dos años estaba abriendo en canal los entresijos de la historia para colarse dentro. Como un virus.

Se detuvo en medio del círculo que desplegaba la gran N mayúscula. Mecánicamente, se inclinó ante el rey de rostro amable y recibió de sus manos

blancas, frías, pequeñas en comparación con las suyas, los símbolos de su éxito. Con ellos en su poder, se volvió, saludó al público con leves reverencias y guiñó el ojo a su jovencísima esposa de piel blanquísima, que lo observaba sin perder detalle desde la zona de invitados.

La enérgica ovación le colmó de miel los oídos. Sin duda, sería el galardonado más aplaudido de la noche. Sonrió. Fue lo último que hizo.

Todo ocurrió demasiado deprisa. Los flases estallaron junto al disparo, acallando en parte su chillido. Y, si bien la amplia mayoría de los asistentes lo oyó, no repararon en la detonación de inmediato. No puedo decir que lo esperara. Lo temía, eso sí, pero en el fondo de mi corazón pensé que no se atreverían. ¡Qué estúpido!

Fue al incorporarse tras una de las reverencias, exactamente en el instante en que la vistosa mancha de color rojo oscuro proliferó sobre la impoluta pechera blanca, cuando el mundo comprendió que había otras formas de pasar a la historia.

El cuerpo del joven pero célebre médico se tambaleó para acabar desplomándose en estado de hibernación perpetua. El tirador (ni siquiera sé dónde estaba) no necesitó un segundo disparo: como si fuera un proyectil de plata y el joven médico un vampiro, el primero detuvo su corazón para siempre. Tras el impacto, los ojos de Cavanni mudaron. En apenas un instante, su mirada se tornó vidriosa; luego débil, y finalmente, seca.

La sala se llenó de un silencio breve. Enseguida llegaron los gritos de auxilio, llegaron los lamentos y el alboroto de voces de pánico. Llegó la estampida. Llegó el caos. Los cuerpos de seguridad sacaron de inmediato del recinto a la familia real, luego a las autoridades y finalmente a los premiados. Los demás invitados se apañaron como pudieron. El cadáver quedó tendido sobre la alfombra de color azul noche, rodeado por una marea de colores olorosos, como un entierro de primera en Harlem, salvo que nadie tocaba jazz.

Únicamente dos personas acudimos al escenario en ese momento: el hombre que había ordenado doblegar aquella infrangible voluntad y yo. Henry Levy avanzó despacio, tranquilo, impregnado de esa melancólica belleza que proporciona la venganza fría. Cuando llegó hasta el cuerpo rendido, lo contempló mordiéndose el labio superior. Yo, que venía de más lejos y alcancé las tablas corriendo, llegué jadeando, a causa del esfuerzo y la conmoción, y me hincé de rodillas ante el caído. Lo rodeaba un denso charco de color castaño. Rebusqué inútilmente el pulso en su garganta. Al no encontrarlo, tomé conciencia de que él estaba muerto y yo vivo. Me entraron unas ganas irrefrenables de llorar. Entre hipos, noté como me palmeaban el hombro.

—No te atormentes, Jaime —me susurró—. Tuvo su oportunidad y la despreció. Cometió el error de subestimar la voluntad de un pueblo. —Sujetó uno de los brazos por la manga y lo levantó hasta dejar los gemelos ante mis ojos—. Mira, alfabeto nórdico antiguo. Pura herencia nazi.

Levanté la cabeza y le dirigí una mirada de reproche, pero no respondí: no quedaba nada que decir. Dolorido, volví a inclinarme sobre el cadáver, justo a tiempo de ver cómo su pajarita blanca se volvía completamente roja. Quizás algún día olvide todo lo demás, pero, pase lo que pase, recordaré ese detalle, el de la pajarita roja junto a su barbilla pétrea.

La nieve continuó fluyendo ajena a la tragedia. Sobre las consternadas calles de Estocolmo, el manto blanco llegó a elevarse setenta centímetros. Quizás fue esa la razón por la que la ambulancia tardó tanto en llegar.

El enfermero, que solo hablaba sueco, no me entendió. Dejó su maletín a la altura del cadáver y le desabotonó la camisa a toda prisa. Al ver la esvástica que colgaba de su pecho, se detuvo consternado y confuso. Quizás fuera esa la razón por la que la jovencísima señora Cavanni nunca visitó el cadáver de su marido.

No me permitieron regresar a casa hasta dos días después. Mi mujer fue a recogerme a la T4. Nos dimos un largo abrazo. Nunca la beso en público; sin embargo, en aquella ocasión me salté la norma e hice una excepción, una larga excepción. Porque, en mi propia historia, ese 10 de diciembre había tenido un lado positivo: Lola por fin había aceptado que, pese a todo, no tenía competencia. Al menos, en mi corazón.

TERCERA PARTE

—

LOLA

1

Pasaban exactamente tres minutos de las nueve de la noche cuando llegué a casa. Me libré de los tacones y del abrigo en la entrada y, descalza, atravesé a toda prisa el cuarto de estar hasta llegar a la televisión. Un colega del Tribunal me había informado de que el Telediario sacaba un reportaje sobre uno de los casos que acabábamos de sentenciar y quería ver cómo trataban la noticia.

Apreté el interruptor, pero la oscuridad persistió. La maldita lámpara. Nos la vendió Salvat. Es una preciosa pieza antigua que obtuvimos a un precio más que ajustado, tanto que venía con un fallo eléctrico: quema bombillas a la velocidad de un Ferrari. La habitación presentaba un aspecto tenebroso. La luz que se filtraba por la ventana procedente de la farola exterior y la que vertía la pantalla del televisor daban un extraño brillo al suelo de madera. Me dio mala espina y corrí a encender las lámparas auxiliares. Subí el volumen y corrí al aseo de invitados, me estaba haciendo pis. Regresé y me senté en el borde del sofá con el cuerpo inclinado hacia delante. La presentadora estaba comentando nuestra sentencia cuando se llevó los dedos a la oreja. Entonces transmitió la última hora de la noticia con la que habían abierto la edición y que yo no había alcanzado a escuchar: habían disparado al premio Nobel de Medicina en Estocolmo, en plena ceremonia de entrega, y estaba en estado crítico.

—¿Que han matado a quién?

Estaba pensando en la posible autoría del ISIS cuando llegaron las primeras imágenes en directo: el palacio sueco parecía un caos: gente corriendo en todas direcciones; agentes de paisano con las armas en la mano dando órdenes a diestro y siniestro; personas llorando; centros de flores pisoteados que hacían tropezar a los que huían despavoridos; fotógrafos rodeados de flases... La presentadora estaba confirmando la muerte del galardonado cuando la cámara acercó el zoom hasta el escenario. Distinguí con la suficiente nitidez la imagen de un hombre vestido con frac arrodillado ante el cuerpo de otro, que estaba tendido en el suelo y rodeado de un charco de sangre. Escuché mencionar el nombre de Cavanni y me quedé de piedra.

Entonces el hombre con frac se irguió y reconocí espantada a mi marido. Sin duda, era Jaime. Lloraba sin pudor. Su chaleco, los puños de su camisa, sus manos estaban cubiertos de sangre. No podía saber si era suya o de la persona que estaba en el suelo. En ese instante, la frustración y la rabia que me habían acompañado las últimas horas se transformaron en un intenso dolor. Aquel hombre del frac no era el líder de un grupo neonazi ni un cabrón mujeriego: era Jaime, y al pobre los acontecimientos lo habían arrastrado como una riada. Recordé la cantidad de veces que había intentado ponerse en contacto conmigo y yo no le había hecho caso.

Enseguida empezaron a sonar los teléfonos, el fijo y el móvil. Mis hijos llamaron. Mis amigos llamaron. Padilla llamó. Cogí el teléfono a Marieta.

—¿Estás viendo el Telediario, mamá? ¡Sale papá! ¿Te has dado cuenta de la sangre?, ¿estará herido? ¿Y qué hace en Estocolmo?

Su voz sonaba atenuada por un ruido exterior. Supuse que había salido del edificio donde trabaja para hablar con más libertad. Tiene unos horarios infernales.

—Es difícil no darse cuenta, Marieta.

—¿Y por qué tiene las manos manchadas de sangre?, ¿tú sabías que iba a la entrega de los Premios Nobel?

—Todavía no tengo los detalles. Voy a colgar, a ver si consigo enterarme de algo. Luego te llamo. Tranquiliza a tus hermanos, y no me llaméis, necesito libre la línea.

—¿Quieres que vaya, mamá? Le digo a mi jefe que...

Decliné su ofrecimiento. Tener a mi hija cerca me hubiera hundido por completo, algo que no podía permitirme en esas circunstancias.

—Te lo agradezco mucho, hija, pero es mejor que te quedes donde estás. Si te necesito, te llamo.

Me puse a llorar en cuanto colgué. Durante las muchas horas pasadas desde la última conversación que había mantenido con Jaime, que llamaba desde Bariloche, hasta que su imagen apareció en la pantalla de televisión, había pensado cientos de estrategias para seguir. Ninguna me resolvía el dilema. Porque había prestado mucha atención a sus palabras sobre la fotografía falsa, palabras que no habían hecho más que confirmar mi sospecha. No había nada que deducir, todo estaba muy claro. Aun así, había sido un acierto no obligarlo a reconocer su culpa abiertamente. De haber confesado, habría significado el final de mi matrimonio. ¿Qué postura debía tomar: hacerme la tonta y seguir adelante con mi vida, o decirle que lo sabía y mandarlo a hacer gárgaras? Como no logré decidir, opté por no coger el teléfono y posponer el momento. «¡Pobre hombre,

tenía que haberte contestado!», pensé. Sonó de nuevo el móvil. Leí en la pantalla que era Padilla.

—¿Está ante el televisor, Lola?

—Estoy ante el televisor, sí.

—¿Y sigue entera?

—Sorprendida y asustada, pero entera.

—Me alegro. Le llamo para decirle que no se preocupe. Él está bien. Acaban de informarme: la sangre no es suya, sino de Cavanni, que ha fallecido. Ha sido un tiro único, certero.

—Pero...

No conseguí pronunciar la frase. Me preocupaba que Jaime tuviera algo que ver con su muerte. Bueno, era evidente que tenía algo que ver: conocía a Cavanni y estaba allí. Quiero decir que, de algún modo que no alcanzaba a comprender, era el culpable o un colaborador necesario.

—Ni siquiera lo mencione, Lola. Su marido no está relacionado con esta muerte. Es una bala judía. Eso quiere decir que nunca sabremos quién disparó.

—¡Pobre hombre! ¡Qué mal lo ha tenido que pasar! Lo voy a llamar de nuevo...

—Han colocado inhibidores de frecuencia en un kilómetro a la redonda, no podrá hablar con él de momento. Me encargo de que sepa de usted.

—Te lo agradezco mucho. De veras. Esto es peor que una operación de hemorroides.

Se echó a reír.

—Por cierto, Lola, sé que no es un momento muy oportuno, pero quiero contarle algo. Verá, me tomé la libertad de seguir buscando su cuadro.

La sola mención al Matisse me hizo estremecer.

—Te tomas muy a pecho tu trabajo.

—No hay otra forma de trabajar, señorita. De todos modos, en este caso ha sido una cuestión de suerte. ¡Tiene gracia, tantos años de trabajo para que al final decida la suerte!

—Mientras te sonría, buena es —sentencié.

—Como me pidió, llamé a Art Loss Register en Londres y les conté la historia de la odalisca que se había hecho la depilación láser. Nos reímos un rato. Ya sabían que el cuadro que estaba en su casa no era el que buscaban porque habían localizado el original, firmado y con vello en las axilas...

—¿Que lo habían localizado? ¡Setenta años desaparecido y justo lo encuentran unas semanas después de que nos roben el nuestro!, ¡vaya casualidad!

—No se me sulfure, Lola, que se le va a llenar el cerebro de arrugas. Déjeme que se lo explique porque la cosa tiene bemoles. ¿Recuerda la fotografía que dejaron en su casa, la de Picasso, Dora Maar y Rosenberg?

—¡Pues no, Padilla, no tengo ni idea de qué fotografía hablas! —respondí. El pobre Padilla no tenía culpa, pero yo aún no había logrado recuperarme de la imagen vista en televisión y aquella conversación me estaba poniendo de los nervios.

—¡Vale, voy al grano! En esa fotografía se veían bastantes cuadros que Rosenberg, el marchante, tenía en su galería y que ocultó en un banco de Libourne cuando los alemanes tomaron París. Los nazis abrieron su caja fuerte y se los llevaron. No habían sido vistos después de aquello. Pues bien, por un golpe de suerte, los han localizado todos menos uno, un arlequín de Picasso, en el domicilio particular de un marchante alemán. Y no solo esos. Han encontrado cerca de mil quinientas obras desaparecidas. La noticia se ha mantenido en secreto, pero un periodista ha olido la historia y la van a publicar mañana. Mire su *email*: le he mandado el texto para que esté al día.

No salía de mi asombro.

—Pues ahora mismo lo leo. Gracias.

—No hay de qué. Tenga el teléfono cerca, en cuanto las autoridades suecas nos permitan hablar con su marido, la llamo. También la llamarán de la embajada. Y si está pensando en tomar un avión y plantarse en Estocolmo, sepa que no es buena idea.

Lo cierto es que es lo primero que pensé.

—Seguiré tus consejos. Y pongo a cargar el móvil. Mil gracias.

Llamé a Marieta y a James, los tranquilicé y pedí que informaran al resto de la familia. Recibí después una amable llamada del embajador español en Suecia y del presidente de mi Tribunal. Luego me llamó el ministro. La historia que todos ellos transmitían era similar. Muy conveniente dadas las circunstancias: Jaime se hallaba en Estocolmo, invitado a la ceremonia de entrega de los Nobel como flamante ganador del Premio Wolf. Estaba siguiendo la entrega cuando un perturbado aún sin localizar había disparado a Adolfo Cavanni. Jaime, al darse cuenta de la gravedad de las heridas del laureado, en su calidad de médico, se había acercado a socorrerlo mientras el resto de los asistentes huían despavoridos. Pese a su valentía, no había podido hacer nada por Cavanni: murió en el acto.

Al escuchar lo del Premio Wolf me alegré mucho. Fue, sin embargo, una alegría agrídulce. Todo volvía a la normalidad. Todos ganaban, menos yo. Abrí el ordenador y leí la noticia que enviaba Padilla. La crónica llevaba por título: «Cornelius Gurlitt, el judío nazi».

No era la primera vez que Cornelius Gurlitt hacía ese viaje. Espoleado por las necesidades económicas, sus viajes a París se estaban convirtiendo en un hábito. Sin embargo, en esta ocasión se trataba de caza mayor. Y el volumen le inquietaba. Mientras el tren reducía su velocidad y se adentraba en la Hauptbahnhof, sintió mil gatos peleándose en su estómago y se preguntó si no había sido demasiado ambicioso. Para facilitar el transporte, había adquirido una maleta de última generación dotada de cuatro ruedas de giro completo. Sin embargo, el peso seguía siendo excesivo.

Apenas el tren se hubo detenido y los empleados de la estación abrieron las puertas, el anciano asomó la cabeza y observó el andén a derecha e izquierda. Constató el gentío que lo poblaba le causó una profunda turbación. Ciertamente era que mezclarse con aquel mar de rostros le facilitaba pasar desapercibido, pero, si no se andaba con cuidado, cualquiera lo arrollaría. A sus casi ochenta años, una caída podía resultar mortal. Aún consternado por la batahola, se aferró al pasamanos del vagón y salvó los dos pequeños peldaños que lo separaban de tierra firme. Llevaba las manos enfundadas en unos guantes de piel marrón, lo que le ahorró el contacto con la frialdad del metal.

Tras un instante de duda, avanzó varios pasos hasta situarse en medio del andén, fuera del perímetro del tránsito de los viajeros. En la estación de Múnich hacía frío, pero no tanto como el que intuía le aguardaba fuera. Durante las casi cuatro horas del trayecto, la nieve había sido una constante. Se levantó el cuello del abrigo, un modelo oscuro y discretamente elegante; se recolocó la bufanda de cuadros escoceses azules tapando el pecho, y aguardó.

Pocos instantes después el estudiante americano al que había ofrecido cincuenta euros para que lo ayudara con su voluminoso equipaje colocó la pieza a sus pies. Era un joven atlético; aun así, sudaba: la maleta parecía rellena de plomo. El estudiante observó de nuevo al anciano y sintió lástima. Cornelius era un hombre menudo. La tez pálida, rematada por una abundante y nivea mata de pelo, y la espalda encorvada amplificaban su aspecto frágil. Con tono campechano le preguntó si quería que acercara la maleta hasta la salida. No le cobraría más de lo estipulado. Cornelius declinó la oferta. Debería haberla aceptado. Le agradeció el detalle, le entregó el dinero y se despidió de él con un apretón de manos, sin despojarse de los guantes de piel.

Cuando el andén fue despejándose, el anciano sujetó el asa de la maleta con la mano derecha y arrastrándola se dirigió a la salida. La sobrecarga le hacía detenerse cada pocos metros. Pero no había prisa y el trayecto era corto. Tenía previsto tomar un taxi en la entrada de la estación y dar al conductor una buena propina para que acercara la maleta hasta el ascensor de su casa. Poseía un amplio piso en el centro de la ciudad. Solo debía atravesar la estación.

Contaba con pasaporte alemán. Aun así, su corazón se aceleró al constatar que dos policías acompañados de un perro negro y feo se dirigían hacia él. Parecían agentes de Aduanas o quizás de la Unidad de Estupefacientes. Procuró aparentar normalidad. Pero el fardo y los nervios le impidieron mantener el paso y se vio obligado a detenerse para recuperar el resuello. Los dos hombres y el perro también lo hicieron. Pero lo que iba a ser una benevolente asistencia a un anciano con problemas de movilidad terminó convirtiéndose en una inspección.

Sin lugar a dudas, el peso de la maleta era excesivo.

Cornelius se negó a facilitar la clave del candado y, en la sala habilitada al efecto en la misma estación, los policías seccionaron el cerrojo empleando unos alicates industriales. Sobre una larga mesa metálica de patas de acero, el equipaje quedó abierto en canal, como un cadáver sin identificar. La autopsia reveló la presencia de dos mudas blancas con restos de suciedad; dos pares de calcetines negros, uno de ellos sin estrenar; un pijama azul claro de felpa; un neceser con productos de aseo

personal, y treinta y tres bultos con forma de ladrillo. El envoltorio de todos ellos era similar: hojas de diversas ediciones del periódico francés *Le Monde* selladas con ligas de plástico ordinarias. Despejados de sus envolturas, se constató que tres de esos paquetes contenían mil billetes de doscientos euros cada uno; otros cuatro, mil billetes de cien euros, y el resto la misma cantidad de billetes, pero de cincuenta euros. En total, 34,2 kilogramos de papel moneda valorados en dos millones trescientos mil euros.

Cornelius, que durante todo el interrogatorio parecía más desconcertado que turbado, no respondió a ninguna de las preguntas que le fueron formuladas. Solo pidió un teléfono para llamar al doctor Thomas Schwarz, su abogado.

El comunicado oficial aseguró que el descubrimiento había sido casual, un hallazgo inopinado dentro del marco de un registro aduanero rutinario. «Si hubiera exigido el pago en moneda suiza, no lo habríamos detectado. En billetes de mil francos, el peso no hubiera excedido de dos kilos y medio. Pero vendió un cuadro y cobró en euros: era demasiado peso», declararon los agentes. Ellos andaban tras un alijo de drogas, pero terminaron provocando que las fauces de la Unidad de Delitos monetarios salivaran. Cornelius Gurlitt se vio las caras con la Justicia y fue procesado por evasión de impuestos. Sin embargo, la Policía no quedó satisfecha. Se daba la circunstancia de que el señor Gurlitt no solo poseía una propiedad inmobiliaria en el centro de Múnich. También constaba como dueño de un amplio piso en una zona residencial de Salzburgo y de dos locales en una zona industrial.

Tras comprobar que Cornelius era hijo de otro marchante de arte judío llamado Hildebrand Gurlitt, un colaboracionista fichado que durante la Segunda Guerra Mundial trabajó para la Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg, la organización formada por expertos de arte que se encargaba de rastrear los países ocupados por el Tercer Reich en busca de obras de arte que poder requisar, el juez autorizó un registro. Gurlitt había sido uno de los pocos que contó con autorización del régimen nazi para negociar la venta de obras de «[arte degenerado](#)» retiradas de los museos alemanes. La Policía registró los pisos y locales propiedad de Gurlitt localizando una colección ingente; nada menos que mil doscientos ochenta cuadros desaparecidos durante la guerra. Había obras de Picasso, Chagall, Matisse o Beckmann. Uno de los grandes enigmas de la historia comienza a desvelarse.

No sé cuándo ocurrió exactamente, la última vez que recuerdo haber mirado el reloj eran las tres, pero terminé por dormirme en el sofá con el teléfono en la mano. Cuando me despertó el dolor de cuello, estaba amaneciendo y aún no había sonado. Me levanté y me acerqué a la cocina. Preparé un café bien cargado, pero ni siquiera se me ocurrió acercarme a las tostadas: el susto me había cerrado el estómago. Encendí el televisor y sintonicé el canal 24 horas para conocer las últimas informaciones. No miré el reloj y no puedo ser precisa, pero puedo asegurar que tardaron un rato, que me pareció larguísimo, en hablar de la tragedia de Estocolmo y apenas le dedicaron unos minutos, algo extraño teniendo en cuenta la importancia del suceso. En todo caso, hablaron de un perturbado; de las imágenes, Jaime había desaparecido. En realidad, no debiera haberme sorprendido tanto: fuera quien fuera, tenía capacidad suficiente para silenciar a la prensa. Y bien sé yo qué tipo de personas es capaz de hacer eso.

Empecé a ponerme nerviosa. Muy nerviosa. Sé que hay un par de docenas de personas, tres a lo sumo, que reúnen el poder de mover los hilos del mundo. Hombres en su mayoría, mantienen un protagonismo tan discreto, de perfil tan bajo y tan tenuemente iluminado, que no vemos siquiera a sus sofisticadas esposas (o a sus cazadores y golfistas consortes) en los ecos de sociedad.

Quienes detentan el poder no hablan voluntariamente de ello, no lo exhiben ni lo muestran, solo lo ejercen y casi siempre a través de otros. Por ello, desconocemos sus nombres y sus apellidos, su nacionalidad, su pasaporte y dónde se entierran unos a otros. Lo que sí sabemos es que se reúnen en la finca de alguno de ellos para decidir, mientras almuerzan pescado y un buen vino, quién será el próximo presidente de Francia o dónde estallará la próxima guerra. No son superestrellas, ni políticos ni presidentes de grandes empresas: son los que manejan a las superestrellas, a los políticos y a los presidentes de las grandes empresas; los que los nombran, los cesan, los casan y los cambian. Los que

echan carnaza a la prensa o deciden, como en el caso de Estocolmo y en el de tantos otros, que nadie va a enterarse jamás de lo que ocurrió.

Soy imprudente, pero no tanto: sabía lo estúpido que resultaba tratar de adivinar quiénes eran. Pero necesitaba saber cuál era su juego para conocer si, de algún modo, mi marido desarrollaba en él un papel, lo que me hubiera preocupado muchísimo.

No pude resistir más y mandé un mensaje a mi fiel amigo.

—Padilla, ¿estás despierto?

—Aún no, señorita —me respondió—. ¿Houston?

—Houston, de acuerdo.

—Deme diez minutos. Voy a tratar de hablar con mi gente. Yo la llamo.

Fui al despacho y busqué el móvil de nombre Houston, lo encendí, comprobé que tenía batería suficiente y regresé al salón. Traté de no pensar, pero me resultó imposible. La cabeza me daba vueltas. No hacía más que preguntarme quién se había cargado a Cavanni y por qué. Había cosas que no casaban. Padilla había apuntado hacia los sionistas, lo que encajaba perfectamente con mis datos y llenaba de sentido el crimen: todas las pistas que había seguido señalaban a Cavanni como el nieto de Guido Gottemberg, un médico de las SS fugado a Argentina después de la guerra y camuflado en América tras una nueva identidad. Era probable —al menos, posible— que, a raíz de la aparición de nuestro cuadro, los sionistas hubieran dado con él, pero que no lo hubieran hecho lo suficiente rápido para frenar la concesión del Nobel. Ante tal coyuntura, habrían aplicado la ley del talión y decidido cortar por lo sano. Sí, era muy posible, pero, entonces, ¿por qué estaban tratando de silenciar los hechos? ¿Por qué no filtrar a la prensa la verdadera identidad, el origen de Cavanni? El asesinato era una salvajada y les generaría problemas, pero no tenían por qué reivindicarlo, solo necesitaban dar algunas pinceladas desde las redes sociales, soltar algún documento o fotografías que hicieran de Cavanni el nieto de un monstruo. Era sencillo; sin embargo, no lo estaban haciendo. ¿Por qué tratar de ocultar un crimen llevado a cabo ante las cámaras de televisión para que todo el mundo lo viera? No tenía sentido.

Había otra posible lectura: que fueran los negacionistas, los partidarios de un nuevo orden mundial, reflejo del de Alemania del 40, los que trataran de tapar los hechos para evitar que la gente pudiera recordar demasiado e identificarlos con ellos. Si era así, habían logrado acumular una buena parte del pastel del poder, algo que, en sí mismo, parecía tremendamente peligroso. ¿Cómo quedaba Jaime en esos escenarios? No tenía ni idea. Por lo que ya sabía, su familia encajaba más en el segundo papel que en el primero. Pero, en uno u otro, era una pieza sustituible, sin valor. Y eso era lo que más me preocupaba: que daba el

perfil para ser el chivo expiatorio. De momento, los noticiarios lo habían olvidado, pero, hasta que no identificaran un culpable, sufríamos un riesgo altísimo.

Por fin sonó el móvil.

—Señoría, ¿ha podido dormir un rato?

—Digamos que un rato. Siento haberte despertado, es que estoy en ascuas. ¿Has logrado averiguar algo? He estado viendo las noticias, pero cada vez hablan menos de lo ocurrido.

—Esa es la mejor de las noticias. Según acaban de informarme, su marido está en el hotel. Lo retendrán en Estocolmo a lo sumo un par de días más. No parece haber motivo de preocupación en lo que al doctor se refiere. Las cámaras lo recogen sentado mientras disparaban al laureado: es evidente que no ha sido él.

—Entonces, ¿por qué lo retienen?

—Quieren interrogarlo porque, según él mismo ha confesado, conocía al asesinado.

—Comprendo. Sé que es una pregunta estúpida, Padilla, pero ¿saben quién ha sido?

—El ISIS, los que protestaban por el maltrato animal en las experimentaciones, los que odian a Trump y no les gustaba que fuera estadounidense, los republicanos anticapitalistas... ¿Acaso importa? No ha sido nadie: esa es la respuesta.

—Aunque todo parezca en tal estado de desorden o en tal falso orden que no resulte posible nombrar de inmediato a un responsable, no existe ningún poder del que no haya que responder —dije recordando a Guardini, un filósofo al que me gusta leer—. Y no me hables de la razón de Estado, Padilla, que ambos sabemos qué se esconde tras ese término.

—¡Por favor, señoría! Lola..., no es momento de combatir, sino de apartarnos del camino. Lo importante ahora es que, quien sea que esté detrás de estos hechos, no nos pille en medio.

—Dejar hacer, claro. Como en los campos de concentración. A mi marido le han hecho la vida imposible, luego lo han premiado y ahora, magnánimamente, le devuelven la vida. ¡A su antojo! Debes reconocer, Padilla, que todo esto es diabólico.

—En el plano teórico, Lola, tiene mucha razón: dejarles actuar sin oponerse los convierte en tiranos. Pero estamos en el plano práctico: ni usted ni yo ni el doctor Garache tenemos capacidad para cambiar ni siquiera una coma en esta historia. Tenemos que pensar que los que toman esas decisiones no solo son

peligrosos, también son malvados. Salga corriendo. Su marido volverá a casa pronto. Y entonces deberán olvidar. Seguro que algo bueno sale de todo esto.

—Lo dudo, pero gracias.

—Tome nota del número de su habitación. Agradecerá una llamada.

EPÍLOGO

DOS MESES DESPUÉS

—¡Doctor, qué alegría me ha dado verle esta mañana en el periódico! ¡Secretario de Estado de Ciencia y Tecnología! Si le soy sincero, no sé en qué consiste su trabajo, pero suena importantísimo. ¡Lo que voy a presumir de conocerle!

Garache se echó a reír.

—¡Gracias, Salvat, es usted muy amable! Lo cierto es que el título impone, pero, si usted pudiera ver mi despacho y mi presupuesto, cambiaría de opinión: ni tecnología ni ciencia. ¿Cómo está su familia, su esposa, sus encantadoras hijas?

—Todas mis mujeres están estupendamente. ¿Y doña Lola?

—Su señoría sigue dando guerra, pero me hace feliz; es lo que tienen las irlandesas pelirrojas.

—¡Eso es lo importante, doctor, ser feliz! No quiero entretenerle, que supongo que estará usted con mucho trabajo tras el nombramiento. Verá, amén de darle mi más sentida enhorabuena, le llamo para hablarle sobre el cuadro que me envió, el del arlequín.

La frase pareció sorprender al médico, que tardó en reaccionar.

—¡Es cierto, Salvat! Había olvidado por completo que pedí a Lola que se lo hiciera llegar. Han sido meses complicados...

—Lo imagino. Pero, en efecto, su esposa de usted me lo hizo llegar. Le llamo porque mayormente tengo un comprador. Por seguir con la sinceridad de la que hablaba antes, he tenido varias ofertas, pero eran excesivamente bajas y las rechacé sin consultarle.

—¿Varias ofertas y ahora un comprador? ¡Eso no me lo esperaba, Salvat! Mi mujer va a estar encantada: pagó dos mil euros para recuperar ese cuadro. Cualquier cantidad que compense ese dolor le hará feliz.

—Estoy seguro de que se pondrá muy pero que muy contenta: me ofrecen doscientos mil euros.

Garache se quedó definitivamente sin habla.

—¿Doscientos mil euros? ¡No fastidie, Salvat! ¿Quién puede ofrecer una cantidad así por ese cuadro?

—Alguien que cree que lo pintó Picasso, doctor —respondió el gitano muy serio.

—No me diga que es...

—Quien quiere comprarlo así lo cree, que es lo importante.

El médico calibró mudo lo que Salvat exponía. Estaba confuso: no pensaba en el dinero, más bien en las ramificaciones negativas de que alguien considerara el cuadro de Paulina auténtico.

—No sé qué decirle, Salvat. Estoy atónito. Además, no tenemos papeles ni ningún documento sobre ese cuadro y, la verdad, querido amigo, es que no querría volver a empezar. Solo pensarlo, se me pone la carne de gallina — confesó.

—Lo imagino.

—Por otro lado, ya conoce usted a mi esposa: sale espantada de cualquier cosa que huelga a caja B.

Salvat se echó a reír.

—¡Conozco a su esposa, doctor! Es auténtica. Por eso he tardado en llamarle. Verá, le he estado dando unas cuantas vueltas a este asunto, al carácter de su esposa, a sus... manías, digámoslo así, y creo que he dado con la solución. ¿Usted recuerda el Cristo que les vendí? Un Cristo yacente, del siglo XII, una talla pequeña...

—¿Se refiere a la figura policromada?

—La misma.

—Naturalmente que la recuerdo. La colocamos en una placa de metacrilato: la tenemos en el salón... Ahora que lo dice, tengo que preguntar a Lola dónde está: hace tiempo que no la veo.

—Me alegra que la recuerde, doctor, porque le propongo recomprársela para un cliente: pagaré por esa talla doscientos mil euros, a los que deduciremos mi comisión. Solo hay una condición: su esposa no debe saber una sola palabra. ¿De acuerdo?, ni una sola palabra.

—No sé, Salvat. Se lo agradezco mucho, pero no querría tener problemas con Hacienda. La plusvalía va a ser tremenda...

—No tendrá problemas con el fisco, se lo prometo. Pagarán un pellizco a Montoro, pero aun así harán un buen negocio.

Garache respiró hondo un par de veces.

—De acuerdo, Salvat, hablaré con mi esposa. Ya sabe cómo es.

—Hable con ella y luego llámeme. Esperaré.

El doctor Garache colgó. Permaneció unos instantes pensativo y luego telefoneó.

—Lola, ¿tienes un momento?

—Sí, claro, estoy en el despacho tranquila. ¿Va todo bien?

—Pues sí, pero ha ocurrido algo muy curioso. ¿Recuerdas el pequeño Cristo, el de la placa de metacrilato? Me ha llamado Salvat, dice tener a un

cliente que quiere adquirirlo. Nos ofrece un dineral por él.

—¿Y cómo sabe que lo tenemos nosotros?

Garache se mordió el labio e improvisó.

—Salvat guardaba fotografías de la talla. Y da la casualidad de que ese Cristo perteneció a la familia del comprador desde hace generaciones —mintió.

—El caso es que me gusta mucho, Jaime. Es bonito y le he cogido cariño...

—Nos ofrecen doscientos mil euros, Lola. ¿Estás segura de que te gusta tanto? Esa inyección nos vendría bien para pagar la boda de Marieta, nos va a dejar pelados.

—¡Doscientos mil euros! ¡Eso es una barbaridad! ¿Estás seguro de que esa gente es solvente? Es raro que alguien dedique tanto dinero a algo así.

—Todo depende del grosor de la cartera, Lola. Lo que para ti y para mí es una fortuna para otro puede ser calderilla.

—¡Calderilla no creo! Es mucho dinero. Y en efecto, nos vendría muy bien. Se acercan bastantes gastos, por no mencionar que tu nuevo título de secretario de Estado suena flamante pero el sueldo es magro. Además, podríamos echar una mano a James, con la hipoteca y los niños andan un poco justos. ¡Y más que van a andar en el futuro!, ¿te parece bien?

—¿Por qué lo dices, Lolilla?

—Me acaban de llamar, están otra vez embarazados. Y no te lo vas a creer: ¡otra vez gemelos!

—¡Pobrecitos! ¡Venga, Lolilla, vendámoslo y echémosles una mano!

—¡De acuerdo, hagámoslo!

—Por cierto, ¿dónde está? Hace tiempo que no lo veo. ¿Lo has cambiado de sitio?

Lola suspiró.

—No, ya te contaré.

La jueza MacHor oprimió el botón rojo y, sin despegar los ojos del móvil, marcó otro número.

—Padilla, aquí la legión.

—¡Señoría, me estaba usted preocupando! Lleva dos meses sin meterse en líos. ¿Se está haciendo vieja o ha hecho algún voto?

—¡Pero qué falta de respeto!, ¡parece mentira! Si no te conociera bien, diría que me has echado de menos.

—¡Ja! Esa sí que es buena.

—Padilla, te llamo por mi Cristo, el que te llevaste para analizar las huellas. No me lo has devuelto. ¿Conseguiste alguna identificación?

—Pues sí. Obtuvimos una.

—¿Y quién era?

—Digamos que es material clasificado.

—¡Anda ya!

—Lola, por favor, dejémoslo así. Por cierto, los de la UCO de Patrimonio lo vieron y se quedaron extasiados. Dicen que es una talla muy antigua y muy especial. No recuerdo los detalles, pero señalaron que era muy valiosa. Espero que tenga todos los papeles...

—De esta sí, gracias a Dios. El anticuario que nos la vendió nos lo certificó. Es un gitano de Segovia, no sé cuánto de verdad habrá en su certificación, pero compramos de buena fe.

—Me alegro. Se la llevo al Tribunal esta tarde. Y me invita a un café, ¿de acuerdo?

La jueza colgó y telefoneó a su marido.

—Acabo de hablar con Padilla: la UCO vio nuestra talla y asegura que es muy valiosa, una pieza única. Me había extrañado el precio que Salvat nos ofrecía, pero mira por dónde está en lo cierto.

Garache se echó las manos a la cabeza.

—¡El que no corre vuela!

—¿Por qué dices eso?

—Cosas mías, Lolilla. Nada importante. Tengo que dejarte. Llamaré a James.

En cuanto colgó, Garache llamó a Salvat.

—Lo siento, querido amigo. Mi esposa no quiere venderlo. Dice que para ella tiene un valor muy superior a doscientos mil euros. No lo venderá por menos del doble.

El teléfono quedó en silencio.

—Salvat, ¿sigue usted ahí?

—Sí, doctor, sigo aquí. Déjeme que haga unas llamadas. Puede que consiga doscientos cincuenta...

—No se moleste, Salvat, ha sido muy clara. Nada por debajo de cuatrocientos. Me juego mi matrimonio...

—Le volveré a llamar, doctor.

NOTA DE LA AUTORA

Clave Matisse nació en un café de Buenos Aires un lluvioso día de febrero. Me había citado allí con un miembro de los servicios de seguridad israelíes. No conocía su nombre, aspecto o edad. Solo su graduación. Él me conocía en detalle. Con cuarenta minutos de retraso, apareció un tipo atractivo, sionista, de aspecto confiable, pero de ojos vivísimos azul oscuro. Me invitó a un café que duró más horas de las previstas, tanto que casi pierdo el avión. Hablamos de muchas cosas. Pero especialmente del legado, pasado y presente, de Adolf Hitler. Murió un 30 de abril de 1945. Han pasado casi tres cuartos de siglo, pero su sombra es alargada. No pasa un mes sin que veamos un nuevo artículo sobre las manchas de aceite que el Tercer Reich extendió por el mundo.

«Si te dijera que en el despacho del señor X, un respetable empresario, luce un cuadro expoliado a judíos durante la Segunda Guerra Mundial, ¿qué harías?», pregunté a mi contacto argentino. Su respuesta, contundente pero no «militar», fue tan peculiar que decidí indagar. Para ello, acudí a la Guardia Civil, un Cuerpo lleno de buena gente y de gratas sorpresas. Mi querido amigo y paisano el coronel Manolo Sánchez Corbí, jefe de la Unidad Central Operativa (UCO), que nunca me hace esperar, me puso en contacto con su grupo de Patrimonio histórico y con el inmensamente generoso comandante del Cuerpo Javier Morales, durante años cabeza de esa Unidad. Entre anécdotas divertidas y realidades serias, ambos me introdujeron en el proceloso mundo de los ladrones de arte, un hampa que mueve cerca de quince mil millones de dólares anuales y que tuvo en la Segunda Guerra Mundial uno de sus puntos álgidos.

Expuse el tema a mi querida agente, Antonia Kerrigan, y a Lola Gulias, mi editora de Planeta (¡qué haría sin vosotras!). Me animaron efusivamente a continuar. Y lo hice.

Sabemos poco de los ladrones y mucho menos de los compradores, magnates caprichosos y coleccionistas antojadizos. Pero este mundo conectado hace todo más visible y está logrando que emerjan, a cuentagotas pero sin tregua, obras saqueadas por los nazis que permanecían en paradero desconocido. Y no en lugares extraños: por poner un ejemplo, la Fundación Colección

Thyssen-Bornemisza exhibe en Madrid una pintura de Pissarro reclamada por su heredero judío. De eso me hablaba mi contacto sionista.

Para documentarme sobre el saqueo artístico por parte de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, he utilizado los estudios y archivos de la doctora Lynn H. Nicholas (*The Rape of Europa* es imprescindible). La alta sociedad alemana durante esos años está extraordinariamente caracterizada por D'Almeida en *The High Society in the Third Reich*. Respecto al impacto de la Alemania nazi en España, la documentación es amplia, pero aún incompleta. Los estudios de Barbieri, Payne o Collado son de enorme utilidad. No puedo más que agradecer la hospitalidad sueca, institucional y civil, en mi viaje documental a Estocolmo durante la entrega de los Nobel de 2010. En el extraño viaje por las enfermedades «raciales», he contado con la inestimable y paciente ayuda de la doctora Ana Patiño, genetista de primera fila. Agradezco la compañía y ánimo de los colegas de Rukiki y, naturalmente, la paciencia de mi familia. Mis hijos y Juan saben bien que cuando aparece la jueza pelirroja les hago mucho menos caso. ¡Gracias a todos!

Que mi nombre aparezca de nuevo en la portada de un libro es gracias a ellos y a vosotros, queridas lectoras e indulgentes lectores. Desconozco vuestro DNI, edad, trabajo o domicilio. Y, sin embargo, tengo la sensación de que jugamos desde la infancia. Noto que me acompañáis cuando cojo la pluma. Estáis ahí cuando maquino cómo engatusaros. Os agradezco que, fieles a la cita, nueve novelas ya, volváis a seguirme hasta el último de los infiernos. En esta ocasión, un infierno muy especial y muy hermoso. Van Gogh contaba que *soñaba con pintar y luego pintaba sus sueños*. Yo he soñado con escribir sobre un robo y ese libro me ha robado el sueño. ¿Me dejáis que os lo robe a vosotros?

Clave Matisse
Reyes Calderón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, David Lichtneker – Arcangel

© Reyes Calderón, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19673-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

